

Liahona



Discursos de la conferencia general

Se llaman a nuevos Setentas, a una nueva Presidencia General de los Hombres Jóvenes y a una nueva consejera de la Presidencia General de la Primaria

Se anuncian tres templos nuevos



© GREG OLSEN. PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN.

El camino a Emaús, por Greg Olsen.

“Y he aquí, dos [discípulos] iban el mismo día a una aldea llamada Emaús...

“Y aconteció que, mientras hablaban entre sí y se preguntaban el uno al otro, Jesús mismo se acercó e iba con ellos juntamente...

“Y aconteció que, estando sentado con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, y lo partió y les dio.

“Entonces fueron abiertos los ojos de ellos y le reconocieron; mas él se desapareció de su vista.

“Y se decían el uno al otro: ¿No ardía nuestro corazón en nosotros mientras nos hablaba en el camino y cuando nos abría las Escrituras?” (Lucas 24:13, 15, 30–32).

Índice de temas, mayo de 2015

Volumen 39 • Número 5

Sesión General de Mujeres

- 8 **Llenar nuestros hogares de luz y de verdad**
Cheryl A. Esplin
- 11 **La familia es de Dios**
Carole M. Stephens
- 14 **Defensoras de la Proclamación sobre la Familia**
Bonnie L. Oscarson
- 17 **El Consolador**
Presidente Henry B. Eyring

Sesión del sábado por la mañana

- 22 **“¿No es [éste] más bien el ayuno que yo escogí?”**
Presidente Henry B. Eyring
- 26 **El plan de felicidad**
Presidente Boyd K. Packer
- 29 **Ascenderemos juntos**
Linda K. Burton
- 32 **La parábola del sembrador**
Élder Dallin H. Oaks
- 36 **Elijamos creer**
Élder L. Whitney Clayton
- 39 **Por qué son importantes el matrimonio y la familia – En todo el mundo**
Élder L. Tom Perry

Sesión del sábado por la tarde

- 43 **El sostenimiento de los Oficiales de la Iglesia**
Presidente Dieter F. Uchtdorf
- 45 **Informe del Departamento de Auditorías de la Iglesia, 2014**
Kevin R. Jergensen
- 45 **Informe estadístico, 2014**
Brook P. Hales
- 46 **Por tanto, calmaron sus temores**
Élder David A. Bednar
- 50 **El porqué del matrimonio, el porqué de la familia**
Élder D. Todd Christofferson
- 54 **La música del Evangelio**
Élder Wilford W. Andersen
- 56 **Los Santos de los Últimos Días siguen intentándolo**
Élder Dale G. Renlund

- 59 **Verdaderamente bueno y sin engaño**
Élder Michael T. Ringwood
- 62 **Jesús es mi luz**
Élder Quentin L. Cook

Sesión General del Sacerdocio

- 67 **La generación más grandiosa de jóvenes adultos**
Élder M. Russell Ballard
- 70 **Sí, ¡podemos ganar y ganaremos!**
Élder Ulisses Soares
- 77 **El ser padres: Nuestro destino eterno**
Larry M. Gibson
- 80 **El ser genuinos**
Presidente Dieter F. Uchtdorf
- 84 **El sacerdocio y la oración personal**
Presidente Henry B. Eyring
- 88 **El sacerdocio: Un don sagrado**
Presidente Thomas S. Monson

Sesión del domingo por la mañana

- 91 **Las bendiciones del templo**
Presidente Thomas S. Monson
- 93 **Regresar a la fe**
Rosemary M. Wixom
- 96 **En busca del Señor**
Élder José A. Teixeira
- 98 **¿Sigue siendo maravilloso para ustedes?**
Obispo Gérald Caussé
- 101 **A la espera del [hijo] pródigo**
Élder Brent H. Nielson
- 104 **Merced, justicia y amor**
Élder Jeffrey R. Holland
- 107 **El don de la gracia**
Presidente Dieter F. Uchtdorf



Encuentre respuesta a sus preguntas
Estudiar este ejemplar, teniendo en mente sus preguntas, le ayudará a recibir inspiración personal. Escanee este código o acuda a lds.org/go/515002 para ver las respuestas de los oradores de esta conferencia a algunas preguntas importantes.

Sesión del domingo por la tarde

- 111 **Cómo preservar el albedrío y cómo proteger la libertad religiosa**
Élder Robert D. Hales
- 114 **Permanezcamos junto al árbol**
Élder Kevin W. Pearson
- 117 **La perspectiva eterna del Evangelio**
Élder Rafael E. Pino
- 119 **Venga tu reino**
Élder Neil L. Andersen
- 123 **Si vas a ser responsable**
Élder Jorge F. Zeballos
- 126 **Fructificad, multiplicaos y henchid la Tierra**
Élder Joseph W. Sitati
- 129 **El día de reposo es una delicia**
Élder Russell M. Nelson

- 72 **Autoridades Generales y Oficiales Generales de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días**
- 133 **Índice de relatos de la conferencia**
- 134 **Se dirigen a nosotros: Hagamos que la conferencia sea parte de nuestra vida**
- 136 **Noticias de la Iglesia**



La Conferencia General Anual No 185

Sábado por la tarde, 28 de marzo de 2015, Sesión General de Mujeres

Preside: Presidente Thomas S. Monson.

Dirige: Linda K. Burton.

Primera oración: Beverly Tingey.

Última oración: Reyna I. Aburto.

Música por un coro combinado de la Primaria, las Mujeres Jóvenes y la Sociedad de Socorro de estacas de Salt Lake, Murray, Kamas y Park City, Utah, EE. UU.; Erin Pike Tall, directora; Linda Margetts, organista: “Qué firmes cimientos”, *Himnos*, No 40; presentación musical, “La familia es de Dios”, Neeley, arreglo por Zabriskie, inédito; “From homes of Saints glad songs arise” (Del hogar de los santos se elevan alegres cantos), *Hymns*, No 297; arreglo por Wilberg, inédito; Popurrí: “Cuando hay amor”, *Himnos*, No 194; “Oh, hablemos con tiernos acentos”, *Himnos*, No 151; “El amor del Salvador” *Himnos*, No 57, arreglo por Tall/Margetts, inédito.

Sábado por la mañana, 4 de abril de 2015, Sesión General

Preside: Presidente Thomas S. Monson.

Dirige: Presidente Dieter F. Uchtdorf.

Primera oración: Élder Timothy J. Dyches.

Última oración: Élder Larry J. Echo Hawk.

Música por el Coro del Tabernáculo; Mack Wilberg y Ryan Murphy, directores; Andrew Unsworth y Clay Christiansen, organistas: “Jehová, se nuestro guía”, *Himnos*, No 39; “Glorias cantad a Dios”, *Himnos*, No 37; “¿En el mundo he hecho bien?”, *Himnos*, No 141, arreglo por Zabriskie © HolySheetMusic.com; “Bandera de Sión”, *Himnos*, No 4; “Venid a Cristo”, *Himnos*, No 60, arreglo por Murphy, inédito; “Creo en Cristo”, *Himnos*, No 72, arreglo por Wilberg, pub. por Jackman.

Sábado por la tarde, 4 de abril de 2015, Sesión General

Preside: Presidente Thomas S. Monson.

Dirige: Presidente Henry B. Eyring.

Primera oración: Jean A. Stevens.

Última oración: Élder Randy D. Funk.

Música por un coro combinado de estacas de jóvenes adultos solteros de los condados Davis y Weber, Utah, EE. UU.; Sonja Sperling, directora; Bonnie Goodliffe y Linda Margetts, organistas: “Praise to the Lord, the Almighty” (Loor al Señor, al Todopoderoso), *Hymns*, No 72, arreglos por Wilberg, pub. por Oxford; “Asombro me da”, *Himnos*, No 118, arreglo por Murphy, inédito; “Te damos, Señor, nuestras gracias”, *Himnos*, No 10; “Trabajemos hoy en la obra”, *Himnos*, No 158, arreglo por Elliott, pub. por Jackman.

Sábado por la tarde, 4 de abril de 2015, Sesión del Sacerdocio

Preside: Presidente Thomas S. Monson.

Dirige: Presidente Dieter F. Uchtdorf.

Primera oración: David L. Beck.

Última oración: Élder Robert C. Gay.

Música por un coro del sacerdocio de la Universidad Brigham Young; Ronald Staheli, director; Richard Elliott y Andrew Unsworth, organistas: “Por Tus dones loor cantamos”, *Himnos*, No 19, arreglo por Tom Durham, pub. por Jackman; “On This Day of Joy and Gladness” (En este día de gozo y alegría), *Hymns*, No 64, arreglo por Staheli, inédito; “La luz de la verdad”, *Himnos*, No 171; “Paz, cálmense”, *Himnos*, No 54, arreglo por Staheli, inédito.

Domingo por la mañana, 5 de abril de 2015, Sesión General

Preside: Presidente Thomas S. Monson.

Dirige: Presidente Henry B. Eyring.

Primera oración: Linda S. Reeves.

Última oración: Élder Kevin S. Hamilton.

Música por el Coro del Tabernáculo; Mack Wilberg, director; Clay Christiansen y Richard Elliott, organistas: “A Cristo Rey Jesús”, *Himnos*, No 30; “Himno de la Pascua de Resurrección”, *Himnos*, No 121, arreglo por Wilberg, inédito; “Considerad los lirios” Hoffman, arreglo por Lyon, pub. por Jackman; “Yo sé que vive mi Señor”, *Himnos*, No 73; “Resucitó Jesús”, *Canciones para los niños*, pág. 44, arreglo por Murphy, inédito; “Cristo ha resucitado”, *Himnos*, No 122, arreglo por Wilberg, inédito.

Domingo por la tarde, 5 de abril de 2015, Sesión General

Preside: Presidente Thomas S. Monson.

Dirige: Presidente Dieter F. Uchtdorf.

Primera oración: Élder S. Gifford Nielsen.

Última oración: Élder Koichi Aoyagi.

Música por el Coro del Tabernáculo; Mack Wilberg y Ryan Murphy, directores; Richard Elliott y Andrew Unsworth, organistas: “Vive mi Señor”, *Himnos*, No 74, arreglo por Wilberg, inédito; “Mandó a Su Hijo”, *Canciones para los niños*, pág. 20, arreglo por Hofheins, inédito; “Oh Rey de reyes”, *Himnos*, No 27; “Dime la historia de Cristo”, *Canciones para los niños*, pág. 36, arreglo por Murphy, inédito; “Señor, yo te seguiré”, *Himnos*, No 138, arreglo por Murphy, inédito.

Discursos de la conferencia a disposición del público

Para tener acceso a los discursos de la conferencia en varios idiomas, visite

conference.lds.org. Luego, seleccione un idioma. Los discursos también está disponibles en la aplicación Biblioteca del Evangelio para dispositivos móviles. Por lo general, las grabaciones en audio y video también estarán disponibles en los centros de distribución seis semanas después de la conferencia. Hay información disponible sobre la conferencia general en formatos accesibles para miembros que tengan discapacidades en disability.lds.org.

Mensajes de los maestros orientadores y de las maestras visitantes

Para los mensajes de los maestros orientadores y de las maestras visitantes, tenga a bien seleccionar un discurso que sea de más beneficio para las personas que visite.

En la cubierta

Adelante: Fotografía por Cody Bell.

Atrás: Fotografía por Leslie Nilsson.

Fotografías de la conferencia

Las fotografías en Salt Lake City fueron tomadas por Welden C. Andersen, Cody Bell, Janae Bingham, Ale Borges, Randy Collier, Weston Colton, Mark Davis, Craig Dimond, Nathaniel Ray Edwards, Brandon Flint, Ashlee Larsen, August Miller, Leslie Nilsson, Brad Slade, y Christina Smith; fotografía de los girasoles cortesía de la familia Quentin L. Cook; en avión, por Craig Marshall Jacobsen; en Woodbury, Minnesota, EE. UU., por Sandra Wahlquist; en McMinnville, Oregon, EE.UU., por Jade West; en Abiyán, Costa de Marfil, por Lucien y Agathe Affoue, y Philippe y Annelies Assard; en Perpignan, Francia, por Renee Castagno; en Helsinki, Finlandia, por Kukka Fristrom; en Johannesburgo, Sudáfrica, cortesía de la familia Christoffel Golden; en la Ciudad del Vaticano, por Humanum; en Bangkok, Tailandia, por Sathit Kaivaivatana; en Mumbai, India, por Wendy Keeler; en Montreal, Quebec, Canadá, por Laurent Lucuix; en Ciudad del Carmen, Campeche, México, por Héctor Manuel Hernández Martínez; en San Martín de Los Andes, Neuquén, Argentina, por Colton Mondragón; Hong Kong, fotografía del concurso de National Geographic, por Brian Yan; en Natal, Rio Grande do Norte, Brasil, por Clebher Tex; y en Londres, Inglaterra, por Kami Weddick. Página 77: ilustración por Brian Call.



Publicación de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días en español.

La Primera Presidencia: Thomas S. Monson, Henry B. Eyring, Dieter F. Uchtdorf
El Quórum de los Doce Apóstoles: Boyd K. Packer, L. Tom Perry, Russell M. Nelson, Dallin H. Oaks, M. Russell Ballard, Richard G. Scott, Robert D. Hales, Jeffrey R. Holland, David A. Bednar, Quentin L. Cook, D. Todd Christofferson, Neil L. Andersen

Editor: Craig A. Cardon

Asesores: Mervyn B. Arnold, Christoffel Golden, Larry R. Lawrence, James B. Martino, Joseph W. Sitati

Director administrativo: David T. Warner

Director de operaciones: Vincent A. Vaughn

Director de Revistas de la Iglesia: Allan R. Loyborg

Gerente administrativo: Garff Cannon

Editor administrativo: R. Val Johnson

Editor administrativo auxiliar: Ryan Carr

Ayudante de publicaciones: Lisa Carolina López

Redacción y revisión: Brittany Beattie, David Dickson, David A. Edwards, Matthew D. Flitton, Lori Fuller, Garrett H. Garff, LaRene Porter Gaunt, Mindy Anne Leavitt, Michael R. Morris, Sally Johnson Odekirk, Joshua J. Perkey, Jan Pinborough, Richard M. Romney, Paul VanDenBergh, Marissa Widdison

Director administrativo de arte: J. Scott Knudsen

Director de arte: Tadd R. Peterson

Diseño: Jeanette Andrews, Fay P. Andrus, Mandie M. Bentley, C. Kimball Bott, Thomas Child, Nate Gines, Colleen Hinckley, Susan Lofgren, Eric P. Johnsen, Scott M. Mooy, Mark W. Robison, Brad Teare, K. Nicole Walkenhorst

Coordinadora de Propiedad Intelectual: Collette Nebeker Aune

Gerente de producción: Jane Ann Peters

Producción: Connie Bowthorpe Bridge, Julie Burdett, Katie Duncan, Bryan W. Gygj, Denise Kirby, Ginny J. Nilson, Gayle Tate Rafferty

Preimpresión: Jeff L. Martin

Director de impresión: Craig K. Sedgwick

Director de distribución: Stephen R. Christiansen

Coordinación de Liahona: Francisco Pineda, Patsy Carroll-Carlini

Distribución:

Corporation of the Presiding Bishop of
The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints
Steinmühlstrasse 16, 61352 Bad Homburg v.d.H., Germany

Información para la suscripción:

Para suscribirse o para cambios de dirección, tenga a bien contactar a servicios al cliente

Teléfono gratuito: 00800 2950 2950

Tel: +49 (0) 6172 4928 33/34

Correo-e: orderseu@ldschurch.org

En línea: store.lds.org

El precio para la suscripción de un año: EUR 5,25 para España;

2,25 para las Islas Canarias y 7,5 para Andorra.

Los manuscritos y las preguntas deben enviarse en línea a liahona.lds.org; por correo a *Liahona*, Room 2420, 50 E. North Temple Street, Salt Lake City, UT 84150-0024, USA; o por correo electrónico a: liahona@ldschurch.org.

Liahona (un término del Libro de Mormón que significa "brújula" o "director") se publica en albanés, alemán, armenio, bislama, búlgaro, camboyano, cebuano, coreano, croata, checo, chino, chino (simplificado), danés, esloveno, español, estonio, fijiano, finlandés, francés, griego, holandés, húngaro, indonesio, inglés, islandés, italiano, japonés, kiribatí, letón, lituano, malgache, marshalés, mongol, noruego, polaco, portugués, rumano, ruso, samoano, suajili, sueco, tagalo, tailandés, tahitiano, tongano, ucraniano, urdu, y vietnamita. (La frecuencia de las publicaciones varía de acuerdo con el idioma.)

© 2015 por Intellectual Reserve, Inc. Todos los derechos reservados. Impreso en los Estados Unidos de América.

El material de texto y visual de la revista *Liahona* se puede copiar para utilizarse en la Iglesia o en el hogar, siempre que no sea con fines de lucro. El material visual no se puede copiar si aparecen restricciones en la línea de crédito del mismo. Las preguntas que tengan que ver con este asunto se deben dirigir a Intellectual Property Office, 50 East North Temple Street, Salt Lake City, UT 84150, USA; correo electrónico: cor-intellectualproperty@ldschurch.org.

Para los lectores de México: Certificado de Licitud de título número 6988 y Licitud de contenido número 5199, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y revistas ilustradas el 15 de septiembre de 1993. "Liahona" © es nombre registrado en la Dirección de Derechos de Autor con el número 252093. Publicación registrada en la Dirección General de Correos número 100. Registro del S.P.M. 0340294 características 218141210.

For Readers in the United States and Canada:

May 2015 Vol. 39 No. 5, LIAHONA (USPS 311-480) Spanish (ISSN 0885-3169) is published monthly by The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints, 50 East North Temple, Salt Lake City, UT 84150, USA. Subscription price is \$10.00 per year; Canada, \$12.00 plus applicable taxes. Periodicals Postage Paid at Salt Lake City, Utah. Sixty days' notice required for change of address. Include address label from a recent issue; old and new address *must* be included.

Send USA and Canadian subscriptions to Salt Lake Distribution Center at the address below. Subscription help line: 1-800-537-5971. Credit card orders (Visa, MasterCard, American Express) may be taken by phone. (Canada Poste Information: Publication Agreement #40017431)

POSTMASTER: Send all UAA to CFS (see DMM 707.4.12.5). NONPOSTAL AND MILITARY FACILITIES: Send address changes to Distribution Services, Church Magazines, P.O. Box 26368, Salt Lake City, UT 84126-0368, USA.



Índice de discursantes

Andersen, Neil L., 119
Andersen, Wilford W., 54
Ballard, M. Russell, 67
Bednar, David A., 46
Burton, Linda K., 29
Caussé, Gérard, 98
Christofferson, D. Todd, 50
Clayton, L. Whitney, 36
Cook, Quentin L., 62
Esplin, Cheryl A., 8
Eyring, Henry B., 17, 22, 84
Gibson, Larry M., 77
Hales, Brook P., 45
Hales, Robert D., 111
Holland, Jeffrey R., 104
Jergensen, Kevin R., 45
Monson, Thomas S., 88, 91
Nelson, Russell M., 129
Nielson, Brent H., 101
Oaks, Dallin H., 32
Oscarson, Bonnie L., 14
Packer, Boyd K., 26
Pearson, Kevin W., 114
Perry, L. Tom, 39
Pino, Rafael E., 117
Renlund, Dale G., 56
Ringwood, Michael T., 59
Sitati, Joseph W., 126
Soares, Ulisses, 70
Stephens, Carole M., 11
Teixeira, José A., 96
Uchtdorf, Dieter F., 43, 80, 107
Wixom, Rosemary M., 93
Zeballos, Jorge F., 123

Índice de temas

Activación, 93, 101
Adán y Eva, 26, 46, 50, 104, 117
Adversidad, 11, 17, 36, 62, 91, 96, 117, 119
Albedrío, 36, 70, 111, 123
Amabilidad, 29
Amor, 11, 26, 29, 50, 62, 80, 96, 101, 104
Arrepentimiento, 26, 56, 107
Ayuno, 22, 67, 84, 129
Bendiciones, 22, 36, 88, 91
Compasión, 11, 17
Convenios, 11, 17, 29, 46, 59, 114, 129
Conversión, 32, 56, 93
Crecimiento de La Iglesia, 45, 119
Deber, 88, 123
Día de reposo, 36, 62, 67, 129
Dios el Padre, 11, 77
Discipulado, 32, 59, 67, 80, 114, 123
Duda, 36, 93, 101
Esperanza, 36, 101, 117
Espíritu Santo, 8, 17, 54, 84, 98, 111
Estudio de las Escrituras, 98, 129
Expiación, 17, 46, 50, 56, 62, 70, 96, 104, 107, 123
Familia, 8, 11, 14, 26, 39, 50, 62, 101, 126, 129
Fe, 36, 46, 62, 84, 93, 98, 101, 114
Gozo, 26, 93, 96
Gracia, 36, 46, 50, 59, 80, 104, 107
Hermanamiento, 93
Historia familiar, 129
Humildad, 59, 84
Inicio, 8, 14, 54, 62
Instituto, 67
Jesucristo, 17, 36, 46, 50, 62, 67, 77, 80, 91, 93, 96, 101, 104, 107, 111, 114, 119

José Smith, 8, 111
Jóvenes adultos, 67
Libertad de culto, 111
Libro de Mormón, 8, 114
Llamamientos de la Iglesia, 59, 88
Luz, 8, 36
Maternidad, 14
Matrimonio, 14, 26, 29, 39, 50, 67, 126
Milagros, 98, 119
Moralidad, 26
Naturaleza divina, 11, 126
Obra misional, 91, 111, 126
Oración, 22, 84, 91, 114
Orientación familiar, 84
Paciencia, 54, 101, 129
Pascua de Resurrección, 91, 104, 107
Paternidad, 14, 29, 77
Paz, 17, 46, 91
Perseverancia, 114
Perspectiva, 117, 119
Plan de Salvación, 14, 26, 50, 111, 117, 126
Pornografía, 67, 70
Prioridades, 32
Resurrección, 104, 107
Revelación, 84
Sacerdocio, 77, 84, 88
Salir con jóvenes del sexo opuesto, 67
Segunda Venida, 119
Seminario, 67
Ser padres, 14, 39, 50, 54, 126, 129
Servicio, 22, 59, 80, 84, 129
Tecnología, 67, 96
Temor, 46
Templos, 26, 91
Tentación, 70
Testimonio, 36, 67, 70, 80, 93, 101
Tolerancia, 111
Unidad, 11, 62
Verdad, 8
Vida eterna, 114, 117



Puntos destacados de la Conferencia General Anual N° 185 de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días

“Los temas de los discursos de la conferencia general no los asigna una autoridad terrenal sino las impresiones del Espíritu”, explicó el Élder Dallin H. Oaks del Quórum de los Doce Apóstoles (página 32). En una conferencia general inspiradora que comenzó con la Sesión General de Mujeres y terminó el domingo de Pascua, los oradores enseñaron sobre la familia, el ayuno, la obra del templo, el discipulado, el Día de reposo y la expiación del Salvador, entre muchos otros principios del Evangelio (véase la página 3).

A continuación hay varios puntos destacados:

- El presidente Thomas S. Monson anunció nuevos templos que se

construirán en Abidján, Costa de Marfil; Puerto Príncipe, Haití; y Bangkok, Tailandia. De ellos, él dijo: “Qué maravillosas bendiciones están reservadas para los miembros fieles en esas regiones y, ciertamente, en todo lugar donde se encuentran los templos alrededor del mundo” (página 91).

- Los miembros de la Iglesia sostuvieron a cinco nuevos miembros del Primer Quórum de los Setenta, a una nueva Presidencia General de los Hombres Jóvenes y a una nueva consejera de la Presidencia General de la Primaria.
- El informe estadístico indicó que hay 15,3 millones de miembros en 3.114 estacas y 561 distritos. Se

dedicaron tres templos nuevos el año pasado, llegando así a un total de 144 templos en funcionamiento.

- La conferencia se interpretó en noventa y cinco idiomas. Siguiendo una innovación que empezó el pasado octubre, tres oradores presentaron su discurso en idiomas que no eran el inglés.

Al hablar el fin de semana de la Pascua de Resurrección, varios discursantes testificaron sobre la resurrección del Salvador. “Él es el Hijo de Dios”, testificó el presidente Thomas S. Monson. “Él es quien salió del sepulcro aquella primera mañana de Pascua de Resurrección, trayendo consigo el don de la vida eterna para todos los hijos de Dios” (página 93). ■









Por Cheryl A. Esplin

Segunda Consejera de la Presidencia General de la Primaria

Llenar nuestros hogares de luz y de verdad

Para que nosotras y nuestra familia resistamos las presiones del mundo, debemos ser llenas de la luz y la verdad del Evangelio.

El Espíritu ha colmado mi corazón al escuchar a estas familias enseñar esa sagrada verdad: “La familia es de Dios”¹. La música inspiradora es sólo una de las muchas maneras en que podemos sentir los susurros del Espíritu que nos llenan de luz y de verdad.

La idea de ser llenos de luz y de verdad llegó a ser especialmente importante para mí debido a una experiencia que tuve hace muchos años. Asistí a una reunión en la que las integrantes de la mesa directiva general de las Mujeres Jóvenes enseñaron acerca de establecer familias y hogares espiritualmente fuertes. Para ayudarnos a visualizarlo, una líder de las Mujeres Jóvenes sostuvo dos latas de una bebida gaseosa; en una mano, una lata vacía y en la otra, una cerrada y llena. Primero estrujó la lata vacía, que comenzó a doblarse hasta quedar aplastada por la presión. Luego, con la otra mano, estrujó la lata cerrada. Ésta permaneció firme; no se dobló ni se aplastó como la lata vacía, porque estaba llena.

Comparamos esa demostración con nuestra vida, nuestro hogar y nuestra familia. Cuando están llenos del Espíritu y de la verdad del Evangelio,

tenemos el poder para resistir las fuerzas externas del mundo que nos rodean y nos presionan; pero, si no estamos espiritualmente llenas, no tenemos la fortaleza interior para resistir las presiones externas y podemos caer cuando esas fuerzas nos opriman.

Satanás sabe que, para que nosotras y nuestra familia resistamos las presiones del mundo, debemos ser llenas de la luz y la verdad del Evangelio; de modo que hace todo lo posible para debilitar, distorsionar y destruir esa verdad y mantenernos alejadas de ella.

Muchas de nosotras hemos sido bautizadas y hemos recibido el don del Espíritu Santo, cuya función es revelar y enseñar la verdad de todas las cosas². El privilegio de ese don conlleva la responsabilidad de procurar la verdad, vivir conforme a la verdad que conocemos, compartirla y defenderla.

El mejor lugar para procurar ser llenas de luz y de verdad es nuestro hogar. Las palabras del estribillo que escuchamos nos recuerdan que Dios nos ha dado una familia para ayudarnos a llegar a ser lo que Él desea que seamos³. La familia es el taller del Señor sobre la Tierra para ayudarnos a



aprender y a vivir el Evangelio. Llegamos a nuestra familia con el sagrado deber de fortalecernos espiritualmente unos a otros.

Las familias eternas fuertes y los hogares llenos del Espíritu no suceden por casualidad; requieren gran esfuerzo, tiempo y que cada miembro de la familia haga su parte. Cada hogar es diferente, pero todo hogar en el que siquiera uno solo de sus miembros procure la verdad puede marcar la diferencia.

Continuamente se nos aconseja que aumentemos nuestro conocimiento de las cosas espirituales mediante la oración, el estudio y el meditar las



Escrituras y las palabras de los profetas vivientes. En su discurso de la conferencia general acerca de cómo recibir un testimonio de luz y verdad, el presidente Dieter F. Uchtdorf dijo:

“El Dios Sempiterno y Omnipotente... hablará a quienes se acerquen a Él con un corazón sincero y verdadera intención.

“Él les hablará a ellos en sueños, visiones, pensamientos y sentimientos”.

El presidente Uchtdorf continuó: “Dios se interesa por ustedes. Él escuchará y responderá sus preguntas personales. Las respuestas a sus oraciones vendrán a la manera de Él y en Su

propio tiempo y, por lo tanto, necesitan aprender a escuchar Su voz”⁴.

Un relato corto de mi historia familiar ilustra este consejo.

Hace unos meses, leí el testimonio de la hermana de mi bisabuelo, Elizabeth Staheli Walker. Cuando era niña, Elizabeth emigró de Suiza a los Estados Unidos con su familia.

Después de casarse, Elizabeth, su esposo y sus hijos vivieron en Utah, cerca de la frontera con Nevada, en donde estaban a cargo de una oficina de correos. Su hogar era un lugar de parada para los viajeros; día y noche tenían que estar preparados para cocinar y servirles

comida. Era un trabajo duro y agotador, y descansaban muy poco. Sin embargo, lo que más preocupaba a Elizabeth era la conversación de las personas con las que se relacionaban.

Elizabeth dijo que, hasta ese momento, siempre había dado por hecho que el Libro de Mormón era verdadero, que el profeta José Smith había recibido la autoridad de Dios para hacer lo que hizo y que su mensaje era el plan de vida y salvación; pero la vida que llevaba no ayudaba en nada a fortalecer esas creencias.

Algunos viajeros que paraban eran hombres cultos, educados e inteligentes,



y en la conversación en torno a su mesa siempre se referían a José Smith como un “astuto impostor” que había escrito el Libro de Mormón él mismo y luego lo había distribuido para hacer dinero. Actuaban como si pensar cualquier otra cosa fuera absurdo, y sostenían que “el mormonismo era un disparate”.

Esas conversaciones hacían que Elizabeth se sintiera sola y aislada. No había nadie con quien hablar, ni siquiera un momento para orar —aunque ella oraba al mismo tiempo que trabajaba. Le aterraba hablar con aquellos que se burlaban de su religión; dijo que no sabía si debía asumir que decían la verdad, y sentía que no podría haber defendido su fe aun si lo hubiese intentado.

Tiempo después, Elizabeth y su familia se mudaron. Elizabeth dijo que tenía más tiempo para pensar y que ya no estaba siempre tan ocupada. A menudo bajaba al sótano y oraba al Padre Celestial acerca de lo que le preocupaba: las historias que aquellos hombres aparentemente inteligentes habían dicho de que el Evangelio era un disparate, y sobre José Smith y el Libro de Mormón.

Una noche, Elizabeth tuvo un sueño. Ella dijo: “Me pareció que me hallaba junto a un estrecho camino para carretas que conducía al pie de una ondulante colina. En medio de la colina vi a

un hombre que miraba hacia abajo y hablaba, o parecía hablarle a un joven que estaba arrodillado e inclinado sobre un agujero en la tierra y tenía sus brazos extendidos como si fuese a sacar algo del agujero. Pude ver la tapa de piedra que parecía haber sido sacada del hoyo sobre el cual estaba inclinado el muchacho. En el camino, había muchas personas, pero ninguna de ellas parecía estar interesada en lo absoluto en los dos hombres de la colina. Hubo algo en el sueño que dejó una impresión tan extraña en mí que desperté totalmente... No pude decirle mi sueño a nadie, pero estaba segura de que significaba que el ángel Moroni había dado instrucciones al joven José en el momento en que éste obtuvo las planchas”.

En la primavera de 1893, Elizabeth fue a la dedicación del Templo de Salt Lake City y describió así su experiencia: “Allí vi la misma imagen que había visto en mi sueño; creo que era el vidrio de colores de una ventana. Estoy convencida de que si hubiera visto el verdadero Cerro Cumorah, no me habría parecido tan real; y sé con certeza que se me mostró en un sueño la imagen del ángel Moroni entregando las planchas de oro a José Smith”.

Muchos años después de haber tenido ese sueño, y varios meses antes

de morir, a los ochenta años, Elizabeth recibió una poderosa impresión. Ella dijo: “Me sobrevino un pensamiento tan claro... como si alguien me dijera: ... ‘No ocultes tu testimonio bajo la tierra’”⁵.

Generaciones después, la posteridad de Elizabeth continúa recibiendo fortaleza mediante su testimonio. Como Elizabeth, vivimos en un mundo lleno de personas incrédulas y críticas que hacen burla y se oponen a las verdades que nosotras atesoramos. Tal vez oigamos historias que confunden y mensajes conflictivos; al igual que Elizabeth, tendremos que hacer lo mejor que podamos para aferrarnos a la luz y a la verdad que tengamos ahora, sobre todo ante circunstancias difíciles. Puede que las respuestas a nuestras oraciones no lleguen de manera tan espectacular, pero debemos encontrar momentos de quietud para procurar mayor luz y verdad; y cuando la recibamos, es nuestra responsabilidad vivirla, compartirla y defenderla.

Les dejo mi testimonio de que sé que, a medida que llenemos nuestro corazón y nuestro hogar con la luz y la verdad del Salvador, tendremos la fortaleza interior para resistir toda circunstancia. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

Nota: El 4 de abril de 2015, la hermana Esplin fue relevada como Segunda Consejera de la Presidencia General de la Primaria y sostenida como Primera Consejera.

NOTAS

1. “La familia es de Dios”, en *Las familias son eternas: Bosquejo del Tiempo para compartir 2014*, 2013, págs. 28–29.
2. Véase Moroni 10:5.
3. “La familia es de Dios”.
4. Dieter F. Uchtdorf, “Cómo recibir un testimonio de luz y verdad”, *Liahona*, noviembre de 2014, pág. 21.
5. Véase Elizabeth Staheli Walker, “My Testimony, Written for My Children and Their Children after I Am Gone”, 1939, págs. 22–26, Universidad de Nevada, Las Vegas, colecciones especiales; se han actualizado la puntuación y la gramática.



Por Carole M. Stephens
Primera Consejera de la Presidencia General
de la Sociedad de Socorro

La familia es de Dios

Cada una de nosotras pertenece a la familia de Dios y es necesaria en ella.

¿Hay algo más hermoso y profundo que las verdades sencillas y puras del Evangelio que se enseñan en una canción de la Primaria? Todas ustedes, niñas de la Primaria aquí presentes esta noche, conocen la canción de la que voy a hablar; la aprendieron para el programa de la Primaria del año pasado.

En la letra de “La familia es de Dios”¹, que se cantó previamente en esta reunión, se nos recuerda doctrina pura. No sólo aprendemos que la familia es ordenada por Dios, sino, además, que cada una de nosotras es parte de la familia de Dios.

En la primera frase de la canción se enseña: **“Una familia tiene Dios. Nos incluyó a todos pues somos Sus hijos”**. De la proclamación sobre la familia, aprendemos: “En el mundo premortal, hijos e hijas, procreados como espíritus, conocieron a Dios y lo adoraron como su Padre Eterno”. En ese mundo, aprendimos acerca de nuestra identidad eterna como mujeres. Supimos que cada una de nosotras era “[una amada]... hija [de] padres celestiales”².

Nuestra trayectoria mortal en la Tierra no cambió esas verdades. Cada una de nosotras pertenece a la familia de Dios y es necesaria en ella. Cada familia en la Tierra es diferente; y si

bien hacemos lo mejor que podemos por crear sólidas tradiciones familiares, el ser parte de la familia de Dios no depende de ninguna condición: estado civil, situación familiar, situación económica, posición social; ni siquiera del tipo de estatus que publicamos en las redes sociales.

Tenemos sentido de pertenencia. “Somos hijas de un Padre Celestial que nos ama y nosotras lo amamos a Él”³.

La segunda frase de la canción amplía la primera: **“Una morada**

preparó para vivir felices en familia”.

En la vida preterrenal, supimos que necesitaríamos un período en la vida mortal. Aceptamos el “plan [del Padre Celestial] por medio del cual Sus hijos podrían obtener un cuerpo físico y ganar experiencia terrenal para progresar hacia la perfección y finalmente lograr [nuestro] destino divino como [herederas] de la vida eterna”⁴.

El élder Richard G. Scott explicó que “en la vida premortal se nos enseñó que el propósito de venir aquí era para ser probados y tener oportunidad de crecer”⁵. Ese crecimiento viene de tantas formas como personas que lo experimentan. Nunca he tenido que pasar por un divorcio, ni por el dolor y la inseguridad que provienen del abandono, ni he tenido la responsabilidad asociada con ser madre soltera; no he experimentado la muerte de un hijo, la infertilidad, ni la atracción hacia personas del mismo sexo; no he tenido que soportar el abuso ni una enfermedad crónica ni la adicción;



ésas no han sido mis oportunidades de crecimiento.

De modo que, ahora algunas de ustedes están pensando: “Hermana Stephens, ¿usted sencillamente no entiende!”. Yo les contesto que quizás tengan razón; no comprendo sus desafíos completamente, pero mediante *mis* pruebas y dificultades personales, las que han hecho que *yo* me pusiera de rodillas, he llegado a conocer bien a Aquél que sí entiende, Él, que es “experimentado en quebranto”⁶, que probó todas las cosas y entiende todo; y además, he vivido todas las pruebas terrenales que acabo de mencionar a través de la perspectiva de ser hija, madre, abuela, hermana, tía y amiga.

Nuestra oportunidad como hijas que guardan los convenios de Dios no es sólo la de aprender de nuestros propios desafíos; es la de unirnos en

empatía y en compasión al apoyar a otros miembros de la familia de Dios en sus dificultades, conforme hemos hecho convenio de hacerlo.

Al hacerlo, también llegamos a entender y a confiar en que el Salvador conoce las dificultades del camino y nos puede guiar a lo largo de cualquier tristeza y decepción que debamos afrontar. Él es la verdadera caridad y Su amor “permanece para siempre”⁷ —en parte por medio de nosotras— al seguirlo a Él.

En calidad de hijas de Dios y discípulas de Jesucristo, entonces “[actuamos] de acuerdo con esa compasión que Dios ha puesto” en nuestro corazón⁸. Nuestra esfera de influencia no se limita a los integrantes de nuestra propia familia.

Hace poco tuve la oportunidad de visitar a la hermana Yazzie, de la Estaca Chinle, Arizona, en su casa. Cuando ella

me recibió, la primera cosa que noté fue la variedad de cuadros con fotos de familiares y misioneros en las paredes y en las mesas, así que le pregunté: “Hermana Yazzie, ¿cuántos nietos tiene?”.

Sorprendida por la pregunta, ella se encogió de hombros. Confundida por su respuesta, miré a su hija, la hermana Yellowhair, que respondió: “Ella no sabe cuántos nietos tiene; no los contamos; todos los niños la llaman ‘abuela’; ella es la abuela de todos”.

La hermana Yazzie no limita su amor y su influencia a su familia biológica; ella entiende lo que significa ampliar su esfera de influencia conforme hace el bien, bendice, enseña y defiende a la familia de Dios; comprende que “siempre que una mujer fortalece la fe de un niño, contribuye a la fuerza de la familia, tanto en la actualidad como en el futuro”⁹.

La tercera frase de la canción explica el propósito de la vida terrenal: **“El Padre preparó el sitio ideal para que nazca yo”**. El Salvador enseñó: “Sed uno; y si no sois uno, no sois míos”¹⁰. En la proclamación sobre la familia se enseña que, en calidad de hijas procreadas como espíritu por padres celestiales, tenemos una naturaleza divina, una identidad y un propósito eternos. Dios desea que seamos uno; Dios necesita que seamos uno: hijas que guardan los convenios, unidas a pesar de las diferencias de nuestra vida individual¹¹, y que desean aprender todo lo que se requiera para volver a Su presencia, selladas a Él como parte de Su familia eterna.

“Las ordenanzas y los convenios sagrados disponibles en los santos templos hacen posible que las personas regresen a la presencia de Dios y que las familias sean unidas eternamente”¹². Las ordenanzas que recibimos y los convenios que hacemos en



el bautismo y en los santos templos conectan a la familia de Dios en los dos lados del velo, ligándonos a nuestro Padre mediante Su Hijo, quien oró: “para que todos sean uno, como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros”¹³.

Conforme utilizamos nuestro tiempo en la mortalidad para estudiar y aplicar las enseñanzas del Salvador, llegamos a ser más como Él; llegamos a entender que Él es el camino, la única manera en que podemos superar los desafíos terrenales, ser sanadas y volver a nuestro hogar celestial.

La última frase de la canción vuelve adonde empezó: **“Como muestra de Su amor, la familia es de Dios”**. El plan del Padre para Sus hijos es un plan de amor; es un plan para unir a Sus hijos —a Su familia— con Él. El élder Russell M. Nelson enseñó: “El Padre Celestial no tiene sino sólo dos deseos para Sus hijos... la inmortalidad y la vida eterna, ‘que significa vivir con Él de regreso en nuestro hogar’¹⁴. Esos deseos pueden llevarse a cabo sólo si también compartimos el amor que el Padre Celestial tiene por Su familia al tender la mano y dar a conocer Su plan a otras personas.

Hace veinte años, la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce Apóstoles tendieron la mano al mundo entero al emitir la proclamación sobre la familia. Desde entonces, los ataques a la familia han incrementado.

Si vamos a tener éxito en nuestras sagradas responsabilidades como hijas de Dios, debemos entender el significado eterno de enseñar las verdades sobre el plan de nuestro Padre Celestial para Su familia y nuestra responsabilidad individual de hacerlo. El presidente Howard W. Hunter explicó:

“...hay una gran necesidad de reunir a las mujeres de la Iglesia para



que se unan a los hermanos y traten de oponerse a la corriente del mal que nos rodea, y de hacer avanzar la obra de nuestro Salvador...

“Las exhortamos a ministrar con su gran influencia para bien a fin de fortalecer a nuestras familias, a la Iglesia y a la comunidad”¹⁵.

Hermanas, tenemos sentido de pertenencia; se nos ama; se nos necesita; tenemos un propósito, una labor, un lugar y una función divinos en la Iglesia y reino de Dios, y en Su familia eterna. ¿Comprenden, en lo profundo del alma, que Su Padre Celestial las ama y desea que ustedes y sus seres queridos estén con Él? Así como “el Padre Celestial y Su Hijo Jesucristo son perfectos... Sus esperanzas concernientes a [nosotras] son perfectas”¹⁶. Su plan para nosotras es perfecto y Sus promesas ciertas. De estas verdades testifico con agradecimiento. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTES

1. Véase “La familia es de Dios”, en *Las familias son eternas: Bosquejo del Tiempo para compartir 2014*, 2013, págs. 28–29.

2. “La Familia: Una Proclamación para el Mundo” *Liahona*, noviembre de 2010, pág. 129.
3. Lema de las Mujeres Jóvenes, en *Mujeres Jóvenes, Progreso Personal*, librito, 2009, pág. 3.
4. “La Familia: Una Proclamación para el Mundo”.
5. Richard G. Scott, “Haz del ejercicio de tu fe tu mayor prioridad”, *Liahona*, noviembre de 2014, pág. 92.
6. Isaías 53:3.
7. Moroni 7:47.
8. José Smith, en *Hijas en Mi reino: La historia y la obra de la Sociedad de Socorro*, 2011, pág. 18.
9. *Hijas en Mi reino*, pág. 176.
10. Doctrina y Convenios 38:27.
11. Véase de Patricia T. Holland, “‘One Thing Needful’: Becoming Women of Greater Faith in Christ”, *Ensign*, octubre de 1987, págs. 26–33.
12. “La Familia: Una Proclamación para el Mundo”.
13. Juan 17:21.
14. R. Scott Lloyd, “God Wants His Children to Return to Him, Elder Nelson Teaches”, sección de Noticias de la Iglesia de lds.org, 28 de enero de 2014lds.org/church/news/god-wants-his-children-to-return-to-him-elder-nelson-teaches.
15. Howard W. Hunter, en *Hijas en Mi reino*, pág. 175; véase también “A las mujeres de la Iglesia”, *Liahona*, enero de 1993, págs. 106–108.
16. M. Russell Ballard, “Let Us Think Straight” Devocional de la Universidad Brigham Young del 20 de agosto de 2013; speeches.byu.edu.



Por **Bonnie L. Oscarson**
Presidenta General de las Mujeres Jóvenes

Defensoras de la Proclamación sobre la Familia

Ayudemos a edificar el reino de Dios manteniéndonos firmes y siendo defensoras del matrimonio, la maternidad y el hogar.

Qué privilegio y placer es formar parte de esta maravillosa asamblea de jovencitas y mujeres! Qué bendecidas somos como mujeres por estar reunidas esta noche en unidad y en amor.

Hace poco leí la historia de Marie Madeline Cardon, quien, con su familia, recibió el mensaje del evangelio restaurado de Jesucristo de los primeros

misioneros llamados en 1850 a prestar servicio en Italia. Cuando se bautizaron, ella tendría unos diecisiete o dieciocho años. Un domingo, mientras la familia se hallaba reunida para adorar al Señor en su casa de las montañas de los Alpes, en el norte de Italia, un grupo de hombres furiosos, entre ellos algunos ministros religiosos locales, rodearon la casa y empezaron a vociferar,

gritando para que sacaran afuera a los misioneros. No creo que estuvieran ansiosos de que les enseñaran el Evangelio, querían hacerles daño. La que salió a enfrentar a la pandilla fue la joven Marie.

Los hombres continuaron vociferando y exigiendo que sacaran a los misioneros. Marie levantó la mano en la que tenía la Biblia y les mandó que se fueran; les dijo que los élderes estaban bajo su protección y que no dañarían ni un pelo de su cabeza. Escuchen sus propias palabras: “Se detuvieron, atónitos... Dios estaba conmigo; Él me puso esas palabras en la boca; yo no habría podido decirlas. Todo se calmó al instante y aquel grupo de hombres fuertes y feroces quedó desarmado frente a una muchacha débil y temblorosa, pero intrépida”. Los ministros religiosos pidieron a los hombres que se fueran, lo cual hicieron avergonzados, temerosos y apesadumbrados. El pequeño rebaño de fieles terminó su reunión en paz¹.

¿Se imaginan a aquella valiente jovencita, de la misma edad que muchas de ustedes, enfrentando a una pandilla y defendiendo sus nuevas creencias con valor y convicción?

Hermanas, pocas de nosotras tendremos que enfrentar a una chusma enardecida, pero en este mundo se está luchando una guerra en la que están bajo ataque nuestras doctrinas más preciadas y básicas; me refiero específicamente a la doctrina de la familia. La santidad del hogar y los propósitos esenciales de la familia se cuestionan, se critican y se atacan por todas partes.

Cuando el presidente Gordon B. Hinckley leyó por primera vez, hace veinte años este año, “La familia: Una Proclamación para el Mundo”, nos sentimos agradecidos por ese documento revelador, y apreciamos la





claridad, la sencillez y la verdad del mismo. Sin embargo, en ese entonces no nos dimos cuenta lo mucho que íbamos a necesitar esas declaraciones básicas hoy en día como la norma para juzgar cada nueva ráfaga de creencias mundanas que nos llega a través de las publicaciones, internet, los eruditos, la televisión, el cine, e incluso los legisladores. La proclamación sobre la familia se ha convertido en nuestro modelo para juzgar las filosofías del mundo; y testifico que los principios que allí se declaran son tan verdaderos hoy como lo eran hace casi veinte años, cuando los recibimos de un profeta de Dios.

¿Me permiten señalar algo que es obvio? La vida rara vez transcurre exactamente como la planeamos, y somos conscientes de que no todas las mujeres están en la situación que describe la proclamación; pero aun así es importante entender y enseñar el modelo del Señor y esforzarnos lo mejor posible por lograrlo.

Cada una de nosotras tiene una función en el plan y es igualmente valorada ante los ojos del Señor. Debemos recordar que un amoroso Padre Celestial conoce nuestros deseos justos

y hará honor a Su promesa de que no se les negará nada a aquellos que guarden fielmente los convenios que han hecho. Él tiene una misión y un plan para cada una de nosotras, pero tiene Su propio tiempo. Uno de los grandes desafíos de esta vida es tener fe en el tiempo oportuno del Señor. Es buena idea tener un plan alternativo, lo cual nos ayudará a guardar los convenios y a ser mujeres caritativas e íntegras que edifiquen el reino de Dios, pase lo que pase en la vida. Debemos enseñar a nuestras hijas a aspirar a lo ideal, pero prepararse para las contingencias.

Durante este vigésimo aniversario de la Proclamación, quiero extender a todas nosotras, las mujeres de la Iglesia, el desafío de ser defensoras de “La Familia: Una Proclamación para el Mundo”. Así como Marie Madeline Cardon defendió valientemente sus nuevas creencias y a los misioneros, es preciso que defendamos intrépidamente las doctrinas reveladas del Señor sobre el matrimonio, la familia, la función divina del hombre y de la mujer, y la importancia del hogar como un lugar sagrado; aun cuando el mundo declare a voces que esos principios están pasados de moda,

son restrictivos o ya no son importantes. Toda persona, sea cual sea su estado civil, o cuántos hijos tenga, puede ser defensora del plan del Señor que se describe en la proclamación sobre la familia. Si es el plan del Señor, ¡también debe ser nuestro plan!

Hay tres principios que se enseñan en la Proclamación que creo que, en especial, requieren defensores firmes. El primero es el del matrimonio entre un hombre y una mujer. En las Escrituras se nos enseña que “en el Señor, ni el varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón”². Para que una persona logre la plenitud de las bendiciones del sacerdocio, debe haber un esposo y una esposa sellados en la Casa del Señor, esforzándose juntos en rectitud y manteniéndose fieles a sus convenios. Ése es el plan del Señor para Sus hijos, y ningún tipo de disertaciones ni críticas públicas cambiará lo que Él ha declarado. Es preciso que continuemos mostrando el modelo recto del matrimonio, procurando obtener esa bendición y teniendo fe si demora en llegar. Seamos defensoras del matrimonio que el Señor ha ordenado, al mismo tiempo que continuamos demostrando amor

y compasión por aquellos que tienen puntos de vista diferentes.

El siguiente principio que debemos defender es el de exaltar la función divina de la madre y del padre. Enseñamos con afán a nuestros hijos a que aspiren a metas elevadas en la vida; nos aseguramos de que nuestras hijas sepan que tienen el potencial de alcanzar y de ser todo lo que puedan imaginar. Esperamos que les guste aprender, ser instruidas, talentosas y hasta llegar a convertirse en otra Marie Curie o Eliza R. Snow.

¿Enseñamos también a nuestros hijos e hijas que no hay honor mayor, título más elevado ni papel más importante en la vida que el de ser madre o padre? Espero que al alentar a nuestros hijos para que traten de alcanzar lo mejor en la vida, también les enseñemos a honrar y enaltecer la función que tienen la madre y el padre en el plan del Padre Celestial.

Abby, nuestra hija menor, aprovechó una oportunidad especial de presentarse como defensora del papel de madre. Una vez, recibió una nota de la escuela de sus hijos diciendo que iban a tener un día para hacer presentaciones sobre diferentes carreras profesionales y se invitaba a los padres a enviar una solicitud si deseaban ir a la escuela y enseñar a los niños sobre su profesión. Abby tuvo la impresión de que debía ofrecerse para ir a hablarles sobre ser madre. No le contestaron nada, así que, cuando se acercaba el día, llamó por teléfono a la escuela pensando que tal vez hubieran perdido su solicitud. Los organizadores entonces trataron de encontrar a alguien que accediera a que Abby fuera a hablarles y dos maestras aceptaron que fuera a su clase al final del día.

En su amena presentación a los niños les enseñó, entre otras cosas, que como madre tenía que tener conocimientos de medicina, psicología,



religión, enseñanza, música, literatura, arte, economía, decoración, peluquería, transporte, deportes, cocina y mucho más. Los niños quedaron impresionados. Al final, hizo que los niños reconocieran a su mamá escribiéndole una nota de agradecimiento por los muchos actos de servicio amoroso que recibían de ella diariamente. Abby sintió que los niños adquirieron una nueva perspectiva de su madre y vieron que el ser madre o padre era algo de gran valor. Este año volvió a presentar una solicitud para ir a hablar a los niños ese día y la invitaron a hacer la presentación en seis clases.

Esto es lo que ha dicho de su experiencia: “Pienso que en el mundo de hoy podría ser fácil que un niño tenga la idea de que el ser padre o madre es una labor secundaria o incluso, a veces, una inconveniencia necesaria. Quiero que

todo niño sienta que es la máxima prioridad de sus padres, y tal vez el decirles cuán importante es para mí ser madre les ayude a darse cuenta de lo que sus padres hacen por ellos y por qué”.

Nuestro querido profeta, el presidente Thomas S. Monson, es un magnífico ejemplo de quien honra a la mujer y la maternidad, y especialmente a su propia madre. En cuanto a nuestra madre terrenal, él dijo: “Que cada uno de nosotros atesore esta verdad: No podemos olvidar a nuestra madre y recordar a Dios. No podemos recordar a nuestra madre y olvidar a Dios. ¿Por qué? Porque esas dos personas sagradas, Dios y [nuestra] madre [terrenal], que son compañeros en la creación, en el amor, en el sacrificio y en el servicio, son como una sola”³.

El último principio que debemos defender es la santidad del hogar.



Por el presidente Henry B. Eyring
Primer Consejero de la Primera Presidencia

Es preciso que ennoblezcamos un término que se menciona a veces con menosprecio: *ama de casa*. Todos nosotros —mujeres, hombres, jóvenes, niños, solteros o casados— podemos esforzarnos por ser amos de casa. Debemos hacer de nuestra casa un lugar de orden, de refugio, de santidad y de protección. Nuestra casa debe ser un lugar donde se sienta el Espíritu del Señor en abundancia y donde se estudien, enseñen y pongan en práctica las Escrituras y el Evangelio. Cuán diferente sería el mundo si todas las personas se vieran sí mismas como responsables de establecer hogares de rectitud. Defendamos el hogar como el sitio que ocupa el segundo lugar en santidad después del templo.

Hermanas, estoy agradecida de ser una mujer que vive en estos últimos días; tenemos oportunidades y posibilidades que ninguna otra generación de mujeres ha tenido en el mundo. Ayudemos a edificar el reino de Dios manteniéndonos firmes y siendo defensoras del matrimonio, la maternidad y el hogar. El Señor necesita que seamos guerreras valientes, firmes e inamovibles que defiendan Su plan y enseñen Sus verdades a las generaciones por venir.

Testifico que el Padre Celestial vive y que ama a cada una de nosotras. Su Hijo Jesucristo es nuestro Salvador y Redentor. Dejo con ustedes este testimonio en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Véase de Marie Madeline Cardon Guild, “Marie Madeline Cardon Guild: An Autobiography,” cardonfamilies.org/Histories/MarieMadelineCardonGuild.html; véase también Marie C. Guild, autobiografía, alrededor de 1909, Biblioteca de Historia de la Iglesia, Salt Lake City, Utah, EE.UU.
2. 1 Corintios 11:11.
3. Véase de Thomas S. Monson, “He ahí tu madre”, *Liahona*, abril de 1998, pág. 7.

El Consolador

Testifico que el Cristo viviente envía al Espíritu Santo a aquellos a quienes nosotros hemos prometido ayudarlo a consolar.

Mis amadas hermanas, ha sido un gozo para mí estar con ustedes. He pensado en mi madre, mi esposa, mis hijas, mis nueras y mis nietas —algunas de las cuales están aquí hoy. Este magnífico programa me ha hecho apreciarlas más. Reconozco que el haber tenido una familia y una vida familiar tan maravillosa se debe a que la vida de ellas se centra en el Salvador. Lo hemos recordado esta noche con música, oraciones y sermones inspirados. Uno de los atributos que más apreciamos del Salvador es Su compasión infinita.

Esta noche ustedes han sentido que Él las conoce y las ama; han sentido Su amor por quienes están sentadas a su alrededor; son sus hermanas, hijas de nuestro Padre Celestial, procreadas como espíritus. Él se interesa por ellas como se interesa por ustedes; Él comprende todos sus pesares; Él quiere socorrerlas.

Mi mensaje para ustedes esta noche es que pueden y deben ser una parte importante de proporcionar el consuelo que Él da a quienes necesitan consuelo. Pueden cumplir con su parte mejor si entienden mejor la forma en



que Él contesta las oraciones que suplican Su ayuda.

Muchas personas oran al Padre Celestial para recibir alivio, por ayuda para llevar sus cargas de aflicción, soledad y temor. Él oye esas oraciones y comprende sus necesidades; Él y Su Amado Hijo, el Jesucristo resucitado, han prometido ayuda.

Jesucristo hizo esta dulce promesa:

“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.

“Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas.

“Porque mi yugo es fácil y ligera mi carga”¹.

Las cargas que tienen que llevar Sus siervos fieles en la vida se aligeran por medio de Su expiación. La carga del

pecado se puede quitar; pero las pruebas de la vida terrenal aún pueden ser pesadas cargas para la gente buena.

Ustedes han visto ese tipo de pruebas en la vida de personas buenas a quienes aman, y han sentido el deseo de ayudarlas. Existe una razón para los sentimientos de compasión que sienten hacia ellas.

Ustedes son miembros bajo convenio de la Iglesia de Jesucristo. Al entrar en la Iglesia, se inició un gran cambio en su corazón; hicieron un convenio y recibieron una promesa que empezó a cambiar su naturaleza misma.

Con las palabras que Alma dijo en las aguas de Mormón, él describió lo que ustedes prometieron cuando se bautizaron y lo que significará para ustedes y para todas las personas a su alrededor, en especial las de su familia.

Se dirigía a los que estaban a punto de hacer los convenios que ustedes hicieron, y ellos también recibieron la promesa que el Señor les hizo a ustedes:

“He aquí las aguas de Mormón (porque así se llamaban); y ya que deseáis entrar en el redil de Dios y ser llamados su pueblo, y estáis dispuestos a llevar las cargas los unos de los otros para que sean ligeras;

“sí, y estáis dispuestos a llorar con los que lloran; sí, y a consolar a los que necesitan de consuelo, y ser testigos de Dios en todo tiempo, y en todas las cosas y en todo lugar en que estuviereis, aun hasta la muerte, para que seáis redimidos por Dios, y seáis contados con los de la primera resurrección, para que tengáis vida eterna”².

Es por eso que ustedes tienen el deseo de ayudar a una persona que lucha por seguir adelante llevando la carga del dolor y la dificultad. Ustedes prometieron que ayudarían al Señor a hacer que sus cargas fueran ligeras y recibieran consuelo. Se les dio el poder de ayudar a aligerar esas cargas cuando recibieron el don del Espíritu Santo.

Cuando estaba a punto de ser crucificado, el Salvador describió la forma en que Él aligera las cargas y da fortaleza para soportarlas. Él sabía que Sus discípulos se apenarían; sabía que temerían el futuro; sabía que dudarían de su capacidad para seguir adelante.

De modo que les dio la promesa que Él nos hace a nosotros y a todos Sus verdaderos discípulos:

“Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre:

“El Espíritu de verdad, al que el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros y estará en vosotros”³.

Y después prometió:





manera que el Señor prometió: Él y el Padre Celestial enviaron a sus discípulos el Espíritu Santo, en calidad de Consolador, para brindar ayuda.

Recientemente, tres generaciones de una familia lloraban la muerte de un niño de cinco años. Murió en un

Bombay, India.



“Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que os he dicho.

“La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón ni tenga miedo”⁴.

En estas últimas semanas he visto la promesa de que enviaría el Espíritu Santo cumplirse en la vida de hijos de Dios que suplicaban en oración que se aligeraran sus cargas. El milagro de que se aligeraran las cargas ocurrió de la

accidente mientras estaba de vacaciones con su familia. Se me dio la oportunidad de observar, una vez más, la manera en que el Señor bendice a quienes son fieles con alivio y fortaleza para soportar las pruebas.

Observé cómo el Señor aligeró su gran carga. Estuve con ellos como siervo bajo convenio del Señor —como se encontrarán ustedes con frecuencia en la vida— para “llorar con los que lloran... y... consolar a los que necesitan de consuelo”⁵.

Puesto que sabía que eso era verdad, me sentí complacido y en paz cuando los abuelos me pidieron que me reuniera con ellos y los padres del niño antes del funeral.

Oré a fin de saber cómo podía ayudar al Señor a consolarlos. Se sentaron conmigo en nuestra sala de estar, donde había encendido la chimenea para calentar la habitación aquella noche fría.

Sentí que debía decirles que los amaba, y les dije que sentía el amor que el Señor tenía por ellos. En pocas palabras, traté de decirles que yo sufría por ellos, pero que sólo el Señor conocía y podía sentir su pesar y dolor perfectamente.

Después de decirles esas palabras, tuve la impresión de escuchar con amor mientras ellos expresaban sus sentimientos.

Durante la hora que estuvimos juntos, ellos hablaron mucho más que yo; al oír sus voces y ver sus ojos pude sentir que el Espíritu Santo estaba influyendo en ellos. Con palabras sencillas de testimonio, hablaron de lo que ocurrió y sobre cómo se sentían. El Espíritu Santo ya les había dado la paz que viene con la esperanza de la vida eterna, cuando su hijo, que había muerto sin pecado, estaría con ellos para siempre.

Al dar a cada uno de ellos una bendición del sacerdocio, di gracias por la influencia del Espíritu Santo que estaba presente. El Consolador había venido para traernos esperanza, valor y mayor fortaleza a todos.

Esa noche, vi cómo el Señor nos usa a nosotros para aligerar las cargas de Su pueblo. Recordarán el relato en el Libro de Mormón cuando Su pueblo fue casi destruido debido a las pesadas cargas que les impusieron los crueles capataces.



El pueblo suplicó alivio, al igual que lo hacen muchos de aquellos a quienes amamos y servimos. Así dice el registro, el cual sé que es verdadero:

“Y también aliviaré las cargas que pongan sobre vuestros hombros, de manera que no podréis sentir las sobre vuestras espaldas, mientras estéis en servidumbre; y esto haré yo para que me seáis testigos en lo futuro, y para que sepáis de seguro que yo, el Señor Dios, visito a mi pueblo en sus aflicciones.

“Y aconteció que las cargas que se imponían sobre Alma y sus hermanos fueron aliviadas; sí, el Señor los fortaleció de modo que pudieron soportar sus cargas con facilidad, y se sometieron alegre y pacientemente a toda la voluntad del Señor”⁶.

He presenciado ese milagro una y otra vez. La mejor manera de aliviar las cargas de los demás es ayudar al Señor a fortalecerlos. Es por eso que el Señor incluyó en nuestro mandato de consolar a los demás el decreto de ser Sus testigos en todo momento y en todo lugar.

Esa noche, el padre y la madre del niño testificaron del Salvador en la sala de estar de mi casa; el Espíritu Santo estuvo presente y todos recibimos consuelo. Los padres fueron fortalecidos; la carga del dolor no desapareció, pero fueron capaces de soportar el pesar. Su

fe creció; y su fortaleza seguirá aumentando a medida que rueguen por ella y vivan de modo de merecerla.

El testimonio del Espíritu acerca de la Expiación que recibimos esa noche también fue lo que fortaleció a Job para llevar su carga:

“Yo sé que mi Redentor vive, y que al final se levantará sobre el polvo.

“Y después de deshecha ésta mi piel, aún he de ver en mi carne a Dios”⁷.

Fue el testimonio del Espíritu lo que le dio la fortaleza para perseverar. Él tendría que soportar el duelo y la falta de consuelo por parte de la gente que lo rodeaba a fin de ver el gozo que recibirán los fieles después de soportar fielmente sus pruebas.

Así ocurrió con Job; él recibió bendiciones en esta vida. Su historia concluye con este milagro:

“Y bendijo Jehová los postreros días de Job más que los primeros...”

“Y no había mujeres tan hermosas como las hijas de Job en toda la tierra; y su padre les dio herencia entre sus hermanos.

“Y después de esto vivió Job ciento cuarenta años, y vio a sus hijos y a los hijos de sus hijos, hasta la cuarta generación.

“Y murió Job anciano y lleno de días”⁸.

Fue el testimonio del Espíritu acerca de la futura Expiación que ayudó a Job

a soportar las pruebas que deliberadamente incluye la vida, como en la de todos. Eso es parte del gran plan de felicidad que el Padre nos dio. Él permitió que Su Hijo, mediante Su sacrificio expiatorio por nosotros, nos proporcionara la esperanza que nos consuela, no importa cuán difícil sea el camino de regreso a Él.

El Padre y el Hijo envían al Espíritu Santo para consolar y fortalecer a los discípulos del Maestro en su trayecto.

Vi ese milagro de consuelo al llegar a la capilla donde se llevó a cabo el funeral del niño. Una hermosa mujer joven, que no reconocí, me detuvo. Me dijo que venía al funeral para mostrar su dolor y dar consuelo, si podía.

Dijo que había venido al funeral, en parte, en busca de consuelo para ella misma. Mencionó que su primera hija había muerto hacía poco. Llevaba en los brazos a una hermosa niña; me incliné para mirar el rostro sonriente de la niña. Le pregunté a la mamá: “¿Cómo se llama?”. Su respuesta rápida y alegre fue: “Se llama Joy, o Alegría. La alegría siempre viene después del dolor”.

Me estaba expresando su testimonio. Me di cuenta de que había recibido paz y consuelo de la única fuente segura. Solamente Dios conoce el corazón, así que sólo Él puede decir verdaderamente: “Sé cómo te sientes”. Yo sólo puedo imaginar el gozo que ella sentía y el dolor que lo precedió; pero el Señor, que la ama, sabe.

Sé sólo parcialmente cuánto gozo Él siente cuando ustedes, en calidad de Sus discípulas, lo ayudan a dar momentos de paz y gozo a un hijo de nuestro Padre Celestial.

Testifico que el Señor nos ha pedido a cada uno de nosotros, Sus discípulos, que nos ayudemos a llevar las cargas los unos de los otros. Hemos prometido hacerlo. Testifico que el Señor,

mediante Su expiación y resurrección, ha quebrantado el poder de la muerte. Testifico que el Cristo viviente envía al Espíritu Santo, el Consolador, a aquellos a quienes nosotros hemos prometido ayudarlo a consolar.

Todos ustedes son testigos, como lo soy yo, de la verdad de las palabras escritas en el broche que mi madre usó por más de veinte años como miembro de la mesa directiva general de la Sociedad de Socorro. Decía: “La caridad nunca deja de ser”⁹. Todavía no sé el significado completo de esas palabras, pero he vislumbrado un destello al verla tender una mano a las personas necesitadas. Las Escrituras nos enseñan esta verdad: “la caridad es el amor puro de Cristo”¹⁰.

Su amor nunca falla, y nunca dejaremos de sentir en el corazón la necesidad de “llorar con los que lloran... y... consolar a los que necesitan de consuelo”¹¹; ni tampoco nos dejará jamás la paz que Él promete si servimos a los demás en Su nombre.

Como Su testigo, expreso gratitud por lo que ustedes hacen tan bien para ayudar al Señor Jesucristo viviente y al Espíritu Santo, el Consolador, a fortalecer las rodillas debilitadas y levantar las manos caídas¹². Agradezco, de todo corazón, por las mujeres en mi vida que me han ayudado y me han bendecido al ser verdaderas discípulas de Jesucristo. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Mateo 11:28–30.
2. Mosiah 18:8–9.
3. Juan 14:16–17.
4. Juan 14:26–27.
5. Mosiah 18:9.
6. Mosiah 24:14–15.
7. Job 19:25–26.
8. Job 42:12, 15–17.
9. 1 Corintios 13:8.
10. Moroni 7:47.
11. Mosiah 18:9.
12. Véase Doctrina y Convenios 81:5.





Por el presidente Henry B. Eyring
Primer Consejero de la Primera Presidencia

“¿No es [éste] más bien el ayuno que yo escogí?”

La ofrenda de ayuno de ustedes hará más que alimentar y vestir cuerpos; sanará y cambiará corazones.

Mis queridos hermanos y hermanas, me regocijo al extenderles mi amor en esta conferencia general de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Ese gozo procede del testimonio del Espíritu de que el amor del Salvador se extiende a cada uno de ustedes y a todos los hijos de nuestro Padre Celestial. Él desea bendecir a Sus hijos espiritual y temporalmente; Él comprende cada una de sus necesidades, dolores y esperanzas.

Cuando socorremos a alguien, el Salvador lo considera como si lo hubiéramos socorrido a Él.

Nos dijo que era así cuando describió un momento futuro que todos viviremos cuando lo veamos al concluir nuestra vida en este mundo. Mi imagen mental de ese día ha sido cada vez más vívida durante los días que he orado y ayunado para saber qué decir esta mañana. El Señor describió esa entrevista futura a Sus discípulos, y ella delinea lo que anhelamos con todo el corazón que nos suceda a nosotros:

“Entonces el Rey dirá a los que estén a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo.

“Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis;

“estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; estuve en la cárcel, y vinisteis a mí.

“Entonces los justos le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te sustentamos?, ¿o sediento y te dimos de beber?

“¿Y cuándo te vimos forastero y te recogimos?, ¿o desnudo y te cubrimos?

“¿O cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte?

“Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de éstos, mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis”¹.

Ustedes y yo queremos esa cálida bienvenida del Salvador; pero, ¿cómo merecerla? Hay más hijos de nuestro Padre Celestial hambrientos, sin hogar y solos de los que posiblemente podamos ayudar; y sus números crecen más allá de nuestra capacidad.

Por lo tanto, el Señor nos ha dado algo que cada uno de nosotros puede hacer. Es un mandamiento tan sencillo que hasta un niño puede entenderlo; es un mandamiento con una promesa maravillosa tanto para quienes están necesitados como para nosotros.

Se trata de la ley del ayuno. Las palabras en el libro de Isaías son la descripción que el Señor hace del mandamiento y la bendición que está





al alcance de los que pertenecemos a Su Iglesia:

“¿No es más bien el ayuno que yo escogí: desatar las ligaduras de la maldad, soltar las cargas de opresión, y dejar libres a los quebrantados y romper todo yugo?

“¿No consiste en que compartas tu pan con el hambriento y a los pobres errantes alojes en tu casa; en que cuando veas al desnudo, lo cubras y no te escondas del que es tu propia carne?

“Entonces nacerá tu luz como el alba, y tu salud se manifestará pronto; e irá tu rectitud delante de ti, y la gloria de Jehová será tu retaguardia.

“Entonces invocarás, y te responderá Jehová; clamarás, y dirá él: Heme aquí. Si quitas de en medio de ti el yugo, el señalar con el dedo y el hablar vanidad;

“y si extiendes tu alma al hambriento y sacias al alma afligida, en las tinieblas nacerá tu luz, y tu oscuridad será como el mediodía;

“y Jehová te guiará siempre, y en las sequías saciará tu alma y dará vigor a tus huesos; y serás como huerto de riego y como manantial cuyas aguas nunca faltan”².

De modo que, el Señor nos ha dado un mandamiento sencillo con una promesa maravillosa. Actualmente, en la Iglesia se nos ofrece la oportunidad de ayunar una vez al mes y dar una ofrenda de ayuno generosa por medio del obispo o el presidente de rama para el beneficio del pobre y del necesitado. Algunas ofrendas se emplearán para ayudar a quienes los rodean, incluso tal vez a algún miembro de su familia. Los siervos del Señor orarán y ayunarán para recibir revelación a fin de saber a quién ayudar y qué tipo de ayuda ofrecer. Lo que no se precise para ayudar a las personas en su unidad local se pondrá a disposición para bendecir a otros miembros de la Iglesia alrededor del mundo que tengan necesidades.

El mandamiento de ayunar por los pobres trae consigo muchas bendiciones. El presidente Spencer W. Kimball dijo que el incumplimiento de esta ley se considera un pecado de omisión con un costo muy elevado. Él escribió: “... el Señor extiende ricas promesas a aquellos que ayunan y prestan ayuda al necesitado... La inspiración y la orientación espiritual vendrán junto con la rectitud y el acercamiento a nuestro

Padre Celestial. La omisión de este acto justo del ayuno nos privaría de estas bendiciones”³.

Recibí una de esas bendiciones hace unos días. Dado que la conferencia general cae en un fin de semana que normalmente incluiría una reunión de ayuno y testimonios, ayuné y oré para saber cómo debía seguir siendo obediente al mandamiento de cuidar del necesitado.

El sábado, mientras estaba ayunando, me desperté a las 6 de la mañana y volví a orar. Tuve la impresión de consultar las noticias del mundo, donde leí la siguiente información:

El ciclón tropical Pam destruyó muchos hogares al pasar por Port Vila, la capital de Vanuatu. Hubo al menos seis personas muertas, las primeras confirmadas, a causa de una de las tormentas más poderosas que haya golpeado la isla.

“Apenas quedan árboles en pie tras el paso [del ciclón]” por la nación isleña del Pacífico⁴.

El equipo de evaluación de emergencias de World Vision planeaba estimar los daños cuando se calmara la tormenta.

Aconsejaron a los residentes que buscaran refugio en edificios robustos, como universidades y escuelas.



Luego dijeron: “Lo más fuerte que tienen son las iglesias de cemento”, declaró Inga Mepham, [de] CARE International... ‘Algunos ni siquiera tienen eso. Es difícil encontrar una estructura que parezca capaz de soportar [una tormenta] de categoría 5’⁵.

Cuando leí la noticia, recordé haber visitado algunos hogares en Vanuatu. Pude imaginarme a las personas acurrucadas en casas que estaban siendo destruidas por los vientos, y recordé la cálida bienvenida que me ofrecieron las personas allí. Pensé en ellas y en sus vecinos huyendo en busca de refugio en nuestra capilla de cemento.

Entonces me imaginé al obispo y a la presidenta de la Sociedad de Socorro caminando entre ellos, consolándolos, dándoles frazadas, comida y agua. Podía visualizar a los niños asustados, acurrucados juntos.

Se hallaban tan lejos de la casa donde leí ese reporte, sin embargo, yo sabía lo que el Señor iba a estar haciendo por medio de Sus siervos. Sabía que lo que hacía posible que socorrieran a esos hijos del Padre Celestial eran las ofrendas de ayuno donadas generosamente por los discípulos del Señor que se hallaban lejos de ellos, pero cerca de Dios.

Así que no esperé hasta el domingo, y esa misma mañana llevé una ofrenda de ayuno a mi obispo. Sé que el obispo y la presidenta de la Sociedad de Socorro pueden usar esa ofrenda para ayudar a alguien de mi vecindario. Mi pequeña ofrenda tal vez no se necesite cerca de donde vivo con mi familia y puede que el excedente local de mis ofrendas llegue incluso a Vanuatu.

Pero habrá otras tormentas y tragedias en el mundo que afectarán a personas a las que el Señor ama y cuyos pesares Él siente. Parte de la ofrenda de ustedes y de la mía de este mes se empleará para ayudar a alguien, en algún lugar, cuyo alivio el Señor sentirá como si fuera Suyo.

La ofrenda de ayuno de ustedes hará más que alimentar y vestir cuerpos; sanará y cambiará corazones. El fruto de una ofrenda voluntaria puede ser el deseo en el corazón de quien la ha recibido de ayudar a otras personas necesitadas. Eso sucede en todo el mundo.

Ocurrió en la vida de la hermana Abie Turay, de Sierra Leona, donde una guerra civil que se desencadenó en 1991 azotó el país durante años. Sierra Leona ya era uno de los países más pobres del mundo. “Durante la guerra, no estaba claro quién controlaba el país —los bancos... cerraron, las oficinas gubernamentales fueron destruidas, la policía era ineficiente contra las fuerzas rebeldes... y cundía el caos, la muerte y el pesar. Decenas de miles de personas perdieron la vida y más de dos millones tuvieron que huir de sus hogares para evitar que fueran asesinadas”⁶.

Aún durante esa época, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días creció.

Una de las primeras ramas se organizó en la ciudad donde vivía la hermana Turay. Su esposo fue el primer presidente de rama y sirvió como presidente de distrito durante la guerra civil.

“Cuando la hermana Turay recibe invitados en su casa [ahora], le encanta mostrarles dos [tesoros] que conservó

de la guerra: una camisa de rayas blancas y azules [que recibió] en un paquete de ropa usada [donada por miembros de la Iglesia], y una frazada que ahora está gastada y llena de agujeros”⁷.

Ella dice: “Esta camisa es la primera... prenda de vestir que [recibí]... Me la ponía para ir a trabajar —era muy buena. [Me hacía sentir muy hermosa]. Yo no tenía otra ropa”.

“Esta frazada nos mantuvo abrigados a mí y a mis hijos durante la guerra. Cuando los rebeldes [vinieron] a atacarnos, esto fue lo único que [pude] agarrar [al huir hacia los arbustos para ocultarnos]; así que la [llevábamos] con nosotros, nos mantenía abrigados y a salvo de los mosquitos”⁸.

“La hermana Turay menciona su gratitud por un presidente de misión que se abrió camino por un país devastado por la guerra con [dinero] en el bolsillo”. Ese dinero, de donaciones de ofrendas de ayuno de personas como ustedes, permitió a los santos comprar alimentos que la mayoría de los habitantes del país no podían adquirir”⁹.

La hermana Turay dice de quienes fueron lo bastante generosos como para hacer donaciones que a ellos les permitieron sobrevivir: “Cuando pienso [en] la gente que hizo eso... siento que [fueron] enviados por Dios, pues seres humanos comunes y corrientes tuvieron un gesto amable con [nosotros]”¹⁰.

Un visitante de los Estados Unidos estuvo con Abie recientemente. Mientras estaba con ella “notó un juego de Escrituras sobre la mesa”. Percibió que eran un tesoro: estaban “bien marcadas y tenían anotaciones en las columnas; las páginas estaban [gastadas], algunas incluso rotas, y la cubierta estaba despegada del libro”.

Tomó las Escrituras en la “mano y dio vuelta a las páginas con delicadeza. Al [hacerlo, halló una] copia amarilla

de un formulario de donativos y pudo ver cómo, en un país donde un [dólar vale su] peso en oro, Abie Turay había pagado un dólar de diezmo, un dólar al fondo misional y un dólar como ofrenda de ayuno para quienes, en sus propias palabras, eran ‘realmente pobres’.

El visitante cerró las Escrituras de la hermana Turay y pensó, mientras se hallaba con esa fiel madre de África, que estaba en tierra santa¹¹.

Así como el recibir la bendición de la ofrenda de ayuno de ustedes y la mía puede cambiar corazones, lo mismo ocurre cuando ayunamos por otras personas. Hasta un niño puede sentirlo.

Por razones personales, a muchos niños y algunos adultos puede resultarles difícil ayunar 24 horas. Podría ser, en las palabras de Isaías, que sientan que el ayuno ha “afligido su alma”. Los padres prudentes reconocen esa posibilidad y tienen cuidado de seguir el consejo del presidente Joseph F. Smith: “Es mejor enseñarles el principio y dejarles observarlo cuando tengan la edad suficiente para escoger con inteligencia”¹².

Recientemente apreció la bendición de ese consejo. Uno de mis nietos había descubierto que un ayuno de 24 horas supera su capacidad de resistencia,

pero aun así, sus sabios padres plantaron dicho principio en su corazón. Uno de sus amigos de la escuela perdió a un primo por muerte accidental. Mi nieto le preguntó a su madre durante el domingo de ayuno, a la misma hora que en el pasado había considerado que continuar el ayuno era demasiado arduo, si su apesadumbrado amigo se sentiría mejor si él seguía ayunando.

Su pregunta era la confirmación del consejo del presidente Joseph F. Smith. Mi nieto había llegado al punto donde no sólo comprendía el principio del ayuno, sino que se le había arraigado en el corazón. Había llegado a sentir que su ayuno y sus oraciones podían traer como resultado una bendición de Dios para alguien necesitado. Si vive el principio con suficiente frecuencia, sentirá en su vida los maravillosos efectos que promete el Señor: tendrá la bendición espiritual del poder para recibir inspiración y mayor capacidad para resistir la tentación.

Desconocemos todas las razones por las que Jesucristo fue al desierto a ayunar y orar, pero sí sabemos al menos uno de los efectos: el Salvador resistió por completo las tentaciones de Satanás de usar incorrectamente Su poder divino.

Tal vez el breve tiempo que ayunemos cada mes y la pequeña cantidad que ofrezcamos a los pobres produzca sólo una pequeña parte del cambio en nuestra naturaleza para no tener más el deseo de hacer lo malo. Sin embargo, existe una gran promesa cuando hacemos todo lo razonablemente posible para orar, ayunar y hacer una donación para las personas necesitadas:

“Entonces nacerá tu luz como el alba, y tu salud se manifestará pronto; e irá tu rectitud delante de ti, y la gloria de Jehová será tu retaguardia.

“Entonces invocarás, y te responderá Jehová; clamarás, y dirá él: Heme aquí”¹³.

Ruego que reclamemos esas grandes bendiciones para nosotros y para nuestra familia.

Testifico que Jesús es el Cristo, que en Su Iglesia se nos invita a ayudarlo a cuidar del pobre a Su manera, y que Él promete que recibiremos bendiciones sempiternas por ayudarlo. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Mateo 25:34–40.
2. Isaías 58:6–11.
3. Spencer W. Kimball, *El milagro del perdón*, 1969, pág. 96.
4. Véase de Steve Almasy, Ben Brumfield y Laura Smith-Spark, “Cleanup Begins in Vanuatu after Cyclone Batters islands”, 14 de marzo de 2015, edition.cnn.com.
5. Véase de Sean Morris, Steve Almasy y Laura Smith-Spark, “‘Unbelievable Destruction’ Reported in Tropical Cyclone Pam’s Wake”, 14 de marzo de 2015, edition.cnn.com.
6. Peter F. Evans, “Sister Abie Turay’s Story”, manuscrito sin publicar.
7. Peter F. Evans, “Sister Abie Turay’s Story”.
8. Cita de Abie Turay en “Sister Abie Turay’s Story” por Peter F. Evans.
9. Peter F. Evans, “Sister Abie Turay’s Story”.
10. Cita de Abie Turay en “Sister Abie Turay’s Story” por Peter F. Evans.
11. Peter F. Evans, “Sister Abie Turay’s Story”; un video sobre la hermana Turay, “We Did Not Stand Alone”, se puede ver en lds.org/media-library.
12. Joseph F. Smith, “Editor’s Table”, *Improvement Era*, diciembre de 1903, pág. 149.
13. Isaías 58:8–9.





Por el presidente **Boyd K. Packer**
Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles

El plan de felicidad

La finalidad de toda actividad de la Iglesia es ver que un hombre, una mujer y sus hijos sean felices en el hogar y sean sellados por esta vida y por toda la eternidad.

Hace muchos años, después de la Segunda Guerra Mundial, estaba asistiendo a la universidad cuando conocí a Donna Smith. Por ese entonces leí que dos ingredientes esenciales para un matrimonio exitoso eran una galleta y un beso, y consideré que eso era un buen equilibrio.

Iba a la universidad por la mañana y luego regresaba a Brigham City para trabajar en el taller de reparación de automóviles de mi padre por la tarde. La última clase de Donna en la mañana era economía doméstica y yo pasaba por su aula antes de irme. La puerta tenía una ventana de vidrio esmerilado, pero si me paraba cerca del cristal, ella podía ver mi sombra. Entonces salía y me daba una galleta y un beso. El resto ya se sabe. Nos casamos en el Templo de Logan y así comenzó la gran aventura de nuestra vida.

A lo largo de los años a menudo he enseñado un principio importante: la finalidad de toda actividad de la Iglesia es ver que un hombre, una mujer y sus hijos sean felices en el hogar y sean sellados por esta vida y por toda la eternidad.

En el principio:

“...los Dioses descendieron para organizar al hombre a su propia imagen,

para formarlos a imagen de los Dioses, para formarlos varón y hembra.

“Y dijeron los Dioses: Los bendeciremos. Y los Dioses dijeron: Haremos que fructifiquen y se multipliquen, y llenen la tierra y la sojuzguen” (Abraham 4:27–28).

Y así empezó el ciclo de la vida humana en la Tierra, cuando “Adán conoció a su esposa, y de ella le nacieron hijos e hijas, y empezaron a multiplicarse y a henchir la tierra.



“Y... los hijos e hijas de Adán empezaron a separarse de dos en dos en la tierra... y también ellos engendraron hijos e hijas” (Moisés 5:2–3).

El mandamiento de multiplicar y henchir la Tierra no se ha abrogado. Es esencial para el plan de redención y es la fuente de la felicidad humana. Mediante el ejercicio correcto de este poder, podemos acercarnos a nuestro Padre Celestial y experimentar una plenitud de gozo, e incluso la divinidad. El poder de procreación no es una parte secundaria del plan; es el plan de felicidad; es la clave de la felicidad.

El deseo de intimidad física es constante y sumamente fuerte en los seres humanos. Nuestra felicidad en la vida terrenal, nuestro gozo y nuestra exaltación dependen de la manera en que respondamos a esos persistentes y poderosos deseos físicos. Conforme el poder de procrear madura en el hombre y la mujer, de manera natural brotan sentimientos muy personales que no se asemejan a ninguna otra experiencia física.

Idealmente, la intimidad comienza con el romance. Aunque las costumbres varíen, florece con todos los sentimientos de emoción y anticipación, e incluso a veces de rechazo, característicos de los cuentos. Entre un joven y una jovencita habrá noches a la luz de la luna, rosas, cartas, canciones de amor, poesía, el tomarse de la mano y otras expresiones de afecto. El mundo alrededor de la pareja desaparece y se sienten sumamente felices.

Si ustedes suponen que la dicha total del amor romántico de su juventud es la suma total de las posibilidades que brotan de la fuente de vida, aún no han vivido para ver la devoción y el placer del amor matrimonial de muchos años. Las parejas casadas son probadas por la tentación, los malentendidos, los



problemas económicos, las crisis familiares, enfermedad y a lo largo de todo ello el amor se hace más fuerte. El amor maduro goza de una felicidad que los recién casados no pueden ni siquiera imaginar.

El amor verdadero requiere que se reserve hasta después del matrimonio el intercambio de ese afecto que libera los poderes sagrados de esa fuente de vida. Significa evitar las situaciones en las que el deseo físico asuma el control. El amor puro presupone que sólo tras haber prometido fidelidad eterna y haber efectuado una ceremonia legal y legítima y, de preferencia, haber recibido la ordenanza de sellamiento en el templo, se liberan esos poderes de procreación, a los ojos de Dios, para expresar plenamente el amor. Se han de compartir única y solamente con quien sea su compañero eterno.

Cuando se cumple dignamente, ese proceso combina los sentimientos físicos, emocionales y espirituales más exquisitos y exaltados que se relacionan con la palabra *amor*. Esa parte de la vida no tiene igual, no tiene equivalente en toda la experiencia humana. Cuando los convenios se hagan y se guarden, perdurará por toda la eternidad, “porque en ella se confieren las llaves del santo sacerdocio, a fin de que recibáis honra y gloria” (D. y C. 124:34) “y esta gloria será una plenitud y continuación de las simientes por siempre jamás” (D. y C. 132:19).

Sin embargo, el amor romántico no lo es todo; es un preludio. El amor se alimenta con la llegada de los hijos, que brotan de la fuente de vida que se confía a las parejas casadas. La concepción tiene lugar en un abrazo conyugal entre el esposo y la esposa. Un pequeño cuerpo comienza a formarse siguiendo un modelo de magnífica complejidad. En el milagro del nacimiento se produce un hijo, creado a la imagen de su padre y su madre terrenales. Dentro de su cuerpo terrenal hay un espíritu que es capaz de sentir y percibir lo espiritual, y en él también se encuentra el poder latente de engendrar hijos a su propia imagen.

“...El espíritu y el cuerpo son el alma del hombre” (D. y C. 88:15) y hay leyes espirituales y físicas que debemos obedecer si hemos de ser felices. Existen leyes eternas, entre las que se incluyen las leyes relacionadas con este poder para dar vida, “irrevocablemente [decretadas] en el cielo antes de la fundación de este mundo, sobre [las cuales] todas las bendiciones se basan” (D. y C. 130:20). Se trata de leyes espirituales que definen la norma moral para la humanidad (véanse Traducción de José Smith, Romanos 7:14–15; 2 Nefi 2:5; D. y C. 29:34; 134:6). Existen convenios que atan, sellan, protegen y prometen bendiciones eternas.

Alma exhortó a su hijo Shiblón: “...procura... refrenar todas tus pasiones para que estés lleno de amor”

(Alma 38:12). Un freno se utiliza para guiar, dirigir y restringir. Debemos controlar nuestra pasión. Cuando ésta se utiliza legítimamente, el poder de procrear bendecirá y santificará (véase *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Joseph F. Smith*, 2000, pág. 170).

Las tentaciones siempre están presentes. Debido a que el adversario no puede engendrar vida, tiene celos de todos los que poseen ese poder celestial. Él y los que lo siguieron fueron expulsados y renunciaron al derecho de obtener un cuerpo terrenal. “...él busca que todos los hombres sean miserables como él” (2 Nefi 2:27). Nos tentará, si puede, para que degrademos, corrompamos y, de ser posible, destruyamos ese don mediante el cual, si somos dignos, tendremos progenie eterna (véase D. y C. 132:28–31).

Si contaminamos nuestra fuente de vida, o si llevamos a otros a transgredir, habrá castigos más “intensos” y “difíciles de aguantar” (véase D. y C. 19:15) de lo que puedan valer la pena todos los placeres físicos.

Alma le dijo a su hijo Coriantón: “¿No sabes tú, hijo mío, que estas cosas son una abominación a los ojos del Señor; sí, más abominables que todos los pecados, salvo el derramar sangre inocente o el negar al Espíritu Santo?” (Alma 39:5). Cuando transgredimos, no podemos eludir las consecuencias.

La única expresión lícita y autorizada de los poderes de la procreación



es entre esposo y esposa, un hombre y una mujer, que estén legítima y legalmente casados. Cualquier otra cosa constituye una violación a los mandamientos de Dios. No cedan a las terribles tentaciones del adversario, puesto que toda deuda de transgresión se deberá pagar “hasta que [hayan] pagado el último cuadrante” (Mateo 5:26).

De ninguna forma se manifiesta mejor la generosidad y la misericordia de Dios que mediante el arrepentimiento.

Cuando nuestro cuerpo físico recibe heridas, puede repararse a sí mismo, a veces con la ayuda de un médico. Sin embargo, si el daño es extenso, con frecuencia quedará una cicatriz como recordatorio de la herida.

Con nuestro cuerpo espiritual es diferente. Nuestro espíritu se lesiona cuando cometemos errores y pecados, pero a diferencia de nuestro cuerpo terrenal, cuando el proceso del arrepentimiento es completo, no quedan cicatrices gracias a la expiación de Jesucristo. La promesa es: “He aquí, quien se ha arrepentido de sus pecados es perdonado; y yo, el Señor, no los recuerdo más” (D. y C. 58:42).

Cuando hablamos del matrimonio y la vida familiar, inevitablemente nos viene a la mente: “¿Qué sucede con las excepciones?”. Algunos nacen con limitaciones y no pueden engendrar hijos. El matrimonio de algunos inocentes se destruye por la infidelidad de su cónyuge. Otros no se casan y llevan una vida célibe digna.

Por ahora, ofrezco este consuelo: ¡Dios es nuestro Padre! Todo el amor y la generosidad que se manifiesta en un padre terrenal ideal se magnifica en Él, que es nuestro Padre y nuestro Dios, más allá de toda capacidad que tenga la mente terrenal para comprender. Sus juicios son justos; Su misericordia es sin límite; Su poder para compensar va más allá de cualquier comparación terrenal. “Si solamente en esta vida tenemos esperanza en Cristo, somos los más dignos de lástima de todos los hombres” (1 Corintios 15:19).

Con reverencia hago uso ahora de la palabra *templo*. Imagino una sala de sellamiento y un altar con una pareja joven arrodillada allí. Esa ordenanza sagrada del templo es mucho más que un casamiento, puesto que ese matrimonio puede ser sellado por el Santo Espíritu de la Promesa; y las Escrituras declaran que “[heredaremos] tronos, reinos, principados, potestades y dominios” (D. y C. 132:19). Puedo ver el gozo que espera a los que aceptan ese don divino y que lo usan con dignidad.

La hermana Donna Smith Packer y yo hemos estado uno al lado del otro en matrimonio por casi 70 años. En lo que concierne a mi esposa, la madre de nuestros hijos, no tengo palabras. El sentimiento es tan profundo y la gratitud tan poderosa que no puedo expresarlo. La mayor recompensa que hemos recibido en esta vida, y en la venidera, son nuestros hijos y nuestros nietos. Al acercarnos

al final de nuestros días juntos sobre la Tierra, agradezco cada momento que la he tenido a mi lado y la promesa que el Señor ha dado de que no habrá fin.

Testifico que Jesús es el Cristo y el Hijo del Dios viviente. Él está a la cabeza de la Iglesia. Mediante Su expiación y el poder del sacerdocio, las familias que comienzan en la vida terrenal podrán estar unidas por las eternidades. La Expiación, que puede rescatar a cada uno de nosotros, no deja cicatrices. Eso significa que no importa lo que hayamos hecho, ni dónde hayamos estado ni cómo haya ocurrido, si verdaderamente nos arrepentimos, Él prometió que lo expiaría; y al hacerlo, queda resuelto. Hay muchos de nosotros que vivimos castigándonos, por decirlo así, con sentimientos de culpa, sin saber exactamente cómo escapar. Se escapa al aceptar la expiación de Cristo, y todo lo que fue dolor puede convertirse en belleza, amor y eternidad.

Estoy tan agradecido por las bendiciones del Señor Jesucristo, por el poder de la procreación, por el poder de la redención, por la Expiación, la cual puede limpiar toda mancha, sin importar cuán difícil sea ni cuánto haya durado ni cuántas veces se haya repetido. La Expiación puede liberarlos nuevamente para seguir adelante, limpios y dignos, a fin de seguir ese camino que han elegido en la vida.

Doy testimonio de que Dios vive, que Jesús es el Cristo, que la Expiación no es algo general para toda la Iglesia. La Expiación es personal; y si tienen algo que les preocupa, a veces por tanto tiempo que apenas lo recuerdan, hagan uso de la Expiación. Ésta lo resolverá y ustedes, como Él, ya no recordarán más sus pecados. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■



Por Linda K. Burton
Presidenta General de la Sociedad de Socorro

Ascenderemos juntos

Como mujeres y hombres que guardan los convenios, necesitamos elevarnos unos a otros y ayudarnos a ser el pueblo que el Señor desea que llegemos a ser.

Además de las palabras inspiradoras, la música y las oraciones que siempre conmueven nuestro corazón durante la conferencia general, muchas hermanas me han dicho que lo que más les gusta es ver a los miembros de la Primera Presidencia y del Quórum de los Doce cuando bajan del estrado con sus compañeras eternas. ¿No gozamos todos al escuchar a las Autoridades Generales expresar de forma dulce su amor por ellas?

Al hablar de su esposa Donna, el presidente Boyd K. Packer dijo: “Debido al llamamiento que tengo, es mi solemne obligación decir la verdad: ella es perfecta”¹.

“Ella es la luz... [de] mi vida”², dijo el presidente Dieter F. Uchtdorf refiriéndose a su esposa Harriet.

El presidente Henry B. Eyring, al hablar de su esposa Kathleen dijo: “Ella siempre me ha hecho desear ser lo mejor que he podido”³.

Y el presidente Thomas S. Monson, refiriéndose a su amada Frances dijo: “Ella fue el amor de mi vida, mi compañera leal y mi amiga más cercana. El decir que la extraño no llega a expresar lo profundo de mis sentimientos”⁴.

Yo también quisiera expresar mi amor por mi amado compañero, Craig.

¡Ha sido un don preciado para mí! Refiriéndose a mi esposo, una sagrada y preciosa frase de mi bendición patriarcal promete que mi vida y la vida de mis hijos estarán “bien resguardadas bajo su cuidado”. Es claro para mí que Craig es el cumplimiento de esa promesa. Utilizando las palabras de Mark Twain, digo que “la vida sin [Craig] no sería vida”⁵. ¡Lo amo con todo el corazón y el alma!

Responsabilidades y funciones divinas

Hoy deseo honrar a los esposos, padres, hermanos, hijos y tíos que saben quiénes son y que hacen lo mejor

posible por cumplir con sus funciones decretadas por Dios, según se describen en la proclamación sobre la familia; entre ellas, el presidir con rectitud, proveer de lo necesario para sus familias y protegerlas. Sepan que soy extremadamente consciente de que los temas de la paternidad, la maternidad y el matrimonio pueden ser preocupantes para muchos. Sé que algunos miembros sienten que sus hogares nunca alcanzarán lo que ellos perciben ser lo ideal. Muchos sufren debido al abandono, el abuso, las adicciones, y las tradiciones y cultura incorrectas. No justifico las acciones de hombres o mujeres que, a propósito o aun por ignorancia, causaron dolor, angustia y pesar en sus hogares; pero hoy deseo hablar de otra cosa.

Estoy convencida de que el hombre nunca es más atractivo para su esposa que cuando sirve en su función divina como digno poseedor del sacerdocio, principalmente en el hogar. Me encantan y creo estas palabras que el presidente Packer dirigió a los esposos y padres dignos: “Habrá ocasiones en que el único escudo que haya entre su familia y la malicia del adversario será ese poder”⁶.

Líderes espirituales y maestros en el hogar

A principio de año asistí al funeral de un hombre común y corriente, pero extraordinario: Don, el tío de mi esposo. Uno de los hijos del tío Don compartió una experiencia que tuvo cuando era pequeño, poco después de que sus padres compraran su primera casa. Debido a que tenían cinco niños a quienes alimentar y vestir, no había suficiente dinero para colocar la cerca en el jardín. Tomando seriamente una de sus funciones divinas como protector de la familia, el tío Don colocó unas cuantas estacas de madera en la





tierra, tomó una cuerda y la anudó de una estaca a otra alrededor del jardín. Entonces llamó a sus hijos, les mostró las estacas y la cuerda y les explicó que si permanecían dentro de esa cerca improvisada, estarían a salvo.

Cierto día, al acercarse a la casa, las maestras visitantes observaron con incredulidad a cinco niños pequeños obedientemente de pie junto a la cerca mirando con tristeza una pelota que había rebotado fuera de los límites hasta la calle. Uno de los pequeños corrió a llamar a su papá quien, en respuesta, corrió y recuperó la pelota.

Más tarde en el funeral, el hijo mayor, con lágrimas en los ojos, expresó que todo lo que había anhelado en la vida era parecerse a su querido padre.

El presidente Ezra Taft Benson dijo: “¡Oh, esposos y padres en Israel, ustedes pueden hacer tanto por la salvación y la exaltación de su familia!...

“Recuerden su llamamiento sagrado de padre en Israel, el llamamiento más importante en esta vida y por toda la eternidad, un llamamiento del cual nunca serán relevados...”

“Deben ayudar a crear un hogar donde el Espíritu del Señor pueda morar”⁷.

Cuánto se aplican esas palabras proféticas a la actualidad.

Para los hombres del convenio debe ser difícil, en el mejor de los casos, vivir en un mundo que no sólo minimiza su

función y sus responsabilidades divinas, sino que también envía mensajes falsos de lo que significa ser “un hombre de verdad”. Un falso mensaje es: “lo que importa soy yo”. En el otro extremo está el burlón y degradante mensaje de que los esposos y los padres ya no son necesarios. ¡Les ruego que no escuchen las mentiras de Satanás! Él ha renunciado a ese privilegio sagrado de convertirse en esposo y padre. Debido a que él está celoso de quienes tienen los sagrados privilegios que él nunca tendrá, ¡su intento es que “todos los hombres sean miserables como él!”⁸.

Elevar y ayudar en nuestras funciones complementarias

Hermanos y hermanas, ¡nos necesitamos unos a otros! Como mujeres y hombres que guardan los convenios, necesitamos elevarnos unos a otros y ayudarnos a ser el pueblo que el Señor desea que lleguemos a ser. Necesitamos trabajar juntos para elevar a la nueva generación y ayudarla a alcanzar su potencial divino como herederos de la vida eterna. Podemos hacer como el élder Robert D. Hales y su esposa Mary han hecho, que han seguido el dicho: “Tú me elevas y yo te elevaré a ti, y así ascenderemos juntos”⁹.

Sabemos, mediante las Escrituras, que “no es bueno que el hombre esté solo”. Por eso nuestro Padre Celestial creó una “ayuda idónea para él”¹⁰.

La frase *ayuda idónea* significa “una ayuda adecuada, digna de él o semejante a él”¹¹. Por ejemplo, nuestras dos manos son similares una a la otra pero no son exactamente iguales. De hecho, son lo opuesto, pero se complementan y son apropiadas la una para la otra. Al trabajar juntas son más fuertes¹².

En un capítulo acerca de las familias, el manual de la Iglesia establece: “La naturaleza masculina y femenina de los espíritus es tal que se completan el uno al otro”¹³. Observen que no dice “compiten el uno con el otro”, sino ¡que “se completan el uno al otro”! Estamos aquí para ayudarnos, elevarnos y regocijarnos el uno con el otro al tratar de ser mejores. La hermana Barbara B. Smith, sabiamente enseñó: “Hay mucha más felicidad cuando podemos regocijarnos con los éxitos ajenos que con los nuestros”¹⁴. ¡Cuando procuramos “completar” y no “competir” es mucho más fácil animarnos unos a los otros!

Cuando era una madre joven de varios niños pequeños, al final del día lleno de pañales, platos que lavar y de impartir disciplina, nadie cantaba con más entusiasmo que yo la canción de la Primaria “Cuando papá vuelve”¹⁵. Sin embargo, me apena admitir que no siempre estaba de buen humor cuando Craig entraba feliz por la puerta después de un arduo día de trabajo. Siempre nos saludaba con un abrazo y un beso, y convertía los días difíciles y desastrosos

en momentos felices con papá. Ojalá yo hubiera estado menos preocupada con listas interminables de cosas para hacer y me hubiera centrado más sabiamente en las cosas de mayor importancia, como lo hizo él. ¡Me hubiera detenido más a menudo y hubiera gozado del sagrado tiempo en familia y le hubiera agradecido a él más seguido por bendecir nuestra vida!

Oh, hablemos con tiernos acentos

No hace mucho tiempo, una fiel hermana de la Iglesia compartió conmigo una profunda preocupación por la cual había estado orando por un tiempo. Se trataba de algunas hermanas de su barrio. Me dijo cuánto le entristecía ver que en ocasiones ellas hablaban de sus esposos o se dirigían a ellos de manera irrespetuosa, aun frente a sus hijos. Me contó que cuando ella era joven, había deseado y orado fervientemente para encontrar y casarse con un digno poseedor del sacerdocio y formar un hogar feliz con él. Había crecido en

un hogar donde su madre “llevaba el control” y su padre cedía ante las exigencias de ella para mantener la paz en el hogar. Esta hermana sentía que debía haber algo mejor; el hogar en el que creció no había sido un modelo de eso, pero al orar con fervor en busca de guía, el Señor la bendijo para saber cómo crear un hogar con su esposo donde el Espíritu pudiese morar. ¡He estado en ese hogar y puedo testificar que es un lugar santo!

Hermanas y hermanos, ¿con cuánta frecuencia “[nos hablamos] con tiernos acentos” a conciencia?¹⁶

Podemos evaluarnos al hacernos unas preguntas. Adaptándolas un poco, estas preguntas se pueden aplicar a la mayoría de nosotros, ya sea que estemos casados o solteros, o cualquiera sea la situación en nuestro hogar.

1. ¿Cuándo fue la última vez que elogí con sinceridad a mi cónyuge, ya sea en privado o en presencia de nuestros hijos?

2. ¿Cuándo fue la última vez que agradecí, expresé amor o pedí fervientemente con fe por él o ella en oración?
3. ¿Cuándo fue la última vez que me abstuve de decir algo que sabía podría causarle dolor?
4. ¿Cuándo fue la última vez que me disculpé y humildemente pedí perdón, sin agregar las palabras “pero si hubieras” o “pero si no hubieras”?
5. ¿Cuándo fue la última vez que decidí ser feliz en lugar de querer “tener la razón”?

Si cualquiera de estas preguntas los hace sentir incómodos o culpables, recuerden que el élder David A. Bednar nos enseñó que “la culpa es para nuestro espíritu lo que el dolor es para nuestro cuerpo: una advertencia de peligro y una protección contra daño adicional”¹⁷.

Los invito a que escuchemos la sincera súplica del élder Jeffrey R. Holland: “Hermanos y hermanas, en esta larga y eterna empresa de ser más como nuestro Salvador, ruego que tratemos de ser, ahora, hombres y mujeres ‘perfectos’ por lo menos de esta manera: al no ofender en palabra, o dicho de manera más positiva, al hablar con una nueva lengua, la lengua de ángeles”¹⁸.

Al prepararme para esta oportunidad de hoy, el Espíritu me ha enseñado, y me he comprometido a hablar palabras de bondad con más frecuencia a mi querido compañero y acerca de él, a elevar a los hombres en mi familia y a expresar gratitud por la manera en que ellos cumplen con sus funciones divinas y complementarias. Me he comprometido a seguir el dicho: “Tú me elevas y yo te elevaré a ti, y así ascenderemos juntos”.

¿Se unirán a mí en busca de la ayuda del Espíritu Santo para que nos enseñe cómo podemos elevarnos unos a otros en nuestras funciones complementarias como hijos e hijas de nuestros amados



padres celestiales y que hemos hecho convenio?

Sé que mediante el poder habilitador de la expiación de Jesucristo y nuestra fe en Él, podemos lograrlo. Ruego que pongamos nuestra confianza en Él para que nos ayudemos mutuamente a vivir felices y eternamente a medida que ascendemos juntos. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Boyd K. Packer, en “Donna Smith Packer Receives Family History Certificate from BYU”, news.byu.edu/archive12-jun-packer.aspx.
2. Dieter F. Uchtdorf, en Jeffrey R. Holland, “Élder Dieter F. Uchtdorf: ‘Hacia nuevos horizontes’”, *Liahona*, marzo de 2005, pág. 8.
3. Henry B. Eyring, en Gerald N. Lund, “El élder Henry B. Eyring: Moldeado por ‘influencias determinantes’”, *Liahona*, abril de 1996, pág. 31.
4. Thomas S. Monson, “No te dejaré, ni te desampararé”, *Liahona*, noviembre de 2013, pág. 85.
5. Mark Twain, *Eve’s Diary*, 1905, pág. 107.
6. Boyd K. Packer, “El poder del sacerdocio”, *Liahona*, mayo 2010, pág. 9.
7. Véase de Ezra Taft Benson, “Para el padre de familia”, *Liahona*, enero de 1988, pág. 51.
8. 2 Nefi 2:27.
9. Véase Robert D. Hales, “El fortalecimiento de las familias: nuestro deber sagrado”, *Liahona*, julio de 1999, pág. 40; véase también LaRene Gaunt, “Élder Robert D. Hales: ‘Volver con honor’”, *Liahona*, abril de 1995, pág. 31.
10. Génesis 2:18.
11. Génesis 2:18, nota al pie de página b.
12. Véase Bruce K. Satterfield, “The Family under Siege: The Role of Man and Woman” (presentación dada en Ricks College en la Semana de la Educación, 7 de junio de 2001), pág. 4; emp.byui.edu/SATTERFIELD/PDF/RoleManWoman2.pdf.
13. *Manual 2: Administración de la Iglesia*, 2010, 1.3.1.
14. Barbara B. Smith, “Almas similares”, *Liahona*, octubre de 1982, pág. 49.
15. “Cuando papá vuelve”, *Canciones para los niños*, pág. 110.
16. Véase “Oh, hablemos con ternos acentos”, *Himnos*, N° 151.
17. David A. Bednar, “Creemos en ser castos”, *Liahona*, mayo de 2013, pág. 44.
18. Jeffrey R. Holland, “La lengua de ángeles”, *Liahona*, mayo de 2007, pág. 18.



Por el élder Dallin H. Oaks
Del Quórum de los Doce Apóstoles

La parábola del sembrador

Depende de cada uno de nosotros el establecer las prioridades y el hacer aquello que cause que la tierra sea buena y la cosecha abundante.

Los temas de los discursos de la conferencia general no los asigna una autoridad terrenal, sino las impresiones del Espíritu. Muchos temas abordan las inquietudes terrenales que todos tenemos. Pero así como Jesús no enseñó la manera de superar las dificultades terrenales ni la opresión política de Su época, por lo general Él inspira a Sus siervos modernos a que hablen acerca de lo que nosotros debemos hacer para reformar nuestra vida personal a fin de prepararnos para regresar a nuestro hogar celestial. En este fin de semana de la Pascua de Resurrección, he sentido la impresión de hablar acerca de las bellas enseñanzas de una de las parábolas de Jesús que trascienden el tiempo.

La parábola del sembrador es una de las pocas parábolas que se encuentran en los tres evangelios sinópticos. Además, pertenece a un grupo aún más reducido de parábolas que Jesús explicó a Sus discípulos. La semilla que se sembró era “la palabra del reino” (Mateo 13:19), “la palabra” (Marcos 4:14) o “la palabra de Dios” (Lucas 8:11): las enseñanzas del Maestro y de Sus siervos.

Los diferentes tipos de terreno donde cayeron las semillas representan las

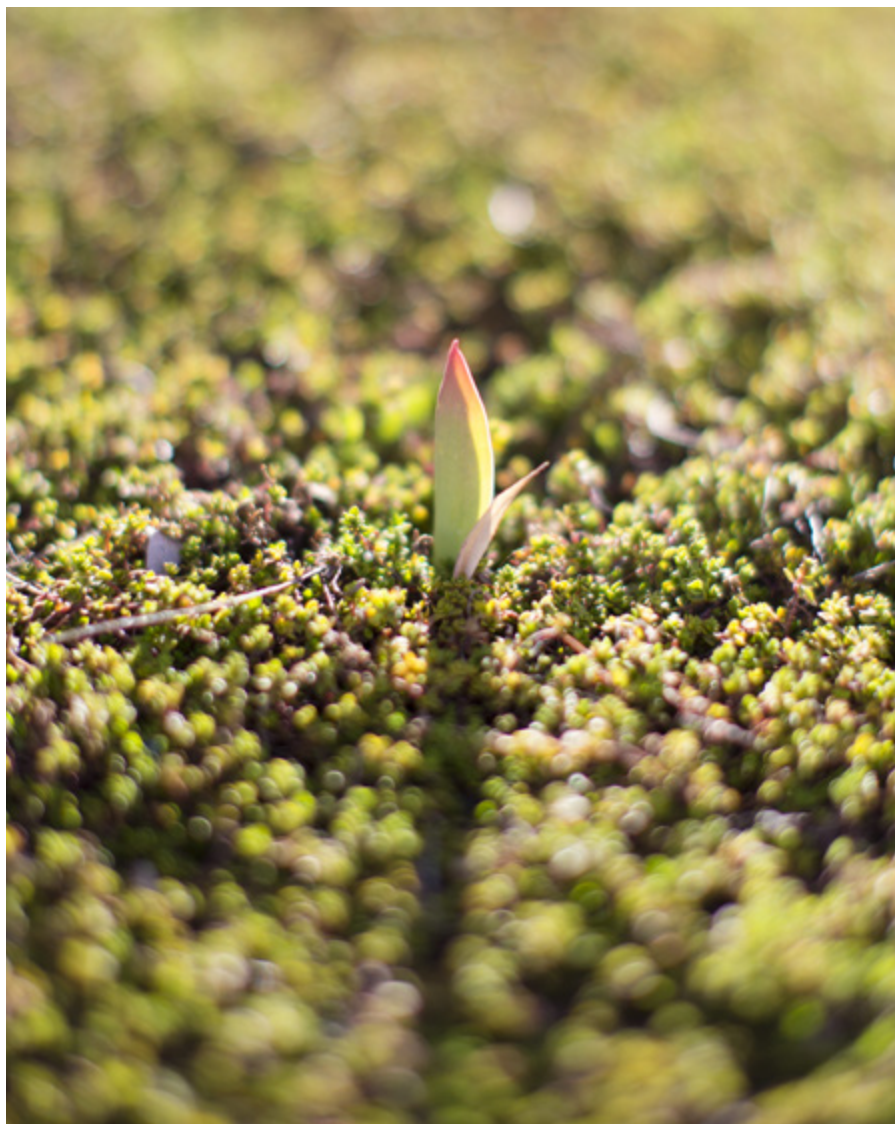
maneras diferentes en que las personas recibimos y obedecemos esas enseñanzas. Así, las semillas que “[cayeron] junto al camino” (Marcos 4:4) no han alcanzado el terreno mortal donde pueden crecer; son como las enseñanzas que caen en un corazón endurecido o sin preparación. No diré nada más en cuanto a ellas. Mi mensaje concierne a aquellos que nos hemos comprometido a ser seguidores de Cristo. ¿Qué hacemos con las enseñanzas del Salvador en nuestra vida?

La parábola del sembrador nos advierte de las circunstancias y actitudes que podrían impedir que cualquiera que haya recibido la semilla del mensaje del Evangelio produzca una buena cosecha.

I. Terreno pedregoso: Sin raíz

Parte de la semilla “cayó en pedregales, donde no había mucha tierra; y brotó pronto, porque la tierra no era profunda. Pero cuando salió el sol, se quemó; y por cuanto no tenía raíz, se secó” (Marcos 4:5–6).

Jesús explicó que esto describe a “los que cuando han oído la palabra, en seguida la toman con gozo”, pero como “no tienen raíz en sí... cuando



viene la tribulación o la persecución por causa de la palabra, en seguida [se ofenden]” (Marcos 4:16–17; según la Biblia en inglés).

¿Qué hace que los que escuchan la palabra “no [tengan] raíz en sí”? Ésta es la circunstancia de los nuevos miembros que sólo están convertidos a los misioneros, o a las muchas y atrayentes características de la Iglesia, o a los muchos y grandes beneficios de ser miembros. Al no estar arraigados en la palabra, se secan y marchitan cuando surge la oposición. Incluso quienes se han criado en la Iglesia —miembros desde hace mucho tiempo— pueden llegar a deslizarse hacia una situación en la que no tienen raíz en sí mismos. He conocido a algunos de ellos,

miembros cuya conversión al evangelio de Jesucristo no es firme ni duradera. Si no estamos arraigados a las enseñanzas del Evangelio ni seguimos sus prácticas con regularidad, cualquiera de nosotros puede desarrollar un corazón de piedra, el cual es un pedregal para las semillas espirituales.

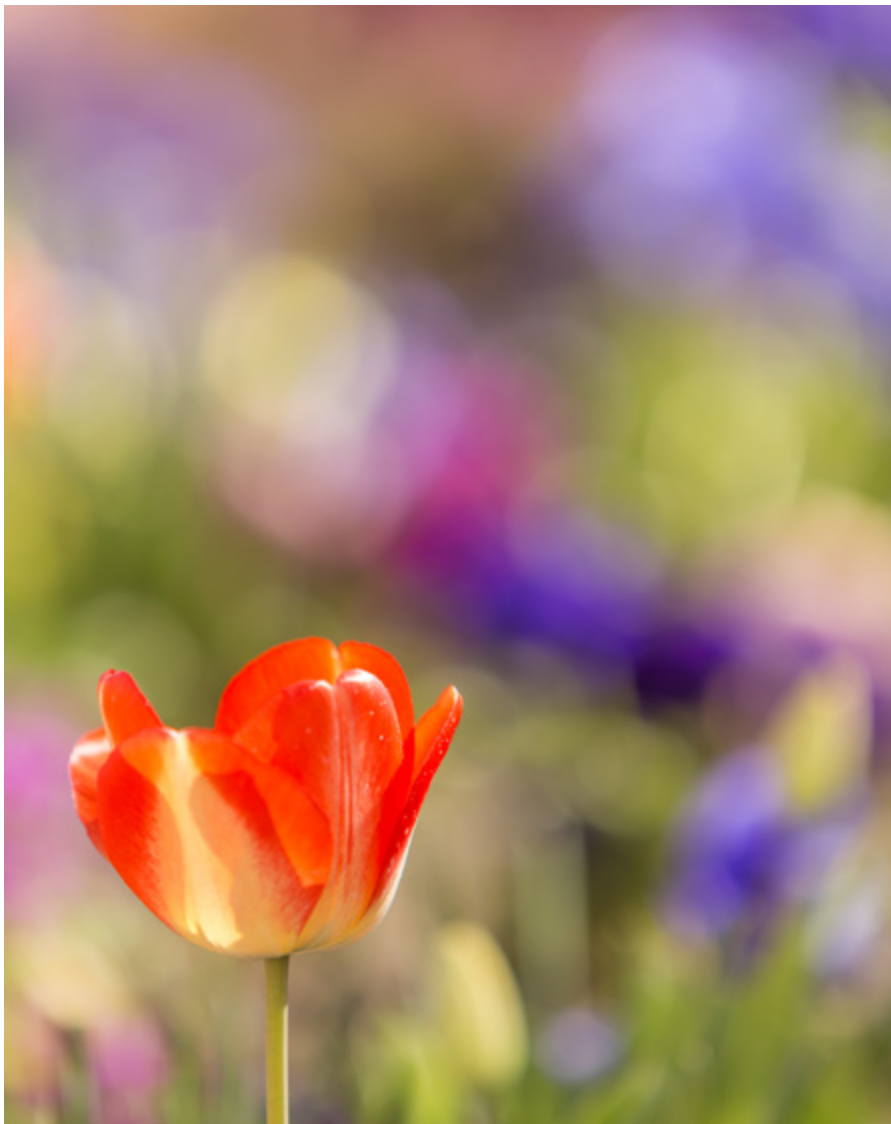
El alimento espiritual es necesario para la supervivencia espiritual, especialmente en un mundo que se está alejando de la creencia en Dios y de los términos absolutos de lo bueno y lo malo. En una era dominada por internet, que amplifica los mensajes que amenazan la fe, debemos exponernos más frecuentemente a la verdad espiritual con el fin de fortalecer nuestra fe y permanecer arraigados en el Evangelio.

Jóvenes, si esta enseñanza les resulta demasiado general, aquí tienen un ejemplo específico. Si cuando se reparten los emblemas de la Santa Cena ustedes están enviando textos, cuchicheando, jugando a videojuegos o haciendo cualquier otra cosa para negarse a ustedes mismos la nutrición espiritual esencial, estarán cortando sus raíces espirituales y colocándose en un terreno pedregoso. Ustedes mismos se están haciendo vulnerables a marchitarse cuando surjan tribulaciones como el aislamiento, la intimidación o el ridículo. Y esto también se aplica a los adultos.

Otro destructor potencial de las raíces espirituales —acelerado por la tecnología actual, aunque no exclusivo de ella— es el tener una visión del Evangelio o de la Iglesia como si se viera por el ojo de una cerradura. Esta perspectiva limitada se centra en una doctrina, práctica o defecto percibido en particular de un líder e ignora el panorama completo del plan del Evangelio y los frutos personales y colectivos de su cosecha. El presidente Gordon B. Hinckley realizó una descripción gráfica de uno de los aspectos de este “ver por el ojo de la cerradura”. Habló a un grupo de personas de BYU acerca de unos comentaristas políticos “sumamente indignados” en un noticiero reciente de aquella época. “Con mañas estudiadas derramaron el vinagre de la injuria y la ira... Sin duda”, concluyó, “no hay mejor época ni lugar para ser un sensacionalista avinagrado muy talentoso”¹. A diferencia de ellos, para estar bien arraigados en el Evangelio, debemos ser moderados y mesurados con la crítica y procurar siempre la perspectiva más amplia de la majestuosa obra de Dios.

II. Espinos: Los afanes de este mundo y el engaño de las riquezas

Jesús enseñó que “otra parte cayó entre espinos; y crecieron los espinos



y la ahogaron, y no dio fruto” (Marcos 4:7). Explicó que “éstos son los que son sembrados entre espinos, los que oyen la palabra, pero los afanes de este mundo, y el engaño de las riquezas, y las codicias de otras cosas entran y ahogan la palabra, y ésta se hace infructuosa” (Marcos 4:18–19). Se trata, sin duda, de una advertencia a la que todos debemos dar oído.

Me referiré primero al engaño de las riquezas, pues nos tientan a todos sin importar dónde nos encontremos en nuestra trayectoria espiritual o cuál sea el estado de nuestra conversión. Cuando las actitudes o las prioridades están fijas en la compra, el uso o la posesión de pertenencias, lo llamamos materialismo. Se ha dicho y escrito tanto

acerca del materialismo que hay muy poco que agregar². Quienes creen en lo que se conoce como la teología de la prosperidad padecen del engaño de las riquezas. La posesión de riqueza o grandes ingresos no es una señal de favor divino, ni su ausencia es un síntoma de desaprobación celestial. Cuando Jesús le dijo a un seguidor fiel que podía heredar la vida eterna si tan sólo daba a los pobres todo lo que poseía (véase Marcos 10:17–24), no estaba indicando que la *posesión* de riquezas era algo malo, sino la *actitud* de Su seguidor hacia éstas. Como bien sabemos, Jesús alabó al buen samaritano quien, para servir a su prójimo, se valió del mismo tipo de monedas que Judas recibió por traicionar al Salvador. No es el dinero la

raíz de todos los males, sino el *amor al dinero* (véase 1 Timoteo 6:10).

En el Libro de Mormón se habla de una época en la que la Iglesia de Dios “empezó a detenerse en su progreso” (Alma 4:10) porque “los del pueblo de la iglesia empezaban a... fijar sus corazones en las riquezas y en las cosas vanas del mundo” (Alma 4:8). Quienquiera que tenga abundancia de cosas materiales está en peligro de quedar “adormecido” espiritualmente por las riquezas y otras cosas del mundo³. Ésta es una introducción pertinente a las siguientes enseñanzas del Salvador.

Los espinos más sutiles que ahogan el efecto de la palabra del Evangelio en la vida son las fuerzas mundanas que Jesús llamó “los afanes, y... las riquezas y... los placeres de esta vida” (Lucas 8:14). Son demasiado numerosos como para enumerarlos, pero bastará con unos ejemplos.

En cierta ocasión Jesús reprendió a Pedro, Su apóstol principal, diciéndole: “Me eres tropiezo, porque no [aprecias] lo que es de Dios, sino lo que es de los hombres” (Mateo 16:23; según la Biblia en inglés; véase también D. y C. 3:6–7; 58:39). Apreciar lo que es de los hombres implica anteponer los afanes de este mundo a las cosas de Dios en nuestras acciones, prioridades y manera de pensar.

Nos rendimos a los “placeres de esta vida” (1) cuando nos volvemos adictos, lo cual afecta al preciado y divino don del albedrío; (2) cuando nos seducen las distracciones triviales, lo cual nos aleja de lo que tiene importancia eterna; y (3) cuando adoptamos la mentalidad de tener derecho a todo, lo cual afecta al crecimiento personal necesario a fin de calificar para nuestro destino eterno.

Nos superan “los afanes... de esta vida” cuando nos paraliza el miedo al futuro, lo cual obstaculiza nuestro



avance con fe, confiando en Dios y en Sus promesas. Hace veinticinco años mi estimado profesor de BYU, Hugh W. Nibley, habló del peligro de rendirse a los afanes del mundo. Durante una entrevista se le preguntó si la condición del mundo y nuestro deber de difundir el Evangelio hacían que se quisiera procurar alguna manera de “adaptar lo que hacemos en la Iglesia al mundo”⁴.

Su respuesta fue: “Ése ha sido siempre el quid de la cuestión con la Iglesia, ¿verdad? Uno debe estar dispuesto a ofender, a arriesgarse. Ahí es donde entra la fe... Se supone que nuestro compromiso es una prueba, se supone que es algo difícil y poco práctico ante los ojos del mundo”⁵.

Esta prioridad del Evangelio quedó afirmada en el campus de BYU hace unos meses con un estimado líder católico, Charles J. Chaput, Arzobispo de Filadelfia, quien, refiriéndose a las “preocupaciones que comparten la comunidad SUD y la católica”, tales como “el matrimonio y la familia, la naturaleza de nuestra sexualidad, la santidad de la vida humana y la urgencia de la libertad religiosa”, declaró lo siguiente:

“Deseo subrayar otra vez la importancia de verdaderamente vivir aquello que profesamos creer. Eso debe ser una prioridad no sólo en nuestra vida personal y familiar, sino en nuestras congregaciones, en nuestras decisiones políticas, en nuestros acuerdos comerciales, en el trato que dispensamos al pobre; es decir, en todo lo que hagamos”.

“He aquí el porqué”, prosiguió. “Aprendan de la experiencia del catolicismo. Los católicos creemos que nuestra vocación es ser la levadura de la sociedad. Pero existe una fina línea divisoria entre ser la levadura *de* la sociedad y ser digeridos *por* la sociedad”⁶.

Ciertamente, la advertencia del Salvador respecto a cuidarse de los

afanes del mundo para que no ahoguen la palabra de Dios en nuestra vida nos insta a mantener nuestras prioridades fijas —o a fijar el corazón— en los mandamientos de Dios y los líderes de Su Iglesia.

Los ejemplos del Salvador podrían hacer que pensáramos en esta parábola como en la parábola de los tipos de tierra. La idoneidad de la tierra depende del corazón de cada uno de nosotros que queda expuesto a la semilla del Evangelio. Dependiendo de la propensión de cada uno a las enseñanzas espirituales, algunos corazones se han endurecido o no están preparados, otros se han tornado en piedra por el desuso y otros están fijos en las cosas del mundo.

III. Cayó en buena tierra y dio fruto

La parábola del sembrador concluye con la descripción que el Salvador hace de la semilla que “cayó en buena tierra y dio fruto” en diversas medidas (Mateo 13:8). ¿Cómo podemos prepararnos para ser esa buena tierra y para tener una cosecha así de buena?

Jesús explicó que la “buena tierra son los que con corazón bueno y recto retienen la palabra oída, y dan fruto con paciencia” (Lucas 8:15). Tenemos la semilla de la palabra del Evangelio y depende de cada uno de nosotros el establecer las prioridades y el hacer aquello que cause que la tierra sea buena y la cosecha abundante. Debemos procurar estar firmemente arraigados en el evangelio de Jesucristo y convertidos a él (véase Colosenses 2:6–7). Logramos esa conversión al orar, al leer las Escrituras,

al prestar servicio y al participar de la Santa Cena con regularidad para tener siempre Su Espíritu con nosotros. También debemos procurar ese gran cambio de corazón (véase Alma 5:12–14) que reemplaza los malos deseos y las preocupaciones egoístas con el amor de Dios y el deseo de servirlo a Él y a Sus hijos.

Testifico de la verdad de estas cosas, y testifico de nuestro Salvador Jesucristo, cuyas enseñanzas indican el camino y cuya Expiación lo hace todo posible. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Gordon B. Hinckley, “Let Not Your Heart Be Troubled” (devocional de la Universidad Brigham Young, 29 de octubre de 1974), pág. 1; speeches.byu.edu.
2. Véase, por ejemplo, Dallin H. Oaks, “Materialism”, capítulo 5, en *Pure in Heart*, 1988, pág. 73–87.
3. Estoy en deuda con el élder Neal A. Maxwell por esta metáfora memorable; véase “These are your days”, *Ensign*, octubre de 2004, pág. 26.
4. James P. Bell, en “Hugh Nibley, in Black and White”, *BYU Today*, mayo de 1990, pág. 37.
5. Hugh Nibley, en “Hugh Nibley, in Black and White”, págs. 37–38.
6. Charles J. Chaput, “The Great Charter at 800: Why It Still Matters”, *First Things*, 23 de enero de 2015, firstthings.com/web-exclusives/2015/01/the-great-charter-at-800; véase también Tad Walch, “At BYU, Catholic Archbishop Seeks Friends, Says U.S. Liberty Depends on Moral People”, *Deseret News*, 23 de enero de 2015, deseretnews.com/article/865620233/At-BYU-Catholic-archbishop-seeks-friends-says-US-liberty-depends-on-moral-people.html. El arzobispo Chaput también dijo que “algunas de nuestras mejores instituciones católicas han perdido o han visto diluida enormemente su identidad religiosa... Brigham Young es una universidad extraordinaria... porque es un centro de aprendizaje que se ve enriquecido por su identidad religiosa. Nunca la pierdan” (“The Great Charter at 800”).



Por el élder L. Whitney Clayton
De la Presidencia de los Setenta

Elijamos creer

El Salvador provee Su Evangelio como una luz para guiar a quienes elijan creerle y seguirlo.

El pasado enero, Sailor Gutzler, una niña de siete años, viajaba con su familia desde Florida a Illinois en un avión privado. El padre de Sailor estaba en los controles. Poco después de anochecer el avión tuvo problemas mecánicos y se estrelló en medio de la oscura noche en las colinas de Kentucky donde quedó boca arriba sobre un terreno escarpado. Todos, menos Sailor, murieron en el accidente. Ella se había roto la muñeca, tenía cortes y rasguños y perdió sus zapatos. La temperatura era de tres grados centígrados —era una noche fría y lluviosa en Kentucky— y Sailor solamente llevaba puesto pantalones cortos, una blusa y una media (calceta).

Llamó a su madre y a su padre, pero nadie respondió. Haciendo acopio de valor empezó a caminar descalza por el campo en busca de ayuda; cruzó arroyos y zanjas, y desafió zarzas espinosas. Desde la cima de una pequeña colina Sailor vio una luz en la distancia, como a un kilómetro y medio, y después de andar a tientas en la oscuridad y entre la vegetación, finalmente llegó al hogar de un hombre bondadoso que no conocía y quien la socorrió. Sailor estaba a salvo. Pronto la llevarían a un hospital y recibiría ayuda para recuperarse¹.

Sailor sobrevivió porque vio una luz a la distancia y luchó por llegar a ella a pesar de lo abrupto del terreno, la crudeza de la tragedia que afrontaba y las heridas que recibió. Es difícil imaginar cómo pudo hacer lo que hizo esa noche. Lo que sí sabemos es que reconoció en la luz de aquella casa a la distancia una oportunidad para ser rescatada. Había esperanza. Obtuvo valor en el hecho de que, sin importar qué tan mala fuera la situación, podría encontrar su salvación en esa luz.



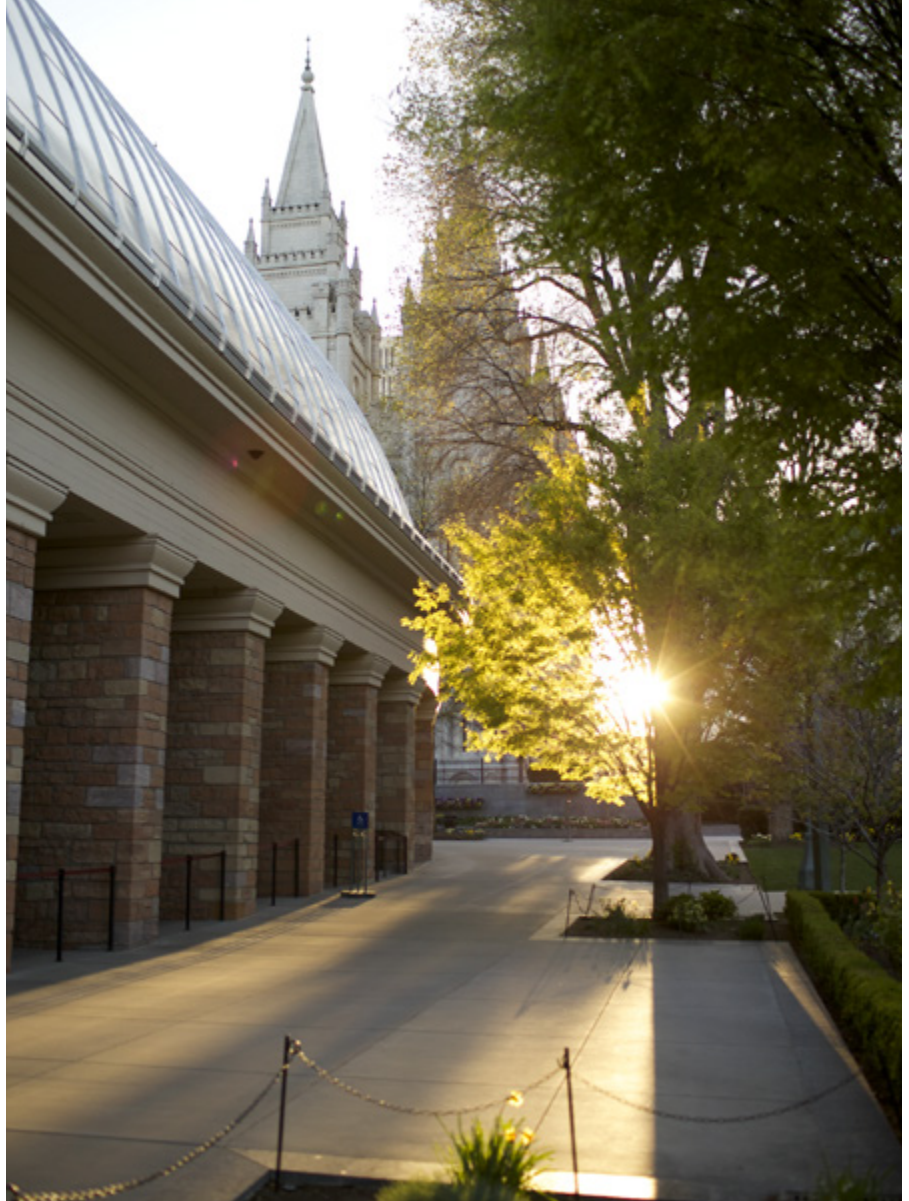
Pocos de nosotros pasaremos por una experiencia tan desgarradora como la de Sailor; pero todos nosotros, en un momento u otro, tendremos que atravesar nuestro propio yermo espiritual y emprender nuestras difíciles jornadas emocionales. En esos momentos, sin importar cuán oscuros o desesperanzados puedan parecer, si la buscamos, habrá *siempre* una luz espiritual alumbrando, dándonos la esperanza del rescate y del alivio. Esa luz emana del Salvador, quien es la Luz del mundo, para toda la humanidad.

El percibir la luz espiritual es diferente a ver la luz física. Reconocer la luz espiritual del Salvador empieza con nuestra disposición para creer. Dios requiere, inicialmente, que al menos deseemos creer. “Si despertáis y aviváis vuestras facultades... y ejercitáis *un poco* de fe”, enseña el profeta Alma, “sí, aunque no sea más que un *deseo* de creer, dejad que este deseo obre en vosotros, sí, hasta creer de tal modo que deis cabida a una porción de [las] palabras [del Salvador]”².

El llamado de Alma a que deseemos creer y dejar que “[tengan] cabida” en nuestro corazón las palabras del Salvador, nos recuerda que el creer y tener fe exige que seamos nosotros quienes elijamos y actuemos. Debemos “[despertar] y [avivar] nuestras facultades”. Pedimos antes de que se nos dé; buscamos antes de hallar; tocamos antes de que se nos abra; entonces se nos da esta promesa: “Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá”³.

No existe una súplica más vehemente que la que hace el Salvador mismo durante Su ministerio terrenal, cuando se dirige a Sus incrédulos oyentes:

“Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis.



“Pero si las hago, aunque a mí no me creáis, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre”⁴.

Cada día, todos nosotros enfrentamos una prueba; es la prueba de nuestra vida: ¿escogeremos creerle a Él y permitir que la luz de Su evangelio crezca dentro de nosotros, o nos negaremos a creer e insistiremos en caminar en la oscuridad? El Salvador provee Su Evangelio como una luz para guiar a quienes elijan creerle y seguirlo.

Después del accidente, Sailor tuvo que elegir. Pudo haber elegido quedarse junto al avión en la oscuridad, sola y con temor; pero tenía una noche larga por delante e iba a hacerse aún más fría. Escogió otro camino: trepó la colina y allí vio una luz en el horizonte.

Gradualmente, a medida que se abría camino en la noche hacia la luz, ésta se hacía más brillante. Aun así, debe haber habido momentos en que no la veía. Tal vez desapareció de su vista cuando se encontraba en algún barranco, o detrás de árboles y arbustos; pero ella siguió adelante. Cada vez que veía la luz, Sailor tenía constancia de que estaba en el camino correcto. Todavía no sabía con precisión lo que la luz era, pero siguió caminando hacia ella basándose en lo que sabía, confiando y esperando que la vería de nuevo si seguía caminando en esa dirección. El hacerlo, fue lo que salvó su vida.

Nuestra vida también es así. Tal vez haya momentos en que nos sintamos heridos, estemos cansados o nuestra vida parezca oscura y fría. Quizás haya



momentos en que no veamos ninguna luz en el horizonte y queramos darnos por vencidos. Si estamos dispuestos a creer, si deseamos creer, si elegimos creer, entonces las enseñanzas y el ejemplo del Salvador nos mostrarán el camino hacia adelante.

Elijamos creer

Así como Sailor tuvo que creer que encontraría seguridad en esa luz distante, también nosotros debemos elegir abrir nuestro corazón a la realidad divina del Salvador, a Su luz eterna y a Su misericordia sanadora. Los profetas a través de las épocas nos han animado, e incluso implorado, que creamos en Cristo. Sus exhortaciones reflejan un hecho fundamental: Dios no nos obliga a creer. En vez de ello, nos invita a creer al enviar profetas y apóstoles vivientes para que nos enseñen, al proporcionarnos Escrituras y al señalarlos el camino por medio de Su Espíritu. Nosotros somos quienes debemos elegir aceptar esas invitaciones espirituales, elegir ver con los ojos internos la luz espiritual mediante la cual Él nos llama. La decisión de creer es la elección más importante que haremos; afecta todas nuestras demás decisiones.

Dios no nos obliga a creer más de lo que nos obliga a guardar los mandamientos, a pesar de Su perfecto deseo de bendecirnos. Aun así, Su llamado a que creamos en Él —a ejercer esa partícula de fe y a dar lugar a Sus palabras— permanece vigente. Como el Salvador dijo: “Testifico que el Padre manda a todos los hombres, en todo lugar, que se arrepientan y crean en mí”⁵.

El creer, el testimonio y la fe no son principios pasivos; no suceden por que sí. El creer es algo que elegimos —tenemos esperanza, obramos y nos sacrificamos por ello. No llegaremos a creer en el Salvador y Su evangelio por accidente, al igual que no oramos ni pagamos el diezmo por casualidad. Elegimos activamente creer, del mismo modo que elegimos guardar otros mandamientos.

Pongamos la creencia en acción

Sailor no podía saber, al principio, si lo que estaba haciendo al avanzar por la maleza daría resultado. Estaba perdida y herida; estaba oscuro y hacía frío; pero dejó atrás el lugar del accidente y se aventuró con la esperanza de ser rescatada, arrastrándose y abriéndose paso en el camino hasta que vio la luz

a lo lejos. Una vez que la vio, hizo lo mejor que pudo por acercarse a ella, recordando lo que había visto.

De la misma manera nosotros debemos tener la esperanza de que encontraremos la luz espiritual al aceptar creer en lugar de elegir dudar. Nuestras acciones son la evidencia de nuestra creencia y llegan a ser la esencia de nuestra fe. Elegimos creer cuando oramos y cuando leemos las Escrituras. Elegimos creer cuando ayunamos, cuando guardamos el día de reposo y cuando adoramos en el templo. Elegimos creer cuando nos bautizamos y cuando participamos de la Santa Cena. Elegimos creer cuando nos arrepentimos y procuramos el perdón y el amor sanador divinos.

No nos demos por vencidos nunca

A veces, el progreso espiritual parece lento o intermitente. En ocasiones podemos sentir que hemos perdido terreno, que hemos cometido errores o que nuestros esfuerzos por hallar al Salvador no dan resultado. Si se sienten así, por favor, no se den por vencidos, nunca. Sigamos creyendo en Él, en Su evangelio y en Su Iglesia. Actuemos en armonía con esa creencia. En los momentos en que la luz de su fe disminuya, dejen que la



Por el élder L. Tom Perry
Del Quórum de los Doce Apóstoles

esperanza en el amor y la gracia del Salvador, que se encuentra en Su evangelio y en Su Iglesia, supere la duda. Les aseguro que Él está pronto para recibirlos. Con el tiempo verán que hicieron la mejor elección que pudieron haber hecho. Su valiente decisión de creer en Él los bendecirá grandemente y para siempre.

Las bendiciones de creer

He sentido el misericordioso amor del Salvador en mi vida. Lo he buscado en mis momentos de oscuridad y Él me ha tendido una mano con Su luz sanadora. Una de las grandes alegrías de mi vida ha sido viajar con mi esposa Kathy para reunirme con miembros de la Iglesia en muchas partes del mundo. Esos encuentros maravillosos me han enseñado acerca del amor que Dios tiene por Sus hijos; me han mostrado el potencial ilimitado de ser felices que bendice a los que eligen seguir las enseñanzas del Señor Jesucristo. He aprendido que creer en Él y en Su poder redentor es el verdadero camino para lograr “paz en este mundo y la vida eterna en el mundo venidero”⁶.

Testifico que Jesucristo es la fuente de luz y esperanza para todos nosotros. Ruego que todos elijamos creer en Él. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Véase Lindsey Bever, “How 7-Year-Old Sailor Gutzler Survived a Plane Crash”, *Washington Post*, 5 de enero de 2015, washingtonpost.com; “Girl Who Survived Plane Crash Hoped Family ‘Was Just Sleeping’”, 4 de enero de 2015, myfox8.com; “Kentucky Plane Crash: Four Killed, Little Girl Survives”, 4 de enero de 2015, news.com.au; “Young Girl, Sole Survivor of Kentucky Plane Crash”, Associated Press, 3 de enero de 2015, jems.com.
2. Alma 32:27; cursiva agregada.
3. 3 Nefi 14:8; véase también versículo 7.
4. Juan 10:37–38.
5. 3 Nefi 11:32.
6. Doctrina y Convenios 59:23.

Por qué son importantes el matrimonio y la familia – En todo el mundo

La familia es el centro de la vida y la clave para la felicidad eterna.

En noviembre pasado, tuve el privilegio de que me invitaran, junto con el presidente Henry B. Eyring y el obispo Gérald Caussé, a asistir a un coloquio sobre el matrimonio y la familia que tuvo lugar en el Vaticano, en

Roma, Italia. También asistieron representantes de 14 religiones distintas y de seis de los siete continentes, a todos los cuales se invitó a expresar sus creencias sobre lo que sucede con la familia en el mundo de hoy.

El Papa Francisco abrió la primera sesión de la asamblea con esta declaración: “Vivimos en una cultura de lo provisorio, en donde más y más personas renuncian al matrimonio como compromiso público. Esta revolución en las costumbres y en la moral a menudo ha hecho flamear la bandera de la libertad, pero en realidad ha traído devastación espiritual y material a un sinnúmero de seres humanos, especialmente a los más necesitados y vulnerables... Son siempre ellos los que sufren más en esta crisis”¹.

Al referirse a las nuevas generaciones, dijo que es importante que “no... se dejen envolver por la mentalidad dañina de lo provisorio... sino que sean revolucionarios con el valor para





Coloquio sobre el matrimonio y la familia, Ciudad del Vaticano.

buscar un amor fuerte y duradero, es decir, de ir en contra de la corriente”; es lo que se debe hacer².

Su declaración fue seguida de tres días de presentaciones y análisis con líderes religiosos en torno al tema del matrimonio entre un hombre y una mujer. Al escuchar a la más amplia variedad imaginable de líderes religiosos de todo el mundo, los escuché coincidir totalmente el uno con el otro y expresar apoyo mutuo a sus creencias en cuanto a la santidad de la institución del matrimonio y a la importancia de la familia como la unidad básica de la sociedad. Me sobrevino una fuerte sensación de armonía y unidad con ellos.

Hubo muchos que notaron y mencionaron esa unidad, y lo hicieron de distintas formas. Una de mis favoritas fue cuando un erudito musulmán de Irán citó textualmente dos párrafos de nuestra proclamación sobre la familia.

Durante el coloquio, observé que cuando personas de distintas creencias, denominaciones y religiones se unen en el tema del matrimonio y la familia, también se unen en los valores, la fidelidad y el compromiso que se relacionan de forma natural con la unidad familiar. Me resultó extraordinario ver cómo las prioridades que se centran en la familia tuvieron más peso que las diferencias políticas, económicas y religiosas. Cuando se trata del amor por el cónyuge y las esperanzas, preocupaciones y sueños en cuanto a los hijos, todos somos iguales.

Fue maravilloso estar en reuniones en las que presentadores de todo el mundo expresaron de manera universal sus sentimientos sobre la importancia del matrimonio entre un hombre y



una mujer. Cada discurso fue seguido de testimonios por parte de otros líderes religiosos. El presidente Henry B. Eyring ofreció el último testimonio del coloquio. Él testificó con poder sobre lo bello de la entrega en el matrimonio y sobre nuestra creencia en la bendición prometida de familias eternas.

El testimonio del presidente Eyring fue una manera propicia de cerrar esos tres días especiales.

Tal vez se pregunten: “Si la mayoría percibió esa similitud de prioridades y creencias sobre la familia, si todas esas religiones prácticamente coinciden en lo que debe ser el matrimonio, y si coinciden en el valor que se debe dar al hogar y a las relaciones familiares, ¿entonces en qué nos diferenciamos? ¿Cómo se distingue y en qué se diferencia La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días del resto del mundo?”.

Aquí está la respuesta: Si bien fue maravilloso ver y percibir que tenemos mucho en común con el resto del mundo en cuanto al concepto de la familia, sólo nosotros tenemos la perspectiva eterna del Evangelio restaurado.

Lo que el Evangelio restaurado aporta al tema del matrimonio y la familia es tan vasto y tan relevante que nunca está de más recalcarlo: ¡para nosotros es un tema eterno! Llevamos el compromiso y la santidad del matrimonio a un nivel más alto debido a nuestras creencias y nuestro conocimiento de que las familias existieron antes de la creación del mundo y que continúan en la eternidad.

El texto de la canción de la Primaria “Las familias pueden ser eternas”, por Ruth Gardner, enseña esta doctrina de una manera tan sencilla, poderosa y hermosa. Tomen un momento y

piensen en los niños de la Primaria alrededor del mundo cantando estas palabras en su lengua materna, a todo pulmón, con un entusiasmo que sólo el amor por la familia puede evocar:

“Eternas pueden ser las familias por el divino plan. Yo quiero heredar el celestial hogar con la mía por la eternidad”³.

Toda la teología de nuestro Evangelio restaurado gira en torno a la familia y al nuevo y sempiterno convenio del matrimonio. En La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días creemos en una vida premortal en la que todos vivimos como hijos literales de Dios, nuestro Padre Celestial, procreados en espíritu. Creemos que fuimos y que aún somos integrantes de Su familia.

Creemos que los vínculos matrimoniales y familiares pueden continuar más allá del sepulcro, que los matrimonios efectuados por quienes poseen la autoridad debida en Sus templos seguirán siendo válidos en el mundo venidero. En nuestras ceremonias matrimoniales se quitan las palabras “hasta que la muerte los separe” y en su lugar se dice “así por el tiempo como por toda la eternidad”.

También creemos que las familias tradicionales fuertes no sólo son la unidad básica de una sociedad estable, de una economía estable y de una cultura de valores estable, sino que también son la unidad básica de la eternidad y del reino y el gobierno de Dios.

Creemos que la organización y el gobierno de los cielos se establecerán en torno a la familia y a todos los parientes.

Es debido a nuestra creencia de que el matrimonio y la familia son eternos que, como Iglesia, deseamos ser líderes y participantes en movimientos mundiales que los fortalezcan. Sabemos que no



sólo las personas que llevan una vida religiosa activa tienen valores y prioridades en común en cuanto a matrimonios perdurables y a relaciones familiares fuertes. Gran cantidad de personas que no son religiosas han llegado a la conclusión de que el matrimonio y un estilo de vida familiar dedicados son la forma más prudente, más económica y más feliz de vivir.

A nadie se le ha ocurrido nunca una manera más eficaz de criar a la siguiente generación que en un hogar de padres casados con hijos.

¿Por qué deben ser importantes el matrimonio y la familia en todas partes? Encuestas de la opinión pública muestran que el matrimonio es aún el estado ideal y la esperanza entre la mayoría de los grupos de todas las edades, incluso entre los de la generación del milenio, donde tanto se escucha sobre el permanecer soltero, la libertad personal y la cohabitación en lugar del matrimonio. Lo cierto es que una gran mayoría a nivel mundial aún desea tener hijos y establecer familias fuertes.

Después de que nos casamos y tenemos hijos, el verdadero punto en común que tiene toda la humanidad se hace aún más evidente. Como “personas que creemos en la familia”, sin importar dónde vivamos o cuáles sean nuestras creencias religiosas,

afrontamos muchas de las mismas dificultades, hacemos los mismos ajustes y tenemos las mismas esperanzas, preocupaciones y sueños en cuanto a nuestros hijos.

Como lo dijo el columnista del *New York Times*, David Brooks: “A las personas no les va mejor si se les otorga la máxima libertad personal de hacer lo que les plazca; les va mejor cuando tienen que atender compromisos que trascienden sus intereses personales: compromisos con la familia, con Dios, con su trabajo y con el país”⁴.

Un problema es que mucho de lo que el mundo comparte en los medios de comunicación y de entretenimiento no coincide con las prioridades y los valores de las mayorías. Por algún motivo, demasiado de lo que se presenta en la televisión, las películas, la música e internet muestra casos típicos de una minoría que supuestamente representa a la mayoría. La inmoralidad y amoralidad, que van desde la violencia gráfica al sexo recreativo, se representan como lo normal y pueden causar que quienes tienen valores convencionales se sientan fuera de época o anticuados. En una época dominada por los medios de comunicación e internet, nunca ha sido tan difícil criar hijos responsables y mantener unidos a los matrimonios y a las familias.



Sin embargo, a pesar de lo que sugieran los medios de comunicación y de entretenimiento, y a pesar del inminente declive en la tendencia hacia el matrimonio y la familia por parte de algunos, la gran mayoría de los seres humanos aún cree que el matrimonio debe ser entre un hombre y una mujer; cree en la fidelidad en el matrimonio y en los votos matrimoniales que dicen: “en la salud como en la enfermedad” y “hasta que la muerte nos separe”.

De vez en cuando tenemos que recordar, como se me recordó a mí en Roma, el hecho maravillosamente tranquilizador y reconfortante de que el matrimonio y la familia son aún la aspiración y el ideal de la mayoría de las personas, y que no estamos solos en esa creencia. Nunca ha sido más difícil hallar un equilibrio práctico entre el empleo, la familia y las necesidades

personales que en la actualidad. Como Iglesia, nuestro deseo es ayudar en todo lo que podamos para formar y apoyar matrimonios y familias fuertes.

Es por eso que la Iglesia participa de forma activa en diversas coaliciones y actividades interreligiosas, y ofrece dirección en ellas a fin de fortalecer a la familia. Por eso compartimos nuestros valores centrados en la familia en los medios de comunicación y en las redes sociales. Por eso compartimos nuestros registros genealógicos y los nombres de nuestros parientes con todo el mundo.

Queremos que nuestra voz se escuche en oposición a los estilos de vida falsos y alternativos que tratan de reemplazar la organización familiar que Dios mismo estableció. También deseamos que nuestra voz se escuche al afirmar el gozo y la realización que brinda la

familia tradicional. Debemos continuar proyectando esa voz por todo el mundo y declarar por qué el matrimonio y la familia son tan importantes, por qué el matrimonio y la familia realmente importan, y por qué siempre será así.

Mis hermanos y hermanas, el Evangelio restaurado se centra en el matrimonio y la familia. Es también en el matrimonio y la familia donde más unidos podemos estar con otras religiones. Es en el matrimonio y la familia donde hallaremos el punto que tenemos en común con el resto del mundo. Es en cuanto al matrimonio y a la familia que La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días tiene la mayor oportunidad de ser una luz sobre una colina.

Permítanme terminar testificando (y mis nueve décadas en este mundo me dan el derecho de decir esto) que mientras más entrado en años estoy, más me doy cuenta de que la familia es el centro de la vida y la clave para alcanzar la felicidad eterna.

Doy gracias por mi esposa, mis hijos, mis nietos y mis bisnietos, y por todos mis primos, mis suegros, mis cuñados, mi familia política y demás parientes que hacen que mi vida sea plena y, sí, aun eterna. De esa verdad eterna doy mi más firme y más sagrado testimonio. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Discurso del Papa Francisco en Humanum: Coloquio Interreligioso Internacional sobre la Complementariedad del Hombre y la Mujer, 17 de noviembre de 2014, humanum.it/es/videos; véase también <http://www.news.va/es/news/los-ninos-tienen-derecho-a-una-familia-con-un-padr>.
2. Papa Francisco, Coloquio sobre la Complementariedad del Hombre y la Mujer.
3. “Las familias pueden ser eternas”, *Himnos*, N° 195.
4. David Brooks, “The Age of Possibility”, *New York Times*, 16 de noviembre de 2012, pág. A35; nytimes.com/2012/11/16/opinion/brooks-the-age-of-possibility.html.



Presentado por el presidente Dieter F. Uchtdorf
Segundo Consejero de la Primera Presidencia

El sostenimiento de los Oficiales de la Iglesia

Hermanos y hermanas, se propone que sostengamos a Thomas Spencer Monson como profeta, vidente y revelador y Presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días; a Henry Bennion Eyring como Primer Consejero de la Primera Presidencia; y a Dieter Friedrich Uchtdorf como Segundo Consejero de la Primera Presidencia.

Los que estén a favor, pueden manifestarlo.

Los que estén en contra, si los hay, pueden manifestarlo.

El voto ha sido registrado.

Se propone que sostengamos a Boyd Kenneth Packer como Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles y a los siguientes como miembros de ese quórum: Boyd K. Packer, L. Tom Perry, Russell M. Nelson, Dallin H. Oaks, M. Russell Ballard, Richard G. Scott, Robert D. Hales, Jeffrey R. Holland, David A. Bednar, Quentin L. Cook, D. Todd Christofferson y Neil L. Andersen.

Los que estén a favor, sírvanse manifestarlo.

Si hay opuestos, pueden indicarlo. Gracias. El voto ha sido registrado.

Se propone que sostengamos a los consejeros de la Primera Presidencia y a los Doce Apóstoles como profetas, videntes y reveladores.

Todos los que estén a favor, sírvanse manifestarlo.

Contrarios, si los hay, con la misma señal.

El voto ha sido registrado.

Se propone que relevemos a los siguientes Setentas de Área a partir del 1 de mayo de 2015: Juan C. Avila, Philip K. Bussey, René J. Cabrera, Renato Capelletti, Paul D. M. Christensen, Samuel W. Clark, Rogério G. R. Cruz, George R. Donaldson, Ini B. Ekong, Christian H. Fingerle, Craig G. Fisher, Jerryl L. Garns, M. Keith Giddens, Allen D. Haynie, Jui Chang Juan, George M. Keele, Von G. Keetch, Katsumi Kusume, German Laboriel, J. Christopher Lansing, Gustavo López, Dmitry V. Marchenko, Peter F. Meurs, T. Jackson Mkhabela, Hugo Montoya, Valentín F. Nuñez, Hee Keun Oh,





Kyle S. McKay, Helamán Montejo, A. Fabio Moscoso, Michael R. Murray, Norman R. Nemrow, S. Mark Palmer, Ferdinand P. Pangan, Jairus C. Pérez, Steven M. Petersen, Wolfgang Pilz, Jay D. Pimentel, John C. Pingree Jr., Edvaldo B. Pinto Jr., Evan A. Schmutz, K. David Scott, Paul H. Sinclair, Benjamin T. Sinjoux, Rulon F. Stacey, David L. Stapleton, Karl M. Tilleman, William R. Titera, Seiji Tokuzawa, Carlos R. Toledo, César E. Villar, Juan Pablo Villar, David T. Warner, Gary K. Wilde y Robert K. William.

Los que estén a favor, pueden manifestarlo.

Contrarios, con la misma señal.

Se propone que sostengamos a Cheryl A. Esplin para que ahora sirva como primera consejera de la Presidencia General de la Primaria y a Mary R. Durham como segunda consejera.

Asimismo se propone que sostengamos al hermano Stephen W. Owen como presidente general de los Hombres Jóvenes, con Douglas Dee Holmes como primer consejero y a Monte Joseph Brough como segundo consejero.

Todos los que estén a favor, sírvanse manifestarlo.

Contrarios, si los hay, con la misma señal.

Presidente Monson, el voto ha sido registrado. Invitamos a los que se hayan opuesto a cualquiera de los sostenimientos propuestos que se pongan en contacto con su presidente de estaca. Mis queridos hermanos y hermanas, les agradecemos su fe y sus oraciones a favor de los líderes de la Iglesia.

Invitamos a las nuevas Autoridades Generales y las nuevas presidencias generales de las organizaciones auxiliares que acaban de ser llamadas a que ocupen su lugar en el estrado. ■

Jeffery E. Olson, R. Ingvar Olsson, Norbert K. Ounleu, Robert N. Packer, Nathaniel R. Payne, César A. Pérez Jr., Michael J. Reall, Edson D. G. Ribeiro, Brad K. Risenmay, Walter C. Selden, Mozart B. Soares, Carlos Solis, Norland Souza, Vern P. Stanfill, T. Marama Tarati, Kouzou Tashiro, Rubén D. Torres, Omar Villalobos, Jack D. Ward, Alan J. Webb, Gerardo J. Wilhelm y Jim L. Wright.

Los que deseen unirse a nosotros para expresar nuestro agradecimiento por su excelente servicio, tengan a bien manifestarlo.

Se propone que relevemos con sentida gratitud a los hermanos David L. Beck, Larry M. Gibson y Randall L. Ridd como Presidencia General de los Hombres Jóvenes. Asimismo extendemos un relevo a todos los miembros de la mesa general de los Hombres Jóvenes.

En esta ocasión también extendemos relevos a la hermana Jean A. Stevens como primera consejera de la Presidencia General de la Primaria y a la hermana Cheryl A. Esplin como segunda consejera de la Presidencia General de la Primaria.

Los que deseen unirse a nosotros para expresar nuestra gratitud a estos hermanos y hermanas por su extraordinario servicio y devoción, tengan a bien manifestarlo.

Se propone que sostengamos como miembros nuevos del Primer Quórum de los Setenta a: Kim B. Clark, Von G. Keetch, Allen D. Haynie, Hugo Montoya y Vern P. Stanfill.

Todos los que estén a favor, sírvanse manifestarlo.

Contrarios, con la misma señal.

Se propone que sostengamos a los siguientes como nuevos Setentas de Área: Nelson Ardila, José M. Batalla, Lawrence P. Blunck, Bradford C. Bowen, Mark A. Bragg, Sergio Luis Carboni, Armando Carreón, S. Marc Clay Jr., Z. Dominique Dekaye, Osvaldo R. Dias, Michael M. Dudley, Mark P. Durham, James E. Evanson, Paschoal F. Fortunato, Patricio M. Giuffra, Daniel P. Hall, Toru Hayashi, Paul F. Hintze, J. K. Chukwuemeka Igwe, Seung Hoon Koo, Ming-Shun Kuan, Johnny L. Leota, Carlo M. Lezano, Joel Martinez, J. Vaun McArthur,

Informe del Departamento de Auditorías de la Iglesia, 2014

Presentado por Kevin R. Jergensen

Director Ejecutivo del Departamento de Auditorías de la Iglesia

A la Primera Presidencia de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días

Estimados hermanos: Tal como se indica por revelación en la sección 120 de Doctrina y Convenios, el Consejo Encargado de la Disposición de Diezmos —compuesto por la Primera Presidencia, el Quórum de los Doce Apóstoles y el Obispado Presidente— autoriza el gasto de los fondos de la Iglesia. Las entidades de la Iglesia distribuyen los fondos conforme a los presupuestos, normas y procedimientos aprobados.

El Departamento de Auditorías de la Iglesia que está constituido por profesionales acreditados y es independiente de todos los demás departamentos de la Iglesia, tiene la responsabilidad de llevar a cabo las auditorías con el fin de proporcionar fundada seguridad en cuanto a los donativos recibidos, los gastos efectuados y la salvaguarda de los bienes de la Iglesia.

En base a las auditorías llevadas a cabo, el Departamento de Auditorías de la Iglesia es de la opinión de que en todos los aspectos pertinentes, los donativos recibidos, los gastos efectuados y los bienes de la Iglesia del año

2014 se han registrado y administrado de acuerdo con los presupuestos, las normas y las prácticas de contabilidad de la Iglesia que han sido aprobados. La Iglesia observa las prácticas que se enseñan a los miembros de vivir dentro de un presupuesto, evitar las deudas y ahorrar para los tiempos de necesidad.

Atentamente,
Departamento de Auditorías
de la Iglesia
Kevin R. Jergensen
Director Ejecutivo ■



Informe estadístico, 2014

Presentado por Brook P. Hales

Secretario de la Primera Presidencia

La Primera Presidencia ha emitido el siguiente informe estadístico respecto al crecimiento y al estado de la Iglesia al 31 de diciembre de 2014.

Unidades de la Iglesia

Estacas	3.114
Misiones	406
Distritos.....	561
Barrios y ramas	29.621

Número de miembros en la Iglesia

Número de miembros: total...	15.372.337
Nuevos niños registrados.....	116.409
Conversos bautizados.....	296.803

Misioneros

Misioneros de tiempo completo....	85.147
Misioneros de servicio a la Iglesia...	30.404

Templos

Templos dedicados durante 2014 (Fort Lauderdale, Florida; Gilbert, Arizona y Phoenix, Arizona).....	3
Templos rededicados (Ogden, Utah)....	1
Templos en funcionamiento al fin de año	144



Por el élder David A. Bednar
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Por tanto, calmaron sus temores

A diferencia de temor del mundo, que crea alarma y ansiedad, el temor del Señor es una fuente de paz, seguridad y confianza.

Recuerdo vívidamente una experiencia que tuve cuando era niño. Un día, mientras jugaba con mis amigos, sin querer rompí una ventana en una tienda cerca de nuestra casa. Al romperse el vidrio y sonar la alarma de seguridad, un temor paralizante me llenó el corazón y la mente. Me di cuenta inmediatamente de que estaba condenado a pasar el resto de mi vida en la cárcel. Finalmente, mis padres me convencieron de que saliera de mi escondite debajo de la cama, y me ayudaron a reparar los daños causados al dueño de la tienda. Afortunadamente, mi sentencia de ir a la cárcel quedó conmutada.

El temor que sentí ese día fue abrumador y real. Sin duda habrán experimentado sentimientos de temor mucho más grandes después de enterarse de un desafío personal de salud, de que un miembro de la familia está en dificultad o peligro, o al observar acontecimientos perturbadores en el mundo. En tales casos, la angustiada emoción del miedo surge debido a un peligro inminente, incertidumbre o dolor, así como a causa de experiencias que son inesperadas, a veces repentinas y que

probablemente produzcan un resultado negativo.

En nuestra vida diaria, los interminables informes de violencia criminal, hambre, guerras, corrupción, terrorismo, valores en declive, enfermedades y fuerzas destructivas de la naturaleza pueden engendrar temor y aprensión. Ciertamente vivimos en la época de la cual el Señor dijo: “Y en ese día... toda la tierra estará en conmoción, y desmayará el corazón de los hombres” (D. y C. 45: 26).

Mi objetivo es describir la manera en que se disipa el miedo, mediante un conocimiento correcto del Señor Jesucristo y la fe en Él. Sinceramente ruego que el Espíritu Santo nos bendiga a cada uno de nosotros al considerar juntos este importante tema.

Temor mortal

Al oír la voz de Dios después de participar del fruto prohibido, Adán y Eva se escondieron en el Jardín de Edén. Dios llamó a Adán y le preguntó: “¿Dónde estás? Y [Adán] respondió: Oí tu voz... y tuve miedo” (Génesis 3:9–10). Particularmente, uno de los primeros efectos de la caída fue que Adán y Eva sintieron temor. Esa poderosa emoción es un elemento importante de nuestra existencia terrenal.

Un ejemplo del Libro de Mormón resalta el poder del conocimiento del Señor (véanse 2 Pedro 1:2–8; Alma 23:5–6) para disipar el temor y brindar paz, aun al enfrentarnos a grandes adversidades.

En la tierra de Helam, el pueblo de Alma estaba atemorizado por el avance del ejército lamanita.





“Pero salió Alma y fue entre ellos, y los exhortó a que no temieran, sino que se acordaran del Señor su Dios, y él los libraría.

“Por tanto, calmaron sus temores” (Mosiah 23:27–28).

Observen que Alma no calmó los temores de la gente. Más bien, Alma aconsejó a los creyentes que recordaran al Señor y la liberación que sólo Él podía dar (véase 2 Nefi 2:8); y el conocimiento del cuidado protector del Salvador permitió que la gente calmara sus temores.

El conocimiento correcto del Señor y la fe en Él, nos dan la fuerza para calmar nuestros temores, porque Jesucristo es la única fuente de paz duradera. Él declaró: “Aprende de mí y escucha mis palabras; camina en la mansedumbre de mi Espíritu, y en mí tendrás paz” (D. y C. 19:23).

El Maestro también explicó: “... el que hiciere obras justas recibirá su galardón, sí, la paz en este mundo y la vida eterna en el mundo venidero” (D. y C. 59: 23).

La confianza en Cristo y el confiar en sus méritos, misericordia y gracia

conducen, por medio de Su expiación, a la esperanza en la Resurrección y la vida eterna (véase Moroni 7:41). Esa fe y esa esperanza traen a nuestra vida la dulce paz de conciencia que todos anhelamos. El poder de la Expiación hace posible el arrepentimiento y apacigua la desesperanza causada por el pecado; también nos fortalece para ver y hacer lo bueno, y llegar a ser buenos, en formas que jamás reconoceríamos o lograríamos con nuestra limitada capacidad mortal. En verdad, una de las grandes bendiciones del discipulado devoto es “la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento” (Filipenses 4:7).

La paz que Cristo da nos permite ver la vida terrenal a través de la preciada perspectiva de la eternidad y otorga una firmeza espiritual (véase Colosenses 1:23) que nos ayuda a mantener un enfoque constante en nuestro destino celestial. Por lo tanto, podemos ser bendecidos para calmar nuestros temores porque Su doctrina nos brinda propósito y dirección en todos los aspectos de la vida. Sus ordenanzas y convenios dan fortaleza y consuelo en los momentos

buenos y malos; y Su autoridad del sacerdocio brinda la seguridad de que las cosas que más importan pueden perdurar tanto en esta vida como en la eternidad.

Sin embargo, ¿podemos calmar los temores que tan fácilmente y con frecuencia nos acosan en nuestro mundo contemporáneo? La respuesta a esta pregunta es un sí inequívoco. Tres principios básicos son fundamentales para recibir esa bendición en nuestra vida: (1) acudir a Cristo, (2) edificar sobre el fundamento de Cristo y (3) seguir adelante con fe en Cristo.

Acudir a Cristo

El consejo que Alma dio a su hijo Helamán se aplica precisamente a cada uno de nosotros hoy en día: “... sí, asegúrate de acudir a Dios para que vivas” (Alma 37:47). Debemos acudir al Salvador y tener nuestro enfoque firmemente centrado en Él en todo momento y en todo lugar.

Recuerden a los apóstoles del Señor que estaban en la barca azotada por las olas en el medio del mar. Jesús fue a ellos, andando sobre el agua; sin



Seguir adelante con fe en Cristo

Nefi declaró: “Por tanto, debéis seguir adelante con firmeza en Cristo, teniendo un fulgor perfecto de esperanza y amor por Dios y por todos los hombres. Por tanto, si marcháis adelante, deleitándoos en la palabra de Cristo, y perseveráis hasta el fin, he aquí, así dice el Padre: Tendréis la vida eterna” (2 Nefi 361:20).

La perseverancia disciplinada que se describe en este versículo es el resultado del entendimiento y la visión espirituales, la perseverancia, la paciencia y la gracia de Dios. Ejercer la fe en el sagrado nombre de Jesucristo, sometiéndonos con mansedumbre a Su voluntad y a Su tiempo en la vida, y reconocer con humildad Su mano en todo, producen las cosas apacibles del reino de Dios que traen gozo y la vida eterna (véase D. y C. 42:61). Aun al enfrentarnos a las dificultades e incertidumbres del futuro, podemos perseverar con buen ánimo y vivir “quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad” (1 Timoteo 2:2).

Podemos ser bendecidos para calmar nuestros temores al recibir la fortaleza que proviene de aprender y vivir los principios del Evangelio, y con resolución seguir adelante en la senda de los convenios.

El temor del Señor

Diferente y a la vez relacionado con los temores que a menudo experimentamos es lo que las Escrituras describen como “temor” (Hebreos 12:28) o “el temor de Jehová” (Job 28; Proverbios 16:6; Isaías 11:2–3). A diferencia de temor del mundo, que crea alarma y ansiedad, el temor del Señor es una fuente de paz, seguridad y confianza.

Pero, ¿cómo puede algo relacionado con el temor ser edificante o espiritualmente útil?

embargo, al no reconocerlo, dieron voces de miedo.

“Jesús les habló, diciendo: ¡Tened ánimo! ¡Yo soy, no tengáis miedo!

“Entonces le respondió Pedro y dijo: Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas”.

“Y él dijo: Ven” (Mateo 14:27–29).

Entonces, Pedro caminó sobre el agua hacia Jesús.

“Mas al ver el viento fuerte, tuvo miedo y, comenzando a hundirse, dio voces, diciendo: ¡Señor, sálvame!

“Y al momento Jesús, extendiendo la mano, le sujetó y le dijo: ¡Oh hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?” (Mateo 14:30–31).

Puedo ver a Pedro respondiendo con fervor y de inmediato a la invitación del Salvador. Con los ojos fijos en Jesús, salió de la barca y, milagrosamente, anduvo sobre las aguas. Sólo cuando su mirada se desvió, por causa del viento y las olas, fue cuando tuvo miedo y empezó a hundirse.

Podemos ser bendecidos para vencer nuestros temores y fortalecer nuestra fe al seguir las instrucciones del Señor: “Elevad hacia mí todo pensamiento; no dudéis; no temáis” (D. y C. 6:36).

Edificar sobre el fundamento de Cristo

Helamán amonestó a sus hijos Nefi y Lehi: “...recordad, hijos míos, recordad que es sobre la roca de nuestro

Redentor, el cual es Cristo, el Hijo de Dios, donde debéis establecer vuestro fundamento, para que cuando el diablo lance sus impetuosos vientos, sí, sus dardos en el torbellino, sí, cuando todo su granizo y furiosa tormenta os azoten, esto no tenga ningún poder para arrastraros al abismo de miseria y angustia sin fin, a causa de la roca sobre la cual estáis edificados, que es un fundamento seguro, un fundamento sobre el cual, si los hombres edifican, no caerán” (Helamán 5:12).

Las ordenanzas y los convenios son aquellas piezas fundamentales que utilizamos para construir nuestra vida sobre el fundamento de Cristo y de Su expiación. Estamos ligados de manera segura al Salvador y con Él a medida que dignamente recibimos las ordenanzas y concertamos convenios, recordamos y honramos fielmente esos sagrados compromisos y hacemos lo mejor que podemos para vivir de acuerdo con las obligaciones que hemos aceptado. Ese vínculo es la fuente de fortaleza espiritual y la estabilidad en todas las épocas de nuestra vida.

Podemos ser bendecidos para calmar nuestros temores al establecer firmemente nuestros deseos y hechos sobre el fundamento seguro del Salvador por medio de nuestras ordenanzas y convenios.

El justo temor que intento describir abarca un profundo sentimiento de reverencia, respeto y asombro por el Señor Jesucristo (véanse Salmos 33:8; 96:4), la obediencia a Sus mandamientos (véanse Deuteronomio 5:29; 8:6; 10:12; 13:4; Salmos 112:1) y la expectativa de que el Juicio Final y la justicia están en Su mano. Por lo tanto, el temor del Señor surge de una correcta comprensión de la naturaleza divina y la misión de Jesucristo, la disposición de someter nuestra voluntad a Su voluntad y el conocimiento de que todo hombre y mujer tendrán que rendir cuentas de sus propios pecados en el Día del Juicio (véase D. y C. 101:78; Artículos de Fe 1:2).

Como certifican las Escrituras, el temor del Señor “es el principio de la sabiduría” (Proverbios 1:7), “la enseñanza de sabiduría” (Proverbios 15:33), una “firme confianza” (Proverbios 14:26) y un “manantial de vida” (Proverbios 14:27).

Fíjense que el temor del Señor está inseparablemente ligado a un entendimiento del Juicio Final y la responsabilidad individual de nuestros deseos, pensamientos, palabras y hechos (véase Mosíah 4:30). El temor del Señor no es una aprensión renuente a presentarnos ante Él para ser juzgados; no creo que tengamos miedo de Él en absoluto. Más bien, es la expectativa de estar en Su presencia y afrontar las cosas como realmente son en cuanto a nosotros mismos y tener “un conocimiento perfecto” (2 Nefi 9:14; véase también Alma 11:43) de todas nuestras justificaciones, pretextos y auto-decepciones. Al final, quedaremos sin excusa.

Todos los que han vivido o que vivirán sobre la Tierra “serán llevados a comparecer ante el Tribunal de Dios, para ser juzgados por él según sus obras, ya fueren buenas o malas” (Mosíah 16:10). Si nuestros deseos

han sido hacia la rectitud y nuestras obras buenas, entonces el tribunal será placentero (véanse Jacob 6:13; Enós 1:27; Moroni 10:34); y en el postrer día seremos “recompensados en rectitud” (Alma 41:6).

Por el contrario, si nuestros deseos han sido para mal y nuestras obras malas, entonces el día del juicio será causa de pavor. “[No] nos atreveremos a mirar a nuestro Dios, sino que nos daríamos por felices si pudiéramos mandar a las piedras y montañas que cayesen sobre nosotros, para que nos escondiesen de su presencia” (Alma 12:14); y en el postrer día recibiremos nuestra “recompensa de maldad” (Alma 41:5).

Como se resume en Eclesiastés:

“Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el todo del hombre.

“Porque Dios traerá toda obra a juicio, junto con toda cosa oculta, buena o mala” (Eclesiastés 12:13–14).

Mis queridos hermanos y hermanas, el temor del Señor disipa los



temores terrenales; incluso atenúa la preocupación inquietante de que nunca podemos ser lo suficientemente buenos espiritualmente y que nunca estaremos a la altura de los requisitos y las expectativas del Señor. En verdad, no podemos ser lo suficientemente buenos ni estar a esa altura, si confiamos únicamente en nuestra propia capacidad y rendimiento. Nuestras obras y deseos por sí solos no nos salvan ni pueden hacerlo. “Después de hacer cuanto podamos” (2 Nefi 25:23), somos sanados sólo mediante la misericordia y gracia disponibles por medio del infinito y eterno sacrificio expiatorio del Salvador (véase Alma 34:10, 14). Ciertamente, “creemos que por la Expiación de Cristo, todo el género humano puede salvarse, mediante la obediencia a las leyes y ordenanzas del Evangelio” (Artículos de Fe 1:3).

El temor del Señor es amarlo y confiar en Él. A medida que tememos a Dios más plenamente, lo amamos más perfectamente; y “el amor perfecto desecha todo temor” (Moroni 8:16). Les prometo que la brillante luz del temor del Señor ahuyentará las oscuras tinieblas de los temores terrenales (véase D. y C. 50:25) a medida que acudamos al Salvador, edifiquemos sobre Él como nuestro fundamento y sigamos adelante en Su senda de convenios con un compromiso consagrado.

Testimonio y promesa

Amo y venero al Señor. Su poder y paz son reales. Él es nuestro Redentor y testifico que Él vive; y gracias a Él, nuestro corazón ya no tiene por qué turbarse ni tener miedo (véase Juan 14:27), y seremos bendecidos para calmar nuestros temores. De ello doy testimonio, en el sagrado y santo nombre del Señor Jesucristo. Amén. ■



Por el élder D. Todd Christofferson
Del Quórum de los Doce Apóstoles

El porqué del matrimonio, el porqué de la familia

La familia edificada en el matrimonio de un hombre y una mujer proporciona el mejor entorno para que el plan de Dios prospere.

Arriba de la Gran Puerta Oeste de la famosa Abadía de Westminster, en Londres, Inglaterra, se encuentran las estatuas de diez mártires cristianos del siglo XX. Entre ellas está la de Dietrich Bonhoeffer, un brillante teólogo alemán que nació en 1906¹. Bonhoeffer criticó abiertamente la dictadura nazi y el trato que daban a los judíos y a otras personas. Lo encarcelaron por su activa oposición y finalmente lo ejecutaron en un campo de concentración. Bonhoeffer fue un escritor prolífico, y algunas de

sus obras más conocidas son las cartas que unos guardias compasivos le ayudaron a sacar a escondidas de la prisión, y que posteriormente se publicaron como *Resistencia y sumisión: cartas y apuntes desde el cautiverio*.

Una de esas cartas que escribió en la prisión fue a su sobrina, antes de que ella se casara; carta que incluía estos importantes enfoques: “El matrimonio es más que el amor mutuo que ustedes se tienen... En el amor de cada uno, ustedes sólo ven sus dos egos en el mundo, pero en el matrimonio son un eslabón en la cadena de las generaciones que el Señor hace que vengan y vayan para gloria de Él, por lo que los llama a entrar en Su reino. En el amor de ustedes, sólo ven el cielo de su propia felicidad, pero en el matrimonio están colocados en un lugar de responsabilidad con el mundo y la humanidad. El amor que ustedes se tienen es su propia posesión privada, pero el matrimonio es más que algo personal... Es una posición en la que se hallan y un deber. Así como es la

corona, y no simplemente la voluntad, para gobernar lo que hace al rey; así es el matrimonio y no simplemente el amor que cada uno de ustedes siente por el otro, lo que los une a los ojos de Dios y del hombre... de esa manera el amor proviene de ustedes, pero el matrimonio proviene de arriba, de Dios”².

¿En qué forma el matrimonio entre un hombre y una mujer trasciende el amor del uno por el otro y su propia felicidad para convertirse en “un puesto de responsabilidad hacia el mundo y la humanidad”? ¿En qué sentido proviene “de arriba, de Dios”? A fin de entender, tenemos que remontarnos al comienzo.

Los profetas han revelado que primero existimos como inteligencias y que Dios nos dio forma, o cuerpos en espíritu, llegando así a ser Sus hijos procreados en espíritu: hijos e hijas de padres celestiales³. Llegó el momento en esa existencia premortal de los espíritus en que, para cumplir con Su deseo de que pudiésemos “tener el privilegio de avanzar como Él”⁴, nuestro Padre Celestial preparó un plan que lo hiciera posible. En las Escrituras se le da varios nombres, entre ellos “el plan de salvación”⁵, “el gran plan de felicidad”⁶ y “el plan de redención”⁷. Los dos objetivos principales del plan se le explicaron a Abraham con estas palabras:

“Y estaba entre ellos uno que era semejante a Dios, y dijo a los que se hallaban con él: Descenderemos, pues hay espacio allá, y tomaremos de estos materiales y haremos una tierra sobre la cual éstos [espíritus] puedan morar;

“y con esto los probaremos, para ver si harán todas las cosas que el Señor su Dios les mandare;

“y a los que guarden su primer estado les será añadido... y a quienes guarden su segundo estado, les será aumentada gloria sobre su cabeza para siempre jamás”⁸.



Gracias a nuestro Padre Celestial, ya éramos seres en espíritu; ahora nos ofrecía el sendero para completar o perfeccionar ese ser. La adición del elemento físico es esencial para la plenitud de la existencia y la gloria que Dios mismo tiene. Si, cuando estábamos con Dios en el mundo premortal de los espíritus, accedíamos a participar en Su plan —o en otras palabras “[guardábm]os nuestro primer estado”— se nos “[sería] añadido” un cuerpo físico al venir a morar en la Tierra que Él creó para nosotros.

Si entonces, en el transcurso de nuestra existencia terrenal, escogíamos hacer “todas las cosas que el Señor [nuestro] Dios [nos] mandare”, habríamos guardado nuestro “segundo estado”. Eso significa que mediante nuestras decisiones le demostraríamos a Dios (y a nosotros mismos) nuestro compromiso y nuestra capacidad de vivir Su ley celestial mientras estábamos alejados de Su presencia y en un cuerpo físico, con todos sus poderes, apetitos y pasiones. ¿Podríamos refrenar la carne a fin de que se convirtiera en el instrumento, en lugar del amo, del espíritu? ¿Se nos podrían confiar, por el tiempo y la eternidad, poderes divinos, incluso el poder para crear vida? ¿Venceríamos personalmente lo malo? A los que lo hicieran, “les [sería] aumentada gloria sobre su cabeza para siempre jamás”, siendo un aspecto sumamente importante de esa gloria el tener un cuerpo físico resucitado, inmortal y glorificado⁹. Con razón nos regocijamos ante esas posibilidades y promesas maravillosas¹⁰.

Se necesitan por lo menos cuatro cosas para el éxito de ese plan divino:

La primera es la creación de la Tierra como el lugar donde moraríamos. Cualquiera que sean los detalles del proceso de la creación, sabemos que no fue accidental, sino que Dios el Padre la dirigió y Jesucristo la



implementó: “Todas las cosas por medio de él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho”¹¹.

La segunda es la condición de la mortalidad. Adán y Eva actuaron a favor de todos los que habían elegido participar en el gran plan de felicidad del Padre¹². Su caída creó las condiciones necesarias para nuestro nacimiento físico, para tener la experiencia terrenal y aprender, mientras estábamos alejados de la presencia de Dios. Con ella vino un reconocimiento de lo bueno y lo malo y del poder para escoger que Dios otorgó¹³. Por último, la Caída trajo la muerte física, que era necesaria para que nuestro tiempo en la Tierra fuese temporal, a fin de que no viviésemos para siempre en nuestros pecados¹⁴.

La tercera es la redención de la Caída. Vemos la función que tiene la muerte en el plan de nuestro Padre Celestial; pero ese plan se volvería nulo sin una manera de vencer la muerte al final, tanto física como espiritual. Por tanto, un Redentor, el Hijo Unigénito de Dios, Jesucristo, sufrió y murió para expiar la transgresión de Adán y Eva, y proporcionar así la resurrección y la inmortalidad para todos. Además, ya que ninguno de nosotros será perfecta y constantemente obediente a la ley del Evangelio, Su expiación también nos redime de nuestros propios pecados, si nos arrepentimos. Con la gracia

expiatoria del Salvador, que proporciona el perdón de los pecados y la santificación del alma, podemos nacer otra vez espiritualmente y reconciliarnos con Dios. Nuestra muerte espiritual, nuestra separación de Dios, llegará a su fin¹⁵.

La cuarta y última, es el entorno para nuestro nacimiento físico y subsiguiente renacimiento espiritual en el reino de Dios. A fin de que Su obra tenga éxito y “[seamos exaltados] con Él”¹⁶, Dios ordenó que los hombres y las mujeres debían casarse y dar a luz hijos, y crear así, en colaboración con Dios, los cuerpos físicos que son indispensables para la prueba de la mortalidad, y esenciales para la gloria eterna con Él. Asimismo, ordenó que los padres debían establecer familias y criar a sus hijos en la luz y la verdad¹⁷, conduciéndolos hacia una esperanza en Cristo. El Padre nos manda:

“Por tanto, te doy el mandamiento de enseñar estas cosas sin reserva a tus hijos, diciendo:

“Que... como habéis nacido en el mundo mediante el agua, y la sangre, y el espíritu que yo he hecho, y así del polvo habéis llegado a ser alma viviente, así igualmente tendréis que nacer otra vez en el reino de los cielos, del agua y del [Santo] Espíritu, y ser purificados por sangre, a saber, la sangre de mi Unigénito, para que seáis santificados de todo pecado y gocéis de las palabras de vida eterna en este mundo, y la vida

eterna en el mundo venidero, sí, gloria inmortal”¹⁸.

Al conocer la razón por la que salimos de la presencia de nuestro Padre Celestial y lo que se requiere para regresar y ser exaltados con Él, queda muy claro que nada, en lo que respecta a nuestro tiempo en la Tierra, puede ser más importante que el nacimiento físico y el renacimiento espiritual, los dos requisitos necesarios para obtener la vida eterna. Éste es, para usar las palabras de Dietrich Bonhoeffer, el “deber” del matrimonio, el “lugar de responsabilidad con... la humanidad” que ocupa esta divina institución “de arriba, de Dios”. Es el “eslabón en la cadena de las generaciones” tanto aquí como en la vida venidera: el orden del cielo.

La familia edificada en el matrimonio de un hombre y una mujer proporciona el mejor entorno para que el plan de Dios prospere: el entorno para el nacimiento de hijos que vienen con pureza e inocencia de Dios, y el ambiente para el aprendizaje y la preparación que necesitarán a fin de tener una vida terrenal de éxito y obtener la vida eterna en el mundo venidero. Se necesita una cantidad mínima de familias edificadas en ese tipo de matrimonio para que las sociedades sobrevivan y progresen. Es por eso que las comunidades y las naciones por lo general han fomentado y protegido el matrimonio y la familia como instituciones privilegiadas; nunca ha tenido que ver sólo con el amor y la felicidad de los adultos.

El argumento de las ciencias sociales en favor del matrimonio y de la familia, encabezado por un hombre y una mujer que han sido casados, es convincente¹⁹. De modo que, “advertimos que la desintegración de la familia traerá sobre las personas, las comunidades y las naciones las calamidades predichas por los profetas antiguos y modernos”²⁰. Sin

embargo, nuestra afirmación acerca de la función del matrimonio y de la familia no se basa en la ciencia social, sino en la verdad de que son la creación de Dios. Él es quien, en el comienzo, creó a Adán y a Eva a Su imagen, varón y hembra; y los unió como esposo y esposa para que fuesen “una sola carne” y se multiplicaran e hinchiesen la Tierra²¹. Cada persona lleva consigo la imagen divina, pero es en la unión matrimonial del varón y la mujer como uno donde quizás se manifiesta el significado más completo de lo que es haber sido hechos a la imagen de Dios, varón y hembra. Ni nosotros ni ningún otro ser humano puede alterar ese divino orden del matrimonio; no es una invención humana; ese tipo de matrimonio en verdad proviene “de arriba, de Dios”, y forma parte tan integral del plan de felicidad como la Caída y la Expiación.

En el mundo premortal, Lucifer se rebeló contra Dios y Su plan, y su oposición sólo se intensifica. Él lucha para desalentar el matrimonio y la formación de familias; y donde se establecen matrimonios y familias, hace lo posible por perturbarlos. Ataca todo lo que es sagrado sobre la sexualidad humana, apartándola del contexto del matrimonio con, aparentemente, una infinidad de pensamientos y actos inmorales. Se esfuerza por convencer a los hombres y a las mujeres que las prioridades del matrimonio y la familia se pueden pasar por alto o abandonar, o por lo menos supeditarlas a la profesión, a otros logros, y a la búsqueda del placer propio y la autonomía individual. Ciertamente el adversario se complace cuando los padres no enseñan ni instruyen a sus hijos a tener fe en Cristo ni a nacer espiritualmente de nuevo. Hermanos y hermanas, muchas cosas son buenas, muchas son importantes, pero sólo algunas son esenciales.

El declarar las verdades fundamentales relacionadas con el matrimonio y la familia no es pasar por alto ni disminuir los sacrificios y éxitos de aquellos para quienes ese ideal no es una realidad actual. Algunos de ustedes no gozan de la bendición de un matrimonio por razones que incluyen la falta de candidatos viables, la atracción hacia el mismo sexo, las discapacidades físicas o mentales, o simplemente el miedo al fracaso que, por el momento al menos, eclipsa la fe. Quizás se hayan casado, pero ese matrimonio terminó y ahora están solos para manejar lo que dos personas apenas pueden sustentar. Algunos que están casados no pueden tener hijos, a pesar de grandes deseos y oraciones fervientes.

Aun así, todos tienen dones; todos tienen talentos; todos pueden contribuir al desarrollo del plan divino en cada generación. Gran parte de lo que es bueno, gran parte de lo que es esencial, incluso a veces todo lo que por ahora es necesario, se puede lograr en circunstancias que no son ideales. Muchos de ustedes hacen todo lo posible; y cuando los que llevan las cargas más difíciles de la mortalidad levantan su voz en defensa del plan de Dios para exaltar a Sus hijos, todos estamos listos





para apoyarlos. Con confianza testificamos que la expiación de Jesucristo ha previsto, y al final compensará, todas las privaciones y pérdidas para aquellos que se vuelvan a Él. Nadie está predestinado a recibir menos que todo lo que el Padre tiene para Sus hijos.

Una madre joven me expresó hace poco sus inquietudes por sentirse incompetente en este tan importante llamamiento. Pensé que las cosas que le preocupaban eran insignificantes y que no tenía que preocuparse, lo estaba haciendo bien; pero sabía que ella sólo deseaba complacer a Dios y honrar la confianza que Él había depositado en ella. Le di palabras de consuelo y supliqué que Dios, su Padre Celestial, la consolara con Su amor y la confirmación de Su aprobación al desempeñar Su obra.

Ése es mi ruego para todos nosotros hoy. Ruego que cada uno de nosotros encuentre aprobación ante Su vista. Ruego que los matrimonios se fortalezcan y que las familias prosperen; y ya sea que nuestra suerte sea la de tener una plenitud de esas bendiciones en la Tierra o no, ruego que la gracia del Señor nos brinde felicidad ahora y fe en las promesas seguras que están por venir. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Véase de Kevin Rudd, "Faith in Politics", *The Monthly*, octubre de 2006; themonthly.com.au/monthly-essays-kevin-rudd-faith-politics--300.
2. Dietrich Bonhoeffer, *Resistencia y sumisión: cartas y apuntes desde el cautiverio*, ed. Por Eberhard Bethge, 2008, págs. 42–43.
3. Véase, por ejemplo, Salmo 82:6; Hechos 17:29; Hebreos 12:9; Doctrina y Convenios 93:29, 33; Moisés 6:51; Abraham 3:22. El profeta José Smith nos proporcionó estos detalles: "Los primeros principios del hombre existen por sí mismos con Dios. Dios, hallándose en medio de espíritus [o inteligencias] y gloria, porque era más inteligente, consideró propio instituir leyes por medio de las cuales los demás podrían tener el privilegio de avanzar como Él... Él tiene el poder de instituir leyes para

instruir a las inteligencias más débiles, a fin de que puedan ser exaltadas con Él" (*Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith*, 2007, pág. 221).

4. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith*, pág. 221.
5. Alma 24:14.
6. Alma 42:8.
7. Alma 12:25; véanse también versículos 26–33.
8. Abraham 3:24–26.
9. El profeta José Smith proporcionó esta declaración: "El designio de Dios antes de la fundación del mundo era que debíamos tomar tabernáculos [cuerpos], para que por nuestra fidelidad pudiéramos vencer y, en consecuencia, recibir la resurrección de los muertos y así lograr gloria, honor, potestad y dominio". El profeta también afirmó: "Vinimos a esta tierra para tener un cuerpo y presentarlo puro ante Dios en el reino celestial. El gran principio de la felicidad consiste en tener cuerpo. El diablo no lo tiene y ése es su castigo; él está contento cuando puede obtener el tabernáculo del hombre; y cuando fue expulsado por el Salvador, le pidió que lo dejara ir a una manada de cerdos, demostrando que prefería ocupar el cuerpo de un cerdo que no tener ninguno. Todos los seres que tienen cuerpo poseen potestad sobre los que no lo tienen" (*Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith*, pág. 222).
10. Job 38:7.
11. Juan 1:3; véase también Doctrina y Convenios 76:23–24.
12. Véanse 1 Corintios 15:21–22; 2 Nefi 2:25.
13. Véanse 2 Nefi 2:15–18; Alma 12:24; Doctrina y Convenios 29:39; Moisés 4:3. José Smith dijo: "Todas las personas tienen derecho a gozar de su albedrío, porque Dios lo ha ordenado así. Él ha hecho a los seres humanos agentes morales, y les ha dado potestad para escoger el bien o el mal, para procurar aquello que sea bueno siguiendo el camino de santidad en esta vida, el cual brinda paz mental y gozo en el Espíritu Santo aquí y una plenitud de gozo y felicidad a Su diestra en el más allá; o para seguir un camino de maldad, andando en el pecado y la rebelión contra Dios y, de ese modo, provocar la condenación de su alma en este mundo y una privación eterna en el mundo por venir". El Profeta también agregó: "Satanás no puede seducirnos con

sus señuelos a menos que lo consintamos en nuestro corazón y nos dejemos vencer. Nuestra organización es tal que podemos resistir al diablo; si no estuviéramos organizados de esa manera, no seríamos agentes libres" (*Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith*, págs. 224–225).

14. Véanse Génesis 3:22–24; Alma 42:2–6; Moisés 4:28–31.
15. Incluso aquellos que no se arrepienten son redimidos de la muerte espiritual por medio de la Expiación en el sentido de que ellos vuelven a la presencia de Dios para el juicio final (véanse Helamán 14:17; 3 Nefi 27:14–15).
16. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith*, pág. 221.
17. Véase Doctrina y Convenios 93:36–40.
18. Moisés 6:58–59.
19. Las personas pueden ser leales el uno al otro en las relaciones fuera del matrimonio, y los hijos pueden nacer y ser criados, a veces con bastante éxito, en un entorno que no consista de una familia con dos padres que estén casados. Pero por lo general, y en la mayoría de los casos, la evidencia de los beneficios sociales del matrimonio y de los resultados comparativamente superiores para los hijos en las familias encabezadas por un hombre y una mujer casados es amplia. Por otro lado, los costos sociales y económicos de lo que un comentarista llama "la huida mundial de la familia", son un peso cada vez más grande en la sociedad. Nicholas Eberstadt cataloga el deterioro mundial en el matrimonio y la crianza de los hijos así como las tendencias relacionadas con los hogares sin padre y el divorcio, y hace la observación: "El impacto perjudicial en el número no intrascendente de niños desfavorecidos a causa de la huida de la familia es bastante claro. Así también el papel perjudicial del divorcio y los nacimientos fuera de los lazos del matrimonio están agravando la desigualdad económica y la brecha de la riqueza para la sociedad entera, pero especialmente para los niños. Sí, los niños son resilientes y todo eso, pero la huida de la familia con toda seguridad se lleva a cabo a expensas de los pequeños más vulnerables. Esa misma huida tiene también implicaciones imperdonables para las personas mayores vulnerables". (Véase "The Global Flight from the Family", *Wall Street Journal*, 21 de febrero de 2015; wsj.com/articles/nicholas-eberstadt-the-global-flight-from-the-family-1424476179).
20. "La Familia: Una Proclamación para el Mundo", *Liahona*, noviembre de 2010, pág. 129.
21. Véanse Génesis 1:26–28; 2:7, 18, 21–24; 3:20; Moisés 2:26–28; 3:7–8, 18, 20–24; 4:26.



Por el élder Wilford W. Andersen
De los Setenta

La música del Evangelio

La música del Evangelio es el gozoso sentimiento espiritual que procede del Espíritu Santo, el cual produce un cambio en el corazón.

Hace años, escuché una entrevista radiofónica a un joven médico que trabajaba en un hospital del País navajo, en la que relataba la experiencia que había tenido una noche cuando un indígena estadounidense ya anciano, de pelo largo y trenzado, llegó a la sala de urgencias. El joven médico tomó su tablilla con sujetapapeles, se acercó al hombre y le dijo: “¿En qué puedo ayudarlo?”. El anciano miró hacia delante y no dijo nada. El médico, sintiéndose algo impaciente, lo intentó de nuevo. “Si no me habla, no puedo ayudarlo”, le dijo. “Dígame por qué ha venido al hospital”.

Entonces el anciano lo miró y dijo: “¿Usted baila?”. Al considerar el joven médico la extraña pregunta, se le ocurrió que tal vez el paciente era un curandero que, según las antiguas costumbres tribales, procuraba sanar a los enfermos mediante cánticos y bailes en vez de con medicamentos recetados.

“No”, dijo el médico. “No bailo ¿y usted?”. El anciano asintió con la cabeza y el médico le preguntó: “¿Puede enseñarme a bailar?”.

La respuesta del hombre ha sido para mí un motivo de reflexión durante muchos años: “Yo puedo enseñarle a bailar”, respondió, “pero usted tiene que oír la música”.

A veces, en nuestro hogar, enseñamos con éxito los pasos de baile, pero no logramos ayudar a los miembros de nuestra familia a que oigan la música. Como muy bien sabía el viejo curandero, es difícil bailar sin música, pues resulta incómodo, no satisface y hasta es vergonzoso. ¿Alguna vez lo han intentado?

En la sección 8 de Doctrina y Convenios, el Señor enseñó a José Smith y a Oliver Cowdery: “Sí, he aquí, hablaré a tu mente y a tu corazón por medio del Espíritu Santo que vendrá sobre ti y morará en tu corazón” (versículo 2). Aprendemos los pasos de baile con la

mente, pero oímos la música con el corazón. Los pasos de baile del Evangelio son las cosas que hacemos; la música del Evangelio es el gozoso sentimiento espiritual que procede del Espíritu Santo, el cual produce un cambio en el corazón y es la fuente de todo deseo justo. Aprender los pasos de baile requiere disciplina, pero el gozo del baile se puede experimentar sólo cuando logramos oír la música.

Hay quienes ridiculizan a los miembros de la Iglesia por lo que hacemos, lo cual es comprensible. Los que bailan a veces pueden parecer extraños, excéntricos o, si empleamos un término de las Escrituras en inglés, “peculiares” (1 Pedro 2:9) para quienes no oyen la música. ¿Alguna vez se han detenido en un semáforo al lado de otro auto cuyo conductor se estaba moviendo y cantando a todo pulmón, pero no podían oír la música porque ustedes tenían las ventanillas cerradas? ¿No lo vieron un poco peculiar? Si nuestros hijos aprenden los pasos de baile sin aprender a oír ni a sentir la bella música del Evangelio, con el tiempo se sentirán incómodos con el baile y dejarán de bailar o, lo que es casi igual de malo, siguen



bailando por la presión que sienten de los que bailan a su alrededor.

El desafío que tenemos quienes procuramos enseñar el Evangelio es enseñar más que los pasos de baile. La felicidad de nuestros hijos depende de su capacidad para oír y amar la bella música del Evangelio. ¿Cómo se hace?

Primero, nuestra vida tiene que estar sintonizada con la frecuencia espiritual correcta. En los viejos tiempos, antes de la era digital, para encontrar nuestra emisora favorita de radio hacíamos girar el dial cuidadosamente hasta sintonizar perfectamente con la frecuencia de la emisora. Al acercarnos al número, sólo oíamos estática, pero cuando la sintonizábamos con precisión, nuestra música favorita se oía con claridad. En la vida tenemos que sintonizar la frecuencia correcta para poder oír la música del Espíritu.

Cuando recibimos el don del Espíritu Santo después del bautismo, somos llenos de la música celestial que acompaña a la conversión. Nuestro corazón cambia y “ya no tenemos más disposición a obrar mal, sino a hacer lo bueno continuamente” (Mosíah 5:2). Pero el Espíritu no tolera la falta de bondad, el orgullo ni la envidia. Si perdemos esa delicada influencia en nuestra vida, las ricas armonías del Evangelio no tardarán en tornarse desafinadas y, en última instancia, quedarán silenciadas. Alma formuló la pregunta conmovedora: “...si habéis sentido el deseo de cantar la canción del amor que redime, quisiera preguntaros: ¿Podéis sentir esto ahora?” (Alma 5:26).

Padres, si nuestra vida no está en armonía con la música del Evangelio, necesitamos sintonizarla. Tal y como nos enseñó el presidente Thomas S. Monson el pasado mes de octubre, debemos examinar la senda de nuestros pies (véase “Examina la senda de tus pies”, *Liahona*, noviembre de 2014,



págs. 86–88). Sabemos cómo hacerlo. Debemos caminar por el mismo sendero que recorrimos cuando oímos los compases de la música del Evangelio por primera vez. Ejercemos fe en Cristo, nos arrepentimos y tomamos la Santa Cena, sentimos más intensamente la influencia del Espíritu Santo, y la música del Evangelio suena de nuevo en nuestra vida.

Segundo, cuando podemos oír la música por nosotros mismos, debemos poner nuestro mejor empeño por ejecutarla en nuestro hogar. No se trata de algo que se puede forzar ni imponer. “Ningún poder o influencia se puede ni se debe mantener en virtud del sacerdocio” —ni en virtud de ser el padre, la madre, el más grande o el de voz más potente— “sino por persuasión, por longanimidad, benignidad, mansedumbre... por amor sincero [y] por bondad” (D. y C. 121:41–42).

¿Por qué esos atributos producirían un poder y una influencia mayores en el hogar? Porque son los atributos que invitan al Espíritu Santo; son los atributos que sintonizan el corazón con la música del Evangelio; cuando están presentes, todos los bailarines de la familia ejecutarán los pasos de baile de manera más natural y alegre sin necesidad de amenazas, intimidación ni compulsión.

Cuando nuestros hijos son pequeños, podemos cantarles la canción de

cuna del amor sincero, y cuando son obstinados y se niegan a irse a la cama a dormir, tal vez debamos cantarles la canción de cuna de la longanimidad. Cuando son adolescentes, podemos desintonizar la cacofonía de las discusiones y amenazas y, en su lugar, tocar la bella música de la persuasión, y quizás cantar la segunda estrofa de la canción de cuna de la longanimidad. Los padres pueden interpretar en perfecta armonía los atributos de la benignidad y la mansedumbre que se complementan. Podemos invitar a nuestros hijos a sumarse a cantar al unísono con nosotros mientras practicamos la bondad con un vecino necesitado.

No todo se va a producir de repente. Como bien sabe cualquier músico consumado, la práctica diligente es necesaria para tocar música hermosa. Si los primeros intentos de tocar música resultaron disonantes y discordantes, recuerden que la disonancia no se corrige con la crítica. En el hogar, la disonancia es como la oscuridad de un cuarto: no se consigue nada regañando a la oscuridad; debemos *desplazarla* con la luz.

Si los bajos en su coro familiar suenan demasiado fuertes y excesivos, o si los instrumentos de cuerda en la orquesta de su familia están un poco altos o desafinados, o si los impetuosos flautines suenan desafinados o fuera de control, tengan paciencia. Si no oyen



Por el élder Dale G. Renlund
De los Setenta

la música del Evangelio en su hogar, recuerden estas dos palabras: *sigan practicando*. Con la ayuda de Dios, llegará el día en que la música del Evangelio llenará su hogar con un gozo inefable.

Aun cuando se ejecute bien, la música no solucionará todos los problemas. Nuestra vida seguirá teniendo crescendos y decrescendos, staccatos y legatos, pues tal es la naturaleza de la vida en la Tierra.

Pero cuando agregamos música a los pasos de baile, los ocasionales y complicados ritmos de la vida matrimonial y familiar tienden a encontrar un equilibrio armónico; incluso las pruebas más difíciles aportarán tonalidades melancólicas y motivos conmovedores. Las doctrinas del sacerdocio empezarán a destilar sobre nuestra alma como rocío del cielo; el Espíritu Santo será nuestro compañero constante y nuestro cetro —una clara referencia al poder y la influencia— será un cetro inmutable de justicia y de verdad; nuestro dominio será un dominio eterno que, sin ser compe-lido, fluirá hacia nosotros para siempre jamás (véase D. y C. 121:45–46).

Ruego que así sea en la vida y en el hogar de cada uno de nosotros. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

Los Santos de los Últimos Días siguen intentándolo

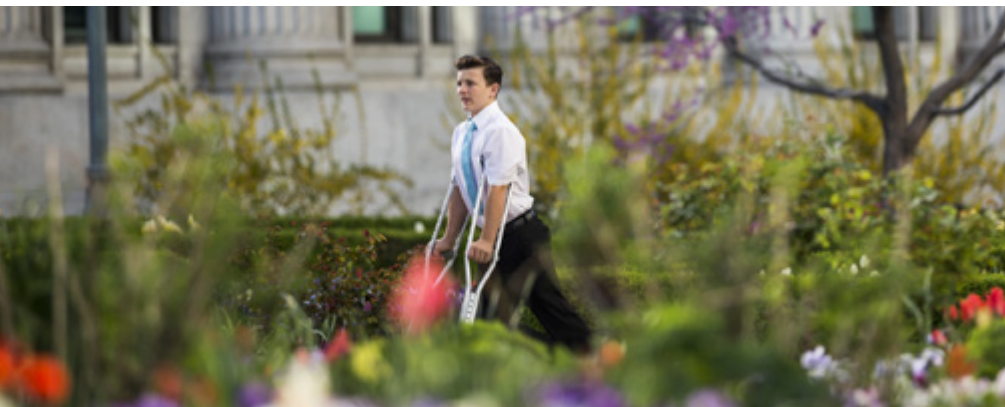
Al intentarlo, perseverar y ayudar a los demás a hacer lo mismo, somos verdaderos Santos de los Últimos Días.

Mis queridos hermanos y hermanas, en diciembre de 2013, el mundo lamentó la muerte de Nelson Mandela. Después de 27 años de encarcelamiento debido a su función en la lucha contra la segregación racial, Mandela fue el primer presidente de Sudáfrica elegido en forma democrática. El perdón que manifestó hacia quienes lo encarcelaron fue extraordinario, por lo que muchos lo honraron y lo elogiaron¹. A menudo Mandela desviaba los elogios diciendo: “No soy

un santo; es decir, a menos que crean que un santo es un pecador que sigue intentándolo”².

Esa declaración, “un santo es un pecador que sigue intentándolo”, debe tranquilizar y dar ánimo a los miembros de la Iglesia. Aunque se refieren a nosotros como “Santos de los Últimos Días”, a veces nos estremecemos ante esa alusión. Por lo general, el término *santos* se usa para designar a aquellos que han logrado un estado de santidad elevado o incluso la perfección; y sabemos muy bien que no somos perfectos.

Sin embargo, en nuestra teología se nos enseña que podemos ser perfeccionados al “[confiar] íntegramente” en la doctrina de Cristo de manera reiterada y continua: ejercitar fe en Él, arrepentirnos, participar de la Santa Cena para renovar los convenios y las bendiciones del bautismo, y reclamar al Espíritu Santo como compañero constante en mayor medida. Al hacerlo, llegamos a ser más como Cristo y somos capaces de perseverar hasta el fin, con todo lo que ello implica³. En





términos menos formales, a Dios le importa mucho más quiénes somos y en quienes nos estamos convirtiendo, que en quienes fuimos alguna vez⁴; a Él le importa que sigamos intentándolo.

En la comedia *Como gustéis*, escrita por el dramaturgo inglés William Shakespeare, se describe un cambio dramático en la vida de un personaje. Un hermano mayor planea un complot para matar a su hermano menor. Aun sabiendo eso, el hermano menor salva al hermano malvado de una muerte segura. Cuando el hermano mayor descubre esta inmerecida compasión, cambia por completo y para siempre, y logra lo que él llama una “conversión”. Tiempo después, varias mujeres se acercan al hermano mayor y preguntan: “¿Eres tú quien tantas veces quiso matar [a su hermano]?”

El hermano mayor contesta: “Era yo; mas no soy yo. Ahora que soy otro, decirnos el que fui no me avergüenza: tan dulce sabe mi conversión”⁵.

Para nosotros, gracias a la misericordia de Dios y a la expiación de Jesucristo, tal cambio no sólo es ficción de la literatura, pues el Señor declaró por medio de Ezequiel:

“...y la maldad del malvado no le será estorbo el día en que se vuelva de su maldad...”

“...si él se vuelve de su pecado y hace lo que es justo y recto,

“...devuelve lo que haya robado y camina en los estatutos de la vida, sin

cometer injusticia, ciertamente vivirá...”

“No se le recordará ninguno de sus pecados que había cometido; hizo lo que es justo y recto; ciertamente vivirá”⁶.

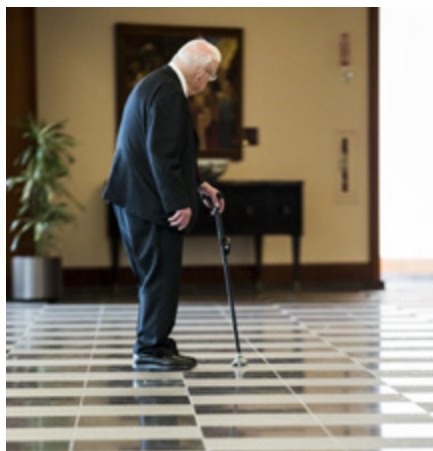
En Su misericordia, Dios promete el perdón si nos arrepentimos y nos volvemos de la maldad; tanto así que ni siquiera se recordarán nuestros pecados. Nosotros, gracias a la expiación de Cristo y a nuestro arrepentimiento, podemos ver nuestros hechos anteriores y decir: “Era yo, mas no soy yo”. Sin importar lo malvados que hayamos sido, podemos decir: “Ése es quien yo era, pero ese yo malvado de antes ya no es quien soy”⁷.

El presidente Thomas S. Monson ha enseñado: “Uno de los dones más grandes que Dios nos ha dado es el gozo que se siente al intentar algo por segunda vez; ningún fracaso tiene por qué ser terminante”⁸. Aun cuando hayamos pecado en forma consciente y deliberada o hayamos afrontado el fracaso y la decepción repetidamente, el momento en que decidamos intentarlo otra vez, la expiación de Cristo nos ayudará; y debemos recordar que no es el Espíritu Santo quien nos dice que estamos tan perdidos que ni siquiera vale la pena tratar.

El deseo de Dios de que los Santos de los Últimos Días sigan intentándolo también se extiende más allá de superar el pecado. Ya sea que suframos debido a relaciones difíciles, desafíos económicos, enfermedades o como

consecuencia de los pecados de alguien más, la expiación infinita del Salvador puede sanar aún —y quizás en especial— a aquellos que han sufrido inocentemente. Él entiende perfectamente lo que significa sufrir inocentemente como consecuencia de la transgresión de otra persona. Como fue profetizado, el Salvador va a “vendar a los quebrantados de corazón... [dar] gloria en lugar de ceniza, aceite de gozo en lugar de luto, [y] manto de alegría en lugar de espíritu apesadumbrado”⁹. Sin importar las circunstancias, con Su ayuda, Dios espera que los Santos de los Últimos Días sigamos intentándolo.

Así como Dios se regocija si perseveramos, Él se decepciona si no reconocemos que otras personas lo están intentando también. Nuestra querida amiga Thoba compartió la forma en que aprendió esa lección de su madre, Julia. Ella y Thoba estaban entre las primeras conversas de raza negra en Sudáfrica. Cuando el régimen de segregación racial concluyó, a los miembros de la Iglesia de raza blanca y de raza negra se les permitió asistir a la Iglesia juntos. Para muchas personas, la interacción como iguales entre las razas era algo nuevo y representaba un desafío. En una ocasión en la que Julia y Thoba asistieron a la Iglesia, sintieron que algunos miembros de raza blanca no las trataron muy cordialmente. Al salir, Thoba se quejó amargamente con su madre. Julia la escuchó con calma hasta que Thoba desahogó



su frustración; entonces, Julia dijo: “¡Ay, Thoba! la Iglesia es como un hospital grande, y todos estamos enfermos de alguna manera. Vamos a la Iglesia para que se nos ayude”.

El comentario de Julia refleja una perspectiva valiosa. No sólo debemos ser tolerantes mientras otras personas tratan de superar sus afecciones personales; también debemos ser amables, pacientes, comprensivos y apoyarlos. Conforme Dios nos insta a seguir intentándolo, Él espera que también permitamos que los demás hagan lo mismo, a su propio ritmo. La Expiación influenciará nuestra vida aún en mayor medida; reconoceremos entonces que a pesar de las diferencias aparentes, todos nosotros tenemos necesidad de la misma Expiación infinita.

Hace algunos años, un joven maravilloso de nombre Curtis fue llamado a servir en una misión. Él era el tipo de misionero que todo presidente de misión ruega tener; estaba enfocado en la obra y trabajaba mucho. En un momento dado, se le asignó un compañero que era inmaduro, con problemas para relacionarse y no muy entusiasta en cuanto a trabajar en la obra.

Un día, mientras iban en bicicleta, Curtis miró hacia atrás y vio que su compañero, inexplicablemente, se había bajado de la bicicleta y estaba caminando. En silencio, Curtis le expresó a Dios su frustración: qué tarea difícil era cargar con un compañero a quien tenía que llevar a cuestas a fin de lograr algo. Momentos después, Curtis sintió una impresión profunda, como si Dios

le estuviera diciendo: “Sabes, Curtis, comparados [ante] mí, ustedes dos no son tan diferentes”. Curtis aprendió que debía ser paciente con un compañero imperfecto quien, no obstante, estaba intentándolo, a su manera.

Mi invitación a todos nosotros es que evaluemos nuestra vida, nos arre-pintamos y sigamos intentándolo. Si no lo intentamos, sólo somos pecadores de los últimos días; si no perseveramos, somos inconstantes de los últimos días y si no permitimos que los demás lo intenten, sólo somos hipócritas de los últimos días¹⁰; al intentarlo, perseverar y ayudar a los demás a hacer lo mismo, somos verdaderos Santos de los Últimos Días. Conforme cambiemos, descubriremos que en verdad a Dios le importa más quiénes somos y en quienes nos estamos convirtiendo, que en quienes fuimos alguna vez¹¹.

Estoy profundamente agradecido por el Salvador, por Su Expiación infinita y por los profetas de los últimos días que nos instan a ser Santos de los Últimos Días, a seguir intentándolo¹². Doy testimonio de la realidad viviente del Salvador; en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Véase Nelson Rolihlahla Mandela, *Long Walk to Freedom*, 1994; “Biography of Nelson Mandela”, nelsonmandela.org/content/page/biography; y elogio a Nelson Mandela por el presidente Barack Obama del 10 de diciembre de 2013, en at.whitehouse.gov/the-press-office/2013/12/10/remarks-president-obama-memorial-service-former-south-african-president. La variedad de premios se indica al haber recibido Mandela el Premio Nobel de la Paz, la Medalla Presidencial de la Libertad de Estados Unidos y la Orden de Lenin soviética.
2. Véase, por ejemplo, el discurso de Nelson Mandela en el Instituto Baker de la Universidad Rice el 26 de octubre de 1999, bakerinstitute.org/events/1221. Es probable que Nelson Mandela estuviera parafraseando la muy conocida declaración

de Robert Louis Stevenson: “Los santos son los pecadores que siguieron intentándolo”. A lo largo de los años, muchos han expresado sentimientos parecidos. Por ejemplo, a Confucio se le atribuye la frase: “Nuestra mayor gloria no consiste en nunca caer... sino en levantarnos cada vez que caemos”.

3. Véase, por ejemplo: 2 Nefi 31:2–21; 3 Nefi 11:23–31; 27:13–21; Moroni 6:6; Doctrina y Convenios 20:77, 79; 59:8–9; *Manual 2: Administración de la Iglesia*, 2010, 2.1.2.
4. Decir que “a Dios le importa mucho más quiénes somos y en quienes nos estamos convirtiendo, que quienes fuimos alguna vez”, no significa que el Salvador le dé poca importancia a las consecuencias que el pecado de una persona trae sobre los demás. De hecho, el Salvador se preocupa infinitamente por aquellos que sufren dolores, penas y aflicciones debido a las transgresiones de otra persona. “Enfermedades [de Su pueblo] tomará... sobre sí [él Salvador], para que sus entrañas sean llenas de misericordia... a fin de que según la carne sepa cómo socorrer a los de su pueblo, de acuerdo con las enfermedades de ellos” (Alma 7:12).
5. William Shakespeare, *As You Like It*, Acto IV, Escena III, líneas 134–137.
6. Ezequiel 33:12, 14–16.
7. El uso de los tiempos pasado y presente de los verbos es notorio en muchos pasajes relacionados con el Juicio Final. Véanse, por ejemplo: 2 Nefi 9:16; Mormón 9:14; Doctrina y Convenios 58:42–43.
8. Thomas S. Monson, “La fuerza de voluntad”, *Liahona*, julio de 1987, pág. 67.
9. Isaías 61:1–3; véase también Lucas 4:16–21.
10. La palabra *hipócrita* como se usa en el Nuevo Testamento pueda traducirse del griego como “alguien que pretende”; “la palabra griega significa ‘actor de teatro’, o ‘alguien que finge, representa de manera teatral, o exagera un papel’” (véase Mateo 6:2, nota a pie de página *a*). Si no otorgamos a los demás la oportunidad de cambiar a su propio ritmo, sólo aparentamos ser Santos de los Últimos Días.
11. Véase nota 4, en la parte superior.
12. Es sorprendente la cantidad de veces que este mensaje aparece en los discursos de la Primera Presidencia y del Quórum de los Doce Apóstoles. El presidente Dieter F. Uchtdorf hizo esta consideración cuando dijo: “De todos los principios que enseñaron los profetas durante siglos, uno que se ha recalcado, una y otra vez, es el esperanzador y reconfortante mensaje de que la humanidad puede arrepentirse, cambiar de rumbo y regresar al verdadero camino del discipulado” (“¡Pueden hacerlo ahora!”, *Liahona*, noviembre de 2013, pág. 56).



Por el élder Michael T. Ringwood
De los Setenta

Verdaderamente bueno y sin engaño

Las buenas nuevas del evangelio de Jesucristo son que los deseos de nuestro corazón se pueden cambiar y que es posible educar y refinar nuestros motivos.

Lamentablemente, hubo una época de mi vida en la que me sentía motivado por los títulos y la autoridad. En realidad, comenzó en forma inocente: mientras me preparaba para prestar servicio en una misión de tiempo completo, nombraron a mi hermano mayor líder de zona en su misión. Oía tantos elogios sobre él que no pude evitar el deseo de que dijeran las mismas cosas de mí; anhelaba una posición similar y hasta incluso haya orado pidiéndola.

Felizmente, mientras estaba en la misión, aprendí una lección importante. Se me recordó esa lección durante la última conferencia.

En octubre pasado, el presidente Dieter F. Uchtdorf dijo: “En el transcurso de la vida, he tenido la oportunidad de conocer a algunos de los hombres y mujeres más competentes e inteligentes de este mundo. Cuando era más joven, quedaba impresionado con los instruidos, dotados, exitosos y aclamados por el mundo; pero, con el correr de los años, he llegado a comprender que me impresionan mucho más aquellas almas maravillosas y benditas que son *verdaderamente buenas y sin engaño*”¹.

Mi héroe del Libro de Mormón es un ejemplo perfecto de un alma maravillosa

y bendita, verdaderamente buena y sin engaño. Shiblón era uno de los hijos de Alma, hijo. Estamos más familiarizados con sus hermanos: Helamán, que sucedió a su padre como custodio de los registros y profeta de Dios; y Coriantón, que tuvo algo de notoriedad por ser un misionero que necesitó consejo de su padre. Alma escribió setenta y siete versículos a Helamán (véase Alma 36–37) y noventa y uno a Coriantón (véase Alma 39–42). A Shiblón, su segundo hijo, le escribió apenas quince versículos (véase Alma 38); sin embargo, en esos quince versículos sus palabras son poderosas e instructivas:

“Y ahora bien, hijo mío, confío en que tendré gran gozo en ti, por tu firmeza y tu fidelidad para con Dios; porque así como has empezado en tu juventud a confiar en el Señor tu Dios, así espero que continúes obedeciendo sus mandamientos; porque bendito es el que persevera hasta el fin.

“Te digo, hijo mío, que ya he tenido gran gozo en ti por razón de tu fidelidad y tu diligencia, tu paciencia y tu longanimidad entre los zoramitas” (Alma 38:2–3).

Además de hablarle a Shiblón, también habló acerca de él a Coriantón. Alma dijo: “...¿no has observado la constancia de tu hermano, su fidelidad y su diligencia al guardar los mandamientos de Dios? He aquí, ¿no te ha dado un buen ejemplo?” (Alma 39:1)².

Parece que Shiblón era un hijo que deseaba complacer a su padre e hizo lo bueno por el bien mismo y no para recibir elogios, posición, poder, recompensas ni autoridad. Helamán debe de haber sabido y respetado eso en su hermano, pues le dio la custodia de los registros sagrados que había recibido de su padre. Sin duda, confiaba en Shiblón porque éste “era un hombre justo; y anduvo rectamente ante Dios,





Woodbury, Minnesota, EE. UU.

y procuró hacer el bien continuamente, y guardar los mandamientos del Señor su Dios” (Alma 63:2). Como parece ser característico de Shiblón, no se menciona mucho de él desde el momento en que tomó posesión de los anales sagrados hasta que se los entregó a Helamán, el hijo de Helamán (véase Alma 63:11).

Shiblón era verdaderamente bueno y sin engaño; era una persona que sacrificó su tiempo, talentos y esfuerzo para ayudar y edificar a los demás a causa del amor que sentía por Dios y por su prójimo (véanse Alma 48:17–19; 49:30). Las palabras del presidente Spencer W. Kimball lo describen perfectamente: “Los grandes hombres y las grandes mujeres siempre tendrán mayor interés en servir que en dominar”³.

En un mundo donde por doquier se procuran los elogios, la posición, el poder, las recompensas y la autoridad, rindo honor a esas almas maravillosas y benditas que son verdaderamente buenas y sin engaño, a quienes los motiva el amor a Dios y al prójimo; aquellos grandes hombres y mujeres que tienen “mayor interés en servir que en dominar”.

En la actualidad, algunas personas querrían hacernos creer que nuestra búsqueda de relevancia sólo se puede satisfacer al obtener posición y poder;



sin embargo, felizmente hay muchos que no se dejan influir por esa perspectiva, sino que encuentran relevancia en procurar ser verdaderamente buenos y sin engaño. Los he encontrado en todos los ámbitos sociales y en muchas tradiciones religiosas; y encuentro gran cantidad de ellos entre los seguidores de Cristo verdaderamente convertidos⁴.

Rindo honor a quienes prestan servicio abnegado todas las semanas en barrios y ramas de todo el mundo haciendo más de lo que se requiere al cumplir con sus llamamientos; pero los llamamientos vienen y van. Más extraordinarias aún me parecen las muchas personas que, sin tener un llamamiento, encuentran maneras de servir y de edificar a los demás constantemente. Un hermano llega temprano a la Iglesia para colocar las sillas y se queda después para ayudar a acomodar; una hermana intencionalmente se sienta

junto a otra que es ciega no sólo para acompañarla, sino también para cantar los himnos en voz bastante alta a fin de que ella oiga las palabras y pueda cantar con los demás. Si se fijan en su barrio o rama, encontrarán ejemplos como éstos; siempre hay miembros que parecen percibir quién necesita ayuda y cuándo deben ofrecerla.

Tal vez mi primera lección sobre santos verdaderamente buenos y sin engaño la aprendí cuando era un misionero joven y me trasladaron a un área con un élder al que no conocía. Había oído a otros misioneros decir que él nunca había recibido una asignación de liderazgo y que tenía dificultad con el idioma coreano, a pesar de haber estado bastante tiempo en el país. No obstante, al llegar a conocerlo, me di cuenta de que era uno de los misioneros más obedientes y fieles que yo había conocido. Estudiaba cuando era hora de estudiar y trabajaba cuando había que trabajar; salía del apartamento a tiempo y regresaba a la hora debida; y estudiaba diligentemente el coreano, aunque le resultaba un idioma particularmente difícil.

Cuando me di cuenta de que los comentarios que había oído eran falsos, pensé que lo habían juzgado erróneamente como un misionero que no tenía éxito y quise decirle a toda la misión lo que había descubierto sobre ese élder. Compartí con el presidente de la misión el deseo que tenía de corregir el error y su respuesta fue: “El Padre Celestial sabe que ese joven es un misionero de éxito, y yo también lo sé”. Luego agregó: “Y ahora usted también lo sabe; entonces, ¿quién más importa?”. Aquel sabio presidente de misión me enseñó lo que era importante en el servicio; y no era el elogio, ni la posición, el poder, el honor ni la autoridad. Ésa fue una gran lección para un misionero joven que estaba demasiado centrado en los títulos.

Con aquella lección en mente, empecé a mirar hacia atrás en mi vida y a ver cuántas veces habían influido en mí hombres y mujeres que en el momento no poseían un título ni una posición importantes. Una de esas almas similares a Shiblón fue el maestro que tuve en seminario durante mi primer año de la escuela secundaria (preparatoria); un buen hombre que enseñó allí solamente dos o tres años, pero que me abrió el corazón de tal manera que me ayudó a recibir un testimonio. Quizás no haya sido el maestro más popular, pero siempre estaba preparado y su influencia en mí fue impactante y duradera. Una de las pocas veces que lo vi durante los cuarenta años siguientes fue cuando vino a saludarme en el funeral de mi padre. Sin duda, aquel no fue un acto motivado por un título ni por el poder.

Rindo honor a aquel maestro dedicado y a muchos como él que son verdaderamente buenos y sin engaño. Honro al maestro de la Escuela Dominical que no se limita a enseñar a sus alumnos sólo en las clases del domingo sino que, además, les enseña e influye en ellos invitándolos a desayunar con su familia; a los líderes de los jóvenes que asisten a las actividades deportivas y culturales de los hombres y las mujeres jóvenes de su barrio; al hombre que escribe notas de aliento a los vecinos; y a la mujer que no se conforma con mandar tarjetas de Navidad por correo, sino que las lleva personalmente a los familiares y amigos a quienes les hace falta una visita. Rindo honor al hermano que regularmente sacaba a pasear en auto a un vecino, cuyos días estaban oscurecidos por la enfermedad de Alzheimer, brindándoles así a él y a la esposa un cambio muy necesario en la rutina.

Esas acciones no se llevan a cabo para recibir elogio ni galardones. Esos hombres y mujeres no están motivados



por la posibilidad de obtener títulos ni autoridad; son discípulos de Cristo que hacen el bien continuamente y que, como Shiblón, se esfuerzan por complacer a su Padre que está en los cielos.

Me entristece cuando oigo de alguien que deja de prestar servicio o incluso de ir a la Iglesia porque ha sido relevado de un llamamiento o piensa que lo han pasado por alto para una posición o título. Espero que esas personas aprendan un día la misma lección que yo aprendí cuando era misionero: que el servicio que más cuenta generalmente sólo Dios lo reconoce. En nuestro afán por el yo y lo mío, ¿hemos olvidado el Tú y lo Tuyo?

Hay quienes dirán: “¡Pero me falta tanto para llegar a ser como esas personas que usted describe!”. Las buenas nuevas del evangelio de Jesucristo son que los deseos de nuestro corazón se pueden cambiar y que es posible educar y refinar nuestros motivos. Cuando nos bautizamos para entrar al verdadero redil de Dios, comenzamos el proceso de convertirnos en nuevas criaturas (véanse 2 Corintios 5:17; Mosíah 27:26); y cada vez que renovamos el convenio del bautismo al tomar la Santa Cena, avanzamos un paso hacia esa meta suprema y final⁵. Al perseverar en ese convenio, obtenemos la fortaleza para llorar con los que lloran y consolar a los que necesitan consuelo (véase Mosíah 18:9). En ese convenio encontramos la gracia que nos habilita para servir a Dios y

guardar Sus mandamientos, incluso los de amarlo a Él con todo nuestro corazón y amar al prójimo como a nosotros mismos⁶. En ese convenio, Dios y Cristo nos socorren a fin de que nosotros podamos socorrer a aquellos que necesitan auxilio (véase Mosíah 4:16; véanse también los versículos 11–15).

Todo lo que deseo en la vida es complacer a mis padres, tanto los terrenales como los celestiales, y parecerme más a Shiblón⁷.

Doy gracias a mi Padre Celestial por las almas semejantes a Shiblón cuyo ejemplo ofrece esperanza, a mí y a todos nosotros. Con su manera de vivir, testifican de un amoroso Padre Celestial y de un Salvador abnegado y compasivo. Agrego al testimonio de ellos el mío, con la promesa de esforzarme por parecerme más a ellos; en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Dieter F. Uchtdorf, “¿Soy yo, Señor?”, *Liahona*, noviembre de 2014, pág. 58; cursiva agregada.
2. Helamán no había ido a enseñar a los zoramitas, por lo que sabemos que Alma se refería a Shiblón cuando dijo “tu hermano” (véanse Alma 31:7; 39:2).
3. Spencer W. Kimball, “Vuestro papel como mujeres justas”, *Liahona*, mayo de 1980, pág. 171.
4. “El Señor nos enseñó que cuando estemos verdaderamente convertidos a Su evangelio, nuestro corazón abandonará toda preocupación egoísta y se volverá hacia el servicio para elevar a los demás en su camino hacia la vida eterna. Para lograr esa conversión, podemos orar y trabajar con



Por el élder Quentin L. Cook
Del Quórum de los Doce Apóstoles

fe a fin de llegar a ser la nueva criatura que es posible ser gracias a la expiación de Jesucristo. Para comenzar, podemos orar a fin de tener fe y arrepentirnos de nuestro egoísmo, y recibir el don de preocuparnos por los demás más que por nosotros mismos. Podemos orar para recibir el poder de dejar a un lado el orgullo y la envidia” (Henry B. Eyring, “Testimonio y conversión”, *Liahona*, febrero de 2015, págs. 4–5).

5. “[Dios] es inmortal y perfecto, nosotros somos mortales e imperfectos; no obstante, aun en este estado mortal buscamos formas de estar unidos a Él espiritualmente. Al hacerlo, logramos acceder un poco tanto a la gracia como a la majestad de Su poder. Entre esos momentos especiales están... el bautismo y la confirmación... y el participar de los emblemas de la cena del Señor” (Jeffrey R. Holland, *To My Friends*, 2014, pág. 80).
6. “Los Santos de los Últimos Días que en todo lo que hacen se consideran hijos de Dios aceptan con naturalidad el hecho de hacer y cumplir compromisos. El Plan de Salvación está caracterizado por convenios. Prometemos obedecer los mandamientos y, a la vez, Dios nos promete bendiciones en esta vida y por la eternidad. Él es preciso en cuanto a lo que requiere y es perfecto en mantener Su palabra. Porque nos ama y porque el propósito del plan es que lleguemos a ser como Él, requiere exactitud de parte de nosotros; y las promesas que nos hace siempre incluyen la potestad de progresar en nuestra capacidad para guardar los convenios. Él hace posible que conozcamos Sus reglas. Cuando nos esforzamos con todo el corazón por cumplir Sus normas, nos da la compañía del Espíritu Santo, lo cual, a su vez, aumenta nuestra capacidad para cumplir con nuestros compromisos y para discernir lo que es bueno y verdadero; y ése es el poder de aprender, tanto en nuestros estudios temporales como en la instrucción que nos hace falta para la eternidad” (Henry B. Eyring, “A Child of God”, devocional de la Universidad Brigham Young, 21 de octubre de 1997, págs. 4–5; speeches.byu.edu). Véase también, de David A. Bednar, “Soportar sus cargas con facilidad”, *Liahona*, mayo de 2014, págs. 87–90.
7. Desde que tengo memoria, siempre quise complacer a mi padre. Al crecer y recibir un testimonio, también obtuve el deseo de complacer al Padre Celestial. Tiempo después, lei en cuanto a Shiblón y agregué a mis metas la de llegar a ser más parecido a él.

Jesús es mi luz

Las familias rectas y la unidad centrada en Cristo en nuestros barrios y ramas fortalecen en gran manera nuestra capacidad de permanecer firmes y leales, y de seguir al Salvador a pesar de las vicisitudes de la vida.

En esta época de Pascua de Resurrección reflexionamos sobre la redención que proporcionó nuestro Salvador Jesucristo, y nos regocijamos en ella¹.

El clamor que resuena en todo el mundo a causa de la iniquidad nos provoca sentimientos de vulnerabilidad. Con las comunicaciones modernas, el impacto de la iniquidad, la desigualdad y la injusticia ocasiona que muchos sientan que la vida es intrínsecamente injusta. Por grandes que estas pruebas sean, no deben impedir que nos regocijemos en la divina intercesión que Cristo hizo por nosotros, y que la celebremos. El Salvador literalmente “[logró] la victoria sobre la muerte”. Con misericordia y compasión, tomó sobre Sí nuestras iniquidades y transgresiones, y de ese modo nos redimió y satisfizo las exigencias de la justicia para todos los que se arrepientan y crean en Su nombre².

Su magnífico sacrificio expiatorio tiene un sublime significado que trasciende el entendimiento humano. Ese acto de gracia ofrece la paz que sobrepasa todo entendimiento³.

¿Cómo hacemos frente, entonces, a la cruel realidad que nos rodea?

A mi esposa, Mary, siempre le han gustado los girasoles. Le encanta cuando



los ve brotar en lugares inauditos junto a las carreteras. Hay un camino de tierra que lleva a la casa en la que vivían mis abuelos. Antes de entrar al camino, Mary solía preguntar: “¿Crees que veremos esos extraordinarios girasoles hoy?”. Nos sorprendía el que florecieran tanto en terrenos donde circulaban máquinas de labranza y de remoción de nieve, como donde se acumulaban materiales que hacían la tierra poco ideal para que brotaran flores silvestres.

Una sorprendente característica de los girasoles silvestres tiernos, además



Una de las características sorprendentes de los tiernos girasoles silvestres es la forma en que los capullos siguen el recorrido del sol por el cielo.

de crecer en terreno poco adecuado, es la forma en que el capullo sigue el recorrido del sol por el cielo. Al hacerlo, recibe la energía sustentadora de vida que necesita antes de abrirse en una gloriosa flor amarilla.

Al igual que el tierno girasol, si seguimos al Salvador del mundo, al Hijo de Dios, florecemos y llegamos a ser gloriosos a pesar de las terribles condiciones que nos rodeen. Él es verdaderamente nuestra luz y vida.

En la parábola del trigo y la cizaña, el Salvador dijo a Sus discípulos que los que causaran tropiezo e hicieran iniquidad serían *recogidos* de Su reino⁴;

pero al referirse a los fieles, dijo: “Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre”⁵. Como personas y como discípulos de Cristo que viven en un mundo hostil que se encuentra literalmente en conmoción, podemos prosperar y florecer si nuestro fundamento es el amor por el Salvador y si seguimos con humildad Sus enseñanzas.

Las familias rectas y la unidad centrada en Cristo en nuestros barrios y ramas fortalecen en gran manera nuestra capacidad de permanecer firmes y leales, y de seguir al Salvador a pesar de las vicisitudes de la vida⁶.

La hora de casa

La función de la familia en el plan de Dios es “traernos felicidad, ayudarnos a aprender principios correctos en un ambiente amoroso y prepararnos para la vida eterna”⁷. La hermosa tradición de observar principios religiosos en el hogar necesita arraigarse en el corazón de los hijos.

Mi tío, Vaughn Roberts Kimball, era un buen estudiante, aspiraba a ser escritor y era mariscal de campo del equipo de fútbol americano de BYU. El 8 de diciembre de 1941, un día después del ataque a Pearl Harbor, se enroló en la marina de Estados Unidos. Mientras cumplía una asignación en Albany, Nueva York, envió un breve artículo a la revista *Reader's Digest*. Le pagaron 200 dólares y publicaron el artículo llamado “La hora de casa” en el ejemplar de mayo de 1944.

En el artículo de *Reader's Digest*, él habla desde el punto de vista de un marinero y dice:

“La hora de casa:

“Una tarde en Albany, Nueva York, le pregunté a un marinero qué hora era. Él sacó un enorme reloj y respondió: ‘Son las siete y veinte’. Yo sabía que era más tarde. ‘Tu reloj se detuvo, ¿no es así?’, pregunté.

“‘No’, dijo él, ‘aún tengo la hora de casa. Soy del sur de Utah. Cuando entré en la marina, mi papá me dio este reloj y dijo que me ayudaría a recordar mi casa.

“‘Cuando marca las cinco de la mañana, sé que mi papá se levanta a ordeñar las vacas, y por la noche, cuando marca las siete y media, sé que toda mi familia está alrededor de una mesa con abundante comida y mi padre está agradeciendo al Señor por lo que hay en la mesa y pidiéndole que me cuide...’, agregó. ‘Puedo averiguar fácilmente la hora de aquí, pero lo que



me interesa es saber la hora que es en Utah’”⁸.

Poco después de escribir ese artículo, mi tío Vaughn sirvió en un barco en el océano Pacífico. El 11 de mayo de 1945, mientras se encontraba en el portaaviones USS *Bunker Hill* cerca de Okinawa, el barco fue bombardeado por dos aviones suicidas⁹. Cerca de cuatrocientos tripulantes murieron, entre ellos mi tío Vaughn.

El élder Spencer W. Kimball extendió sus sinceras condolencias al padre de Vaughn, resaltando la dignidad de su hijo y la certeza del Señor de que “los que mueran en mí no gustarán la muerte, porque les será dulce”¹⁰. El padre de Vaughn tiernamente dijo que a pesar de que Vaughn fue sepultado en altamar, la mano de Dios lo llevaría a su hogar celestial¹¹.

Veintiocho años después, el presidente Spencer W. Kimball mencionó a Vaughn en una conferencia general. Él dijo en parte: “Conocí bien a esa familia... Me he arrodillado en oración con [ellos]... La educación en el hogar ha traído bendiciones eternas a esa familia numerosa”. El presidente Kimball invitó a cada familia a “doblar sus rodillas... y a orar por sus hijos e hijas dos veces al día”¹².

Hermanos y hermanas, si fielmente llevamos a cabo la oración familiar, el estudio de las Escrituras, la noche de hogar, damos bendiciones del sacerdocio y guardamos el día de reposo, nuestros hijos sabrán qué hora es en casa; estarán preparados para un hogar eterno en el cielo, sin importar lo que les suceda en un mundo difícil. Es de suma importancia que nuestros hijos sepan que en el hogar se les ama y se encuentran seguros.

El esposo y la esposa son compañeros iguales¹³; sus responsabilidades son distintas pero complementarias. La esposa puede dar a luz los hijos, lo cual bendice a toda la familia; el esposo puede recibir el sacerdocio, lo cual bendice a toda la familia; pero en los consejos familiares, el esposo y la esposa, como compañeros iguales, toman las decisiones más importantes. Deciden cómo se enseñará y se disciplinará a los hijos, cómo se administrará el dinero, dónde vivirán y muchos otros asuntos familiares. Las decisiones se toman juntos, después de procurar la guía del Señor. La meta es llegar a ser una familia eterna.

La luz de Cristo siembra la naturaleza eterna de la familia en el corazón de todos los hijos de Dios. Una de mis

escritoras favoritas, que no es miembro de la Iglesia, lo dijo así: “Mucho en la vida es irrelevante, [pero]... la familia es lo que realmente importa, lo que es sustancial, lo que es eterno; a la que hay que cuidar, atender y serle fiel”¹⁴.

La Iglesia nos ayuda a centrarnos en el Salvador unidos en familia

Además de la familia, la función de la Iglesia también es importante. “La Iglesia proporciona la organización y los medios para la enseñanza del evangelio de Jesucristo a todos los hijos de Dios. Proporciona la autoridad del sacerdocio para administrar las ordenanzas de salvación y exaltación a todo el que sea digno y esté dispuesto a aceptarlas”¹⁵.

En el mundo existe desenfrenada contención e iniquidad, y un gran énfasis en las culturas alternativas y la desigualdad. En la Iglesia, a excepción de las unidades de idiomas extranjeros, los barrios y las ramas sólo tienen límites geográficos; no se dividen por clase ni por categoría¹⁶. Nos regocijamos en el hecho de que todas las razas y las culturas se mezclan en una congregación recta. La familia de barrio es importante en nuestro progreso, felicidad y empeño individual para llegar a ser más como Cristo.

Las culturas a menudo dividen a los pueblos y, a veces, son motivo de violencia y discriminación¹⁷. En el Libro de Mormón se usa un lenguaje inquietante para describir las tradiciones de padres inicuos que fueron causa de violencia, guerras, malas acciones, iniquidad y hasta de la destrucción de pueblos y naciones¹⁸.

En las Escrituras no hay mejor punto de partida que el de 4 Nefi para describir la cultura de la Iglesia que es esencial para todos. Una parte del versículo 2 dice: "...se convirtió al Señor toda la gente sobre toda la faz de la tierra, tanto nefitas como lamanitas; y no había contenciones ni disputas entre ellos, y obraban rectamente unos con otros". En el versículo 16 dice: "...y ciertamente no podía haber un pueblo más dichoso entre todos los que habían sido creados por la mano de Dios". El hecho de que no hubiera contenciones se atribuía al "amor de Dios que moraba en el corazón del pueblo"¹⁹. Ésa es la cultura a la que aspiramos.

Los valores y las creencias culturales arraigadas conforman lo que somos. Las tradiciones de sacrificio, gratitud, fe y rectitud se deben atesorar y conservar.

Las familias deben disfrutar y proteger las tradiciones que cultiven la fe²⁰.

Uno de los aspectos más importantes de toda cultura es el idioma. En la zona de San Francisco, California, donde viví, había siete unidades de idioma extranjero. Nuestra doctrina con respecto a los idiomas se explica en la sección 90, versículo 11 de Doctrina y Convenios: "Porque acontecerá que en aquel día todo hombre oirá la plenitud del evangelio en su propia lengua y en su propio idioma".

Cada vez que los hijos de Dios le oran a Él en su lengua materna, lo hacen con el corazón. Está claro que el lenguaje del corazón es de mucho valor para las personas.

Mi hermano mayor, Joseph, es médico, y por muchos años ejerció en la región de la bahía de San Francisco. Un miembro de la Iglesia samoano entrado en años y que era paciente nuevo, acudió a su consultorio. Tenía un dolor muy intenso y extenuante. Se determinó que tenía piedras en los riñones y se le recetó el tratamiento adecuado. Ese fiel miembro dijo que su meta original era sencillamente saber lo que le ocurría a fin de poder orar en samoano al Padre

Celestial en cuanto a su problema de salud.

Es importante que los miembros entiendan el Evangelio en el idioma de su corazón a fin de que oren y actúen conforme a los principios del mismo²¹.

Aun con la diversidad de idiomas y las hermosas y edificantes tradiciones culturales, debemos entrelazar los corazones con unidad y amor²². El Señor ha declarado enérgicamente: "...estime cada hombre a su hermano como a sí mismo... Sed uno; y si no sois uno, no sois míos"²³. Si bien valoramos la diversidad cultural apropiada, nuestra meta es estar unidos en la cultura, las costumbres y las tradiciones del evangelio de Jesucristo, en todo aspecto.

La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días nunca ha sido más fuerte

Reconocemos que algunos miembros tienen dudas e inquietudes al procurar fortalecer su fe y su testimonio. Debemos tener cuidado de no criticar ni juzgar a los que tengan inquietudes, ya sean grandes o pequeñas. Al mismo tiempo, los que tengan inquietudes deben hacer todo lo posible por cultivar su fe y fortalecer su testimonio. Dedicarse paciente y humildemente al estudio, la meditación, la oración, a vivir los principios del Evangelio y hablar con los líderes respectivos, son la mejor forma de aclarar dudas e inquietudes.

Hay quienes han asegurado que hoy en día más miembros abandonan la Iglesia y que hay más dudas e incredulidad que en el pasado. Eso sencillamente no es cierto. La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días nunca ha sido más fuerte. La cantidad de miembros que pide que su nombre sea eliminado de los registros de la Iglesia siempre ha sido pequeña y en años recientes ha sido mucho menor que en el pasado²⁴. El aumento de las cifras en números



medibles como los miembros investidos que poseen una recomendación vigente para el templo, los adultos que pagan un diezmo íntegro y los que prestan servicio en misiones, ha sido espectacular. Permítanme reiterar, la Iglesia nunca ha sido más fuerte. Sin embargo, “recordad que el valor de las almas es grande a la vista de Dios”²⁵. Tendemos la mano a todos.

Si la cruel realidad que afronten ahora parece oscura, pesada y casi imposible de sobrellevar, recuerden que en la penosa oscuridad del Getsemaní y en la tortura y el dolor incomprensibles del Calvario, el Salvador llevó a cabo la Expiación, la cual quita las cargas más terribles que se puedan llevar en esta vida. Lo hizo por ustedes y por mí. Lo hizo porque nos ama y porque obedece a Su Padre. Seremos rescatados de la muerte, incluso desde las profundidades del mar.

Lo que nos protegerá en esta vida y en la eternidad serán la rectitud personal y familiar, las ordenanzas de la Iglesia y el seguir al Salvador. Ése es nuestro

refugio contra la tempestad. Los que se sientan solos, pueden vivir con firmeza en rectitud sabiendo que la Expiación los protegerá y bendecirá más de lo que puedan entender por completo.

Debemos recordar al Salvador, guardar nuestros convenios y seguir al Hijo de Dios como el tierno girasol sigue la luz del sol. El seguir Su luz y ejemplo nos traerá gozo, felicidad y paz. Como dice el Salmo 27 y uno de mis himnos favoritos en inglés: “Jehová es mi luz y mi salvación”²⁶.

Este fin de semana de Pascua de Resurrección, como uno de los apóstoles del Salvador, doy mi testimonio solemne de la resurrección de Jesucristo. Sé que Él vive, conozco Su voz. Testifico de Su divinidad y de la realidad de la Expiación; en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Véase 2 Nefi 9:20–22.
2. Véase Mosiah 15:8–9.
3. Véase Filipenses 4:7.
4. Véase Mateo 13:41.
5. Mateo 13:43.

6. Véase Doctrina y Convenios 115:5–6.
7. *Manual 2: Administración de la Iglesia*, 2010, 1.1.4.
8. Vaughn R. Kimball, “The Right Time at Home”, *Reader's Digest*, mayo de 1944, pág. 43.
9. Véase la carta del capitán G. A. Seitz, de la marina de Estados Unidos, USS *Bunker Hill*, con fecha del 25 de mayo de 1945, dirigida al padre de Vaughn Kimball, Crozier Kimball, Draper, Utah.
10. Véase la carta de Spencer W. Kimball a Crozier Kimball, con fecha del 2 de junio de 1945; Doctrina y Convenios 42:46.
11. Véase Crozier Kimball, en Marva Jeanne Kimball Pedersen, *Vaughn Roberts Kimball: A Memorial, 1995*, pág. 53.
12. Véase de Spencer W. Kimball, “The Family Influence”, *Ensign*, julio de 1973, pág. 17. Spencer W. Kimball era entonces Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles.
13. Véase “La Familia: Una Proclamación para el Mundo”, *Liahona*, noviembre de 2010, pág. 129.
14. Carla Carlisle, “Pray, Love, Remember”, *Country Life*, 29 de septiembre de 2010, pág. 120.
15. *Manual 2*, 1.1.5.
16. Véase 4 Nefi 1:26.
17. La cultura es un tema del que se habla mucho en la actualidad. El sitio Merriam-Webster.com eligió la palabra *cultura* como la palabra del año 2014.
18. Véanse Alma 9; Helamán 5.
19. 4 Nefi 1:15.
20. El filósofo alemán Goethe escribió esta frase célebre: “Lo que de tus padres has heredado, adquiérelolo para que sea tuyo”. (Johann Wolfgang von Goethe, *Fausto*, traducción, Bayard Taylor, 1912, tomo I, pág. 28).
21. Ése es uno de los motivos por los cuales la Iglesia enseña el Evangelio en 50 idiomas y traduce el Libro de Mormón en 110. No obstante, uno de los desafíos que se afrontan en muchos lugares del mundo es aprender el idioma del país en el que se reside. Los padres debemos sacrificarnos a fin de ayudar a las nuevas generaciones a aprender el idioma del país en el que se viva. Deben ayudarles a que hagan de ese idioma el idioma de su corazón.
22. Véase Mosiah 18:21.
23. Doctrina y Convenios 38:25, 27.
24. En los últimos 25 años, la cantidad real de miembros que han abandonado la Iglesia ha disminuido y ésta casi ha duplicado su tamaño. El porcentaje de personas que la abandonan se ha reducido sobremanera.
25. Doctrina y Convenios 18:10.
26. Salmos 27:1; véase también “Jesús es mi luz”, *Himnos*, N° 42.





Por el élder M. Russell Ballard
Del Quórum de los Doce Apóstoles

La generación más grandiosa de jóvenes adultos

Lo que necesitamos actualmente es la generación más grandiosa de jóvenes adultos de la historia de la Iglesia. Necesitamos todo su corazón y toda su alma.

Uno de los placeres más grandes de los que disfruto al viajar por todo el mundo, es la oportunidad de conocer y saludar a nuestros misioneros. Estos magníficos élderes y hermanas irradian la Luz de Cristo, y el amor que tienen por el Señor Jesucristo y la devoción con que le sirven siempre me resultan inspiradores. Cada vez que estrecho su mano y siento su extraordinario espíritu y fe, me digo a mí mismo: “¡Estos maravillosos hijos e hijas nuestros son un verdadero milagro!”.

Durante la reunión general del sacerdocio de octubre de 2002 desafié a los obispos, a los padres y a los futuros misioneros a “elevar el nivel” del servicio misional de tiempo completo.

En aquel entonces dije que “lo que... necesitamos es la generación más grandiosa de misioneros que haya existido en la historia de la Iglesia. Necesitamos misioneros dignos, capacitados y vigorosos espiritualmente...”

“...necesitamos todo su corazón y toda su alma. Necesitamos misioneros

vibrantes, inteligentes y fervientes que sepan escuchar y responder a los susurros del Santo Espíritu”¹.

En muchos aspectos, el mundo actual es más difícil de lo que era hace 13 años. Nuestros jóvenes y jovencitas tienen muchas más distracciones que los desvían de sus preparativos tanto

para la misión como para una futura vida feliz. La tecnología se ha expandido y casi todo el mundo tiene acceso a un dispositivo móvil que puede captar la atención de la familia humana de Dios para hacer mucho bien o mucho mal.

Esta noche me dirijo a los misioneros que están prestando servicio, a los futuros misioneros, a los ex misioneros y a todos los jóvenes adultos varones de la Iglesia. Ruego que comprendan y consideren detenidamente lo que tengo que decirles mientras transitan por estos emocionantes y exigentes años de la vida.

En los albores de la Iglesia, una Autoridad General entrevistaba a los misioneros antes de prestar servicio en sus misiones. En estos días, el obispo y el presidente de estaca los entrevistan para servir como misioneros, y la mayoría de ustedes pasarán por esta vida sin que una Autoridad General los entreviste, lo cual no es más que el simple reflejo de la realidad de una Iglesia mundial de más de 15 millones de miembros. Sé que hablo en nombre de mis hermanos, los apóstoles, cuando les digo que deseáramos que



nos fuese posible conocerlos a todos personalmente y poder decirles que los amamos y que los apoyamos.

Afortunadamente, el Señor ha proporcionado medios para que podamos llegar hasta ustedes. Por ejemplo, un miembro del Quórum de los Doce asigna a cada misionero a su misión. Si bien esto se hace sin la tradicional entrevista cara a cara, la tecnología y la revelación se combinan para brindar una experiencia que es extraordinariamente íntima y personal. Permítanme decirles cómo se hace.

La fotografía de ustedes aparece en la pantalla de una computadora junto con información clave que su obispo y presidente de estaca proporcionaron. Cuando aparece su fotografía, los miramos a los ojos y repasamos sus respuestas a las preguntas de la recomendación misional. Durante ese breve momento, parece como si ustedes estuvieran presentes y respondiéndonos directamente a nosotros.

Al contemplar su fotografía, confiamos en que hayan cumplido con “elevar el nivel” en todos los aspectos que se requieren actualmente para ser un

misionero fiel y exitoso. Entonces, por el poder del Espíritu del Señor y bajo la dirección del presidente Thomas S. Monson, los asignamos a una de las 406 misiones que la Iglesia tiene en todo el mundo.

No, no es lo mismo que una entrevista personal cara a cara, pero casi.

La videoconferencia es otro medio que nos permite llegar a los líderes y miembros de la Iglesia que viven lejos de las Oficinas Generales de la Iglesia.

Con esto en mente, quisiera que aquellos que se estén preparando para servir en una misión, los que ya hayan regresado y todos los jóvenes adultos pasen unos minutos conmigo como si estuviéramos teniendo una video charla personal en este momento. Mírenme durante unos minutos como si ustedes y yo fuéramos los únicos en la sala o el cuarto donde se hallan esta noche.

De mi parte, imaginaré que los estoy mirando a los ojos y escuchando atentamente sus respuestas a unas cuantas preguntas que creo que me dirán mucho acerca de cuán fuerte es su testimonio y devoción por Dios. Si me permiten parafrasear lo que le dije a los

misioneros hace 13 años, lo que necesitamos actualmente es la generación más grandiosa de jóvenes adultos de la historia de la Iglesia. Necesitamos todo su corazón y toda su alma. Necesitamos jóvenes adultos vibrantes, inteligentes y fervientes que sepan escuchar y responder a los susurros del Santo Espíritu mientras se abren camino entre las pruebas y las tentaciones cotidianas de ser un joven Santo de los Últimos Días en esta época.

En otras palabras, ha llegado el momento de elevar el nivel no sólo de los misioneros, sino de los ex misioneros y de toda su generación. Para ello, les ruego que mediten en su corazón las respuestas a estas preguntas:

1. ¿Escudriñas las Escrituras con regularidad?
2. ¿Te arrodillas en oración para conversar con tu Padre Celestial cada mañana y cada noche?
3. ¿Ayunas y donas una ofrenda de ayuno cada mes, aunque seas un estudiante pobre, con dificultades y que no puede donar mucho?
4. ¿Piensas profundamente en el Salvador y en el sacrificio expiatorio que hizo por ti cuando se te pide preparar, bendecir y repartir la Santa Cena o participar de ella?
5. ¿Asistes a tus reuniones y te esfuerzas por santificar el día de reposo?
6. ¿Eres honrado en tu hogar, en la universidad, en la capilla y en el trabajo?
7. ¿Eres mental y espiritualmente limpio? ¿Evitas ver pornografía o sitios web, revistas, películas o aplicaciones —incluso fotos de Tinder o Snapchat— que harían avergonzar a tus padres, tus líderes de la Iglesia o el Salvador mismo si los vieran?
8. ¿Eres cuidadoso con tu tiempo y evitas la tecnología y las redes sociales



inapropiadas —incluso los videojuegos— que pueden adormecer tu sensibilidad espiritual?

9. ¿Hay algo en tu vida que necesites cambiar y arreglar ya mismo?

Gracias por esta breve conversación personal. Espero que hayan contestado cada una de las preguntas con sinceridad y detenimiento. Si perciben carencias en algunos de estos principios sencillos, los insto a arrepentirse valientemente y a poner nuevamente su vida en armonía con las normas del Evangelio y del discipulado virtuoso.

Ahora, hermanos, ¿me permitirían ofrecerles consejos adicionales que los ayudarán a que su testimonio del Evangelio esté profundamente arraigado en su corazón y en su alma?

Ex misioneros, les recuerdo que la preparación para la vida y la familia debe ser continua. ¡“E.M.” no significa “ex mormón”! Como ex misioneros “deben estar anhelosamente consagrados a una causa buena, y hacer muchas cosas de su propia voluntad y efectuar mucha justicia”².

Por favor, utilicen las habilidades que adquirieron en la misión para bendecir la vida de quienes los rodean a diario. No cambien el enfoque de servir al prójimo por centrarse exclusivamente en los estudios, el trabajo o las actividades sociales. En vez de eso, equilibren su vida con experiencias espirituales que les recuerden continuar ministrando a los demás diariamente y los preparen para ello.

En la misión aprendieron la importancia de visitar a las personas en su hogar. Espero que todos ustedes, jóvenes adultos, ya sea que hayan servido misiones de tiempo completo o no, comprendan la importancia de visitar a las personas que están solas, enfermas o desanimadas, y no sólo como



una asignación, sino también motivados por el amor genuino que tienen por su Padre Celestial y Sus hijos.

A aquellos que estén en la escuela secundaria (preparatoria) y se estén preparando para la misión, los aliento a asistir a seminario y a graduarse. Jóvenes adultos, deben inscribirse en instituto de religión³. Si están asistiendo a una universidad de la Iglesia, incluyan cada semestre, y de manera constante, una clase de religión. Durante esta época importante de preparación para una misión, para el matrimonio eterno y la vida de adulto, deben seguir buscando maneras de aprender, crecer y recibir inspiración y guía por medio del Espíritu Santo. El estudio del Evangelio con detenimiento y con espíritu de oración en seminario, instituto o las clases de religión puede ayudarlos con esa meta.

Ya sea que asistan o no a una universidad de la Iglesia, ya sea que asistan o no a una institución académica, no piensen que están demasiados ocupados para estudiar el Evangelio. Seminario, instituto o las clases de religión brindarán equilibrio a su vida y serán un aporte a su formación secular al brindarles otra oportunidad de pasar tiempo estudiando las Escrituras y las enseñanzas de los profetas y apóstoles. Hay cuatro cursos nuevos y excelentes, y quisiera alentar a todo joven adulto a evaluarlos y asistir a ellos⁴.

Y no olviden que las clases y las actividades que ofrece su instituto local y su barrio o estaca de jóvenes adultos

solteros serán también un lugar donde pueden estar con otros jóvenes y jovencitas, y elevarse e inspirarse unos a otros al aprender, crecer espiritualmente y socializar juntos. Hermanos, si dejan a un lado sus teléfonos celulares y verdaderamente miran a su alrededor, tal vez encuentren a su futura compañera en instituto.

Lo cual me lleva a otro consejo que estoy seguro que ya lo veían venir: Adultos solteros, tienen que salir con jóvenes del sexo opuesto y casarse. ¡Dejen de posponerlo! Sé que algunos de ustedes tienen miedo a formar una familia; sin embargo, si se casan con la persona adecuada en el momento adecuado y en el lugar adecuado, no tienen que temer. De hecho, muchos de los problemas que encuentren se evitarán si se hallan “anhelosamente consagrados” a salir en forma recta, al cortejo y al matrimonio. ¡No envíen textos! Utilicen su propia voz para presentarse ante las virtuosas hijas de Dios que hay a su alrededor. El oír una voz humana las sorprenderá, tal vez le digan que sí.

Ahora hermanos, les testifico que el Señor Jesucristo puede ayudarnos a arreglar cualquier cosa en nuestra vida por medio de Su sacrificio expiatorio.

Esta tarde, a medida que nos preparamos para celebrar el domingo de Pascua de Resurrección, mañana, hagan una pausa conmigo para recordar el don de la expiación de Cristo. Recuerden que nuestro Padre Celestial y nuestro Salvador Jesucristo los conocen mejor y los aman más que nadie.



Por el élder Ulisses Soares
De la Presidencia de los Setenta

Por medio de la Expiación, el Redentor tomó sobre Sí nuestros problemas, dolores y pecados. El Salvador del mundo vino para entendernos individualmente al experimentar nuestras esperanzas frustradas, nuestras dificultades y nuestras calamidades por medio de Su padecimiento en el Getsemaní y en la cruz⁵. Su muerte fue un acto final de amor por nosotros, y en aquella fatídica noche fue enterrado en una tumba nueva.

El domingo por la mañana, Jesús se levantó de los muertos, prometiéndonos una vida nueva a cada uno de nosotros. Entonces, el Señor resucitado comisionó a Sus discípulos que enseñaran a todos a tener fe en Cristo, a arrepentirse del pecado, a ser bautizados, a recibir el don del Espíritu Santo y a perseverar hasta el fin. Hermanos, sabemos que Dios, nuestro Padre, y Su Hijo Amado se aparecieron al profeta José Smith y por medio de él restauraron la plenitud del evangelio sempiterno de Jesucristo.

Sean fuertes, hermanos. Guarden los mandamientos de Dios. El Señor Jesucristo nos promete que todo lo que deseemos hacer en rectitud será nuestro. Los líderes de la Iglesia cuentan con ustedes. Necesitamos que cada uno de ustedes, jóvenes adultos, se prepare para casarse, para servir y para ser líderes en el futuro, lo cual ruego humildemente en el nombre del Señor Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. M. Russell Ballard, “La generación más grandiosa de misioneros”, *Liahona*, noviembre de 2002, pág. 47.
2. Doctrina y Convenios 58:27.
3. Véase la carta de la Primera Presidencia del 21 de abril de 2011.
4. Véase “New Religion Classes to Be Offered at Church Universities and Institutes of Religion,” lds.org/topics/education/new-religion-classes?lang=eng.
5. Véase Mosiáh 3:5–13.

Sí, ¡podemos ganar y ganaremos!

Debemos asirnos aún más fuertemente a nuestro testimonio del evangelio de Jesucristo; entonces ganaremos las batallas diarias contra el mal.

Queridos hermanos, me siento humilde por el privilegio de dirigirles la palabra a ustedes, los poseedores del sacerdocio de Dios de toda la Iglesia.

El presidente Thomas S. Monson ha dicho:

“A veces, el mundo puede ser un lugar atemorizante en el cual vivir. La estructura moral de la sociedad parece estar desmoronándose a una rapidez alarmante. Nadie, ya sea joven, anciano, o de mediana edad, se libra de estar expuesto a aquellas cosas que tienen el potencial de arrastrarnos hacia abajo y destruirnos.

“Estamos librando una guerra con el pecado... pero no debemos desanimarnos; es una guerra que podemos ganar y que ganaremos. Nuestro Padre Celestial nos ha dado las herramientas que necesitamos para lograrlo”¹.

Todos nosotros, jóvenes y adultos, afrontamos a diario la guerra a la que se refirió el presidente Monson. El enemigo y sus ángeles tratan de distraernos. Su finalidad es impulsar a que nos apartemos de los convenios que hemos hecho con el Señor y perdamos de vista

nuestra herencia eterna. Ellos conocen bien el plan que nuestro Padre Celestial tiene para Sus hijos, ya que estuvieron con nosotros en el Gran Concilio de los Cielos cuando fue presentado. Tratan de aprovecharse de nuestras debilidades y flaquezas, y nos engañan con “vapores de tinieblas... que ciegan los ojos y endurecen el corazón de los hijos de los hombres, y los conducen hacia caminos anchos, de modo que perecen y se pierden”².

A pesar de la oposición que afrontamos, el presidente Monson ha enseñado que podemos ganar esta guerra y que la ganaremos. El Señor confía en nuestra capacidad y determinación para hacerlo.

Las Escrituras contienen innumerables ejemplos de aquellos que ganaron sus guerras aun bajo circunstancias sumamente hostiles. Uno de ellos es el capitán Moroni en el Libro de Mormón. Ese extraordinario joven tuvo el valor de defender la verdad en una época en la que había muchas disensiones y guerras, lo cual amenazaba con destruir a toda la nación nefita. Aunque llevaba a cabo sus responsabilidades



Autoridades Generales y Oficiales Generales de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días

LA PRIMERA PRESIDENCIA



Henry B. Eyring
Primer consejero



Thomas S. Monson
Presidente



Dieter F. Uchtdorf
Segundo consejero

EL QUÓRUM DE LOS DOCE APÓSTOLES



Boyd K. Pecker



L. Tom Perry



Russell M. Nelson



Dallin H. Oaks



M. Russell Ballard



Richard G. Scott



Robert D. Hales



Jeffrey R. Holland



David A. Bednar



Quentin L. Cook



D. Todd Christofferson



Neil L. Andersen



Ronald A. Rasband



L. Whitney Clayton



Donald L. Hallstrom



Richard J. Maynes



Craig C. Christensen



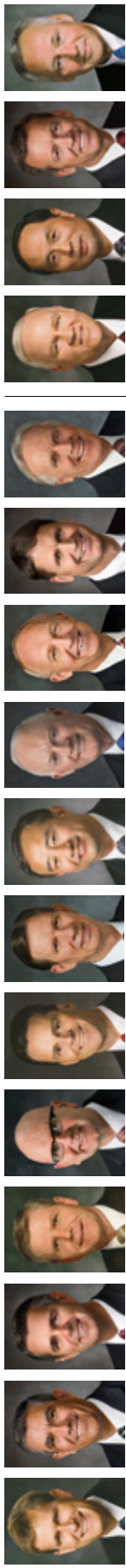
Ulisses Soares



Lynn G. Robbins

EL PRIMER QUÓRUM DE LOS SETENTA

(en orden alfabético)



Marcos A. Aloukhalis
 José L. Alonso
 Ian S. Ardem
 Mervyn B. Arnold
 David S. Baxter
 Shayne M. Bowen
 Craig A. Candon
 Yoon Hwan Choi
 Kim B. Clark
 Don R. Clarke
 Carl B. Cook
 Lawrence E. Cochrane
 Claudio R. M. Costá
 LeGrand R. Curtis Jr.
 Genit W. Gong
 Christoffer Golden
 Hugo Montoya
 Edward Dube
 Benjamin De Hoyos
 Walter F. González
 S. Gifford Nielsen
 S. Gifford Nielsen
 Vem P. Stanfill
 Vem P. Stanfill
 Steven E. Snow
 Joseph W. Slati
 Michael John U. Teh
 José A. Teixeira
 Juan A. Uceda
 Amilfo Valenzuela
 Francisco J. Vinas
 W. Christopher Waddell
 Scott D. Whiting
 Bruce D. Porter
 Rafael E. Pino
 Paul B. Pieper
 Paul W. Johnson
 Anthony D. Perkins
 Kevin W. Pearson
 Kevin M. Uveda
 Allen D. Heynie
 Allen D. Heynie
 Juan A. Uceda
 James J. Hamula
 Allan F. Packler
 José A. Teixeira
 James J. Hamula
 Daniel L. Johnson
 Daniel L. Johnson
 Amilfo Valenzuela
 Paul W. Johnson
 Paul W. Johnson
 Francisco J. Vinas
 W. Christopher Waddell
 Scott D. Whiting
 Bruce D. Porter
 Rafael E. Pino
 Patrick Keenan
 Enrique R. Falabella
 Stanley G. Ellis
 Daniel L. Johnson
 Anthony D. Perkins
 Kevin W. Pearson
 Kevin M. Uveda
 Allen D. Heynie
 Allen D. Heynie
 Juan A. Uceda
 Von G. Keetich
 Patrick Keenan
 Rafael E. Pino
 Bruce D. Porter
 Dale G. Reiland
 Michael T. Ringwood
 Michael T. Ringwood
 Kazuhiko Yamashita
 W. Craig Zwick
 Claudio D. Zivic
 Jorge F. Zeballos

EL OBISPO PRESIDENTE



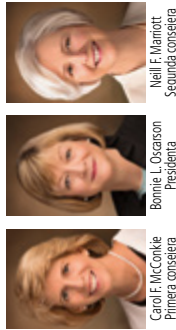
Gérald Caussé
 Primer consejero
 Dean M. Dawes
 Segundo consejero

ESCUELA DOMINICAL



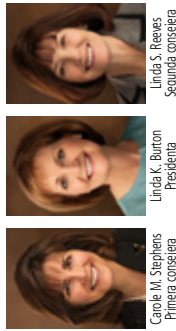
John S. Tanner
 Primer consejero
 Tad R. Callister
 Presidente
 Devin C. Durrant
 Segundo consejero

MUJERES JÓVENES



Carol F. McConkie
 Primera consejera
 Bonnie L. Osarson
 Presidenta
 Neill F. Marriott
 Segunda consejera

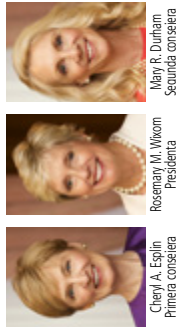
SOCIEDAD DE SOCORRO



Carole M. Stephens
 Primera consejera
 Linda K. Burton
 Presidenta
 Linda S. Reeves
 Segunda consejera

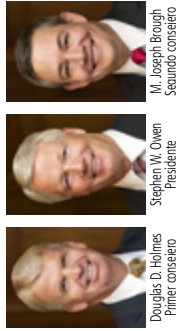
OFICIALES GENERALES

PRIMARIA

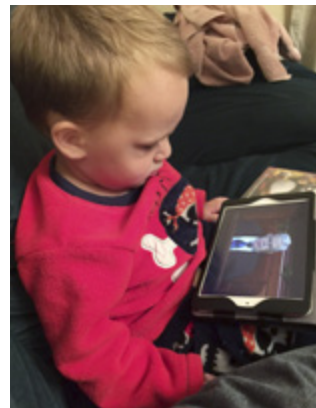


Cheryl A. Espin
 Primera consejera
 Rosemary M. Winom
 Presidenta
 Mary K. Duffham
 Segunda consejera

HOMBRES JÓVENES



Douglas D. Holmes
 Primer consejero
 Stephen W. Owen
 Presidente
 M. Joseph Brough
 Segundo consejero



Desde el extremo izquierdo superior en el sentido de la manecillas del reloj: Miembros y misioneros en McMinnville, Oregón, EE. UU.; San Martín de los Andes, Neuquén, Argentina; Johannesburgo, Sudáfrica; Helsinki, Finlandia; Natal, Rio Grande do Norte, Brasil; Ciudad del Carmen, Campeche, México; Perpignan, Francia; Montreal, Quebec, Canadá; Londres, Inglaterra.



con eficiencia, Moroni siguió siendo humilde. Junto con otros atributos, eso hizo que fuera un instrumento extraordinario en las manos de Dios en ese entonces. El libro de Alma explica que, si todos los hombres hubieran sido como Moroni, “los poderes mismos del infierno se habrían sacudido para siempre; [y] el diablo jamás tendría poder sobre el corazón de los hijos de los hombres”³. Todos los atributos de Moroni provenían de su gran fe en Dios y en el Señor Jesucristo⁴, y de su firme determinación de seguir la voz de Dios y de Sus profetas⁵.

En sentido figurado, todos debemos convertirnos en un capitán Moroni moderno a fin de ganar la guerra contra el mal. Conozco a un fiel joven diácono que se convirtió en un capitán Moroni moderno. Debido a que ha procurado seguir el consejo de sus padres y líderes de la Iglesia, su fe y determinación se ha puesto a prueba todos los días, a pesar de ser tan joven. Me contó que un día lo tomó por sorpresa una situación difícil e incómoda: sus amigos estaban mirando imágenes pornográficas en sus teléfonos. En ese preciso momento, ese joven tuvo que decidir qué era más importante: su popularidad o su rectitud. En los instantes que siguieron, se armó de valor y dijo a sus amigos que lo que estaban haciendo no era correcto. Más aun, les dijo que debían dejar de hacer lo que hacían o de lo contrario se convertirían en esclavos de ello. La mayoría de sus compañeros se burlaron de su consejo diciéndole que era parte de la vida y que no tenía nada de malo. No obstante, hubo uno de ellos que escuchó el consejo del joven y decidió dejar de hacer lo que estaba haciendo.

El ejemplo de ese diácono tuvo una influencia positiva en al menos uno de sus compañeros. Seguramente él y su amigo fueron objeto de burlas y



persecución debido a su decisión. Por otra parte, siguieron la amonestación que Alma hizo a su pueblo cuando dijo: “Salid de entre los inicuos, y conservaos aparte, y no toquéis sus cosas inmundas”⁶.

El folleto *Para la Fortaleza de la Juventud* contiene el siguiente consejo aprobado por la Primera Presidencia para los jóvenes de la Iglesia: “Tú eres responsable por las decisiones que tomes. Dios te tiene presente y te ayudará a tomar buenas decisiones, aun cuando tu familia y amigos utilicen su albedrío en forma equivocada. Debes tener la valentía moral de permanecer firme en tu obediencia a la voluntad de Dios, aun cuando tengas que permanecer solo. Al hacerlo, darás el ejemplo que otras personas pueden seguir”⁷.

La guerra entre el bien y el mal continuará a lo largo de nuestra vida ya que el propósito del adversario es que todas las personas sean miserables como él. Satanás y sus ángeles intentarán confundir nuestros pensamientos y controlarnos al tentarnos para que pequemos. Si lo logran, corromperán todo lo que es bueno. No obstante, es importante comprender que ellos tendrán poder sobre nosotros sólo si lo permitimos.

En las Escrituras también hay varios ejemplos de personas que otorgaron ese permiso al adversario y terminaron

confundidas y hasta fueron destruidas, como Nehor, Korihor y Sherem. Debemos estar alerta de ese peligro. No podemos dejarnos confundir por mensajes populares que el mundo acepta con facilidad y que contradicen la doctrina y los principios verdaderos del evangelio de Jesucristo. Muchos de esos mensajes mundanos no son nada más que un intento que la sociedad hace para justificar el pecado. Debemos recordar que, al final, compareceremos ante Cristo “para ser juzgados por [nuestras] obras, ya fueren buenas o malas”⁸. Cada vez que se nos presenten esos mensajes mundanos, se requerirá de gran valor y un firme conocimiento del plan de nuestro Padre Celestial para escoger el bien.

Todos podemos recibir fuerza para escoger el bien si buscamos al Señor y depositamos toda nuestra confianza y fe en Él; pero, como se enseña en las Escrituras, debemos tener “un corazón sincero” y “verdadera intención”; entonces, el Señor, en Su infinita misericordia, “[nos] manifestará la verdad... por el poder del Espíritu Santo; y por el poder del Espíritu Santo podréis conocer la verdad de todas las cosas”⁹.

El conocimiento adquirido por el Espíritu Santo no es más que nuestro testimonio, el cual aumenta nuestra fe y determinación de seguir las enseñanzas del Evangelio restaurado en estos últimos días, a pesar de los mensajes



populares que escuchemos del mundo. Nuestro testimonio debe ser el escudo que nos protegerá de los ardientes dardos del adversario en su intento por atacarnos¹⁰; nos guiará a salvo a través de las tinieblas y la confusión que existen en el mundo hoy¹¹.

Ese principio lo aprendí cuando serví como misionero en mi juventud. Mi compañero y yo servíamos en una rama de la Iglesia, muy pequeña y distante. Intentamos hablar con cada una de las personas de la ciudad; ellas nos recibían muy bien, pero les gustaba discutir en cuanto a las Escrituras y nos pedían evidencias concretas respecto a la veracidad de lo que enseñábamos.

Recuerdo que cada vez que mi compañero y yo intentábamos demostrar algo, el Espíritu de Dios nos abandonaba y nos sentíamos totalmente perdidos y confundidos. Sentimos que debíamos alinear con más firmeza nuestros testimonios con las verdades del Evangelio que enseñábamos. Desde ese momento en adelante, recuerdo que, cuando testificábamos con todo el corazón, el cuarto se llenaba de un poder apacible de confirmación que provenía del Espíritu Santo y que no dejaba lugar para la confusión ni a la discusión. Aprendí que no existe ninguna fuerza del mal que sea capaz de confundir, engañar o socavar el poder

del testimonio sincero de un discípulo verdadero de Jesucristo.

Como el mismo Salvador enseñó, el adversario desea zarandearnos como a trigo y que perdamos la capacidad de ser una buena influencia en el mundo¹².

Mis queridos hermanos, debido a la ola de confusión y de dudas que se extiende hoy por todo el mundo, debemos asirnos aun más fuertemente a nuestro testimonio del evangelio de Jesucristo; entonces nuestra capacidad para defender la verdad y la justicia aumentará en gran manera, ganaremos las batallas diarias contra el mal, y, en vez de caer en las batallas de la vida, persuadiremos a otras personas a que sigan las normas del Maestro.

Invito a todos a que busquen resguardo en las enseñanzas de las Escrituras. El capitán Moroni alineó su fe en Dios y su testimonio de la verdad con el conocimiento y la sabiduría que se hallan en las Escrituras. De ese modo, tuvo confianza en que recibiría las bendiciones del Señor y en que obtendría muchas victorias, lo cual en realidad sucedió.

Invito a todos a resguardarse en las palabras sabias de nuestros profetas actuales. El presidente Thomas S. Monson dijo: “Nosotros, los que hemos sido ordenados al sacerdocio de Dios, podemos marcar la diferencia. Cuando mantenemos nuestra pureza personal y honramos nuestro sacerdocio, nos convertimos en ejemplos rectos que los demás pueden seguir... [y ayudamos a] iluminar un mundo cada vez más oscuro”¹³.

Invito a todos a confiar en los méritos y en el poder de la expiación de Jesucristo. Por medio de Su sacrificio expiatorio, podemos armarnos de valor para ganar todas las guerras de nuestra época, incluso en medio de nuestras dificultades, desafíos y tentaciones.



Por Larry M. Gibson

Primer Consejero de la Presidencia General de los Hombres Jóvenes recientemente relevado.

Confíemos en Su amor y Su poder para salvarnos. Jesucristo mismo dijo:

“Yo soy el camino, y la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí”¹⁴.

“Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”¹⁵.

“Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción. Pero confiad; yo he vencido al mundo”¹⁶.

Testifico de estas verdades en el nombre sagrado de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Véase de Thomas S. Monson, “El mirar hacia atrás y seguir adelante”, *Liahona*, mayo de 2008, pág. 90.
2. 1 Nefi 12:17.
3. Alma 48:17.
4. Véase Alma 48:13.
5. Véanse Alma 43:23–24; 48:16.
6. Alma 5:57.
7. Folleto *Para la Fortaleza de la Juventud*, 2011, pág. 2.
8. Véase 3 Nefi 27:14.
9. Moroni 10:4–5.
10. Véanse Efesios 6:16; Doctrina y Convenios 27:17.
11. Véase Apocalipsis 12:11.
12. Véase Lucas 22:31–32.
13. Thomas S. Monson, “Guiados a salvo a casa”, *Liahona*, noviembre de 2014, pág. 68.
14. Juan 14:6.
15. Juan 8:12.
16. Juan 16:33.

El ser padres: Nuestro destino eterno

Que cada uno disfrute de la plenitud de las bendiciones del Padre en esta vida y del cumplimiento de Su obra y Su gloria al llegar a ser padres de nuestras familias por la eternidad.

Cuando era joven, mi padre me enseñó una lección importante. El presintió que yo estaba demasiado apegado a las cosas temporales; cuando tenía dinero, lo gastaba enseguida, y casi siempre en mí mismo.

Una tarde, me llevó a comprar zapatos. En el segundo piso de la tienda, me dijo que mirara por la ventana.

“¿Qué ves?” me preguntó.

“Edificios, el cielo, gente”, respondí.

“¿Cuántos?”

“¡Muchos!”.

Entonces sacó una moneda del bolsillo; mientras me la daba me preguntó: “¿Qué es esto?”.

Lo supe de inmediato: “¡Un dólar de plata!”.

Utilizando su conocimiento de química, dijo: “Si fundes ese dólar de plata y lo mezclas con los ingredientes correctos, tendrás nitrato de plata. Si cubrieras esta ventana con nitrato de plata, ¿qué verías?”.

Yo no tenía ni idea, así que me llevó frente a un espejo y me preguntó: “¿Ahora qué ves?”.

“Me veo a mí mismo”.

“No”, respondió, “lo que ves es la plata que refleja tu imagen. Si te centras en la plata, todo lo que verás es a ti mismo, y como un velo, te impedirá ver claramente el destino eterno que el Padre Celestial tiene preparado especialmente para ti”.

“Larry”, él continuó, “no [busques] las cosas de este mundo, mas [busca]

“Si te centras en la plata”, respondió mi padre, “todo lo que verás es a ti mismo, y... te impedirá ver claramente el destino que el Padre Celestial tiene preparado para ti”.



primeramente... el reino de Dios, y establecer *Su* justicia, y todas estas cosas [te] serán añadidas” (Traducción de José Smith, Mateo 6:33, [nota *a* al pie de página]).

Me dijo que guardara el dólar y no lo perdiera. Cada vez que lo mirara, debía pensar en el destino eterno que el Padre Celestial tiene para mí.

Yo amaba a mi padre y la forma en que enseñaba; quería ser como él. Él plantó en mi corazón el deseo de ser un buen padre, y mi mayor esperanza es estar viviendo a la altura de su ejemplo.

Nuestro amado profeta, el Presidente Thomas S. Monson ha dicho con frecuencia que nuestras decisiones determinan nuestro destino y tienen consecuencias eternas (véase “Las decisiones determinan nuestro destino” [Charla fogonera del Sistema Educativo de la Iglesia, 6 de noviembre de 2005, pág. 2], lds.org/broadcasts).

¿No debemos entonces, adquirir una visión clara de nuestro *destino eterno*, particularmente el que nuestro Padre Celestial desea que obtengamos: el ser padres por la eternidad? Permitamos que nuestro *destino eterno* sea el factor determinante de *todas* nuestras decisiones. Sin importar lo difíciles que sean esas decisiones, el Padre nos sostendrá.

Reconocí el poder de esa visión cuando participé con mis hijos de doce y trece años en una competencia 50/20. Una competencia 50/20 consiste en caminar cincuenta millas, u ochenta kilómetros, en menos de veinte horas. Empezamos a las nueve de la noche, caminamos toda la noche y la mayor parte del día siguiente. Fueron diecinueve horas agonizantes, pero lo logramos.

Al regresar a casa, literalmente nos arrastramos hacia adentro, donde una maravillosa esposa y madre había preparado una cena exquisita que ni siquiera

la tocamos. Mi hijo menor se desplomó en el sillón totalmente exhausto mientras el mayor se arrastró escaleras abajo, a su cuarto.

Después de descansar un poco, fui a ver a mi hijo menor para asegurarme de que todavía estuviera vivo.

“¿Estás bien?”, le pregunté.

“Papá, esa fue la cosa más difícil que he hecho en mi vida y no quiero volver a hacerlo jamás”.

Por supuesto, no tenía intención de decirle que yo tampoco lo volvería a hacer; en vez de ello le dije lo orgulloso que estaba de que hubiera logrado algo tan difícil; sabía que eso lo prepararía para otras cosas difíciles que afrontaría en el futuro. Con eso en mente, le dije: “Hijo, te prometo algo; cuando vayas a la misión, nunca tendrás que caminar cincuenta millas en un día”.

“¡Qué bien papá! Entonces iré”.

Esas sencillas palabras colmaron mi alma de gratitud y felicidad.

Después, fui abajo a ver a mi hijo mayor. Me acosté a su lado y lo toqué: “¿Estás bien hijo?”.

“Papá, esa fue la cosa más difícil que he hecho en mi vida; nunca, pero nunca más, lo volveré a hacer”. Cerró los ojos y los volvió a abrir; y dijo: “A menos que mi hijo quiera que yo lo haga”.

Se me llenaron los ojos de lágrimas al expresarle cuán agradecido estaba por él. Le dije que sabía que iba a ser un padre mucho mejor que yo. Mi corazón rebosaba de alegría al ver que, a su joven y tierna edad, él ya reconocía que uno de sus deberes más sagrados en el sacerdocio era el de ser padre. Él no temía tener que cumplir con esa función ni llevar ese título, el título que Dios mismo desea que usemos cuando hablamos con Él. Supe que tenía la responsabilidad de nutrir las semillas de la paternidad que brotaban en su interior.



Estas palabras del Salvador cobraron una importancia más profunda para mí como padre:

“No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que [Él] hace, esto también lo hace el Hijo de igual manera” (Juan 5:19).

“...nada hago por mí mismo, sino... como el Padre me enseñó” (Juan 8:28).

Me encanta ser esposo y padre, y estar casado con una hija escogida de padres celestiales, a quien amo; esa una de las partes más gratificantes de la vida. Esa noche, mi esperanza era que mis cinco hijos y su hermana siempre vieran en mí el gozo que proviene del matrimonio eterno, de ser padre y de tener una familia.

Padres, estoy seguro de que han escuchado el dicho: “Predica el Evangelio todo el tiempo y, si fuese necesario, utiliza las palabras” (atribuido a Francisco de Asís). Todos los días enseñan a sus hijos lo que significa ser padre; están estableciendo el fundamento para la siguiente generación. Sus hijos aprenderán a ser esposos y padres al observar la manera en que ustedes cumplan con esas funciones. Por ejemplo:

¿Saben ellos lo mucho que aman y atesoran a su madre y cuánto aprecian ser el padre de ellos?

Ellos aprenderán cómo deben tratar a su futura esposa e hijos al observar el trato que ustedes dan a *cada uno de ellos* de la forma en que lo haría el Padre Celestial.

Por medio de su ejemplo, ellos pueden aprender a respetar, honrar y a proteger a las mujeres.

En su hogar, pueden aprender a presidir su familia con amor y rectitud; pueden aprender a proveer de las cosas necesarias de la vida y la protección para su familia, tanto temporal como espiritualmente (véase “La Familia: Una



Proclamación para el Mundo”, *Liahona*, noviembre de 2010, pág. 129).

Hermanos, con toda la energía de mi alma, les pido que consideren esta pregunta: ¿Sus hijos los ven esforzarse por hacer lo que el Padre Celestial quisiera que *ellos* hagan?

Ruego que la respuesta sea sí. Si la respuesta es no, no es demasiado tarde para cambiar, pero deben comenzar hoy; y les testifico que nuestro Padre Celestial los ayudará.

Ahora, jóvenes, a quienes quiero tanto, ustedes saben que se están preparando para recibir el Sacerdocio de Melquisedec, para recibir las ordenanzas sagradas del templo y para cumplir con su *deber* y *obligación* de servir en una misión de tiempo completo, y luego, sin esperar demasiado, casarse en el templo con una hija de Dios y formar una familia. Entonces, deberán dirigir a su familia en las cosas espirituales según los guíe el Espíritu Santo (véanse D. y C. 20:44; 46:2; 107:12).

He preguntado a muchos jóvenes alrededor del mundo: “¿Por qué estás aquí?”.

Hasta el momento, ninguno ha respondido: “Para aprender a ser un padre a fin de estar preparado y ser digno de recibir todo lo que el Padre tiene”.

Analícemos *sus* deberes del Sacerdocio Aarónico según se describen en la sección 20 de Doctrina y Convenios.

Presten atención a lo que *ustedes* sientan a medida que aplico esos deberes al servicio que prestan en su familia.

“...invitar a [toda su familia] a venir a Cristo” (versículo 59).

“...velar siempre por [ellos], y estar con ellos y fortalecerlos” (versículo 53).

“...predicar, enseñar, exponer, exhortar, bautizar” a los integrantes de su familia (versículo 46).

“...exhortarlos a orar vocalmente, así como en secreto, y a cumplir con todos los deberes familiares” (versículo 47).

“...cuidar de que no haya iniquidad en [su familia], ni aspereza entre uno y otro, ni mentiras, ni difamaciones, ni calumnias” (versículo 54).

“...ver que [su familia se reúna] con frecuencia” (versículo 55).

Ayudar a su padre en sus deberes como patriarca; apoyar a su madre con la fortaleza del sacerdocio cuando su padre no esté presente (véanse los versículos 52, 56).

Cuando se les pida, “ordenar a otros presbíteros, maestros y diáconos” de su familia (versículo 48).

¿No les suena esto como *el trabajo y la función de un padre?*

El cumplir con los deberes del Sacerdocio Aarónico los prepara, a ustedes, los jóvenes, para *ser padres*. El librito *Mi Deber a Dios* puede ayudarlos a aprender cómo hacer planes específicos para cumplir con sus deberes; puede



Por el presidente Dieter F. Uchtdorf
Segundo Consejero de la Primera Presidencia

servir como guía y ayuda a medida que procuran saber la voluntad del Padre Celestial y establecen metas para cumplir con ella.

El Padre Celestial los ha traído en esta época en particular para una obra especial y un propósito eterno; Él quiere que ustedes reconozcan ese propósito con claridad y lo comprendan. Él es su Padre y siempre pueden dirigirse a Él para obtener guía.

Sé que nuestro Padre Celestial se interesa por cada uno de nosotros en forma personal y tiene un plan personal para cada uno a fin de que logremos nuestro destino eterno. Él ha enviado a Su Hijo Unigénito, Jesucristo, para ayudarnos a superar nuestras imperfecciones por medio de la Expiación; nos ha bendecido con el Espíritu Santo para que sea un testigo, compañero y guía hacia *nuestro destino eterno* si confiamos en Él. Que cada uno disfrute de la plenitud de las bendiciones del Padre en esta vida y del cumplimiento de *Su obra* y *Su gloria* al llegar a ser padres de nuestras familias por la eternidad (véase Moisés 1:39). En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

El ser genuinos

Ruego que resistamos la tentación de atraer la atención sobre nosotros mismos y, en su lugar, nos esforcemos por un honor mucho mayor: llegar a ser discípulos humildes y genuinos de Jesucristo.

A finales del siglo XVIII, Catalina la Grande, de Rusia, anunció que visitaría la parte sur de su imperio acompañada de varios embajadores extranjeros. El gobernador de esa región, Gregorio Potemkin, quería desesperadamente impresionar a los visitantes, por lo que puso un gran empeño en resaltar los logros del país.

Durante parte del viaje, Catalina descendió por el río Dniéper en barco, señalando con orgullo a los embajadores la prosperidad de las aldeas que había en las riberas, repletas de habitantes felices e industriosos. Sólo

había un problema: no era más que apariencia. Se dice que Potemkin mandó ensamblar fachadas de cartón de tiendas y de casas, e incluso mandó colocar a campesinos de apariencia ajetreada para dar la impresión de una economía próspera. Cuando los visitantes desaparecían por un recodo del río, los hombres de Potemkin desmontaban la aldea ficticia y se apresuraban río abajo a fin de armar otra para cuando Catalina pasara.

Si bien los historiadores modernos han cuestionado la veracidad de esta historia, el término “pueblo Potemkin” ya forma parte del vocabulario universal, y con él se alude a cualquier intento de hacer que los demás crean que estamos mejor de lo que estamos en realidad.

¿Está nuestro corazón en el lugar correcto?

Querer causar una buena impresión forma parte de la naturaleza humana. Es la razón por la que muchos trabajamos tan arduamente en la parte exterior de nuestras casas y por la que los hermanos del Sacerdocio Aarónico se aseguran de lucir bien en caso de que se encuentren con alguna jovencita en especial. No hay nada de malo en



lustrar nuestros zapatos, oler bien o incluso ocultar los platos sucios antes de que lleguen los maestros orientadores. Sin embargo, cuando esto se lleva al extremo, ese deseo de impresionar puede pasar de ser útil a ser engañoso.

Los profetas siempre han elevado la voz de amonestación contra quienes se acercan al Señor “[honrándole] con su boca y con sus labios... pero [han] alejado su corazón de [Él]”¹.

El Salvador era comprensivo y caritativo con los pecadores de corazón humilde y sincero; pero se enojaba justificadamente con los hipócritas como los escribas, los fariseos y los saduceos, pues intentaban dar la apariencia de ser justos para obtener alabanza, influencia y riquezas del mundo a la vez que oprimían a las personas a las que debían haber bendecido. El Salvador los comparó a “sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia”².

En nuestra época, el Señor ha expresado palabras igualmente fuertes para los poseedores del sacerdocio que intentan “encubrir [sus] pecados, o satisfacer [su] orgullo, [o su] vana ambición”. Según Él, cuando actúan así “los cielos se retiran, el Espíritu del Señor es ofendido, y cuando se aparta, se acabó el sacerdocio o autoridad de tal hombre”³.

¿Por qué sucede esto? ¿Por qué en ocasiones tratamos de parecer activos, prósperos y dedicados en lo externo cuando internamente, como dijo el Revelador de los efesios, hemos “dejado [nuestro] primer amor”⁴.

En algunos casos, tal vez simplemente hayamos dejado de centrarnos en la esencia del Evangelio, confundiendo la “apariencia de piedad” con su “eficacia”⁵. Esto es especialmente



peligroso cuando con nuestras manifestaciones externas de discipulado intentamos impresionar a los demás o conseguir logros o influencia. Es entonces que corremos el riesgo de entrar en territorio fariseo y también es el momento de examinar el corazón para corregir nuestro curso de inmediato.

Programas Potemkin

Esta tentación de aparentar más de lo que se es no sólo está presente en nuestra vida personal, sino que también puede aparecer en las asignaciones de la Iglesia.

Por ejemplo, sé de una estaca cuyos líderes se fijaron metas anuales exigentes. Si bien todas ellas parecían merecer la pena, se centraban en declaraciones ostentosas e impresionantes, o en los números y los porcentajes.

Después de analizar y aceptar las metas, algo empezó a preocupar al presidente de estaca, quien pensó en los miembros de su estaca: la joven madre con hijos pequeños que acaba de enviudar; los miembros que luchaban con las dudas, la soledad o con graves problemas de salud cuando no tenían seguro médico. Pensó en los miembros que tenían que lidiar con matrimonios deshechos, adicciones, desempleo y enfermedades mentales. Cuanto más pensaba en ellos, más se hacía una humilde pregunta: ¿Marcarán una

diferencia en la vida de estos miembros las nuevas metas que establecimos?

Empezó a preguntarse cuán diferentes habrían sido las metas de la estaca si primero se hubieran preguntado: “¿Cuál es nuestro ministerio?”

Así que, este presidente de estaca se reunió nuevamente con sus consejos y juntos cambiaron el enfoque; decidieron que no permitirían que “el hambriento, y el necesitado, y el desnudo, y el enfermo, y el afligido [pasaran a su] lado, sin hacerles caso”⁶.

Fijaron metas nuevas, reconociendo que el éxito de *estas* nuevas metas no siempre serían medibles, al menos no por el hombre, pues ¿cómo se puede medir el testimonio personal, el amor de Dios o la caridad hacia los demás?

Pero también sabían que “muchas cosas contables, no cuentan; y [que] muchas cosas incontables, sí cuentan”⁷.

Me pregunto si nuestras metas personales y como organización son a veces el equivalente moderno de una aldea Potemkin. ¿Parecen impresionantes desde lejos pero no tratan las necesidades reales de nuestro amado prójimo?

Mis queridos amigos y compañeros poseedores del sacerdocio, si Jesucristo fuera a sentarse con nosotros y a pedirnos un informe de nuestra mayordomía, no creo que Él se centraría mucho en los programas ni en las estadísticas.



Natal, Rio Grande do Norte, Brasil.

Lo que el Salvador desearía saber es el estado de nuestro corazón; Él querría saber cómo amamos y ministramos a quienes están a nuestro cuidado, cómo mostramos amor a nuestro cónyuge y a nuestra familia; y cómo aliviarnos su carga diaria. El Salvador desearía saber cómo ustedes y yo nos acercamos a Él y a nuestro Padre Celestial.

¿Por qué estamos aquí?

Podría resultar beneficioso escudriñar nuestro corazón. Por ejemplo, podríamos preguntarnos: ¿Por qué prestamos servicio en la Iglesia de Jesucristo?

Incluso podríamos preguntarnos: ¿Por qué estamos hoy aquí, en esta reunión?

Supongo que si yo fuera a responder esa pregunta de manera superficial, diría que estoy aquí porque el presidente Monson me asignó un discurso.

Así que, en realidad, no tenía otra opción.

Además, mi esposa, a quien amo mucho, espera que yo esté aquí. ¿Cómo decirle que no?

Pero todos sabemos que hay mejores motivos para asistir a nuestras reuniones y llevar una vida como discípulos comprometidos de Jesucristo.

Estoy aquí porque deseo de todo corazón seguir a mi Maestro, Jesucristo. Anheo hacer todo lo que Él requiere de mí en esta gran causa. Ansío ser edificado por el Espíritu Santo y oír la voz de Dios hablar por medio de Sus siervos ordenados. Estoy aquí para llegar a ser un hombre mejor, para ser edificado por los ejemplos inspiradores de mis hermanos y hermanas en Cristo y aprender cómo ministrar al necesitado con mayor eficiencia.

En resumen, estoy aquí porque amo a mi Padre Celestial y a Su Hijo, Jesucristo.

Estoy seguro de que ése es el motivo de ustedes también. Es por eso que estamos dispuestos a hacer sacrificios y no sólo declaraciones para seguir al Salvador. Es por eso que portamos Su santo sacerdocio con honor.

De una chispa a una fogata

Ya sea que su testimonio sea próspero y saludable o su actividad en la Iglesia se parezca más a una aldea Potemkin, las buenas nuevas son que pueden edificar sobre la fortaleza que tengan. Aquí en la Iglesia de Jesucristo uno puede madurar espiritualmente y acercarse más al Salvador al *aplicar* los principios del Evangelio *día a día*.

Con paciencia y persistencia, hasta el más pequeño acto de discipulado o la chispa más pequeña de creencia puede tornarse en una ardiente fogata de una vida consagrada. De hecho, así es como empiezan la mayoría de las fogatas: con una simple chispa.

De modo que, si se sienten pequeños y débiles, simplemente, vengan a Cristo, pues Él hace que las cosas débiles sean fuertes⁸. Los más débiles de entre nosotros pueden llegar a ser espiritualmente fuertes por la gracia de Dios, ya que Dios “no hace acepción de personas”⁹. Él es nuestro “Dios fiel, que guarda el convenio y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos”¹⁰.

Estoy convencido de que si Dios puede extender la mano y sostener a un pobre refugiado alemán de una familia modesta, en un país desolado por la guerra a medio mundo de distancia de las Oficinas Generales de la Iglesia, entonces puede ayudarlos a ustedes.

Mis amados hermanos en Cristo, el Dios de la Creación, que dio vida al universo, ciertamente tiene el poder de infundir vida en ustedes. Ciertamente, Él puede hacer de ustedes el ser espiritual genuino de luz y de verdad que desean ser.

Las promesas de Dios son seguras y ciertas. Podemos ser perdonados de nuestros pecados y limpios de toda maldad¹¹. Si seguimos abrazando y viviendo los principios verdaderos en nuestras circunstancias personales y nuestra familia, al final llegaremos al punto en que “ya no [tendremos] hambre ni sed... porque el Cordero que está en medio del trono [nos] pastoreará y... [nos] guiará a fuentes de aguas vivas; y Dios enjugará toda lágrima de [nuestros] ojos”¹².

La Iglesia es un lugar para sanar, no para ocultarse

Sin embargo, esto no puede suceder si nos ocultamos tras fachadas personales, dogmáticas u organizativas. Ese tipo de discipulado artificial no sólo nos impide vernos como somos en realidad, también nos impide cambiar realmente por medio del milagro de la expiación del Salvador.

La Iglesia no es una sala de exposición de automóviles, es decir, un lugar donde nos exhibimos para que los demás admiren nuestra espiritualidad, capacidad o prosperidad. Se parece

más a un taller de servicios donde los vehículos que necesitan reparación van a recibir mantenimiento y reajuste.

¿Acaso no todos tenemos la necesidad de reparación, mantenimiento y reajuste?

No vamos a la Iglesia a esconder nuestros problemas sino a sanarlos.

Nosotros, los poseedores del sacerdocio, tenemos la responsabilidad adicional de “[apacantar] la grey de Dios... no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia [personal], sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los rebaños del Señor, sino siendo ejemplos de la grey”¹³.

Recuerden, hermanos, que “Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes”¹⁴.

El hombre más grande, más capaz y más consumado que jamás haya caminado sobre la Tierra fue también el más humilde. Parte de Su servicio más impresionante lo brindó en momentos privados, con unos pocos testigos, a quienes pidió que “a nadie dijese” lo que había hecho¹⁵. Cuando alguien le llamaba “bueno”, rápidamente desviaba el cumplido

insistiendo en que sólo Dios es verdaderamente bueno¹⁶. Es obvio que la alabanza del mundo no significaba nada para Él; Su único propósito era servir a Su Padre y “[hacer] siempre lo que a él le agrada”¹⁷. Haríamos bien en seguir el ejemplo de nuestro Maestro.

Amemos como Él amó

Hermanos, ése es nuestro elevado y santo llamamiento: ser agentes de Jesucristo, amar como Él amó, servir como Él sirvió, “[socorrer] a los débiles, [levantar] las manos caídas y [fortalecer] las rodillas debilitadas”¹⁸, “[atender] a los pobres y a los necesitados”¹⁹ y cuidar de las viudas y los huérfanos²⁰.

Ruego, hermanos, que al prestar servicio en nuestra familia, quórumes, barrios, estacas, comunidades y naciones, resistamos la tentación de atraer la atención sobre nosotros mismos y, en su lugar, nos esforcemos por un honor mucho mayor: llegar a ser discípulos humildes y genuinos de nuestro Señor y Salvador, Jesucristo. Al hacerlo, recorreremos el sendero que conduce a nuestro mejor, más genuino y más noble yo. De ello testifico en el nombre de nuestro Maestro, Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Isaías 29:13.
2. Mateo 23:27.
3. Doctrina y Convenios 121:37.
4. Apocalipsis 2:4.
5. Véase José Smith—Historia 1:19; véase también Doctrina y Convenios 84:20.
6. Mormón 8:39.
7. Atribuido a Albert Einstein.
8. Véase Éter 12:27.
9. Hechos 10:34.
10. Deuteronomio 7:9.
11. Véase 1 Juan 1:9.
12. Apocalipsis 7:16–17.
13. 1 Pedro 5:2–3.
14. Santiago 4:6.
15. Véase Lucas 8:56.
16. Véase Marcos 10:17–18.
17. Juan 8:29.
18. Doctrina y Convenios 81:5.
19. Doctrina y Convenios 38:35.
20. Véase Doctrina y Convenios 83:6.





Por el presidente **Henry B. Eyring**
Primer consejero de la Primera Presidencia

El sacerdocio y la oración personal

Dios nos puede otorgar poder en el sacerdocio para cualquier circunstancia en la que nos encontremos; todo lo que se requiere es que pidamos con humildad.

Agradezco la confianza que se deposita en mí para dirigir la palabra a los poseedores del sacerdocio de Dios de todo el mundo. Siento el peso de esta oportunidad porque sé algo respecto a la confianza que el Señor ha depositado en ustedes. Al aceptar el sacerdocio, ustedes han recibido el derecho de hablar y actuar en el nombre de Dios.

Ese derecho llega a ser una realidad sólo si se recibe inspiración de Dios. Sólo entonces podrán hablar en Su nombre y sólo entonces podrán actuar en Su nombre. Quizás ya hayan cometido el error de pensar: “Eso no es tan difícil. Si se me pide que dé un discurso o si tengo que dar una bendición del sacerdocio, recibiré inspiración”. O tal vez el joven diácono o maestro sienta tranquilidad al pensar: “Cuando sea más grande o cuando se me llame como misionero, entonces sabré qué diría o qué haría Dios”.

Sin embargo piensen en el día en el que deben saber lo que Dios diría o lo que Él haría. Ese día ya nos ha llegado a todos, no importa cuál sea el llamamiento que tengan en el sacerdocio.

Crecí en una rama pequeña en el este de los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial. Los miembros de la Iglesia vivían distanciados y la gasolina se racionaba estrictamente; yo era el único diácono de mi rama. Los miembros entregaban su ofrenda de ayuno al presidente cuando asistían a la reunión de ayuno y testimonios que se realizaba en nuestra casa.

Cuando tenía 13 años, nos mudamos a Utah y el barrio era grande. Recuerdo



mi primera asignación de ir a las casas para recolectar ofrendas de ayuno. Me fijé en el nombre que había en uno de los sobres que me dieron y vi que el apellido era igual al de uno de los tres testigos del Libro de Mormón. Así que llamé a la puerta con confianza. Un hombre abrió la puerta, me miró con enojo y luego me dijo a gritos que me marchara. Yo me alejé cabizbajo.

Eso ocurrió hace casi 70 años, pero aún recuerdo el sentimiento que tuve ese día en ese umbral de que había algo que tenía que haber hecho o dicho. Si tan sólo hubiera orado con fe al salir ese día, quizás habría recibido la inspiración para quedarme unos momentos más en esa puerta, sonreír y decir algo como: “Es un gusto conocerlo. Gracias por lo que usted y su familia han dado en el pasado, espero verlo el mes que entra”.

Si hubiera dicho y hecho eso, tal vez él se hubiera irritado más y hasta ofendido; pero sé cómo me hubiera sentido yo ahora. En vez de sentir tristeza o fracaso al alejarme, quizás hubiera sentido en la mente y el corazón el dulce elogio: “Bien, buen siervo”.

Todos debemos hablar y actuar en el nombre de Dios en momentos en los que sólo el discernimiento no bastará sin la inspiración. Esos momentos pueden llegar cuando ya no haya tiempo para prepararse. Me ha sucedido a menudo. Me sucedió hace años en un hospital cuando un padre nos dijo a mí y a mi compañero que los médicos le habían dicho que su hija de tres años, que había sufrido una lesión grave, moriría en cuestión de minutos. Al colocar mis manos sobre su cabeza en el único lugar sin vendas que quedaba, yo tenía que saber, como siervo de Dios, lo que Él haría y diría.

Me acudieron a la mente y los labios las palabras de que ella viviría. El



arrodillamos e inclinamos la cabeza; aunque es posible sentirse cerca del Padre Celestial con una oración menos formal y hasta silenciosa, como a menudo tendrán que hacerlo en su servicio en el sacerdocio. Habrá ruido y personas a su alrededor la mayor parte del día. Dios escucha las oraciones que ofrecen en silencio, aunque tendrán que aprender a bloquear las distracciones, ya que la ocasión en la que necesitan una conexión con Dios quizá no se presente en momentos de silencio.

El presidente Smith sugirió que tendrán que orar a fin de que Dios reconozca su llamamiento para servirle. Él ya sabe de su llamamiento con todos los detalles; Él es quien los ha llamado, y al orar a Él en cuanto a su llamamiento, Él les revelará más al respecto⁴.

Les daré un ejemplo de lo que puede hacer un maestro orientador al orar. Tal vez ya sepan que tienen el deber de:

“...visitar la casa de todos los miembros, exhortándolos a orar vocalmente, así como en secreto, y a cumplir con todos los deberes familiares...”

“...velar siempre por los miembros de la iglesia, y estar con ellos y fortalecerlos;

“y cuidar de que no haya iniquidad en la iglesia, ni aspereza entre uno y otro, ni mentiras, ni difamaciones, ni calumnias;

“y ver que los miembros de la iglesia se reúnan con frecuencia, y también ver que todos cumplan con sus deberes”⁵.

Incluso para el maestro orientador con experiencia y su compañero menor, eso es claramente imposible sin la ayuda del Espíritu Santo. Piensen en las familias, o incluso en las personas a las que se les ha llamado a servir. El criterio humano y las buenas intenciones no bastan.

médico, que estaba parado a mi lado, gruñó con indignación y me pidió que me hiciera a un lado. Salí del cuarto del hospital con un sentimiento de paz y amor. La niña vivió y entró por el pasillo a la reunión sacramental el último día de mi visita a esa ciudad. Aún recuerdo el gozo y la satisfacción que sentí por lo que había dicho y hecho en el servicio del Señor por esa pequeña y su familia.

La diferencia del sentimiento que tuve en el hospital y la tristeza que sentí al alejarme de aquella puerta cuando era diácono, provenía de lo que había aprendido sobre la relación que hay entre la oración y el poder del sacerdocio. Cuando era diácono, aún no sabía que para tener el poder de hablar y actuar en el nombre de Dios es necesaria la revelación; y que para recibir ésta cuando la necesitamos es necesario orar y obrar con fe a fin de contar con la compañía del Espíritu Santo.

La noche antes de ir a aquella casa a recolectar la ofrenda de ayuno había orado a la hora de acostarme. Sin embargo, antes de recibir esa llamada del hospital, durante semanas y meses había mantenido un esquema de oración y había tratado de hacer lo que el presidente Joseph F. Smith enseñó que permitirá que Dios nos dé

la inspiración necesaria para utilizar el poder del sacerdocio. Lo puso así:

“No tenemos que clamar a Él con muchas palabras; no tenemos que incomodarlo con largas oraciones. Lo que sí necesitamos, y debemos hacer como Santos de los Últimos Días, para nuestro propio bien, es ir ante Él a menudo, testificarle que nos acordamos de Él y de que estamos dispuestos a tomar Su nombre sobre nosotros, guardar Sus mandamientos, actuar con rectitud, y que deseamos tener Su Espíritu para que nos ayude”¹.

Después el presidente Smith nos dijo por lo que deberíamos orar, en calidad de siervos que se comprometen a hablar y actuar en nombre de Dios. Él dijo: “¿Qué piden en sus oraciones? Piden que Dios los reconozca, que oiga sus oraciones y que los bendiga con Su Espíritu”².

No se trata de qué palabras usamos, pero requerirá algo de paciencia. Es una forma de acercarse al Padre Celestial con la intención de que Él nos reconozca personalmente. Él es el Dios de todo, el Padre de todos y aun así está dispuesto a prestar toda Su atención a uno de Sus hijos. Tal vez fue por eso que el Salvador utilizó las palabras: “Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre”³.

Es más fácil tener el sentimiento apropiado de reverencia si nos

Deben orar para conocer el corazón de las personas, para saber qué cosas están mal en la vida y el corazón de las personas que no conozcan bien y que no están ansiosas por que ustedes las conozcan. Tendrán que saber lo que Dios desea que hagan a fin de ayudarles y hacerlo, en todo lo posible, con el mismo amor que Dios siente por ellas.

Es debido a los importantes y difíciles llamamientos del sacerdocio que tienen que el presidente Smith sugiere que al orar, siempre supliquen a Dios que los bendiga con Su Espíritu. Necesitarán el Espíritu Santo no sólo una vez, sino todas las que Dios les conceda tenerlo como compañero constante. Es por eso que debemos orar siempre para que Dios nos guíe en el servicio que prestamos a Sus hijos.

Debido a que ustedes no pueden alcanzar el potencial de su sacerdocio

sin tener la compañía del Espíritu, ustedes son el blanco del enemigo de toda felicidad. Si él puede tentarlos para que pequen, él puede reducir el poder que tienen para ser guiados por el Espíritu y así reducir su poder en el sacerdocio. Por eso el presidente Smith dijo que siempre debemos orar para que Dios nos advierta y nos proteja del mal⁶.

Él nos advierte de muchas maneras. Las amonestaciones son parte del Plan de Salvación. Profetas, apóstoles, presidentes de estaca, obispos y misioneros elevan la voz de amonestación para que escapemos de las calamidades mediante la fe en Jesucristo, el arrepentimiento y el hacer y guardar convenios sagrados.

Como poseedores del sacerdocio, son parte de la voz de amonestación del Señor. Sin embargo, deben hacer caso a la amonestación por ustedes

mismos; no podrán sobrevivir espiritualmente sin la protección que brinda la compañía del Espíritu Santo en su vida diaria.

Deben orar y esforzarse por contar con ella. Sólo con esa guía podrán encontrar la senda en el estrecho y angosto camino a través de los vapores de tinieblas. El Espíritu Santo será su guía a medida que les revele la verdad cuando estudien las palabras de los profetas.

Para recibir esa guía se necesitará más que sólo escuchar y leer de forma superficial. Tendrán que orar y esforzarse con fe a fin de que las palabras de verdad les lleguen al corazón. Deben orar para que Dios los bendiga con Su Espíritu, para que los guíe hacia toda verdad y les indique el camino correcto. De esa forma les advertirá y los guiará hacia la senda correcta en su



vida y en el servicio que presten en el sacerdocio.

La conferencia general ofrece una gran oportunidad para dejar que el Señor aumente su poder para servir en el sacerdocio de Dios. Se pueden preparar, como estoy seguro que lo han hecho para esta conferencia, con oración. Pueden unir su fe a la de las personas que ofrecerán las oraciones en la conferencia. Ellas orarán para que muchas personas reciban muchas bendiciones.

Orarán para que el Espíritu acuda al profeta como el portavoz del Señor. Orarán por los apóstoles y por todos los siervos llamados por Dios. Eso los incluye a ustedes, desde el diácono más nuevo hasta el sumo sacerdote con experiencia, y a algunas personas, tanto mayores como jóvenes, que pronto podrían ir al mundo de los espíritus, donde se les dirá: “Bien, buen siervo y fiel”⁷.

Ese recibimiento llegará a algunos a quienes les sorprenderá. Quizás nunca hayan tenido un alto cargo de responsabilidad en el reino de Dios sobre la Tierra; habrá quienes consideren que vieron pocos resultados de sus esfuerzos o que nunca se les dieron ciertas oportunidades de prestar servicio. Otros sentirán que el tiempo de su servicio en esta vida fue más breve de lo que esperaban.

Para el Señor los factores determinantes no serán los cargos que se tuvieron ni el tiempo que se sirvió. Eso lo sabemos por la parábola del Señor sobre los obreros de la viña en la que la paga fue la misma sin importar el tiempo que sirvieron ni el lugar. Serán recompensados por la forma en que sirvieron⁸.

Conozco a un hombre, un querido amigo, cuyo servicio terrenal en la viña llegó a su fin anoche a las 23:00



h. Durante años recibió tratamiento para el cáncer. Durante esos años de tratamiento y de terrible dolor y dificultad, aceptó el llamamiento de llevar a cabo reuniones con los miembros de su barrio cuyos hijos ya se han ido de la casa, y de ser responsable de ellos; entre esos miembros había viudas. Se lo llamó para que les ayudara a hallar consuelo en la sociabilidad y el aprendizaje del Evangelio.

Cuando recibió el solemne pronóstico final de que sólo le quedaba poco tiempo de vida, su obispo se encontraba de viaje. Dos días después, le envió un mensaje a su obispo por medio del líder de los sumos sacerdotes. Esto fue lo que él dijo sobre su asignación: “Tengo entendido que el obispo está de viaje, pero tengo planes. He pensado hacer una actividad para nuestro grupo el próximo lunes. Dos miembros nos pueden llevar a hacer un recorrido al Centro de Conferencias. Algunos miembros nos podrían ayudar a llevar personas y algunos scouts podrían empujar sillas de ruedas. Según las personas que se anoten, quizá tengamos suficientes personas mayores para valernos por nosotros mismos, pero sería bueno saber que contamos con refuerzos, si fuera necesario. También sería una buena actividad familiar para los que ayuden. Avíseme antes de que anuncie el plan... Gracias”.

Luego sorprendió al obispo con una llamada telefónica. Sin mencionar su situación ni el valiente esfuerzo que hacía con su asignación, preguntó: “Obispo, ¿hay algo que podría hacer por usted?”.

Sólo el Espíritu Santo le pudo haber permitido sentir la carga del obispo cuando su propia carga era tan grande; y sólo el Espíritu pudo hacer posible que elaborara un plan para servir a sus hermanos y hermanas con la misma precisión con la que planificaba actividades de escultismo cuando era joven.

Con una oración de fe, Dios nos puede otorgar poder en el sacerdocio para cualquier circunstancia en la que nos encontremos; todo lo que se requiere es que pidamos con humildad que el Espíritu nos muestre lo que Dios desea que digamos y hagamos, que lo hagamos y que sigamos siendo dignos de recibir ese don.

Les testifico que Dios el Padre vive, que nos ama y que escucha cada una de nuestras oraciones. Testifico que Jesús es el Cristo viviente cuya Expiación hace posible que seamos purificados, y de ese modo ser dignos de la compañía del Espíritu Santo. Testifico que con fe y diligencia un día podremos escuchar las palabras que nos traerán gozo: “Bien, buen siervo y fiel”⁹. Ruego que tengamos esa maravillosa bendición de parte del Maestro al que servimos. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Véase *Enseñanzas de los presidentes de la Iglesia: Joseph F. Smith*, 1999, pág. 25.
2. *Enseñanzas: Joseph F. Smith*, pág. 27.
3. Lucas 11:2.
4. Véase *Enseñanzas de los presidentes de la Iglesia: Joseph F. Smith*, 1999, págs. 25–27.
5. Doctrina y Convenios 20:51, 53–55.
6. Véase *Enseñanzas: Joseph F. Smith*, pág. 27.
7. Mateo 25:21.
8. Véase Mateo 20:1–16.
9. Mateo 25:21.



Por el presidente Thomas S. Monson

El sacerdocio: Un don sagrado

A cada uno de nosotros se nos ha confiado uno de los dones más preciados que jamás se hayan conferido a la humanidad.

Uno de mis recuerdos más nítidos es haber asistido a la reunión del sacerdocio como diácono recién ordenado y haber cantado el primer himno: “Venid, los que tenéis de Dios el sacerdocio”¹. Esta noche, para todos los que estamos aquí reunidos en el Centro de Conferencias, y por todo el mundo, me hago eco del espíritu de ese himno especial y les digo: “*Venid, los que tenéis de Dios el sacerdocio*”. Consideremos nuestros llamamientos; reflexionemos sobre nuestras responsabilidades; determinemos cuál es nuestro deber; y sigamos a Jesucristo, nuestro Señor. Aunque nos diferenciamos en edad, costumbres y nacionalidades, somos uno en nuestro llamamiento del sacerdocio.

Para cada uno de nosotros, la restauración del Sacerdocio Aarónico a Oliver Cowdery y a José Smith por Juan el Bautista, es de gran importancia. Igualmente, la restauración del Sacerdocio de Melquisedec a José y a Oliver por Pedro, Santiago y Juan, es un acontecimiento de gran valor.

Tomemos seriamente los llamamientos, las responsabilidades y los deberes

que son parte del sacerdocio que poseemos.

Sentí una gran responsabilidad cuando se me llamó para ser el secretario de mi quórum de diáconos. Preparé con mucho cuidado los registros que llevaba, pues deseaba hacer lo mejor que podía en ese llamamiento. Me enorgullecía del trabajo que realizaba. Hacer todo lo que esté a mi alcance y dar mi mejor esfuerzo ha sido mi objetivo en cualquier llamamiento que he tenido.

Espero que a cada jovencito que haya sido ordenado al Sacerdocio Aarónico se le haya dado una percepción espiritual del carácter sagrado del llamamiento al que ha sido ordenado, así como oportunidades para magnificar ese llamamiento. Yo recibí una de esas oportunidades cuando era diácono y el obispado me pidió que llevara la Santa Cena a una persona confinada a su casa que vivía como a kilómetro y medio de nuestra capilla. Ese domingo especial por la mañana, al tocar a la puerta del hermano Wright y escuchar su temblorosa voz decir: “Adelante”, entré no sólo a su humilde casa, sino también a una habitación

llena del Espíritu del Señor. Me acerqué a la cama del hermano Wright y con cuidado puse un pedazo de pan en sus labios; luego sostuve el vaso de agua para que pudiera tomar. Al salir de allí, vi lágrimas en sus ojos cuando me dijo: “Que Dios te bendiga, hijo”. Y Dios me bendijo; con un aprecio por los emblemas sagrados de la Santa Cena y por el sacerdocio que poseía.

Ningún diácono, maestro o presbítero de nuestro barrio olvidará las visitas memorables que hicimos a Clarkston, Utah, a la tumba de Martín Harris; uno de los Tres Testigos del Libro de Mormón. Al rodear la elevada columna de granito que marca su sepultura, conforme uno de los líderes del quórum leía esas penetrantes palabras de “El Testimonio de Tres Testigos” que se encuentra al principio del Libro de Mormón, empezamos a apreciar ese sagrado registro y las verdades que se encuentran en él.

En esos años nuestro objetivo era llegar a ser como los hijos de Mosíah. De ellos se dijo:

“...se habían fortalecido en el conocimiento de la verdad; porque eran hombres de sano entendimiento, y habían





escudriñado diligentemente las Escrituras para conocer la palabra de Dios.

“Mas esto no es todo; se habían dedicado a mucha oración y ayuno; por tanto, tenían el espíritu de profecía y el espíritu de revelación, y cuando enseñaban, lo hacían con poder y autoridad de Dios”².

No puedo pensar en una meta más admirable para un joven que la de que se lo describa como fueron los valientes y justos hijos de Mosiah.

Cuando estaba por cumplir los dieciocho años y me estaba preparando para entrar al servicio militar obligatorio, exigido a los jóvenes durante la Segunda Guerra Mundial, se me recomendó para recibir el Sacerdocio de Melquisedec; pero primero debía llamar por teléfono a mi presidente de estaca, Paul C. Child, para una entrevista. Él era alguien que amaba y entendía las Santas Escrituras, y estaba decidido a que todos las amaran y entendieran de la misma manera. Tras haber escuchado a algunos de mis amigos hablar sobre sus detalladas y minuciosas entrevistas, deseé tener que demostrar al mínimo mi conocimiento de las Escrituras; por tanto, cuando

lo llamé le sugerí que nos reuniéramos el domingo siguiente a una hora en la que yo sabía era sólo una hora antes de que empezara su reunión sacramental.

Su respuesta fue: “Oh, hermano Monson, eso no nos daría suficiente tiempo para examinar con detenimiento las Escrituras”, tras lo cual sugirió que nos reuniéramos tres horas antes de su reunión sacramental, indicándome que llevara conmigo el juego de Escrituras que yo hubiera marcado y en los que hubiera correlacionado pasajes.

Cuando llegué a su casa el domingo, me recibió cálidamente, y entonces comenzó la entrevista. El presidente Child dijo: “Hermano Monson, tú posees el Sacerdocio Aarónico. ¿En alguna ocasión te han ministrado ángeles?”. Le respondí que no. Cuando me preguntó si yo sabía que tenía derecho a ello, nuevamente le respondí que no.

Me indicó: “Hermano Monson, repite de memoria la sección 13 de Doctrina y Convenios”.

Yo comencé: “Sobre vosotros, mis consiervos, en el nombre del Mesías, confiero el Sacerdocio de Aarón, el

cual tiene las llaves del ministerio de ángeles...”.

“Detente”, me dijo el presidente Child. Entonces, con voz tranquila y amable, me aconsejó: “Hermano Monson, nunca olvides que como poseedor del Sacerdocio Aarónico tienes derecho al ministerio de ángeles”.

Fue casi como si un ángel estuviera en la habitación ese día. Nunca he olvidado la entrevista. Todavía siento el espíritu de esa ocasión solemne cuando leímos juntos sobre las responsabilidades, los deberes y las bendiciones del Sacerdocio Aarónico y del Sacerdocio de Melquisedec, bendiciones que se reciben no sólo para nosotros sino también para nuestras familias y otras personas que tendremos el privilegio de servir.

Fui ordenado élder, y el día de mi partida para cumplir el servicio activo en la marina, un miembro del obispado de mi barrio se unió a mi familia y amigos en la estación de trenes para despedirme. Justo antes de abordar el tren, puso en mi mano un pequeño libro titulado *Manual misional*. Me reí y comenté que yo no iba a la misión.

Él respondió: “Llévatelo de todos modos. Quizás te sirva de algo”.



Y así fue. Yo necesitaba un objeto duro rectangular para poner al fondo de mi bolsa de marinero a fin de que mi ropa se mantuviera firme y así no se arrugara tanto. El *Manual misional* fue justo lo que necesitaba, y dio muy buen servicio en la bolsa de marinero por doce semanas.

La noche antes de tomar nuestra licencia de Navidad, todos estábamos pensando en nuestra casa. Las barracas estaban en silencio; pero luego el silencio se rompió cuando mi compañero de la litera contigua —un joven mormón, Leland Merrill— empezó a gemir de dolor. Le pregunté qué le pasaba, y dijo que se sentía muy enfermo. No quería ir al dispensario de la base, porque sabía que si lo hacía le impediría ir a su casa al día siguiente.

Con el paso de las horas parecía que iba empeorando y, finalmente,

como sabía que yo era élder, me pidió que le diera una bendición del sacerdocio.

Nunca antes había dado una bendición del sacerdocio, nunca había recibido una bendición, y tampoco había presenciado dar una bendición. Al orar en silencio pidiendo ayuda, recordé el *Manual misional* al fondo de mi bolsa de marinero. Rápidamente vacié la bolsa y llevé el libro hasta la lamparilla, donde leí la forma de bendecir a los enfermos. Con muchos marineros curiosos observando, procedí a darle la bendición. Antes de que pudiera poner todo de nuevo en el bolso, Leland Merrill estaba durmiendo como un niño, y a la mañana siguiente despertó sintiéndose bien. La gratitud que todos sentimos por el poder del sacerdocio fue inmensa.

Los años me han brindado más oportunidades de dar bendiciones a

quienes las necesitaban, más de las que puedo contar. Cada oportunidad me ha dejado profundamente agradecido de que Dios me haya confiado este don sagrado. Siento gran reverencia por el sacerdocio; he sido testigo de su poder una y otra vez; he visto su fuerza y me he maravillado con los milagros que ha producido.

Hermanos, a cada uno de nosotros se nos ha confiado uno de los dones más preciados que jamás se hayan conferido a la humanidad. Conforme honremos nuestro sacerdocio y vivamos la vida de manera que seamos dignos en todo momento, las bendiciones del sacerdocio fluirán por medio de nosotros. Me encantan las palabras que se encuentran en Doctrina y Convenios sección 121, versículo 45, que enseña lo que debemos hacer para ser dignos: “Deja... que tus entrañas se llenen de caridad para con todos los hombres, y para con los de la familia de la fe, y deja que la virtud engalane tus pensamientos incesantemente; entonces tu confianza se fortalecerá en la presencia de Dios; y la doctrina del sacerdocio destilará sobre tu alma como rocío del cielo”.

Como poseedores del sacerdocio de Dios, estamos embarcados en la obra del Señor Jesucristo. Hemos respondido a Su llamado y estamos en Su obra. Aprendamos de Él; sigamos Sus pasos; vivamos Sus preceptos. Si lo hacemos, estaremos preparados para cualquier servicio que nos llame a efectuar. Ésta es Su obra; ésta es Su Iglesia. Ciertamente, Él es nuestro capitán, el Rey de gloria, sí, el Hijo de Dios. Testifico que Él vive; y lo hago en Su santo nombre. Amén. ■

NOTAS

1. “Venid, los que tenéis de Dios el sacerdocio”, *Himnos*, N° 206.
2. Alma 17:2–3.



Por el presidente Thomas S. Monson

Las bendiciones del templo

Cuando asistimos al templo, podemos recibir un nivel de espiritualidad y un sentimiento de paz.

Mis amados hermanos y hermanas. Cuán agradecido me siento de estar con ustedes en esta hermosa mañana de Pascua de Resurrección cuando nuestros pensamientos se dirigen hacia el Salvador del mundo. Los saludo, expreso mi amor a cada uno de ustedes y ruego que nuestro Padre Celestial inspire mis palabras.

En esta conferencia se cumplen siete años desde que fui sostenido como Presidente de la Iglesia. Estos han sido años intensos, colmados no sólo de algunos desafíos, sino también de innumerables bendiciones. Entre las bendiciones más sagradas y placenteras, he tenido la oportunidad de dedicar y rededicar templos.

El más reciente, fue el del mes de noviembre pasado, cuando tuve el privilegio de dedicar el nuevo y hermoso Templo de Phoenix, Arizona. Me acompañaron el presidente Dieter F. Uchtdorf, el élder Dallin H. Oaks, el élder Richard J. Maynes, el élder Lynn G. Robbins y el élder Kent F. Richards. En la víspera de la dedicación, tuvo lugar una maravillosa celebración cultural donde actuaron magistralmente más de cuatro mil jóvenes del distrito del

templo. Al día siguiente, se dedicó el templo en tres sesiones sagradas e inspiradoras.

La edificación de templos es un claro indicador del crecimiento de la Iglesia. En la actualidad tenemos ciento cuarenta y cuatro templos en funcionamiento en todo el mundo; cinco están siendo renovados y hay trece más en construcción. Además, trece templos que se habían anunciado previamente, se hallan en diversas etapas de preparación antes de que comience su

construcción. Para este año esperamos rededicar dos templos y dedicar cinco nuevos templos cuya finalización está programada.

Durante los últimos años, a medida que hemos concentrado nuestros esfuerzos en completar los templos previamente anunciados, hemos suspendido los planes para construir más templos. Esta mañana, sin embargo, estoy muy complacido de anunciar tres templos nuevos que se construirán en las siguientes localidades: Abidján, Costa de Marfil; Puerto Príncipe, Haití y Bangkok, Tailandia. Qué maravillosas bendiciones están reservadas para los miembros fieles en esas regiones y, ciertamente, en todo lugar donde se encuentran los templos alrededor del mundo.

El proceso para determinar la necesidad de nuevos templos y encontrar sitios para ellos es continuo, pues deseamos que la mayor cantidad posible de miembros tenga la oportunidad de asistir al templo sin hacer grandes sacrificios de tiempo ni de recursos. Tal como lo hemos hecho en el pasado, los mantendremos informados a medida



que se vayan tomando decisiones al respecto.

Cuando pienso en los templos, recuerdo las muchas bendiciones que allí recibimos. Al entrar por las puertas del templo, dejamos atrás las distracciones y la confusión del mundo. En el interior de ese santuario sagrado hallamos belleza y orden; allí hay reposo para nuestra alma y descanso de los afanes de la vida.

Cuando asistimos al templo, podemos recibir un nivel de espiritualidad y un sentimiento de paz que superarán cualquier otro sentimiento que podría penetrar el corazón humano. Comprendemos el verdadero significado de las palabras del Salvador cuando dijo: “La paz os dejo, mi paz os doy... No se turbe vuestro corazón ni tenga miedo”¹.

Esa paz puede penetrar cualquier corazón, ya sea que esté atribulado, abrumado por la aflicción, se sienta confundido o esté clamando por ayuda.

Hace poco y de la misma fuente, supe de un joven que asistió al templo suplicando ayuda en su corazón. Muchos meses antes, él había recibido su llamamiento para servir en una misión en Sudamérica. Sin embargo, hubo tanto retraso con su visa que lo asignaron a una misión en los Estados Unidos. Aunque se sintió desilusionado por no poder servir en la región de su llamamiento original, no obstante, se esforzó mucho en su nueva asignación, decidido a prestar servicio lo mejor que pudiera. Sin embargo, comenzó a desanimarse debido a algunas experiencias negativas que tuvo con ciertos misioneros que, según su parecer, estaban más interesados en pasarla bien que en compartir el Evangelio.

Pocos meses después, este misionero tuvo un serio problema de salud



que lo dejó paralizado parcialmente, por lo que lo enviaron a casa con permiso médico.

Después de unos meses, el joven se recuperó totalmente; la parálisis había desaparecido. Se le informó que podría volver a servir como misionero, bendición por la que había estado orando a diario. Lo único que lo desanimó fue el enterarse de que iba a regresar a la misma misión, donde él sentía que la actitud y el comportamiento de algunos misioneros no eran tan apropiados como debían ser.

Acudió al templo en busca de consuelo y la confirmación de que podría tener una buena experiencia como misionero. Sus padres también habíanorado para que la visita al templo proporcionara la ayuda que su hijo necesitaba.

Al terminar la sesión, cuando el joven ingresó en el salón celestial, se sentó en una silla y comenzó a orar pidiendo guía a su Padre Celestial.

Poco después, entró en el salón celestial un joven llamado Landon. Al ingresar en la sala, inmediatamente vio al joven que estaba sentado en la silla, con los ojos cerrados, obviamente en oración. Landon recibió la clara impresión de que debía hablar con ese joven. No deseando interrumpirlo, se dispuso a esperar. Después de haber transcurrido varios minutos el joven continuaba orando. Landon supo que no podía esperar más. Se acercó al

joven y suavemente le tocó el hombro. El joven abrió los ojos, sorprendido de que lo hubieran interrumpido. Landon dijo en voz baja: “He recibido la impresión de que debo conversar contigo, aunque no sé realmente el motivo”.

Comenzaron a conversar, y el joven abrió su corazón a Landon; le explicó sus circunstancias y finalizó diciéndole el deseo que tenía de recibir consuelo y ánimo concerniente a su misión. Landon, que había vuelto de su misión justo un año antes, le contó acerca de sus propias experiencias misionales, los desafíos y las preocupaciones que afrontó, la manera en que acudió al Señor en busca de ayuda y las bendiciones que había recibido. Sus palabras consolaron y tranquilizaron al joven, y el entusiasmo que le transmitió de su misión fue contagioso. Finalmente, conforme los temores del joven cedieron, un sentimiento de paz lo invadió. Se sintió profundamente agradecido al percatarse de que su oración había sido contestada.

Los dos jóvenes hicieron una oración juntos y luego Landon comenzó a despedirse, feliz de haber escuchado los susurros que había recibido. Al ponerse de pie para irse, el joven le preguntó a Landon: “¿Dónde serviste tu misión?”. Hasta ese momento, ninguno de los dos había mencionado el nombre de la misión donde había servido. Cuando Landon le dijo el nombre de la misión, los ojos del joven se llenaron de lágrimas. ¡Landon había servido en la misma misión a la que el joven iba a regresar!

En una carta que Landon me envió hace poco, me contó lo que el joven le dijo al despedirse: “Tenía fe en que el Padre Celestial me iba a bendecir, pero nunca me hubiera imaginado que para ayudarme me enviaría a alguien que



Por **Rosemary M. Wixom**
Presidenta General de la Primaria

había servido en mi misma misión. Ahora sé que todo va a estar bien”². La humilde oración de un corazón sincero se había escuchado y contestado.

Mis hermanos y hermanas, en la vida tendremos tentaciones; habrá pruebas y desafíos. Al ir al templo y al recordar los convenios que allí hacemos, estaremos mejor preparados para vencer esas tentaciones y soportar nuestras pruebas. En el templo podemos hallar paz.

Las bendiciones del templo son inestimables; una por la que doy gracias todos los días de mi vida es la que recibimos mi amada esposa, Frances, y yo cuando nos arrodillamos ante un sagrado altar e hicimos convenios que nos unieron por toda la eternidad. No hay bendición más preciada para mí que la paz y el consuelo que me infunde el saber que ella y yo estaremos juntos nuevamente.

Ruego que nuestro Padre Celestial nos bendiga para que tengamos el espíritu de adoración en el templo, que seamos obedientes a Sus mandamientos y que sigamos con esmero los pasos de nuestro Señor y Salvador, Jesucristo. Testifico que Él es nuestro Redentor. Él es el Hijo de Dios. Él es quien salió del sepulcro aquella primera mañana de Pascua de Resurrección, trayendo consigo el don de la vida eterna para todos los hijos de Dios. En este hermoso día que celebramos ese transcendental acontecimiento, ofrezcamos oraciones de gratitud por Sus grandes y maravillosos dones para con nosotros. Que así sea, ruego humildemente en Su santo nombre. Amén. ■

NOTAS

1. Juan 14:27.
2. Correspondencia en posesión de Thomas S. Monson.

Regresar a la fe

Cada uno de nosotros puede fortalecer su fe en Jesucristo en su trayecto individual y encontrar gozo.

En esta mañana de Pascua de Resurrección, presidente Monson, estamos muy agradecidos por escuchar la voz de nuestro profeta viviente. Valoramos sus palabras y también su consejo: “Encontremos gozo en el trayecto”¹ y “El futuro es tan brillante como su fe”².

Este año, los niños de la Primaria comparten el gozo y el resplandor de su fe en Jesucristo al cantar la canción “Yo sé que me ama el Salvador”. Cantan esta verdad: “¡Él vive, sí!... Le doy mi corazón”³. Como los niños de la

Primaria, cada uno de nosotros puede fortalecer su fe en Jesucristo en su trayecto individual y encontrar gozo.

Hace poco, en una reunión dominical de la Sociedad de Socorro escuché a una joven madre relatar una parte de su trayectoria de conversión. Creció en la Iglesia con padres que le enseñaron el Evangelio. Asistió a la Primaria, a las Mujeres Jóvenes y a seminario. Le encantaba aprender y descubrir las verdades. Constantemente quería saber *por qué*. El élder Russell M. Nelson ha dicho: “El Señor únicamente puede





enseñar a una mente inquieta”⁴; y esta joven estaba dispuesta a que le enseñaran.

Tras la escuela secundaria (preparatoria) asistió a la universidad, se selló a un ex misionero en el templo y fue bendecida con hermosos hijos.

Con un espíritu de búsqueda, esta madre siguió planteándose preguntas; pero conforme las preguntas se volvían más difíciles, también lo hacían las respuestas; y a veces, no recibía respuesta, o ninguna respuesta que le diera paz. Al intentar encontrar respuestas, con el tiempo fueron surgiendo cada vez más preguntas y empezó a cuestionarse algunos de los fundamentos de su fe.

Durante esa confusa época, algunas personas de su entorno le dijeron: “Apóyate en mi fe”. Pero ella pensaba: “No puedo. No lo entienden, ustedes no están lidiando con estos dilemas”. Ella explicó: “Estaba dispuesta a ser cortés con quienes no tenían dudas, si ellos también eran corteses conmigo”. Y muchos lo fueron.

Ella dijo: “Mis padres sabían cómo me sentía y no me presionaron; decidieron brindarme su amor mientras yo intentaba averiguarlo por mí misma”. El obispo de esta joven madre también se reunió con ella con frecuencia y le expresó la confianza que tenía en ella.

Los miembros del barrio tampoco dudaron en brindarle amor y ella se sintió incluida. En su barrio no tenía

que aparentar ser perfecta; era un lugar de apoyo.

“Fue interesante”, recuerda; “durante esa época sentí una verdadera conexión con mis abuelos, que habían fallecido. Ellos me apoyaban y me animaban a seguir intentándolo. Sentí que me decían: ‘Céntrate en lo que sabes’”.

A pesar de su gran sistema de apoyo, se volvió menos activa. Dijo: “No me separé de la Iglesia por un mal comportamiento o por apatía espiritual, ni buscando una excusa para no vivir los mandamientos o una salida fácil. Sentía que necesitaba la respuesta a la pregunta ‘¿en qué creo realmente?’”.

En ese entonces, leyó un libro sobre los escritos de la Madre Teresa, quien había experimentado sentimientos similares. En una carta de 1953, la Madre Teresa escribió: “Por favor, ore especialmente por mí, para que no eche a perder Su obra y para que nuestro Señor se muestre porque en mí hay una terrible oscuridad, como si todo estuviera muerto; y más o menos siempre ha sido así desde que comencé ‘la obra’. Pida a nuestro Señor que me dé valor”.

El arzobispo Périer le respondió: “Dios la guía, querida Madre; no está tan inmersa en la oscuridad como cree. Es posible que el camino a seguir no siempre esté claro de inmediato. Ore para recibir luz; no decida con demasiada rapidez; escuche lo que otros tengan que decir; tome en cuenta

sus razones. Siempre encontrará algo que la ayude... Con la guía de la fe, la oración y la razón, y una intención sincera, tiene lo que necesita”⁵.

Mi amiga pensó que si la Madre Teresa pudo vivir su religión sin tener todas las respuestas y sin un sentimiento de claridad acerca de todas las cosas, quizás ella también podría hacerlo. Sencillamente, podía dar un paso adelante con fe y luego otro; podía centrarse en las verdades en las que creía y dejar que le llenaran la mente y el corazón.

Al pensar en ello, dijo: “Mi testimonio se había convertido en un montón de cenizas, estaba totalmente arrasado; lo único que quedaba era Jesucristo”. Continuó: “Pero Él no nos abandona cuando tenemos preguntas. Cuando alguien intenta cumplir los mandamientos, la puerta está abierta de par en par. La oración y el estudio de las Escrituras se volvieron increíblemente importantes”.

Para reconstruir su fe, lo primero que hizo fue empezar con las verdades básicas del Evangelio. Compró un libro de canciones de la Primaria y empezó a leer la letra de las canciones. Para ella fueron un tesoro. Oró a fin de obtener fe para aliviar la carga que sentía.

Aprendió que al encontrarse con una afirmación que le generaba dudas, “podía detenerse, analizarlo en la perspectiva general y convertir el Evangelio en algo personal”. Ella explicó: “Preguntaba: ‘¿Es éste el camino adecuado para mí y para mi familia?’. A veces me preguntaba: ‘¿Qué es lo que quiero para mis hijos?’. Me di cuenta de que quería que se casaran en el templo. Fue entonces cuando en mi corazón volví a creer”.

El élder Jeffrey R. Holland ha dicho: “La humildad, la fe y la influencia del Espíritu Santo [serán] siempre elementos de *toda* búsqueda de la verdad”⁶.



Aunque ella tenía preguntas sobre el origen del Libro de Mormón, no podía negar las verdades que conocía del libro. Se había centrado en estudiar el Nuevo Testamento para entender mejor al Salvador. Dijo: “Pero, con el tiempo, volví al Libro de Mormón porque me encantaba lo que sentía al leer sobre Jesucristo y Su Expiación”.

Concluyó así: “Uno tiene que tener sus propias experiencias espirituales con las verdades de este libro” y ella las estaba viviendo. Explicó: “Leí en Mosíah y me sentí totalmente guiada. ‘Creed en Dios; creed que él existe, y que creó todas las cosas... creed que él tiene toda sabiduría y todo poder, tanto en el cielo como en la tierra; creed que el hombre no comprende todas las cosas que el Señor puede comprender’”⁷.

Para aquel entonces fue llamada a servir como pianista de la Primaria. “Era algo seguro”, dijo. “Quería que mis hijos estuvieran en la Primaria y ahora podía estar con ellos; pero aún no estaba lista para enseñar”. Al servir, siguió notando la invitación de quienes la rodeaban: “Ven, te aceptamos en el estado en que te encuentres; trabajaremos contigo a tu nivel; danos lo que puedas ofrecer”.

Al tocar las canciones de la Primaria, con frecuencia pensó: “Éstas son las verdades que amo. Todavía puedo dar testimonio; sencillamente diré lo que sé y en lo que confío. Tal vez no sea una ofrenda perfecta de conocimiento,

pero será mi ofrenda. Aquello en lo que me centro se expande en mi interior. Es hermoso volver a la esencia del Evangelio y sentir claridad”.

Esa mañana de domingo, mientras escuchaba a esa joven hermana relatar su trayectoria, recordé que es sobre la roca de nuestro Redentor donde todos debemos establecer nuestro fundamento⁸. Recordé también el consejo del élder Jeffrey R. Holland: “Aférranse al conocimiento que ya tienen y manténganse firmes hasta que reciban más conocimiento”⁹.

Durante su lección, supe con mayor fervor que las respuestas a nuestras preguntas sinceras llegan cuando las buscamos francamente y cuando vivimos los mandamientos. Recordé que nuestra fe puede traspasar los límites de la razón.

¡Cuánto deseo ser como aquellos que rodeaban a esta joven madre, amándola y apoyándola! El presidente Dieter F. Uchtdorf dijo: “Todos somos peregrinos buscando la luz de Dios al viajar por el sendero del discipulado. No condenamos a los demás por la cantidad de luz que puedan tener o no tener; más bien, nutrimos e incitamos toda luz hasta que sea clara, brillante y verdadera”¹⁰.

Cuando los niños de la Primaria cantan “Oración de un niño”, preguntan: “Padre Celestial, dime, ¿estás ahí? ¿Y escuchas siempre cada oración?”¹¹.

Es posible que también nosotros nos preguntemos: “¿Está realmente ahí el Padre Celestial?”, sólo para regocijarnos —como lo hizo mi amiga— cuando las respuestas llegan en forma de afirmaciones serenas y sencillas. Testifico que esas sencillas afirmaciones llegan cuando Su voluntad se convierte en nuestra voluntad. Testifico que la verdad está hoy en la Tierra y que Su Evangelio se encuentra en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Thomas S. Monson, “Encontrar gozo en el trayecto”, noviembre de 2008, pág. 84.
2. Thomas S. Monson, “Sed de buen ánimo”, mayo de 2009, pág. 92.
3. “Yo sé que me ama el Salvador”, en *Sé que mi Salvador vive: Bosquejo del Tiempo para compartir 2015*, 2014, págs. 28–29.
4. Russell M. Nelson, en M. Russell Ballard, “What Came from Kirtland” (charla fogueña de la Universidad Brigham Young, 6 de noviembre de 1994); speeches.byu.edu.
5. En *Madre Teresa: Come Be My Light—The Private Writings of the Saint of Calcutta*, edición de Brian Kolodiejchuk, 2007, págs. 149–50, puntuación estandarizada.
6. Jeffrey R. Holland, “No temas, cree solamente” (Una velada con el élder Jeffrey R. Holland, 6 de febrero de 2015); lds.org/broadcasts.
7. Mosíah 4:9.
8. Véase Helamán 5:12.
9. Jeffrey R. Holland, “Creo”, *Liahona*, mayo de 2013, pág. 94.
10. Dieter F. Uchtdorf, “Cómo recibir un testimonio de luz y verdad”, *Liahona*, noviembre de 2014, pág. 22.
11. “Oración de un niño”, *Canciones para los niños*, págs. 6–7.



Por el élder José A. Teixeira
De los Setenta

En busca del Señor

A medida que comprendamos mejor al Salvador, tendremos un mayor deseo de vivir con alegría y con la convicción de que el gozo es posible.

Mis queridos hermanos y hermanas, es con gran gozo que me presento aquí ante ustedes al participar de esta conferencia general. Escuchar las palabras de sabiduría, consejo, consuelo y advertencia que se nos han dado en las conferencias generales durante muchos años han sido una gran bendición para la hermana Teixeira, para nuestra familia y para mí.

En esta época especial del año, especialmente en este día de reposo de Pascua de Resurrección, no puedo dejar de reflexionar en el significado de las enseñanzas del Salvador y en Su bondadoso y amoroso ejemplo en mi vida.

Comprender mejor a Jesucristo nos dará mayor esperanza para el futuro y, a pesar de nuestras imperfecciones, mayor confianza para lograr nuestras metas justas. Eso también nos dará un mayor deseo de servir a nuestro prójimo.

El Señor dijo: “Elevad hacia mí todo pensamiento; no dudéis; no temáis”¹. El buscar al Señor y sentir Su presencia es una búsqueda diaria, un esfuerzo que bien vale la pena.

Hermanos y hermanas, hoy más que nunca, tenemos a nuestra disposición oportunidades excepcionales y recursos para profundizar nuestra comprensión de las enseñanzas de Jesucristo

y de Su Expiación. El usarlos apropiadamente nos ayudará a vivir una vida fructífera llena de gozo.

En la metáfora del Salvador sobre la viña y los pámpanos, Él dijo: “Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí”².

Cuando comprendamos mejor el extraordinario papel de Cristo en nuestra vida, seremos más conscientes de nuestro propósito aquí en la mortalidad, el cual es tener gozo. Ese gozo, sin embargo, no nos exime de experimentar pruebas y dificultades, incluso algunas tan grandes y complejas que nos pueden llevar a pensar que la felicidad no es posible en tales circunstancias.

Sé, por experiencia personal, que el gozo de vivir con rectitud y permanecer en Cristo puede continuar a pesar de las tribulaciones características de la mortalidad. En última instancia, esas tribulaciones con frecuencia nos enriquecen, nos refinan y nos dirigen a una mayor comprensión del propósito de nuestra existencia aquí en la vida terrenal y de la expiación de Jesucristo. En verdad, la plenitud de gozo sólo se puede alcanzar por medio de Jesucristo³.

Él dijo: “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto, porque sin mí nada podéis hacer”⁴.

Creo que a medida que comprendamos mejor al Salvador, tendremos un mayor deseo de vivir con alegría y con la convicción de que el gozo es posible. Consecuentemente, tendremos mayor capacidad para vivir cada día con mayor entusiasmo por la vida y por guardar los mandamientos de Dios, aún bajo circunstancias que suponen un desafío.

No dejemos para mañana lo que podamos hacer hoy. Ahora es cuando debemos venir a Cristo porque “si [le creemos], [trabajaremos] mientras dure lo que es llamado hoy”⁵.

Cada día debemos considerar incluir interacciones frecuentes con las enseñanzas de Cristo. Las acciones y los gestos pequeños y sencillos que hacemos a diario podrán:

1. Aumentar nuestra comprensión de la importancia del Señor en nuestra vida, y
2. Ayudarnos a compartir ese entendimiento con las nuevas generaciones, quienes seguramente sentirán el amor del Padre Celestial y de Su Hijo Jesucristo cuando vean nuestro ejemplo de vivir sinceramente el Evangelio.

Así que, ¿cuáles son algunos actos sencillos en estos tiempos modernos que serán un bálsamo para nuestra alma al fortalecer nuestro testimonio de Cristo y de Su misión?

En 2014, en el concurso de fotografía de la revista National Geographic se recibieron más de 9.200 fotos de fotógrafos profesionales y de otros entusiastas de más de ciento cincuenta países. La fotografía ganadora muestra a una mujer en el centro de un vagón

de ferrocarril lleno de pasajeros. La luz que emite su teléfono móvil le ilumina el rostro. Ella transmite un claro mensaje a los otros pasajeros: a pesar de estar físicamente presente, en verdad no lo está⁶.

La información de los dispositivos móviles, los teléfonos inteligentes y



Arriba: Transmisión de la conferencia general en el vuelo de una aerolínea. Izquierda: Fotografía ganadora del concurso de National Geographic del 2014, donde se muestra a una pasajera enviando un mensaje claro a otra en el mismo tren; quien, a pesar de estar físicamente presente, en realidad no está allí.

las redes sociales han afectado profundamente nuestra manera de estar en el mundo y la manera en que nos comunicamos con los demás.

En esta era digital nos podemos transportar rápidamente a lugares y a actividades que nos pueden alejar de lo que es esencial para tener una vida llena de gozo duradero.

Esta vida en la red puede, si no se controla, dar prioridad a relaciones con personas a quienes no conocemos en lugar de aquellas con las que vivimos: ¡nuestra propia familia!

Por otra parte, todos sabemos que somos bendecidos con los excelentes recursos en línea, incluso los

desarrollados por la Iglesia, tales como las versiones de texto y audio de las Sagradas Escrituras y la conferencia general, las producciones en video de la vida y las enseñanzas de Jesucristo, las aplicaciones para registrar nuestra historia familiar y las oportunidades para escuchar música inspiradora.

Las elecciones que hacemos con respecto a nuestro tiempo en línea y las prioridades que damos en él son decisivas. Pueden determinar nuestro progreso espiritual y madurez en el Evangelio, y nuestro deseo de contribuir a un mundo mejor así como nuestro deseo de vivir una vida más productiva.

Por esas razones, hoy me gustaría mencionar tres hábitos sencillos que nos ayudarán a tener una actividad en línea más sana. Estos hábitos generarán la reflexión personal y diaria que es tan necesaria para mantenernos cerca de las enseñanzas de nuestro Padre Celestial y de Su Hijo Jesucristo.

Hábito número 1: Visitar los sitios web oficiales de la Iglesia en busca de recursos

Las visitas frecuentes a estos recursos durante la semana nos ayudarán a estar siempre atentos a las enseñanzas del Evangelio, y animarán a nuestra familia y amigos a pensar y a reflexionar sobre lo que es más importante.

Hábito número 2: Suscribirse a las redes sociales oficiales de la Iglesia

Esta elección traerá a su pantalla el contenido que es esencial para profundizar su búsqueda del Señor y de Sus enseñanzas, y fortalecerá su deseo de comprender el Evangelio. Lo que es más importante, esto les ayudará a recordar lo que Cristo espera de cada uno de nosotros.

Así como “no hay buena tierra si no hay un buen granjero”⁷, de la misma manera no habrá una buena cosecha

en línea a menos que demos prioridad, desde el principio, a aquello que tenemos a disposición de nuestros dedos y nuestra mente.

Hábito número 3: Hacer tiempo para dejar de lado los dispositivos móviles

Es reconfortante dejar de lado nuestros dispositivos electrónicos por un rato y en su lugar abrir las Escrituras o dedicar tiempo para conversar con la familia y los amigos. Especialmente en el día del Señor, experimenten la paz de participar en la reunión sacramental sin la urgencia constante de ver si han recibido un mensaje o una publicación nuevos.

El hábito de dejar de lado su dispositivo móvil por un rato enriquecerá y ampliará su visión de la vida, ya que la vida no está confinada a una pantalla de 10 cm.

El Señor Jesucristo dijo: “Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor”⁸. Dios desea que tengamos gozo y que sintamos Su amor. Cristo hace posible que cada uno de nosotros alcance ese gozo. Tenemos los medios para conocerlo mejor y vivir Su evangelio.

Testifico del gozo que existe cuando guardamos los mandamientos, y de la paz y la seguridad que sentimos cuando permanecemos en el amor del Padre Celestial y de Su Hijo, nuestro Salvador. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Doctrina y Convenios 6:36.
2. Juan 15:4.
3. Véase Juan 15:11.
4. Juan 15:5.
5. Doctrina y Convenios 64:25.
6. Véase “Photo Contest 2014”, *National Geographic*, photography. nationalgeographic.com/photography/photo-contest/2014/.
7. Autor desconocido.
8. Juan 15:9.



Por el obispo Gérald Caussé
Primer Consejero del Obispado Presidente

¿Sigue siendo maravilloso para ustedes?

Asombrarnos ante las maravillas del Evangelio es un signo de fe; es reconocer la mano del Señor en nuestra vida y en todo lo que nos rodea.

Mi esposa y yo hemos tenido el enorme gozo de criar a nuestros cinco hijos cerca de la magnífica ciudad de París. Durante esos años quisimos ofrecerles amplias oportunidades de descubrir las maravillas de este mundo. Cada verano, nuestra familia hizo largos viajes para visitar los monumentos,

los lugares históricos y las maravillas naturales más importantes de Europa. Finalmente, tras pasar 22 años en la zona de París, estábamos a punto de mudarnos. Aún recuerdo el día en que mis hijos me dijeron: “Papá, ¡qué vergüenza! ¡Hemos pasado aquí toda nuestra vida y nunca hemos ido a la Torre Eiffel!”.





Hay muchas maravillas en este mundo. Sin embargo, a veces, cuando las tenemos constantemente delante de los ojos, no las apreciamos. Miramos, pero realmente no vemos; oímos, pero realmente no escuchamos.

Durante Su ministerio en la Tierra Jesús dijo a Sus discípulos:

“Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis,

“pues os digo que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron”¹.

Con frecuencia me he preguntado cómo habría sido vivir en la época de nuestro Salvador. ¿Se imaginan lo que sería sentarse a Sus pies? ¿Sentir que nos abraza? ¿Ser testigos cuando Él ministraba a otras personas? Pese a ello, muchas personas que lo conocieron no se dieron cuenta, no “vieron”, que el mismo Hijo de Dios vivía entre ellos.

Nosotros también tenemos el privilegio de vivir en una época excepcional. Los profetas antiguos vieron la obra de la Restauración como “una obra maravillosa... sí, una obra maravillosa y un prodigio”². En ninguna dispensación anterior se llamó a tantos misioneros,

se abrieron tantas naciones al mensaje del Evangelio ni se construyeron tantos templos por todo el mundo.

Para nosotros, como Santos de los Últimos Días, también ocurren maravillas en nuestra propia vida. Entre ellas, nuestra conversión personal, las respuestas que recibimos a nuestras oraciones y las tiernas bendiciones que Dios derrama sobre nosotros cada día.

Asombramos ante las maravillas del Evangelio es un signo de fe; es reconocer la mano del Señor en nuestra vida y en todo lo que nos rodea. Nuestro asombro también genera fortaleza espiritual; nos da la energía para seguir anclados en nuestra fe y participar en la obra de salvación.

Sin embargo, tengamos cuidado; nuestra capacidad para maravillarnos es frágil. Con el tiempo, hechos como cumplir los mandamientos con desinterés, la apatía o incluso el cansancio, pueden causar que nos volvamos insensibles aún a las señales y a los milagros más extraordinarios del Evangelio.

El Libro de Mormón describe un período, muy similar al nuestro, que precedió a la venida del Mesías a las Américas. De repente, las señales de

Su nacimiento aparecieron en el cielo. El pueblo estaba tan atónito que se humilló y casi todas las personas se convirtieron. Sin embargo, sólo cuatro años después, “el pueblo comenzó a olvidarse de aquellas señales y prodigios que había presenciado, y a asombrarse cada vez menos de una señal o prodigio del cielo... y [comenzaron] a no creer todo lo que habían visto y oído”³.

Mis hermanos y hermanas, ¿el Evangelio sigue siendo maravilloso para ustedes? ¿Todavía pueden ver, oír, sentir y asombrarse? ¿O están sus sensores espirituales adormecidos? Sea cual sea su situación personal, los invito a hacer tres cosas.

En primer lugar, no se cansen nunca de descubrir o redescubrir las verdades del Evangelio. El escritor Marcel Proust dijo: “El verdadero viaje de descubrimiento no consiste en buscar nuevos paisajes, sino en mirar con nuevos ojos”⁴. ¿Recuerdan la primera vez que leyeron un versículo de las Escrituras y sintieron que el Señor les hablaba personalmente? ¿Recuerdan la primera vez que sintieron la dulce influencia del Espíritu Santo, quizás incluso antes de darse cuenta de que era el Espíritu Santo? ¿No fueron momentos sagrados y especiales?

Deberíamos sentir hambre y sed de conocimiento espiritual cada día. Esa práctica personal se basa en el estudio, la meditación y la oración. A veces, tal vez tengamos la tentación de pensar: “Hoy no necesito estudiar las Escrituras; ya las he leído todas antes”, o “no necesito ir a las reuniones de la Iglesia hoy; allí no hay nada nuevo”.

Pero el Evangelio es una fuente de conocimiento que nunca se agota. Siempre se puede aprender y sentir algo nuevo cada domingo, en cada reunión y en cada versículo de las



Escrituras. Con fe nos aferramos a la promesa de que si “[buscamos]... [hallaremos]”⁵.

En segundo lugar, anclen su fe en las verdades simples y sencillas del Evangelio. Nuestro asombro debe arraigarse en los principios básicos de nuestra fe, en la pureza de nuestros convenios y ordenanzas, y en nuestros actos más sencillos de adoración.

Una hermana misionera contó el relato de tres hombres que conoció durante una conferencia de distrito en África. Venían de una aldea muy aislada en la que la Iglesia aún no estaba organizada, pero allí había quince miembros fieles y casi veinte investigadores. Durante más de dos semanas, esos hombres recorrieron a pie más de cuatrocientos ochenta kilómetros por caminos con lodo, debido a la temporada de lluvias, para asistir a la conferencia y entregar los diezmos de los miembros de su grupo. Tenían previsto quedarse una semana entera para disfrutar del privilegio de participar de la Santa Cena el domingo siguiente y luego iniciar el viaje de regreso cargando sobre la cabeza cajas llenas de ejemplares del Libro de Mormón, para dárselos a las personas de su aldea.

La misionera testificó de lo conmovida que se sintió por el asombro que esos hermanos mostraban y por su sacrificio sin reservas para obtener cosas que para ella siempre habían sido fáciles de obtener.

Ella se preguntaba: “Si me levantara un domingo por la mañana en Arizona y mi auto no funcionara, ¿caminaría hasta la capilla que está sólo a unas cuadras de mi casa? ¿o me quedaría en casa porque está demasiado lejos o porque llueve?”⁶. Ésas son buenas preguntas que todos podemos plantearnos.

Por último, los invito a procurar y atesorar la compañía del Espíritu Santo. La mayoría de las maravillas del Evangelio no se pueden percibir con nuestros sentidos naturales. Son las cosas que “ojo no vio, ni oído oyó... las que Dios ha preparado para aquellos que le aman”⁷.

Cuando tenemos el Espíritu, nuestros sentidos espirituales se agudizan y nuestra memoria se estimula para que no olvidemos los milagros y las señales que hemos presenciado. Es por eso que, como sabían que Jesús estaba a punto de dejarlos, Sus discípulos neftas oraron con fervor “por lo que más deseaban; y su deseo era que les fuese dado el Espíritu Santo”⁸.

Aunque habían visto al Salvador con sus propios ojos y habían tocado Sus heridas con sus propias manos, sabían que sus testimonios podían debilitarse sin una renovación constante por medio del poder del Espíritu Santo. Mis hermanos y hermanas, no hagan nunca nada que pueda provocar la pérdida de este don precioso y maravilloso: la compañía del Espíritu Santo. Procúrenlo mediante la oración ferviente y el vivir de manera recta.

Testifico que la obra en la que participamos es “una obra maravillosa y un prodigio”. Al seguir a Jesucristo, Dios nos testifica “con señales y prodigios, y diversos milagros y dones del Espíritu Santo según su voluntad”⁹. En este día especial, testifico que las maravillas y los prodigios del Evangelio están anclados en el mayor de todos los dones de Dios: la expiación del Salvador. Ése es el don perfecto de amor que el Padre y el Hijo, unidos en propósito, han ofrecido a cada uno de nosotros. Junto con ustedes, “asombro me da el amor que me da Jesús... Cuán asombroso es lo que dio por mí”¹⁰.

Que siempre podamos tener ojos que vean, oídos que oigan y un corazón que perciba los prodigios de este maravilloso Evangelio, es mi oración, en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Lucas 10:23–24.
2. 2 Nefi 27:26.
3. 3 Nefi 2:1.
4. “Marcel Proust”, *Guardian*, 22 de julio de 2008, theguardian.com/books/2008/jun/11/marcelproust.
5. Mateo 7:7.
6. Adaptado de Lorraine Bird Jameson, “The Giants of Kinkondja” (artículo publicado en el sitio del Área África Sudeste, 2009), web.archive.org/web/20101210013757/http://www.lds.co.za/index.php/news-a-events/news/aseanews/91-the-giants-of-kinkondja.
7. 1 Corintios 2:9.
8. 3 Nefi 19:9.
9. Hebreos 2:4.
10. “Asombro me da”, *Himnos*, N° 118.



Por el élder Brent H. Nielson
De los Setenta

A la espera del [hijo] pródigo

Que ustedes y yo recibamos revelación para saber la mejor manera de ayudar a aquellos en nuestra vida que se han descarriado.

El Salvador Jesucristo pasó Su ministerio terrenal enseñando sobre Su poder de sanación y redención. En una ocasión, registrada en el capítulo 15 de Lucas, en el Nuevo Testamento, lo criticaron en verdad por comer y pasar tiempo con pecadores (véase Lucas 15:2). El Salvador usó esa crítica como una oportunidad para enseñarnos a todos la forma de responder ante quienes se han desviado del camino.

Para responder a Sus críticos, Él les hizo dos preguntas importantes:

“¿Qué hombre de vosotros, si tiene cien ovejas y se le pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la que se le perdió, hasta que la halla?” (Lucas 15:4).

“¿O qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una dracma, no enciende una lámpara, y barre la casa y busca con diligencia hasta hallarla?” (Lucas 15:8).

Después, el Salvador enseña la parábola del Hijo Pródigo. Esta parábola no es sobre las cien ovejas ni las diez dracmas; es acerca de un preciado hijo que está perdido. Mediante la parábola, ¿qué nos enseña el Salvador sobre cómo actuar cuando un miembro de la

familia se ha descarriado?

El hijo pródigo informa a su padre que quiere su herencia de inmediato. Quiere dejar la seguridad de su hogar y su familia, e ir en busca de los afanes del mundo (véase Lucas 15:12–13). Tengan en cuenta que en la parábola del Salvador, el padre responde con amor, dándole al hijo su herencia. Sin duda, el padre deber haber hecho todo lo posible para convencer al hijo de que se quedara. Sin embargo, una vez que el hijo adulto toma su decisión,

el padre sabio lo deja ir. Después, el padre demuestra amor sincero, observa y espera (véase Lucas 15:20).

Mi familia tuvo una experiencia similar. Mis dos hermanos fieles, mi maravillosa hermana y yo fuimos criados por padres ejemplares. Se nos enseñó el Evangelio en nuestro hogar, llegamos con éxito a ser adultos y los cuatro nos sellamos en el templo a nuestros respectivos cónyuges. Sin embargo, en 1994, nuestra hermana, Susan, se decepcionó de la Iglesia y de algunas de sus enseñanzas. Fue persuadida por quienes se burlaban y criticaban a los líderes de la Iglesia de los primeros días y permitió que su fe en los profetas y apóstoles vivientes disminuyera. Con el tiempo, sus dudas superaron su fe y eligió dejar la Iglesia. Susan me ha dado permiso para compartir su historia, con la esperanza de que pueda ayudar a otras personas.

Mis hermanos, mi madre viuda y yo estábamos desolados. No podíamos imaginar qué pudo haberla llevado a abandonar su fe.

Mis hermanos y yo habíamos servido como obispos y presidentes de quórum, y habíamos tenido éxito





con miembros del barrio y del quórum cuando dejamos las noventa y nueve y fuimos en busca de la persona descarriada. Sin embargo, con nuestra hermana, nuestros esfuerzos constantes por rescatarla e invitarla a volver sólo la alejaban más y más.

Al buscar guía divina sobre cómo podíamos responder ante esa situación, fue evidente que teníamos que seguir el ejemplo del padre en la parábola del Hijo Pródigo. Susan había tomado una decisión y, en sentido figurado, teníamos que dejarla ir; pero no sin que antes supiera y sintiera el amor sincero que teníamos por ella. Por lo tanto, con amor y bondad renovados, observamos y esperamos.

Mi madre nunca dejó de amar y preocuparse por Susan. Cada vez que asistía al templo, ponía el nombre de ella en la lista de oración y nunca perdió la esperanza. Mi hermano mayor y su esposa, quienes vivían más cerca de Susan, en California, la invitaban a todos los eventos familiares. Todos los años, el día del cumpleaños de Susan, la invitaban a su casa a cenar. Se aseguraron de estar siempre en contacto con ella y que supiera que verdaderamente la amaban.

Mi hermano menor y su esposa se mantuvieron en contacto con los hijos de Susan en Utah, se ocupaban de ellos y los amaban. Se aseguraron de que sus hijos siempre estuvieran

invitados a las reuniones familiares y, cuando llegó el momento de bautizar a la nieta de Susan, mi hermano estuvo ahí para efectuar la ordenanza. Susan también tuvo maestros orientadores y maestras visitantes amorosos que nunca se dieron por vencidos.

Cuando nuestros hijos fueron a servir en misiones y se casaron, invitamos a Susan a esas celebraciones familiares y ella vino. Nos esmerábamos por crear eventos familiares en los que Susan y sus hijos pudieran estar con nosotros y supieran que los amábamos y que eran parte de nuestra familia. Cuando Susan recibió su diploma de una universidad de California, todos estuvimos allí para

apoyarla en su graduación. Aunque no podíamos aceptar todas sus decisiones, ciertamente podíamos aceptarla a ella. La amamos, observamos y esperamos.

En 2006, después de 12 años de que Susan se alejara de la Iglesia, nuestra hija Katy se mudó con su esposo a California para que él pudiera estudiar abogacía. Vivían en la misma ciudad que Susan. La joven pareja buscaba la ayuda y el apoyo de su tía Susan, y la amaban. Susan ayudó a cuidar de nuestra nieta Lucy, que tenía dos años, y pronto comenzó a ayudar a Lucy con sus oraciones por la noche. Katy me llamó un día y me preguntó si pensaba que Susan alguna vez volvería



a la Iglesia. Le aseguré que sentía que sí y que necesitábamos seguir siendo pacientes. A medida que pasaban otros tres años, con amor continuo, observamos y esperamos.

Hace seis años este fin de semana, mi esposa, Marcia, y yo estábamos sentados en la primera fila de este centro de conferencias. Me iban a sostener como Autoridad General ese día. Marcia, que siempre está atenta a la influencia del Espíritu, me había escrito una nota que decía: “Creo que es tiempo de que Susan vuelva”. Mi hija Katy sugirió que saliera y llamara a Susan para invitarla a ver la conferencia general ese día.

Inspirado por estas dos grandes mujeres, caminé hasta el vestíbulo y llamé a mi hermana. Respondió el contestador automático y simplemente dejé un mensaje invitándola a que mirara esa sesión de la conferencia general. Ella recibió el mensaje, y para nuestra alegría, se sintió impulsada a mirar todas las sesiones de la conferencia. Escuchó a profetas y apóstoles que había amado en años anteriores y descubrió nombres nuevos que no conocía, tales como el del presidente Uchtdorf y del élder Bednar, élder Cook, élder Christofferson y del élder Andersen. Durante ésa y otras experiencias enviadas del cielo, mi hermana —como el hijo pródigo— volvió en sí (véase Lucas 15:17). Las palabras de los profetas y apóstoles, y el amor de su familia la motivaron a volver e iniciar su camino de regreso a casa. Después de quince años, nuestra hija y hermana, quien se había perdido, había sido encontrada. El observar y esperar habían terminado.

Susan describe esa experiencia como Lehi la describió en el Libro de Mormón. Ella se soltó de la barra de hierro y se halló en el vapor de



tinieblas (véase 1 Nefi 8:23). Dice que no sabía que estaba perdida hasta que la Luz de Cristo volvió a encender su fe, luz que magnificó brillantemente el marcado contraste entre lo que ella estaba experimentando en el mundo y lo que el Señor y su familia le ofrecían.

Ha ocurrido un milagro en los últimos seis años. Susan tiene un testimonio renovado del Libro de Mormón; ha recibido su recomendación para el templo; ha prestado servicio como obrera del templo y actualmente enseña la clase de Doctrina del Evangelio en su barrio. Las ventanas de los cielos se han abierto para sus hijos y sus nietos, y aunque hubo consecuencias difíciles, parece como si nunca se hubiera alejado.

Algunos de ustedes, como la familia Nielson, tienen familiares que se han desviado por un tiempo. La instrucción del Salvador a todos los que tienen cien ovejas es dejar a las noventa y nueve e ir y rescatar a la descarriada. Su instrucción a quienes tienen diez dracmas y pierden una es buscar hasta que la encuentren. Cuando la persona descarriada es su hijo o su hija, su hermano o su hermana, y él o ella ha elegido alejarse, en el caso de nuestra familia aprendimos que, después de hacer cuanto pudimos, amamos a esa persona con todo nuestro corazón y observamos, oramos y esperamos que se revele la mano del Señor.

Quizás la lección más importante que el Señor me enseñó a lo largo

de este proceso fue al estudiar las Escrituras en familia, después de que mi hermana había dejado la Iglesia. Nuestro hijo David estaba leyendo mientras estudiábamos juntos Lucas 15. Ese día, cuando él leía la parábola del Hijo Pródigo, la escuché de forma diferente a como la había escuchado antes. Por alguna razón, siempre me había identificado con el hijo que se quedó en la casa. Cuando David leyó esa mañana, me di cuenta de que, de alguna forma, yo era el hijo pródigo. Todos nosotros estamos destituidos de la gloria del Padre (véase Romanos 3:23). Todos necesitamos de la expiación del Salvador para que nos sane. Todos estamos perdidos y necesitamos que se nos encuentre. Esa revelación ese día me ayudó a saber que tanto mi hermana como yo necesitábamos el amor del Salvador y Su expiación. De hecho, Susan y yo estábamos en el mismo camino de regreso a casa.

Las palabras del Salvador en la parábola cuando describe al padre que recibe a su hijo pródigo son poderosas, y creo que podrían ser la descripción de la experiencia que ustedes y yo tendremos con el Padre cuando regresemos a nuestro hogar celestial. Ellas nos enseñan de un padre que ama, espera y observa. Éstas son las palabras del Salvador: “Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello y le besó” (Lucas 15:20).

Que ustedes y yo recibamos revelación para conocer la mejor manera de ayudar a aquellos en nuestra vida que se han descarriado y, cuando sea necesario, tener la paciencia y el amor de nuestro Padre Celestial y de Su Hijo Jesucristo, en tanto que amamos, observamos y esperamos al [hijo] pródigo. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■



Por el élder Jeffrey R. Holland
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Merced, justicia y amor

Jesucristo sufrió, murió y se levantó de los muertos a fin de que pudiera elevarnos a la vida eterna.

Sin cuerdas de seguridad, arneses ni equipos de montañismo de ningún tipo, dos hermanos —Jimmy, de 14 años, y John, de 19 (aunque esos no son los nombres verdaderos)— intentaron escalar una pared escarpada del Parque Estatal del Cañón Snow, ubicado en la región del sur de Utah, EE. UU., donde yo nací. Cerca de la cima de su laborioso ascenso, descubrieron que, debido a un saliente, no les era posible ascender los pocos metros finales. No podían pasar por allí, pero ahora tampoco podían retroceder; estaban atrapados. Después de maniobrar con cuidado, John pudo encontrar un punto de apoyo lo suficientemente firme como para impulsar a su hermano menor a un lugar seguro por encima del saliente, pero él no encontraba forma de subir. Cuanto más se esforzaba para encontrar donde afirmar los dedos o los pies, más se le acalabraban los músculos. Empezó a sentir pánico y a temer por su vida.

Sin poder sujetarse por mucho más tiempo, John decidió que su única opción era intentar saltar verticalmente a fin de asirse a la parte superior del saliente; si conseguía lograrlo, tal vez, con la fuerza considerable de sus brazos, pudiese trepar a un lugar seguro.

En sus propias palabras, dijo:
“Antes de saltar, le dije a Jimmy que fuera a buscar una rama lo suficientemente fuerte como para extenderla hasta donde yo estaba, aunque sabía que no había algo así en esa cumbre rocosa. Era sólo una estratagema desesperada. Si mi salto fallaba, lo mínimo que podía hacer era asegurarme de

que mi hermano menor no me viera caer hacia la muerte.

“Dándole tiempo suficiente para quedar fuera del alcance de su vista, hice mi última oración —quería que mi familia supiera que los amaba y que Jimmy pudiese regresar a salvo por sí mismo— y entonces, salté. En mi impulso hubo suficiente adrenalina para que el salto me permitiera extender los brazos por encima del saliente, casi hasta los codos; pero al golpear con las manos la superficie, no sentí más que arena suelta en piedra plana. Todavía recuerdo esa sensación áspera al estar ahí colgado sin nada a qué aferrarme; ningún borde, ninguna rugosidad, nada a lo que pudiera asirme. Sentí que los dedos empezaban a ceder lentamente sobre la superficie arenosa. Sabía que mi vida había llegado a su fin.

“Entonces, de repente, como un rayo en una tormenta de verano,





aparecieron dos manos desde algún lugar de la orilla del acantilado, sosteniéndome las muñecas con una fuerza y determinación que no concordaban con su tamaño. Mi fiel hermano no había ido a buscar ninguna rama ficticia. Adivinando exactamente lo que yo planeaba hacer, no se había movido ni un centímetro; simplemente había esperado en silencio, casi sin aliento, sabiendo muy bien que yo sería tan tonto como para tratar de dar ese salto. Cuando lo hice, él me agarró, me sostuvo y se negó a dejarme caer. Esos fuertes brazos fraternales me salvaron la vida ese día en que colgaba sin poder hacer nada y de lo que con certeza habría sido una muerte segura”¹.

Mis queridos hermanos y hermanas, hoy es domingo de Pascua de Resurrección. Aunque *siempre* debemos recordarlo (prometemos en nuestras oraciones sacramentales semanales que lo haremos), éste es el día más sagrado del año para recordar de manera especial las manos de hermandad y los brazos decididos que llegaron hasta el abismo de la muerte para salvarnos de nuestras caídas y nuestros defectos, de nuestros dolores y de nuestros pecados. En el contexto de esa historia que relató la familia de John y Jimmy, expreso gratitud por la expiación y resurrección del Señor Jesucristo y reconozco los acontecimientos en el divino plan de Dios que condujeron y dieron significado al “amor que [nos] da Jesús”².

En nuestra sociedad cada vez más secular, es tan poco común así como pasado de moda, hablar de Adán y Eva, del Jardín de Edén o de su “afortunada caída” a la mortalidad. Sin embargo, la simple verdad es que *no* podemos comprender plenamente la expiación y la resurrección de Cristo y *no* apreciaremos apropiadamente el propósito singular de Su nacimiento ni de Su muerte —en otras palabras no hay manera de celebrar verdaderamente la Navidad *ni* la Pascua de Resurrección— sin comprender que en verdad hubo un Adán y una Eva que cayeron de un Edén real con todas las consecuencias que eso acarrea.

Desconozco los detalles de lo que ocurrió en este planeta antes de eso, pero sé que ellos dos fueron creados bajo la mano divina de Dios, que por un tiempo vivieron solos en un entorno paradisiaco donde no había ni muerte humana ni familia futura y que, a causa de una serie de decisiones, ellos transgredieron un mandamiento de Dios, lo cual exigía que salieran del jardín, pero que les permitió tener hijos antes de sufrir la muerte física³. Además del pesar y de lo complejo de su situación, su transgresión tenía también consecuencias espirituales, excluyéndolos para siempre de la presencia de Dios. Debido a que nacimos en ese mundo caído y a que nosotros asimismo transgrediríamos las leyes de Dios, también se nos

sentenció a los mismos castigos que afrontaron Adán y Eva.

¡Qué situación difícil! Toda la raza humana en caída libre: cada hombre, mujer y niño cayendo físicamente hacia la muerte permanente, sumiéndose espiritualmente en una angustia eterna. ¿Es eso lo que se suponía que fuera la vida? ¿Es éste el espectacular final de la experiencia humana? ¿Estamos todos colgados en un cañón frío en algún lugar de un universo indiferente, cada uno buscando un punto en el cual apoyarnos, cada uno buscando algo a lo que asirnos, con nada más que la sensación de arena deslizándose bajo los dedos, sin nada que nos salve, nada a lo que podamos sujetarnos, y mucho menos nada que nos sujete? ¿Es nuestro único propósito en la vida un experimento existencial inútil, para simplemente saltar tan alto como podamos, perseverar durante setenta años y después fallar y caer, y seguir cayendo para siempre?

La respuesta a esas preguntas es un rotundo y eterno ¡no! Junto con los profetas antiguos como modernos, testifico que “todas las cosas han sido hechas según la sabiduría de aquel que todo lo sabe”⁴. Por tanto, desde el momento en que esos primeros padres salieron del Jardín de Edén, el Dios y Padre de todos nosotros, previendo la decisión que tomarían Adán y Eva, envió a los mismos ángeles de los cielos para que les declararan a ellos



—y a través del tiempo a nosotros— que toda esa serie de acontecimientos se diseñó para nuestra felicidad eterna. Era parte de Su divino plan en el que se proporcionaba un Salvador, el mismo Hijo de Dios otro “Adán”, como lo llamaría el apóstol Pablo ⁵, que vendría en el meridiano de los tiempos para expiar la primera transgresión de Adán. Esa Expiación lograría la victoria completa contra la muerte física, concediendo incondicionalmente la resurrección a toda persona que hubiese nacido o que naciese en este mundo. De manera misericordiosa, también proporcionaría el perdón por los pecados individuales de cada uno, desde Adán hasta el fin del mundo, siempre y cuando nos arrepintiésemos y obedeciéramos los mandamientos divinos.

Como uno de Sus testigos ordenados, esta mañana de Pascua de Resurrección declaro que Jesús de Nazaret fue y es ese Salvador del mundo, el “postrer Adán”⁶, el Autor y Consumador de nuestra fe, el Alfa y la Omega de la vida eterna. “Porque así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados”⁷, declaró Pablo. Y del profeta patriarca Lehi: “Adán cayó para que los hombres existiesen... Y el Mesías vendrá en la plenitud de los tiempos, a fin de redimir a los hijos de los hombres de la caída”⁸. De manera más completa, Jacob, el profeta del Libro de Mormón,

enseñó en un sermón que duró dos días sobre la expiación de Cristo que “la resurrección debe venir... por motivo de la caída”⁹.

Así que hoy celebramos el don de la victoria sobre toda caída que hemos experimentado, cada dolor que hemos conocido, cada desaliento que hemos tenido, todo temor que hayamos enfrentado; así como nuestra resurrección de la muerte y el perdón de nuestros pecados. Esa victoria está a nuestro alcance por causa de los hechos ocurridos en un fin de semana precisamente como éste hace casi dos milenios en Jerusalén.

Empezando con la agonía espiritual en el Jardín de Getsemaní, pasando por la Crucifixión en la cruz del Calvario, y terminando en una hermosa mañana de domingo en el interior de una tumba prestada, un hombre sin pecado, puro y santo, el mismo Hijo de Dios, hizo lo que ninguna otra persona fallecida haría ni jamás podría hacer. Mediante Su propio poder, se levantó de la muerte, para que Su cuerpo nunca más volviera a separarse de Su espíritu. Por Su propia voluntad, se quitó los lienzos con los que lo habían envuelto, colocando con cuidado el sudario con el que le habían cubierto el rostro “en un lugar aparte”¹⁰, indica el pasaje de las Escrituras.

Esa primera secuencia de la Pascua de la Expiación y la Resurrección, constituye el momento más trascendental,

el sacrificio más generoso, el dolor más terrible y la manifestación más majestuosa de amor puro que jamás se haya manifestado en la historia del mundo. Jesucristo, el Hijo Unigénito de Dios, sufrió, murió y se levantó de los muertos a fin de que Él, al igual que un rayo en una tormenta de verano, pudiera asirnos cuando caemos, sostenernos con Su fuerza y mediante nuestra obediencia a Sus mandamientos elevarnos a la vida eterna.

Este día de Pascua de Resurrección le agradezco a Él y al Padre que nos lo dio, que Jesús aún tenga la victoria sobre la muerte, a pesar de que Sus pies estén heridos. Este día de Pascua de Resurrección le doy gracias a Él y al Padre que nos lo dio, que Él aun nos extiende gracia ilimitada, a pesar de que lo haga con las palmas perforadas y las muñecas heridas. Este día de Pascua le doy gracias a Él y al Padre quien nos lo dio, que podamos cantar en un jardín manchado de sudor, ante una cruz traspasada por clavos, y ante una tumba gloriosamente vacía:

*Oh cuán glorioso y cabal
el plan de redención:
merced, justicia y amor
en celestial unión*¹¹.

En el sagrado nombre del Señor Jesucristo resucitado. Amén. ■

NOTAS

1. Correspondencia en posesión de Jeffrey R. Holland.
2. “Asombro me da”, *Himnos*, N° 118.
3. Véase 2 Nefi 2:19–29, especialmente los versículos 20–23; Moisés 5:10–11.
4. 2 Nefi 2:24.
5. Véase 1 Corintios 15:45.
6. 1 Corintios 15:45.
7. 1 Corintios 15:22.
8. 2 Nefi 2:25–26.
9. 2 Nefi 9:6.
10. Juan 20:7.
11. “Jesús, en la corte celestial”, *Himnos*, N° 116.



Por el presidente Dieter F. Uchtdorf
Segundo Consejero en la Primera Presidencia

El don de la gracia

Ahora y para siempre jamás, la gracia de Dios está al alcance de todos los de corazón quebrantado y espíritu contrito.

Presidente Monson, gracias... Lo queremos y sostenemos con todo nuestro corazón. Queridos hermanos, hermanas y amigos, les deseo una feliz Pascua de Resurrección. El domingo de Pascua de Resurrección celebramos el acontecimiento más anticipado y glorioso de la historia del mundo.

Es el día que lo cambió todo.

Ese día, mi vida cambió,
la vida de ustedes cambió,
el destino de todos los hijos de

Dios cambió.

En ese día bendito, el Salvador de la humanidad, que había tomado sobre Sí las cadenas del pecado y la muerte que nos mantenían cautivos, rompió esas cadenas y nos libró.

Gracias al sacrificio de nuestro amado Redentor, la muerte no tiene aguijón, el sepulcro no tiene victoria¹, Satanás no tiene poder perdurable y se “nos ha hecho nacer de nuevo a una esperanza viva, por la *resurrección* de Jesucristo”².

Ciertamente, el apóstol Pablo estaba en lo correcto cuando dijo que podemos “[consolarnos] los unos a los otros con estas palabras”³.

La gracia de Dios

Hablamos con frecuencia de la expiación del Salvador, y ¡con razón!

En las palabras de Jacob, “¿por qué no hablar de la expiación de Cristo, y lograr un perfecto conocimiento de él?”⁴. Sin embargo, a medida que “hablamos de Cristo, nos regocijamos en Cristo, predicamos de Cristo, profetizamos de Cristo”⁵ en toda ocasión, nunca debemos perder nuestro sentido de asombro y profunda gratitud por el sacrificio eterno del Hijo de Dios.

La expiación del Salvador no puede convertirse en algo común y corriente en nuestra enseñanza, en nuestras conversaciones ni en nuestro corazón. Es

sagrada y santa, porque fue gracias a ese “gran y postrer sacrificio” que Jesús el Cristo trajo “la salvación a cuantos crean en su nombre”⁶.

Me maravillo al pensar que el Hijo de Dios condescendiera a salvarnos con lo imperfectos, impuros, propensos a errar y desagradecidos que somos. He procurado comprender la expiación del Salvador con mi mente finita y la única explicación que hallo es ésta: Dios nos ama profunda, perfecta y eternamente. No alcanzo siquiera a estimar “la anchura, y la longitud, y la profundidad y la altura... [del] amor de Cristo”⁷.

Una poderosa expresión de ese amor es lo que las Escrituras denominan comúnmente la *gracia de Dios*: la asistencia divina y la investidura de fortaleza que nos permiten progresar desde nuestras limitaciones y defectos actuales hasta llegar a ser seres exaltados de “verdad y luz, hasta que [seamos] glorificados en la verdad y [sepamos] todas las cosas”⁸.

La gracia de Dios es algo maravilloso, pero a menudo se malentende⁹.





Helsinki, Finlandia

Aun así, debemos saber acerca de la gracia de Dios si pretendemos heredar lo que ha sido preparado para nosotros en Su reino eterno.

Con ese fin, me gustaría hablar acerca de la gracia; en particular, primero, de cómo la gracia *abre las puertas del cielo*, y segundo, de cómo *abre las ventanas de los cielos*.

Primero: La gracia abre las puertas del cielo

Por cuanto “todos [pecamos] y [estamos] destituidos de la gloria de Dios”¹⁰, y debido a que “ninguna cosa impura puede entrar en el reino de Dios”¹¹, ninguno de nosotros es digno de volver a la presencia de Dios.

Aún si serviésemos a Dios con toda nuestra alma, eso no sería suficiente; todavía seríamos “servidores inútiles”¹². No podemos ganarnos el cielo por nosotros mismos, las exigencias de la justicia se interponen como una barrera que nos es imposible superar.

Pero no todo está perdido; la gracia de Dios es nuestra gran y sempiterna esperanza.

Mediante el sacrificio de Jesucristo, el plan de misericordia apacigua las exigencias de la justicia¹³, “y [provee] a los hombres la manera de tener fe para arrepentimiento”¹⁴.

Aunque nuestros pecados sean rojos como el carmesí, pueden tornarse blancos como la nieve¹⁵. Gracias a que nuestro amado Salvador “se dio a sí mismo en rescate por todos”¹⁶, se ha proporcionado una entrada en Su reino eterno para nosotros¹⁷.



¡La puerta se ha abierto!

No obstante, la gracia de Dios no nos restaura simplemente a nuestro estado de inocencia anterior. Si la salvación sólo borrara nuestros errores y pecados, entonces la salvación, aunque maravillosa, no llevaría a efecto las aspiraciones del Padre respecto a nosotros. Su propósito es mucho más sublime: Él quiere que Sus hijos e hijas lleguen a ser como Él.

Con el don de la gracia de Dios, la senda del discipulado no nos lleva de vuelta a un estado anterior, nos eleva a uno superior.

¡Nos guía a alturas que apenas podemos comprender! Nos lleva a la exaltación en el reino celestial de nuestro Padre Celestial, donde, rodeados de nuestros seres queridos, recibiremos “de su plenitud y de su

gloria”¹⁸. Todas las cosas serán nuestras, y nosotros seremos de Cristo¹⁹. En efecto, todo lo que el Padre tiene, nos será dado²⁰.

Para poder heredar esa gloria, necesitamos algo más que una puerta abierta; debemos entrar por esta puerta con un corazón deseoso de un cambio —un cambio tan drástico que las Escrituras lo describen como “nacer otra vez; sí, nacer de Dios, ser cambiados de [nuestro] estado [mundano] y caído, a un estado de rectitud, siendo redimidos por Dios, [convirtiéndonos] en sus hijos e hijas”²¹.

Segundo: La gracia abre las ventanas de los cielos

Otro aspecto de la gracia de Dios es que abre las ventanas del cielo, por las cuales Dios derrama bendiciones de poder y fortaleza que nos habilitan para lograr lo que de otro modo no estaría a nuestro alcance. Es por medio de la asombrosa gracia de Dios que Sus hijos pueden vencer las acechanzas y los peligros del engañador, elevarse sobre el pecado y ser “[perfeccionados] en Cristo”²².

Si bien todos tenemos debilidades, podemos superarlas. En efecto, es por la gracia de Dios que las debilidades se tornarán en fortalezas²³, si nos humillamos y tenemos fe.

A lo largo de la vida, la gracia de Dios nos concede bendiciones temporales y dones espirituales que aumentan nuestras habilidades y enriquecen nuestra vida. Su gracia nos refina y ayuda a alcanzar nuestro potencial.

¿Quién puede ser merecedor de ella?

En la Biblia leemos acerca de la visita de Cristo a la casa de Simón, el fariseo.

Por fuera, Simón parecía ser un hombre bueno y recto. Con regularidad se aseguraba de cumplir con sus obligaciones religiosas: guardaba la ley,

pagaba sus diezmos, observaba el día de reposo, oraba diariamente e iba a la sinagoga.

Pero mientras Jesús estaba con Simón, llegó una mujer que lavó los pies del Salvador con sus lágrimas y ungió Sus pies con perfume.

A Simón no le agradó ese gesto de adoración, porque sabía que la mujer era pecadora. Simón pensó que si Jesús no lo sabía, seguramente Él no era un profeta, o no hubiera permitido que ella lo tocara.

Al percibir sus pensamientos, Jesús se volvió a Simón y le hizo una pregunta: “Un acreedor tenía dos deudores: Uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta;

y no teniendo [ninguno de] ellos con qué pagar, perdonó a ambos. Di, pues, ¿cuál de éstos le amará más?”.

Simón respondió que era aquel a quien se le perdonó más.

Entonces, Jesús enseñó una profunda lección: “¿Ves esta mujer?... sus muchos pecados le son perdonados, *porque amó mucho*; pero al que se le perdona poco, poco ama”²⁴.

¿A cuál de estas dos personas nos parecemos más?

¿Somos como Simón? ¿Nos sentimos seguros y cómodos con nuestras buenas obras y confiamos en nuestra propia justicia? ¿Somos, quizás, algo impacientes con quienes no viven según nuestras normas? ¿Estamos en piloto automático?, ¿actuamos por inercia: vamos a las reuniones, bostezamos en la Escuela Dominical y quizás revisamos el teléfono móvil durante la reunión sacramental?

¿O somos como la mujer, que pensaba que estaba completa e irremediablemente perdida a causa de sus pecados?

¿Amamos mucho?

¿Entendemos nuestra deuda con el Padre Celestial y rogamos con toda nuestra alma por la gracia de Dios?

Cuando nos arrodillamos a orar, ¿es para repasar los grandes éxitos de nuestra propia rectitud o para confesar nuestras faltas, suplicar la gracia de Dios y derramar lágrimas de gratitud por el asombroso plan de redención?²⁵.

No podemos comprar la salvación con las monedas de la obediencia; es la sangre del Hijo de Dios lo que la compra²⁶. Pensar que con nuestras buenas obras podemos pagar por la salvación es como comprar un pasaje de avión y pensar que somos dueños de la línea aérea; o pensar que por pagar el alquiler de nuestra casa, somos ahora los propietarios de todo el planeta.

Entonces, ¿por qué obedecer?

Si la gracia es un don de Dios, ¿por qué entonces es tan importante

obedecer los mandamientos de Dios? ¿Para qué molestarnos en obedecerlos; o en arrepentirnos, si vamos al caso? ¿Por qué no sencillamente admitir que somos pecadores y dejar que Dios nos salve?

O, usando las palabras de Pablo, “¿continuaremos en el pecado para que abunde la gracia?”. La respuesta de Pablo es sencilla y clara: “¡De ninguna manera!”²⁷.

Hermanos y hermanas, ¡obedecemos los mandamientos de Dios porque lo amamos!

El tratar de entender el don de la gracia de Dios con todo el corazón y la mente nos da aún mayor razón para amar y obedecer a nuestro Padre Celestial con mansedumbre y gratitud. El andar por la senda del discipulado nos refina y hace mejorar, nos ayuda a llegar a ser más como Él y nos conduce de regreso a Su presencia. “El Espíritu del Señor [nuestro Dios] efectúa “un potente cambio en nosotros... que ya no tenemos más disposición a obrar mal, sino a hacer lo bueno continuamente”²⁸.

De modo que nuestra obediencia a los mandamientos de Dios es el resultado natural de nuestro amor y gratitud perpetuos por la bondad de Dios. Esta forma de amor y gratitud genuinos entrelazará de manera milagrosa nuestras obras con la gracia de Dios. La virtud engalanará nuestros pensamientos incesantemente y nuestra confianza se fortalecerá en la presencia de Dios²⁹.

Queridos hermanos y hermanas, vivir el Evangelio con fidelidad no es una carga; es un ejercicio de práctica gozoso; es la preparación para heredar la grandiosa gloria de las eternidades. Procuramos obedecer a nuestro Padre Celestial porque nuestro espíritu se hará más receptivo a los asuntos espirituales; se despliegan panoramas ante



nosotros que no sabíamos que existían; y recibimos iluminación y entendimiento cuando hacemos la voluntad del Padre³⁰.

La gracia es un don de Dios, y nuestro deseo de ser obediente a cada mandamiento de Dios es como extendemos nuestra mano mortal para recibir ese sagrado don de nuestro Padre Celestial.

Hacer cuanto podamos

El profeta Nefi hizo una importante contribución a nuestra comprensión de la gracia de Dios al declarar: "...trabajamos diligentemente... a fin de persuadir a nuestros hijos, así como a nuestros hermanos, a creer en Cristo y a reconciliarse con Dios; pues sabemos que es *por la gracia por la que nos salvamos, después de hacer cuanto podamos*"³¹.

Sin embargo, me pregunto si a veces malinterpretamos la frase "después de hacer cuanto podamos". Debemos entender que "después de" no significa "debido a".

No nos salvamos "debido a" que hacemos cuanto podamos. ¿Alguno de nosotros ha hecho *todo* lo que puede? ¿Espera Dios hasta que hayamos hecho todo el esfuerzo antes de intervenir en nuestra vida con Su gracia salvadora?

Muchas personas se sienten desalentadas porque fallan constantemente. Saben por experiencia propia que "el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil"³². Ellos elevan su voz junto con Nefi para proclamar: "Mi alma se aflige a causa de mis iniquidades"³³.

Tengo la certeza de que Nefi sabía que la gracia del Salvador nos *permite* vencer el pecado y nos *faculta* para ello³⁴. Es por eso que Nefi trabajaba tan diligentemente a fin de persuadir a sus hijos y a sus hermanos a "creer en Cristo y a reconciliarse con Dios"³⁵.



Después de todo, ¡*eso* es lo que podemos hacer! y ¡*ésa* es nuestra tarea en la mortalidad!

La gracia está al alcance de todos

Cuando pienso en lo que hizo el Salvador poco antes de ese primer domingo de Pascua, ¡deseo elevar mi voz en alabanzas al Más Alto Dios y a Su Hijo Jesucristo!

¡Las puertas del cielo están abiertas!

¡Las ventanas de los cielos están abiertas!

Ahora y para siempre jamás, la gracia de Dios está al alcance de todos los de corazón quebrantado y espíritu contrito³⁶. Jesucristo ha despejado el camino a fin de que ascendamos a alturas incomprensibles para la mente mortal³⁷.

Ruego que veamos con nuevos ojos y un nuevo corazón el significado eterno del sacrificio expiatorio del Salvador. Ruego que demos nuestro amor por Dios y nuestra gratitud por el don de la gracia infinita de Dios, guardando Sus mandamientos y andando gozosamente "en vida nueva"³⁸. En el sagrado nombre de nuestro Maestro y Redentor, Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Véase 1 Corintios 15:55; Mosíah 16:8.
2. 1 Pedro 1:3; cursiva agregada.

3. 1 Tesalonicenses 4:18; véase también los versículos 13–17.
4. Jacob 4:12.
5. 2 Nefi 25:26.
6. Alma 34:10, 15.
7. Efesios 3:18–19.
8. Doctrina y Convenios 93:28.
9. Verdaderamente somos "niños pequeños, y todavía no [hemos] entendido cuán grandes bendiciones el Padre tiene en sus propias manos y ha preparado para [nosotros]" (Doctrina y Convenios 78:17).
10. Romanos 3:23.
11. 1 Nefi 15:34; véase también 1 Nefi 10:21; Moisés 6:57.
12. Mosíah 2:21.
13. Véase Alma 42:15.
14. Alma 34:15.
15. Véase Isaías 1:18.
16. 1 Timoteo 2:6.
17. Véase 2 Pedro 1:11.
18. Doctrina y Convenios 76:56.
19. Véase Doctrina y Convenios 76:59.
20. Véase Doctrina y Convenios 84:38.
21. Mosíah 27:25.
22. Moroni 10:32.
23. Véase Éter 12:27.
24. Véase Lucas 7:36–50; cursiva agregada.
25. La parábola que enseñó Cristo del fariseo y el publicano ilustra este punto claramente (véase Lucas 18:9–14).
26. Véase Hechos 20:28.
27. Romanos 6:1–2.
28. Mosíah 5:2.
29. Véase Doctrina y Convenios 121:45.
30. Véase Juan 7:17.
31. 2 Nefi 25:23; cursiva agregada.
32. Mateo 26:41; véase también Romanos 7:19.
33. 2 Nefi 4:17.
34. Véanse 2 Nefi 4:19–35; Alma 34:31.
35. 2 Nefi 25:23.
36. Véase 3 Nefi 9:19–20.
37. Véase 1 Corintios 2:9.
38. Romanos 6:4.



Por el élder Robert D. Hales
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Cómo preservar el albedrío y cómo proteger la libertad religiosa

El uso fiel de nuestro albedrío depende de que tengamos libertad religiosa.

Hoy es domingo de Pascua de Resurrección: un día de gratitud en el que recordamos honrar la Expiación y Resurrección de nuestro Salvador Jesucristo a favor de toda la humanidad. Lo adoramos, agradecidos por nuestra libertad de religión, libertad de reunión, libertad de expresión y el derecho divino del albedrío.

Como predijeron los profetas acerca de estos últimos días en los que vivimos, hay muchos que están confundidos en cuanto a quiénes somos y lo que creemos. Algunos son "...calumniadores [y]... aborrecedores de lo bueno"¹. Otros "...a lo malo llaman bueno, y a lo bueno, malo; [y]... hacen de la luz tinieblas y de las tinieblas luz"².

Mientras los que nos rodean toman decisiones de cómo responder a nuestras creencias, no debemos olvidar que el albedrío moral es una parte esencial del plan de Dios para todos Sus hijos.

Ese plan eterno, que se nos presentó en el concilio premortal de los cielos, incluía el don del albedrío³.

"...por motivo de que Satanás se rebeló contra mí, y pretendió destruir el albedrío del hombre que yo, Dios el Señor, le había dado... hice que fuese echado abajo"⁴.

Y continuó: "...y también alejó de mí a la tercera parte de las huestes del cielo, a causa de su albedrío"⁵.

Como resultado, los hijos espirituales del Padre Celestial que escogieron rechazar el plan del Padre y siguieron a Lucifer, perdieron su destino divino.

Jesucristo, haciendo uso de Su albedrío, dijo:

"Heme aquí; envíame"⁶.

"...hágase tu voluntad, y sea tuya la gloria para siempre"⁷.

Jesús, que ejerció Su albedrío para apoyar el plan del Padre Celestial, fue reconocido y designado por el Padre como nuestro Salvador, preordenado

para llevar a cabo el sacrificio expiatorio por todos. Del mismo modo, el ejercicio de nuestro albedrío para guardar los mandamientos, nos permite entender plenamente quiénes somos y recibir todas las bendiciones que nuestro Padre Celestial tiene, —incluso la oportunidad de tener un cuerpo, de progresar, de tener gozo, de tener una familia y de heredar la vida eterna.

Para guardar los mandamientos, debemos conocer la doctrina oficial de la Iglesia, de modo que no seamos desviados del liderazgo que proporciona Cristo frente a las constantes cambiantes ideas de la gente.

Las bendiciones que hoy gozamos se deben a que elegimos seguir al Salvador antes de esta vida. Todo el que escuche o lea estas palabras, sea quien sea o cualquiera que haya sido su pasado, recuerde esto: no es demasiado tarde para tomar la misma decisión otra vez y seguirlo a Él.

Mediante nuestra fe en Jesucristo, al creer en Su expiación, al arrepentirnos de nuestros pecados y ser bautizados, es posible recibir el don divino del Espíritu Santo. Ese don proporciona conocimiento y entendimiento, guía y fortaleza para aprender y ganar un testimonio, además de poder y purificación para vencer el pecado, y consuelo y ánimo para ser fieles ante la tribulación. Estas incomparables bendiciones del Espíritu aumentan nuestra libertad y poder para hacer lo que es justo, pues "...donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad"⁸.

Al caminar por el sendero de la libertad espiritual en estos últimos días, debemos entender que el uso fiel de nuestro albedrío depende de que tengamos o no libertad religiosa. Ya sabemos que Satanás no desea que tengamos esa libertad. Él intentó destruir el albedrío moral en los cielos;



y ahora en la Tierra está oponiéndose y diseminando confusión de manera implacable acerca de la libertad religiosa y socavándola; algo que es tan esencial para nuestra vida espiritual y nuestra propia salvación.

Hay cuatro piedras angulares de la libertad religiosa que, como Santos de los Últimos Días, debemos proteger y de las que dependemos.

La primera es la libertad de culto. Nadie debería tener que soportar críticas, persecución ni ataques por parte de personas o gobiernos debido a lo que crea en cuanto a Dios. Es algo personal y muy importante. Una de las primeras declaraciones sobre nuestras creencias acerca de la libertad religiosa dice:

“...ningún gobierno puede existir en paz, a menos que se formulen y se conserven invioladas las leyes que garanticen a cada individuo el libre ejercicio de la conciencia...”

“...el magistrado civil debe restringir el crimen, pero nunca dominar la conciencia... [ni] suprimir la libertad del alma”⁹.

Esta libertad de culto fundamental ha sido reconocida por las Naciones Unidas en su Declaración Universal de Derechos Humanos y por otros documentos nacionales e internacionales sobre los derechos humanos¹⁰.

La segunda piedra angular de la libertad religiosa es la libertad

de compartir nuestra fe y nuestras creencias con los demás. El Señor nos manda: “Y... enseñaréis [el Evangelio] a vuestros hijos... estando en tu casa”¹¹. Él también dijo a Sus discípulos: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura”¹². Como padres, misioneros de tiempo completo y miembros misioneros, dependemos de la libertad religiosa para enseñar la doctrina del Señor en nuestra familia y alrededor del mundo.

La tercera piedra angular de la libertad religiosa es la libertad de formar una organización religiosa, una iglesia, para adorar pacíficamente junto con otras personas. En el Artículo de Fe número once se declara: “Reclamamos el derecho de adorar a Dios Todopoderoso conforme a los dictados de nuestra propia conciencia, y concedemos a todos los hombres el mismo privilegio: que adoren cómo, dónde o lo que deseen”. Existen documentos internacionales de los derechos humanos y otras constituciones nacionales que apoyan este principio.

La cuarta piedra angular de la libertad religiosa es la libertad de vivir nuestras creencias: la libertad de ejercer nuestra fe no sólo en el hogar y en la capilla, sino también en lugares públicos. El Señor nos manda no sólo a orar en privado¹³, sino también que “alumbre [nuestra] luz delante de los

hombres, para que vean [nuestras] buenas obras y glorifiquen a [nuestro] Padre que está en los cielos”¹⁴.

Algunos se ofenden cuando llevamos nuestra religión a esos lugares públicos, pero esas mismas personas que insisten en que la sociedad tolere sus puntos de vista y sus acciones, a menudo son muy lentas para ofrecer esa misma tolerancia a los creyentes que también desean que sus puntos de vista y acciones sean tolerados. La falta general de respeto hacia los puntos de vista religiosos está rápidamente degenerando en intolerancia social y política hacia la gente y las instituciones religiosas.

Conforme afrontamos mayor presión para ceder a las normas seculares, renunciar a nuestras libertades religiosas y poner en riesgo nuestro albedrío, consideremos lo que enseña el Libro de Mormón sobre nuestras responsabilidades: En el libro de Alma leemos de Amlici, un “hombre muy astuto” y “perverso” que buscó ser rey del pueblo para “[privarlos] de sus derechos y privilegios... [lo cual] alarmó mucho a la gente de la Iglesia”¹⁵. El rey Benjamín les había enseñado a alzar la voz por lo que sintieran que era justo¹⁶. Por lo tanto, “se [reunieron] por toda la tierra, *todo hombre según su opinión*, ya fuera a favor o en contra de Amlici, en grupos separados, ocasionando muchas disputas... entre unos y otros”¹⁷.

En esas conversaciones, los miembros de la Iglesia y otras personas tuvieron la oportunidad de unirse, de experimentar el espíritu de unidad y recibir la influencia del Espíritu Santo. “Y aconteció que la voz del pueblo resultó en contra de Amlici, de modo que no fue hecho su rey”¹⁸.

Como discípulos de Cristo tenemos la responsabilidad de trabajar unidos

con quienes compartan nuestro parecer, para alzar nuestra voz por lo que es justo. Aunque los miembros nunca deben afirmar, ni siquiera insinuar, que hablan en nombre de la Iglesia, se nos invita a todos, en calidad de ciudadanos, a compartir nuestro testimonio personal con convicción y amor: “todo hombre según su [propia] opinión”¹⁹.

El Profeta José Smith dijo:

“...declaro sin temor ante los cielos que estoy igualmente dispuesto a morir en defensa de los derechos de un presbiteriano, un bautista o cualquier hombre bueno de la denominación que fuere; porque el mismo principio que hollaría los derechos de los Santos de los Últimos Días atropellaría los derechos de los católicos romanos o de cualquier otra denominación que no fuera popular y careciera de la fuerza para defenderse.

Lo que inspira mi alma es el amor por la libertad, la libertad civil y religiosa para toda la raza humana”²⁰, dijo el profeta José.

Hermanos y hermanas, tenemos la responsabilidad de salvaguardar estas libertades y estos derechos sagrados, para nosotros y para nuestra posteridad. ¿Qué podemos hacer, ustedes y yo?

Primero, tenemos que estar informados. Estén al tanto de los problemas en su comunidad que podrían tener un impacto en cuanto a la libertad religiosa.

Segundo, cada uno, individualmente, únase a otras personas que compartan nuestro compromiso por la libertad religiosa y trabajen juntos para protegerla.

Tercero, vivan su vida de tal modo que sea un ejemplo de lo que ustedes creen: en palabra y en hechos. La forma en que vivimos nuestra religión



es más importante que lo que decimos de ella.

La Segunda Venida de nuestro Salvador está cerca. No nos demoremos en esta gran causa. Recordemos al capitán Moroni que enarbó el estandarte de la libertad, que tenía escrito las palabras: “En memoria de nuestro Dios, nuestra religión, y libertad, y nuestra paz, nuestras esposas y nuestros hijos”²¹. Recordemos la respuesta del pueblo, ejerciendo su albedrío, “vinieron corriendo”, con el convenio de actuar²².

Mis amados hermanos y hermanas, ¡no caminen! ¡Corran! Corran a recibir las bendiciones del albedrío al seguir al Espíritu Santo y ejercer las libertades que Dios nos ha dado para hacer Su voluntad.

Dejo mi testimonio especial, en este especial día de Pascua, que Jesucristo utilizó Su albedrío para hacer la voluntad de nuestro Padre Celestial.

De nuestro Salvador, cantamos: “Su vida libremente dio; Su sangre derramó”²³. Y porque Él lo hizo, tenemos la inestimable oportunidad de “escoger la libertad y la vida eterna” mediante el poder y las bendiciones de Su Expiación²⁴. Ruego que libremente escojamos seguirlo a Él, hoy y siempre, y lo hago en Su sagrado nombre, a saber, Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. 2 Timoteo 3:3.
2. Isaías 5:20.
3. Véase Moisés 6:56.
4. Moisés 4:3.
5. Doctrina y Convenios 29:36.
6. Abraham 3:27.
7. Moisés 4:2.
8. 2 Corintios 3:17.
9. Doctrina y Convenios 134:2, 4.
10. Véase la Declaración Universal de Derechos Humanos, adoptada en la Asamblea General de las Naciones Unidas el 10 de diciembre de 1948, un.org/es/documents/udhr/. En el Artículo 18 se declara: “Toda persona tiene derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión; este derecho incluye la libertad de cambiar de religión o de creencia, así como la libertad de manifestar su religión o su creencia, individual y colectivamente, tanto en público como en privado, por la enseñanza, la práctica, el culto y la observancia”. Véase también el Artículo 9 de la Convención Europea para la protección de los derechos humanos y las libertades fundamentales, ratificado el 3 de septiembre de 1953, conventions.coe.int/treaty/en/treaties/html/005.htm.
11. Deuteronomio 11:19.
12. Marcos 16:15.
13. Véase Mateo 6:6.
14. Mateo 5:16.
15. Véase Alma 2:1-4.
16. Véase Mosiah 29:25-26.
17. Alma 2:5; cursiva agregada.
18. Alma 2:7.
19. Alma 2:5.
20. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith*, 2007, págs. 366-367.
21. Alma 46:12.
22. Alma 46:21.
23. “Jesús en la corte celestial”, *Himnos*, N° 116.
24. 2 Nefi 2:27.



Por élder Kevin W. Pearson
De los Setenta

Permanezcamos junto al árbol

La visión que tuvo Lehi del árbol de la vida es una potente parábola sobre lo que es perseverar hasta el fin.

Poco antes de que el presidente Heber J. Grant muriera, una de las Autoridades Generales fue a visitarlo y, mientras estaba allí, oyó decir al presidente, mientras oraba: “¡Oh, Dios, bendíceme para no perder mi testimonio y permanecer fiel hasta el fin!”¹. Ésa era su oración ferviente después de casi veintisiete años de ser Presidente de la Iglesia. Su ejemplo es un potente recordatorio de que nadie, a ninguna edad, es inmune a la influencia de Satanás; dos de las armas más fuertes que él tiene son la distracción y el engaño.

El perseverar hasta el fin es una señal del verdadero discipulado y es esencial para la vida eterna. Sin embargo, cuando enfrentamos pruebas y dificultades, muchas veces se nos dice sencillamente que lo “soportemos”. Quiero aclarar algo: “soportar” no es un principio del Evangelio. Perseverar hasta el fin significa venir a Cristo constantemente y ser perfeccionados en Él.

Si el perseverar hasta el fin es esencial para obtener la vida eterna, ¿por qué tenemos que luchar para ser fieles? Luchamos cuando tenemos que decidir entre dos cosas que compiten en prioridad. La obediencia desganada

y el compromiso tibio destruyen la fe. El perseverar hasta el fin nos exige un compromiso total con el Salvador y hacia nuestros convenios.

La visión que tuvo Lehi del árbol de la vida es una poderosa parábola sobre lo que es perseverar hasta el fin. Los invito a que estudien el sueño de Lehi y mediten al respecto, en espíritu de oración; luego, aplíquelo a ustedes

mismos. Al hacerlo, consideren atentamente seis principios importantes que nos ayudan a perseverar hasta el fin.

1. No se olviden de orar

Todo empieza con Lehi, solo, “en un desierto oscuro y lúgubre”². Cada uno de nosotros pasa por períodos de obscuridad y soledad. “Al navegar por ese mar de desesperación, mi alma se consuela en secreta oración”³. Sigán el ejemplo del presidente Heber J. Grant y oren pidiendo la fortaleza para perseverar hasta el fin. Pregunten al Padre Celestial: “¿Qué más deseas Tú que yo haga?”.

2. Vengan a Cristo y perfecciónense en Él

El árbol de la vida es el punto central del sueño de Lehi. Todo señala hacia el árbol, que representa a Cristo, quien es una clara manifestación del amor de Dios. El fruto es Su expiación infinita, una grandiosa evidencia del amor de Dios. La vida eterna con nuestros seres queridos es más dulce y preferible que cualquier otra cosa; para



lograr ese don, debemos “venir a Cristo y [perfeccionarnos] en él”⁴. Él es “el camino, y la verdad y la vida”⁵. Podemos llenar nuestra vida de logros y buenas obras, pero al fin, si no hacemos convenios sagrados de seguir a Cristo y los guardamos fielmente, habremos fracasado totalmente y por completo en cumplir nuestro verdadero propósito.

3. Sigán adelante con fe

Hay un sendero que conduce al árbol de la vida, a Cristo; es estrecho y angosto, estricto y exacto. Los mandamientos de Dios son estrictos pero no restrictivos; nos protegen del peligro espiritual y físico, y evitan que nos perdamos.

La obediencia fortalece la fe en Cristo. La fe es un principio de acción y poder. El seguir constantemente el ejemplo del Salvador aumenta la capacidad y la fuerza espirituales. Sin el poder fortalecedor y habilitador de la Expiación, es imposible mantenerse en el sendero y perseverar.

Deben “seguir adelante con firmeza en Cristo”⁶.

4. El Libro de Mormón es la clave para la supervivencia espiritual

La trayectoria de la vida es ardua, y es fácil distraerse, desviarse del camino y perderse. La tribulación es una parte inevitable e indispensable de nuestro progreso eterno; cuando sobrevenga la adversidad, no permitan que algo que no entienden destruya totalmente todo lo que en efecto saben. Sean pacientes, aférranse a la verdad y recibirán entendimiento. Las pruebas son como un extenso vapor de tinieblas que puede cegarnos y endurecer el corazón. A menos que estemos “asidos constantemente”⁷ a la palabra de Dios y la vivamos, nos volveremos espiritualmente ciegos en lugar de ser de ánimo



espiritual. ¡Escudriñen el Libro de Mormón y las palabras de los profetas vivientes día a día, día tras día, todos los días! Es la clave para sobrevivir espiritualmente y evitar el engaño. Sin eso, estamos espiritualmente perdidos.

5. No se distraigan ni se dejen engañar

Considerar algo es prestar atención minuciosa a ese algo. El prestar atención a los que no creen en Cristo no nos ayudará a encontrarlo; hacer una búsqueda de #edificioespacioso para hallar conocimiento no nos llevará a la verdad; no se publica allí. Sólo el Salvador tiene las “palabras de vida eterna”⁸; cualquier otra cosa son solamente palabras. El edificio grande y espacioso simboliza las “vanas ilusiones y el orgullo”⁹ del mundo o, en otras palabras, la distracción y el engaño. Está lleno de gente bien vestida que parece tenerlo todo pero se burla del Salvador y de aquellos que lo siguen; son personas “que siempre están aprendiendo, pero nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad”¹⁰. Podrían ser bien vistas, pero están espiritualmente extraviadas.

6. Permanezcan junto al árbol

El mensaje de Lehi es que permanezcamos junto al árbol, y permanecemos allí porque nos hemos convertido al Señor. Alma enseñó: “He aquí, él cambió sus corazones; sí, los despertó de un profundo sueño, y despertaron en cuanto a Dios”¹¹. Al entregar nuestro corazón a Dios, el Espíritu Santo cambia nuestra naturaleza misma, llegamos a convertirnos completamente al Señor y ya no buscamos el edificio espacioso. Si dejamos de hacer aquello que produce una conversión profunda, retrocedemos espiritualmente. La apostasía es lo opuesto a la conversión.

A todos los misioneros, pasados y presentes: élderes y hermanas, ustedes no pueden sencillamente volver de la misión, zambullirse en Babilonia y pasar horas interminables ganando puntos sin sentido en juegos de video vanos sin caer en un profundo adormecimiento espiritual. Tampoco pueden permitirse acceder a la pornografía en línea ni hacer caso omiso a la virtud y a la castidad sin que haya terribles consecuencias espirituales. Si pierden



el Espíritu, están perdidos; no se dejen distraer ni engañar.

Los verdaderos discípulos continúan manteniéndose despiertos con respecto a Dios todos los días mediante la oración personal significativa, el estudio serio de las Escrituras, la obediencia personal y el servicio desinteresado. Permanezcan junto al árbol y manténganse despiertos.

Hace varios años, mi esposa y yo fuimos llamados a presidir la Misión Washington Tacoma. El llamamiento nos tomó totalmente por sorpresa. Con cierta ansiedad, me reuní con el presidente y el director general de la compañía en la que trabajaba y les informé sobre mi llamamiento misional. Ellos se mostraron molestos ante mi decisión de dejar la compañía y preguntaron: “¿Cuándo tomó esa decisión y por qué no habló antes con nosotros?”.

En un momento de claro discernimiento, me vino a la mente una respuesta profunda y les dije: “Tomé esa decisión cuando tenía diecinueve años e hice convenios sagrados con Dios en el templo de seguir al Salvador. He fundado toda mi vida en esos convenios y tengo toda la intención de mantenerlos ahora”.

Una vez que entramos en convenios con Dios, no hay marcha atrás. Ceder, rendirse o renunciar no son opciones. En el reino de Dios hay una norma de excelencia para la exaltación y ¡requiere discípulos valientes! No hay lugar para discípulos mediocres ni satisfechos de sí mismos. Lo mediocre es contrario a la excelencia y un compromiso de calidad media les impedirá perseverar hasta el fin.

Si están en una lucha, confusos o espiritualmente perdidos, los exhorto a hacer algo que sé que los hará volver al

camino. Empiecen otra vez a estudiar el Libro de Mormón con espíritu de oración y a vivir según sus enseñanzas día a día, día tras día, todos los días. Testifico del profundo poder del Libro de Mormón que transformará su vida y fortalecerá su determinación de seguir a Cristo. El Espíritu Santo les cambiará el corazón, los ayudará a ver “las cosas como realmente son”¹² y les indicará qué deben hacer después. Ésta es la promesa de Nefi para ustedes:

“Y les dije que... quienes escucharan la palabra de Dios y se aferraran a ella, no perecerían jamás; ni los vencerían las tentaciones ni los ardientes dardos del adversario para cegarlos y llevarlos hasta la destrucción.

“Por tanto... los exhorté... a que obedecieran la palabra de Dios y se acordaran siempre de guardar sus mandamientos en todas las cosas”¹³.

Hermanos y hermanas, perseverar hasta el fin es la gran prueba del discípulo. Nuestra condición diaria de discípulos determinará nuestro destino eterno. Despierten en cuanto a Dios, aférrense a la verdad, guarden los convenios sagrados que han hecho en el templo y ¡permanezcan junto al árbol!

Testifico del Cristo resucitado y viviente. Sé que Él vive. Mi mayor deseo es ser leal y fiel hasta el fin siguiendo Su magnífico ejemplo. En el sagrado nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Citado por John Longden, en Conference Report, octubre de 1958, pág. 70.
2. 1 Nefi 8:7.
3. “Secreta oración”, *Himnos*, N° 80.
4. Moroni 10:32.
5. Juan 14:6.
6. 2 Nefi 31:20.
7. 1 Nefi 8:30.
8. Juan 6:68.
9. 1 Nefi 12:18.
10. 2 Timoteo 3:7.
11. Alma 5:7.
12. Jacob 4:13.
13. 1 Nefi 15:24–25.



Por el élder Rafael E. Pino
De los Setenta

La perspectiva eterna del Evangelio

Para las decisiones que afecten la eternidad, es preciso que tengamos la perspectiva del Evangelio.

En una revelación dada a Moisés se nos da a conocer el manifiesto propósito de nuestro Padre Celestial: “Porque, he aquí, ésta es mi obra y mi gloria: Llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre”¹. De acuerdo con esa declaración, el deseo del Padre es darnos a todos la oportunidad de recibir una plenitud de gozo. Las revelaciones de los últimos días muestran que nuestro Padre Celestial creó un gran plan de felicidad para todos Sus hijos, un plan muy especial para que podamos regresar a vivir con Él.

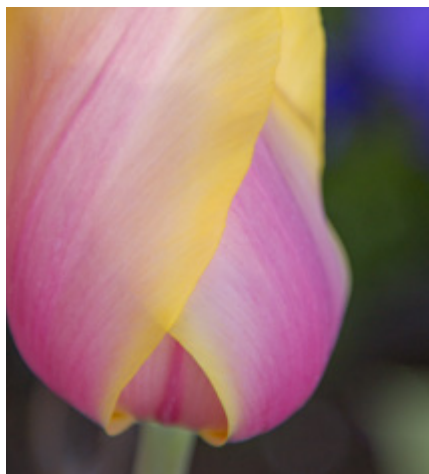
La comprensión de este plan de felicidad nos proporciona una perspectiva eterna y nos ayuda a dar el verdadero valor a los mandamientos, a las ordenanzas, a los convenios, a las pruebas y tribulaciones.

Un principio clave proviene de Alma: “por tanto, después de haberles dado a conocer el plan de redención, Dios les dio mandamientos”².

Es interesante notar la secuencia en el proceso de enseñanza, nuestro Padre Celestial enseñó primeramente a Adán y a Eva el plan de redención y después les dio mandamientos.

Esta es una gran verdad, la comprensión del plan ayudará a las personas a guardar los mandamientos, a tomar mejores decisiones y a tener la motivación correcta.

Durante mi tiempo de servicio en la Iglesia he sido testigo de la devoción y fidelidad de miembros de la Iglesia en diferentes países, algunos de éstos con conflictos políticos, sociales o económicos. Un factor en común que con frecuencia he encontrado en los miembros fieles de la Iglesia es la perspectiva que tienen de la eternidad. La perspectiva eterna del Evangelio nos lleva a comprender el lugar que ocupamos en el plan de Dios, a aceptar las dificultades y a progresar por ellas, a tomar decisiones y a centrar nuestra vida en el potencial divino que tenemos.



La perspectiva es la forma en que vemos las cosas cuando las observamos desde cierta distancia y nos sirve para apreciarlas en su verdadero valor.

Es como cuando estamos en un bosque, con un árbol de frente; a menos que nos retiremos un poco no podremos apreciar lo que realmente es un bosque. Una vez visité la selva amazónica en Leticia, Colombia, cerca de las fronteras con Brasil y Perú; pero no pude apreciar su magnitud sino hasta que volé sobre ella y obtuve una perspectiva.

Cuando nuestros hijos eran pequeños solían ver un canal de televisión para niños que transmitía un programa que se llamaba: *¿Qué ves?*, donde enfocaban cosas desde muy cerca y los niños tenían que adivinar lo que era mientras la imagen se iba ampliando. Después que la imagen se podía apreciar en su totalidad, era muy fácil saber que era un gato, una planta, una fruta, etc.

Recuerdo que en una ocasión estaban viendo este programa y enfocaron algo muy de cerca que les pareció muy feo y hasta repulsivo, pero a medida que la imagen se iba ampliando se dieron cuenta de que se trataba de una pizza muy apetecible, entonces me dijeron: ¡Papi, cómprame una igual! Después de comprender de qué se trataba, lo que al principio les pareció desagradable, terminó siendo algo muy atractivo.

Permítanme compartir otra experiencia. En nuestro hogar a nuestros niños les gustaba armar rompecabezas; probablemente todos hemos tenido la oportunidad de armar uno. Algunos están compuestos por muchas piezas. Recuerdo que uno de nuestros niños (no diré su nombre para proteger su identidad) solía fijarse en las piezas individuales, y cuando estas no



a ellas fue muy diferente. Nefi dijo: “Y tan grandes fueron las bendiciones del Señor sobre nosotros, que aunque vivimos de carne cruda en el desierto, nuestras mujeres tuvieron abundante leche para sus niños, y eran fuertes, si, aun como los hombres; y empezaron a soportar sus viajes sin murmurar”⁴.

En cambio, Laman y Lemuel se quejaron amargamente: “Y así era como Lamán y Lemuel, que eran los mayores, murmuraban en contra de su padre; y hacían esto porque no conocían la manera de proceder de aquel Dios que los había creado”⁵. El no conocer o ignorar “la manera de proceder de... Dios” es una manera de perder la perspectiva eterna, y el murmurar es tan solo uno de los síntomas. Aun cuando Laman y Lemuel fueron testigos de muchos milagros junto con Nefi, estos exclamaron diciendo: “Y hemos andado errantes por el desierto estos mucho años; y nuestras mujeres han trabajado, aun estando embarazadas; y han dado a luz hijos en el desierto, y han padecido todo menos la muerte; y habría sido mejor que ellas hubieran muerto antes de salir de Jerusalén, que haber pasado por estas aflicciones”⁶.

Dos actitudes muy diferentes aun cuando las dificultades y aflicciones que habían enfrentado habían sido similares; obviamente la perspectiva que tenían era distinta.

El presidente Spencer W. Kimball escribió lo siguiente: “Si consideramos la mortalidad como el todo de la existencia, entonces las penas, aflicciones, fracasos y la muerte prematura serían una calamidad. Mas, si al contrario, vemos la vida como algo eterno que se extiende más allá del pasado premortal y se prolonga hasta el futuro eterno postmortal, entonces debemos colocar cada suceso que acontece en su propia perspectiva”⁷.

encajaban en el lugar que él pensaba que debía encajar se enojaba y asumía que ésta no servía y la quería botar. Finalmente aprendió a armarlo cuando comprendió que cada piecicita tenía su lugar dentro del cuadro final, aun cuando en determinado momento no sabía dónde encajaba.

Es una manera de contemplar el plan del Señor. No tenemos que ocuparnos de cada una de sus partes separadamente, sino tratar de ajustarnos al panorama total, teniendo presente cual será el resultado final. El Señor sabe el lugar que le corresponde a cada pieza para que se ajuste al plan. Todos los mandamientos tienen importancia eterna en el contexto del gran plan de felicidad.

Es sumamente importante que no tomemos decisiones que tienen valor eterno desde una perspectiva de la vida mortal. Para las decisiones que afecten la eternidad, es preciso que tengamos la perspectiva del Evangelio.

El élder Neal A. Maxwell enseñó:

“Aun cuando estemos anclados en la esperanza grandiosa de lo eterno, quizás no se cumplan algunas de nuestras esperanzas menores. Tal vez esperemos conseguir un aumento de sueldo, conocer a una persona especial, lograr una victoria electoral o vivir en una casa más grande, cosas que pueden o no suceder; pero la fe en el plan del Padre nos ayuda a sobrellevar la aniquilación de esas esperanzas inmediatas. Además, la esperanza nos mantiene ‘anhelosamente consagrados’ a causas buenas aunque, por el momento, no vislumbremos el éxito” (véase D. y C. 58:27)³.

El no poseer una perspectiva eterna o perderla, nos puede llevar a tener la perspectiva terrenal como nuestra propia norma y tomar decisiones que no estén en armonía con la voluntad de Dios.

En el Libro de Mormón se menciona la actitud que tomó Nefi y la actitud de Laman y Lemuel. Todos ellos habían sufrido numerosas aflicciones y mucha dificultad, sin embargo la actitud frente



Por el élder Neil L. Andersen
Del Quórum de los Doce Apóstoles

El élder David B. Haight contó un relato sobre el escultor Miguel Ángel para ilustrar la importancia de verlo todo desde la debida perspectiva: “Todos los días, mientras el escultor tallaba un bloque de mármol, un niño se acercaba y lo observaba tímidamente. Cuando la figura de David emergió de la piedra, acabada ya para ser objeto de admiración de todo el mundo, el muchachito le preguntó a Miguel Ángel: ¿Cómo sabías tú que él estaba allí dentro?”⁸.

La perspectiva en la cual el escultor veía aquel bloque de mármol era diferente de la que tenía el niño que lo observaba trabajar. La visión que tuvo el artista de las posibilidades que encerraba la piedra le permitió crear una obra de arte.

El Señor sabe lo que desea llevar a cabo con nosotros, sabe la clase de reforma que quiere lograr en nuestra vida y no tenemos el derecho de aconsejarlo. Sus pensamientos son más elevados que nuestros pensamientos⁹.

Testifico que tenemos un Padre celestial amoroso, justo, misericordioso, que ha preparado un plan para nuestra felicidad. Testifico que Jesucristo es Su Hijo y Salvador del mundo. Yo sé que el presidente Thomas S. Monson es un profeta de Dios. Digo estas cosas en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Moisés 1:39.
2. Alma 12:32.
3. Neal A. Maxwell, “Fulgor perfecto de esperanza”, *Liahona*, enero de 1995.
4. 1 Nefi 17:2.
5. 1 Nefi 2:12.
6. 1 Nefi 17:20.
7. Spencer W. Kimball, *La fe precede al milagro*, pág. 66.
8. David B. Haight, “Your Purpose and Responsibility”, Devocional de la Universidad Brigham Young, 4 de septiembre de 1977, pág. 2; speeches.byu.edu.
9. Véase Isaías 55:8-9.

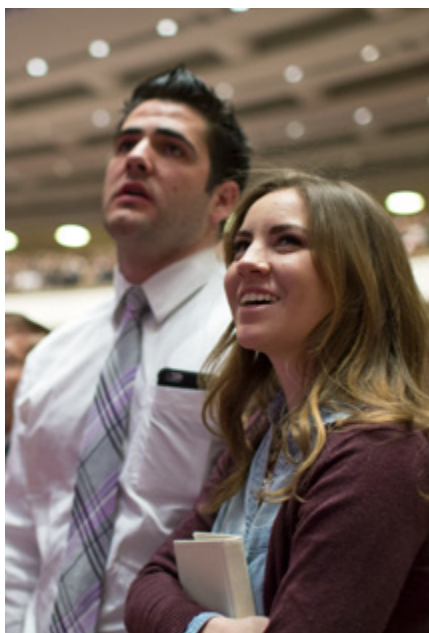
Venga tu reino

El sólo pensar en Su venida me llena de emoción. ¡Será algo grandioso! El alcance y la grandeza, la inmensidad y la magnificencia, superarán todo lo que los ojos humanos hayan visto o experimentado.

Mientras cantábamos, me conmovió pensar que en este mismo momento hay cientos de miles, quizás millones, de santos creyentes en más de ciento cincuenta países, alzando sus voces a Dios en setenta y cinco idiomas¹; juntos estábamos cantando a Dios:

*Oh Rey de reyes, ven
en gloria a reinar,
con paz y salvación,
tu pueblo a libertar*².

“¡Oh Rey de reyes ven!”³ Somos una gran familia mundial de creyentes, discípulos del Señor Jesucristo.



Hemos tomado Su nombre sobre nosotros y, cada semana, al participar de la Santa Cena, prometemos recordarle siempre y guardar Sus mandamientos. No somos perfectos, pero tampoco cumplimos con nuestra fe de manera mediocre. Creemos en Él, lo adoramos, lo seguimos, lo amamos profundamente. Su causa es la causa más grande de todo el mundo.

Hermanos y hermanas, vivimos en los días previos a la Segunda Venida del Señor, un momento esperado por los creyentes a través de los siglos. Vivimos en días de guerras y rumores de guerras, días de desastres naturales, días en los que el mundo está dividido por la confusión y la conmoción.

Pero también vivimos en la gloriosa época de la Restauración, cuando el Evangelio se predica por todo el mundo; la época en que el Señor ha prometido que “[levantará]... un pueblo puro”⁴ al cual armará con “su rectitud y el poder de Dios”⁵.

En estos días, nos regocijamos, y rogamos que podamos afrontar con valentía nuestras dificultades e incertidumbres. Las dificultades de algunas personas son más serias que las de otras personas, pero nadie es inmune a ellas. El élder Neal A. Maxwell me

dijo en una ocasión: “Si todo le va bien ahora, ¡espere y ya verá!”.

Si bien el Señor nos asegura reiteradamente que “no [necesitamos] temer”⁶, no siempre es fácil mantener una perspectiva clara y ver más allá cuando estamos en medio de dificultades.

El presidente Thomas S. Monson me enseñó una importante lección acerca de cómo mantener una perspectiva eterna.

Hace dieciocho años, mientras viajábamos en tren por Suiza con él, le pregunté acerca de sus muchas responsabilidades. Su respuesta fortaleció mi fe. “En la Primera Presidencia”, dijo él, “hacemos todo lo que podemos a fin de que la obra avance; pero ésta es la obra del Señor, Él la dirige y Él está al mando. Nos maravillamos al verlo abrir puertas que nosotros no podemos abrir y efectuar milagros que apenas podemos imaginar”⁷.

Hermanos y hermanas, ver y creer los milagros que el Señor hace para establecer Su reino en la Tierra nos ayuda a ver y creer que la mano del Señor también está presente en nuestra vida.

El Señor declaró: “...yo puedo efectuar mi propia obra”⁸. Cada uno de nosotros trata de hacer su parte, pero Él es el gran arquitecto. Él creó este mundo bajo la dirección de Su Padre. “Todas las cosas por medio de él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho”⁹. Si estamos espiritualmente despiertos y alertas, vemos Su mano en todo el mundo y vemos Su mano en nuestra vida.

Permítanme compartir un ejemplo.

En 1831, cuando la Iglesia sólo tenía seiscientos miembros, el Señor declaró: “Las llaves del reino de Dios han sido entregadas al hombre en la tierra, y de allí rodará el evangelio hasta los extremos de ella, como la piedra cortada del monte, no con

mano, ha de rodar, hasta que llene toda la tierra”¹⁰.

El profeta Nefi vio que en nuestros días los miembros de la Iglesia serían “pocos” con respecto a la población del mundo; no obstante, se encontrarían “sobre toda la superficie de la tierra”¹¹.

Los tres templos anunciados hoy por el Presidente Monson son bellos ejemplos de la mano del Señor en el establecimiento de su reino. Hace sólo unas décadas, era inconcebible tener templos en Haití, Tailandia y Costa de Marfil.

Elegir la ubicación geográfica para un templo no siempre es una decisión sencilla. Llega por medio de la revelación del Señor a Su profeta, implicando una gran obra que está por empezar y resaltando la rectitud de santos que atesorarán y cuidarán Su casa durante generaciones¹².

Mi esposa Kathy y yo visitamos Haití hace dos años. En lo alto de una montaña, desde la cual se ve Puerto Príncipe, conmemoramos junto con los santos haitianos la dedicación del país que hizo en aquel entonces el élder Thomas S.

Monson hace tan sólo treinta años. Ninguno de nosotros olvidará el devastador terremoto de Haití del 2010; pero con miembros fieles y un valiente grupo de misioneros compuesto casi exclusivamente de haitianos, la Iglesia ha seguido creciendo y fortaleciéndose en ese país insular. Fortalece mi fe visualizar a esos fieles santos de Dios vestidos de blanco, con el poder del santo sacerdocio para dirigir y efectuar las sagradas ordenanzas en la Casa del Señor.

¿Quién podría imaginarse una Casa del Señor en la hermosa ciudad de

Bangkok? Sólo el uno por ciento de la población es cristiana en esta nación principalmente budista. Al igual que en Haití, el Señor ha reunido, también en Bangkok, a los elegidos de la Tierra. Hace unos meses, cuando estábamos allí, conocimos a Sathit y Juthamas Kaivalvatana, y a sus hijos. Sathit se unió a la Iglesia cuando tenía 17 años y sirvió en una misión en su tierra natal. Después, mientras asistía a instituto, conoció a Juthamas y se sellaron en el Templo de Manila. En 1993, un conductor de un camión se quedó dormido y atropelló a la familia Kaivalvatana. Sathit quedó paralizado de la cintura para abajo. La fe de ellos nunca ha flaqueado. Sathit es un reconocido profesor en la Escuela





Internacional de Bangkok y presta servicio como presidente de la Estaca Bangkok Norte, Tailandia. Vemos los milagros de Dios en Su obra maravillosa y en nuestra vida.

El milagro de la Iglesia en Costa de Marfil no se puede contar sin mencionar el nombre de dos parejas: Philippe y Annelies Assard, y Lucien

Philippe y Lucien sintieron que tenían que volver a su país natal de África para edificar el Reino de Dios. La hermana Assard, que es alemana, necesitó una fe extraordinaria para dejar a su familia y permitir que el hermano Assard abandonara su buen empleo de ingeniero mecánico. Las dos parejas se conocieron por primera vez en

Costa de Marfil y comenzaron una Escuela Dominical. Eso fue hace treinta años. Ahora hay ocho estacas y 27.000 miembros en ese hermoso país africano. El matrimonio Affoue continúa prestando servicio noblemente, al igual que los Assard, quienes hace poco terminaron una misión en el Templo de Acra, Ghana.

¿Pueden ver la mano de Dios haciendo avanzar Su obra? ¿Pueden ver la mano de Dios en la vida de los misioneros en Haití y en la vida de los hermanos Kaivalvatanas en Tailandia?

y Agathe Affoue. Ellos se unieron a la Iglesia cuando eran parejas recién casadas; una en Alemania y la otra en Francia. En la década de 1980,

¿Pueden ver la mano de Dios en la vida de los hermanos Assard y Affoue? ¿Pueden ver la mano de Dios en su propia vida?

“Y en nada ofende el hombre a Dios... sino... aquellos que no confiesan su mano en todas las cosas”¹³.

Los milagros de Dios no solo ocurren en Haití, Tailandia y Costa de Marfil. Miren a su alrededor¹⁴. “...Dios se acuerda de todo pueblo... sí, él tiene contado a su pueblo, y [su]...misericordia [cubre] toda la tierra”¹⁵.

A veces, podemos ver la mano de Dios en la vida de los demás, pero nos preguntamos: “¿Cómo podría ver con más claridad Su mano en mi vida?”.

El Salvador dijo:

“...no [dudéis]”¹⁶.

“No temas”¹⁷.

“...ni [un pajarillo] cae a tierra sin saberlo vuestro Padre...

“Así que no temáis; más valéis vosotros que muchos pajarillos”¹⁸.

Recordemos al joven que clamó al profeta Eliseo cuando estaban rodeados por el enemigo: “¿Qué haremos?”¹⁹.

Eliseo respondió:

“No tengas miedo, porque son más los que están con nosotros que los que están con ellos.

[Entonces] Eliseo oró: “Te ruego, oh Jehová, que abras sus ojos para que vea. Entonces Jehová abrió los ojos del joven, y [vio] que el monte estaba lleno de gente de a caballo y de carros de fuego”²⁰.



Arriba a la izquierda: El presidente Thomas S. Monson en Haití para la dedicación de la nación en 1993. Arriba: Pioneros de Costa de Marfil, Philippe y Annelies Assard (izquierda), y Lucien y Agathe Affoue. Izquierda: El presidente de estaca Sathit Kaivaivatana y su esposa, Juthamas, en Bangkok, Tailandia.



Al obedecer los mandamientos y orar con fe, verán la mano del Señor en su vida, les prometo que Él abrirá sus ojos espirituales aún más y verán más claramente que no están solos.

Las Escrituras enseñan que debemos “[permanecer] firmes en la fe de lo que está por venir”²¹. ¿Qué está por venir? El Salvador oró:

“Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.

“Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”²².

Acabamos de entonar el himno “Oh Rey de reyes, ven”

Nuestra fe aumenta conforme esperamos el glorioso día del regreso del Salvador a la Tierra. El sólo pensar en Su venida me llena de emoción. ¡Será algo grandioso! El alcance y la grandeza, la inmensidad y la magnificencia, superarán todo lo que los ojos humanos hayan visto o experimentado.

Ese día, Él no vendrá envuelto en pañales acostado en un pesebre²³, sino que aparecerá “en las nubes del cielo, revestido de poder y gran gloria, con todos los santos ángeles”²⁴. Escucharemos “[la] voz de arcángel, y [la] trompeta de Dios”²⁵; el sol y la luna serán transformados y “las estrellas serán arrojadas de sus lugares”²⁶. Ustedes y yo, o los que vengan después, “los santos... de los cuatro extremos de la tierra”²⁷ “serán vivificados y arrebatados para recibirlo”²⁸, y aquellos que hayan muerto en rectitud también “serán

arrebatados para recibirlo en medio... del cielo”²⁹.

Luego, una experiencia aparentemente imposible: “...toda carne”, dice el Señor, “me verá juntamente”³⁰. ¿Cómo sucederá? No lo sabemos, pero testifico que sucederá, tal como fue profetizado. Nos arrodillaremos en señal de reverencia. “[y] el Señor emitirá su voz, y todos los confines de la tierra la oirán”³¹. “[Será]... como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos”³². “Y el Señor, sí, el Salvador, estará en medio de su pueblo”³³.

Habrán reuniones inolvidables con los ángeles del cielo y los santos de la Tierra³⁴. Pero más importante aún, como lo declara Isaías, será que “todos los confines de la tierra verán la salvación del Dios nuestro”³⁵ y Él “reinará sobre toda carne”³⁶.

Ese día, los escépticos se quedarán callados, “porque todo oído lo oirá, y toda rodilla se doblará, y toda lengua confesará”³⁷ que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, el Salvador y Redentor del mundo.

Hoy es Pascua de Resurrección; nos regocijamos con los cristianos de todo el mundo en Su gloriosa Resurrección y nuestra propia resurrección que se nos ha prometido. Ruego que nos preparemos para Su venida repasando estos acontecimientos gloriosos una y otra vez en nuestra mente y con aquellos a quienes amamos; y que Su oración sea la nuestra: “Venga tu reino.

Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”³⁸. Testifico que Él vive. “Oh Rey de reyes, ven”; en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Si bien la conferencia general se interpreta en 94 idiomas, no todos los idiomas se transmiten simultáneamente, no para todas las sesiones. Para la sesión del domingo por la tarde, de esta conferencia general, se transmitieron 75 idiomas en directo.
2. “Oh Rey de reyes, ven”, *Himnos*, N°27.
3. El martes 31 de marzo de 2015, la oficina de la Primera Presidencia me envió un correo electrónico informándome que debería hablar el domingo 5 de abril en la sesión del domingo por la tarde, inmediatamente después del himno congregacional “Oh Rey de reyes, ven”. La letra de este hermoso himno de la Restauración, escrito por Parley P. Pratt, es un humilde ruego al Salvador para que regrese a la Tierra. Éste representa el mensaje de mi discurso de conferencia, quizás de manera más poderosa que ningún otro himno que cantamos. Me conmovió profundamente la magnitud de los santos creyentes que por todos lados estamos reunidos este domingo de Pascua, levantando nuestras voces a Dios y, al unísono, cantando: “Oh, Rey de reyes ven, en gloria a reinar”. Entendiendo que sin haber tenido nada que ver con la selección de la música para esta conferencia general, me pregunté si las personas responsables de la música habían leído mi discurso de conferencia titulado “Venga Tu reino” y luego eligieron este himno acerca de la Segunda Venida del Salvador. Luego supe que los directores del Coro del Tabernáculo había recomendado el himno a la Primera Presidencia a principios de marzo, algunas semanas antes de que yo enviara mi discurso a la Primera Presidencia para su traducción. La última vez que se cantó el himno “Oh Rey de reyes, ven” con la congregación en una conferencia general fue en octubre de 2002. Cada uno de nosotros intentamos hacer nuestra parte, pero Él es el Gran Arquitecto.
4. Doctrina y Convenios 100:16.
5. 1 Nefi 14:14.
6. Doctrina y Convenios 10:55.
7. Experiencia personal, mayo de 1997.
8. 2 Nefi 27:20.
9. Juan 1:3.
10. Doctrina y Convenios 65:2.
11. 1 Nefi 14:12.
12. En el otoño de 2001, mientras vivíamos en Brasil, con mucho entusiasmo compartí con el presidente James E. Faust, de la



Por el élder Jorge F. Zeballos
De los Setenta

Primera Presidencia, muchos datos sorprendentes sobre los santos que vivían en Curitiba, con la esperanza de que él informara al presidente Gordon B. Hinckley. El presidente Faust me paró en medio de la frase, y me dijo: "Neil, no presionaremos al Presidente. La decisión de dónde construir un templo es entre el Señor y Su profeta". El Templo de Curitiba, Brasil fue dedicado en 2008.

13. Doctrina y Convenios 59:21.
14. Uno de los grandes milagros de la mano del Señor es el avance de Su reino en ciudades y pueblos de cada estado de los Estados Unidos. El siguiente es un ejemplo: En mayo de 2006 se me asignó asistir a una conferencia de estaca en Denton, Texas. Me hospedé en la casa del presidente de estaca, Vaughn A Andrus. La hermana Andrus me contó de los inicios de la Iglesia en Denton, comenzando con sus padres John y Margaret Porter. Al principio sólo había Escuela Dominical. Sin embargo, los hermanos Porter compartieron el Evangelio con la familia Ragsdale, quienes, a su vez, lo compartieron con la familias Noble y Martino. Por supuesto que también los misioneros ayudaron en gran medida. Muchas familias se unieron a la Iglesia. Otras personas del Oeste se mudaron a Denton. En la actualidad, donde antes sólo había una rama pequeña, ahora hay cuatro estacas y uno de los hijos de la familia Martino, el élder James B. Martino, que se unió a la Iglesia cuando tenía 17 años, presta servicio en calidad de Autoridad General de la Iglesia.
15. Alma 26:37.
16. Mateo 21:21.
17. Marcos 5:36.
18. Mateo 10:29, 31.
19. 2 Reyes 6:15.
20. 2 Reyes 6:16–17.
21. Mosíah 4:11.
22. Mateo 6:9–10; véase también Doctrina y Convenios 65:6.
23. Lucas 2:12.
24. Doctrina y Convenios 45:44.
25. 1 Tesalonicenses 4:16.
26. Doctrina y Convenios 133:49.
27. Doctrina y Convenios 45:46.
28. Doctrina y Convenios 88:96.
29. Doctrina y Convenios 88:97.
30. Doctrina y Convenios 101:23.
31. Doctrina y Convenios 45:49.
32. Doctrina y Convenios 133:22.
33. Doctrina y Convenios 133:25.
34. Véase Moisés 7:63.
35. Isaías 52:10.
36. Doctrina y Convenios 133:25.
37. Doctrina y Convenios 88:104.
38. Mateo 6:10.

Si vas a ser responsable

Sigamos adelante aprendiendo nuestro deber, tomando las decisiones correctas, actuando de acuerdo con ellas y aceptando la voluntad de nuestro Padre.

Yo tenía sólo 12 años de edad cuando los misioneros llegaron por primera vez a predicar a la ciudad donde nací en el Norte de Chile. Luego de asistir por seis meses a la pequeña rama, un domingo un misionero me ofreció el pan mientras repartía la Santa Cena. Yo lo miré y le dije en voz baja: "No puedo".

A lo que él contestó: "¿Por qué?".

Y yo le dije: "Porque yo no soy miembro de la Iglesia"¹.



El misionero no lo podía creer ...sus ojos brillaron. Supongo que él pensó: "¿Pero si este joven siempre está en las reuniones! ¿Cómo puede ser que no sea miembro de la Iglesia?".

Al día siguiente los misioneros ya estaban en mi casa, ocasión en que hicieron sus mejores esfuerzos por enseñar a toda mi familia; pero dado que ellos no estaban interesados, sólo fue mi asistencia semanal por más de seis meses a la Iglesia lo que les dio la confianza necesaria a los misioneros para ir adelante. Hasta que llegó el gran momento que yo estaba esperando: que me invitaran a ser un miembro de la Iglesia de Jesucristo. Los misioneros me explicaron que, siendo yo menor de edad, necesitaría de la autorización de mis padres. Fui a buscar a mi papá pensando que su amable respuesta sería: "Hijo, cuando tú seas mayor de edad podrás tomar tus propias decisiones".

Mientras los misioneros hablaban con él, yo oraba intensamente para que su corazón fuera tocado y me diera la autorización que yo tanto quería. Su respuesta a los misioneros fue la siguiente: "Élderes, durante los últimos seis meses he visto a mi hijo Jorge levantarse temprano cada domingo,



vestirse con sus mejores ropas y caminar hacia la Iglesia. Sólo he visto una buena influencia de ella en su vida”; y luego, dirigiéndose a mí, me sorprendió, diciéndome: “Hijo, si vas a ser responsable con esta decisión, tienes mi autorización para ser bautizado”. Abracé a mi papá, le di un beso y le agradecí por lo que estaba haciendo. Al día siguiente fui bautizado. La semana pasada se cumplieron 47 años de ese tan importante momento en mi vida.

¿En qué consiste la responsabilidad de ser miembro de la Iglesia de Jesucristo? El presidente Joseph Fielding Smith lo expresó de la siguiente manera: “Tenemos estas dos grandes responsabilidades... Primero, procurar nuestra propia salvación; y segundo, nuestro deber para con nuestros semejantes”².

Éstas son entonces las principales responsabilidades que nuestro Padre nos ha asignado, velar por nuestra propia *salvación* y por la de los demás, entendiendo por salvación el alcanzar el más alto grado que nuestro Padre ha dispuesto para Sus hijos obedientes³. Estas responsabilidades que nos han sido confiadas y que hemos aceptado libremente deben definir nuestras prioridades, nuestros anhelos, nuestras decisiones y nuestro comportamiento diario.

Para quien ha comprendido que, gracias a la expiación de Jesucristo, la exaltación es realmente posible de

alcanzar, el no lograrla constituye condenación. Así, lo contrario de salvación es condenación, de la misma manera que el éxito es el opuesto al fracaso. El presidente Thomas S. Monson nos ha enseñado que “[el] hombre ya no puede sentirse conforme con la mediocridad una vez que la excelencia esté a su alcance”⁴. ¿Cómo podríamos conformarnos entonces con algo menos que la exaltación cuando sabemos que ella es posible?

Permítanme compartir cuatro aspectos clave que nos ayudarán en el cumplimiento de nuestros deseos de ser responsables con nuestro Padre Celestial, así como a responder a Sus expectativas de que lleguemos a ser como Él.

1. Aprender nuestro deber.

Si hemos de hacer la voluntad de Dios, si hemos de ser responsables con Él, debemos comenzar por conocer, comprender, aceptar y hacer nuestro lo que Él desea de nosotros. El Señor ha dicho: “Por tanto, aprenda todo varón su deber, así como a obrar con toda diligencia en el oficio al cual fuere nombrado”⁵. No es suficiente tener el deseo de hacer lo correcto si no nos preocupamos de comprender lo que nuestro Padre espera y desea que hagamos.

En el cuento ‘Alicia en el País de las Maravillas’, ella, al no saber cuál camino tomar, le pregunta al gato de

Cheshire: “¿Podrías decirme, por favor, qué camino debo seguir para salir de aquí?”.

A lo que el gato responde: “Esto depende en gran parte del sitio al que quieras llegar”.

“No me importa mucho el sitio”, dijo Alicia.

“Entonces tampoco importa mucho el camino que tomes”, dijo el gato⁶.

Pero sabemos que el camino que conduce al “...árbol cuyo fruto [es] deseable para hacer a uno feliz”⁷, “...el camino que lleva a la vida” es angosto. Se requiere esfuerzo para transitar por él y “...pocos son los que lo hallan”⁸.

Nefi nos enseña que “...las palabras de Cristo os dirán todas las cosas que debéis hacer”⁹ Y luego agrega que “...el Espíritu Santo... os mostrará todas las cosas que debéis hacer”¹⁰. Así entonces, las fuentes que nos permiten aprender nuestro deber son las palabras de Cristo, que nos llegan a través de los profetas antiguos y modernos, así como de la revelación personal por medio del Espíritu Santo.

2. Tomar la decisión

Ya sea que hayamos aprendido acerca de la Restauración del Evangelio, de un mandamiento en particular, de los deberes asociados al cumplimiento de un llamamiento, o de los convenios que haremos en el templo, es nuestra la decisión de actuar o no según ese nuevo conocimiento. Cada persona decide libremente si está dispuesta o no a entrar en un convenio sagrado como lo es el bautismo o las ordenanzas del templo. Debido a que en la antigüedad el hacer juramentos era parte normal en la vida religiosa de las personas, la antigua ley indicaba “...no juraréis en falso por mi nombre”¹¹. Sin embargo, en el meridiano de los tiempos, el Salvador enseñó una



manera más elevada de llevar a cabo nuestros compromisos, al decir que *Sí* significaba sí y que *No* significaba no¹². La palabra de una persona debería ser suficiente para establecer su veracidad y su compromiso hacia otro, cuánto más si ese Otro es nuestro Padre Celestial. El honrar un compromiso llega a ser el fruto de la veracidad y honestidad de nuestra palabra.

3. Actuar en consecuencia

Luego de aprender nuestro deber y de tomar las decisiones asociadas a ese aprendizaje y entendimiento, debemos actuar de acuerdo con ello.

Un poderoso ejemplo de la firme disposición de cumplir con su compromiso con Su Padre nos lo entrega el Salvador en la ocasión en que le llevaron a un paralítico para ser sanado. “Y al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Hijo, tus pecados te son perdonados”¹³. Sabemos que para recibir el perdón de nuestros pecados es indispensable la aplicación de la Expiación llevada a cabo por Jesucristo, pero en el episodio de la sanación del paralítico este grandioso evento aún no había ocurrido; Getsemaní aún estaba por venir. Sin embargo, Jesús no sólo

bendijo al paralítico con la capacidad de levantarse y caminar, sino que le otorgó el perdón de sus pecados, entregando una inequívoca señal de que Él no fallaría, Él cumpliría con el compromiso que había hecho con Su Padre, Él haría lo que había prometido hacer en Getsemaní y en la cruz.

El camino por el que hemos escogido transitar es angosto y presenta y presentará desafíos que requerirán de nuestra fe en Jesucristo y de nuestros mejores esfuerzos para mantenernos y avanzar en él. Necesitamos arrepentirnos, ser obedientes y pacientes aun cuando no comprendamos todas las circunstancias que nos rodeen; debemos perdonar a los demás y vivir de acuerdo con lo que hemos aprendido y con las decisiones que hemos tomado.

4. Aceptar de buena gana la voluntad del Padre

El discipulado no sólo requiere aprender nuestro deber, tomar las decisiones correctas y actuar en conformidad con ellas, sino también es indispensable desarrollar la predisposición y la capacidad de aceptar la voluntad de Dios, aun cuando ésta no

coincida con nuestros nobles deseos o preferencias.

Me impresiona y provoca mi admiración la actitud del leproso que viniendo al Señor “...rogándole; y arrojándose, le dijo: Si quieres, puedes limpiarme”¹⁴. El leproso no exigió nada aun cuando él pudiera ser un hombre justo; él simplemente estaba dispuesto a aceptar la voluntad del Señor.

Hace algunos años, un matrimonio de queridos y fieles amigos fue bendecido con la llegada de un hijo largamente deseado por el que habían pedido por mucho tiempo. La felicidad inundó ese hogar mientras nuestros amigos y su, hasta entonces, única hija disfrutaban de la presencia del recién llegado varoncito. Pero un día algo inesperado sucedió; el pequeñito, de sólo unos tres años entró repentinamente en un estado de coma. Apenas supe de la situación, llamé a mi amigo para expresarle nuestros sentimientos en tan difíciles momentos. Pero su respuesta fue una lección para mí. Él dijo: “Si es la voluntad del Padre llevarlo consigo, está bien con nosotros”. En las palabras de mi amigo no había el más mínimo grado de queja, de rebeldía o de disconformidad. Por el contrario,



Por el élder Joseph W. Sitati
De los Setenta

en ellas sólo pude sentir gratitud a Dios por haberles permitido disfrutar de su hijito por ese corto tiempo, así como la más completa disposición de aceptar la voluntad del Padre hacia ellos. Unos pocos días después, ese pequeñito fue llevado de regreso a su mansión celestial.

Sigamos adelante aprendiendo nuestro deber, tomando las decisiones correctas, actuando de acuerdo con ellas y aceptando la voluntad de nuestro Padre.

Cuán agradecido y feliz estoy por la decisión que mi papá me permitió tomar hace 47 años. Con el tiempo he ido comprendiendo que la condición que él me puso de ser responsable con esa decisión significaba ser responsable con mi Padre Celestial, procurando mi propia salvación y la de mis semejantes y, de esa manera, acercarme a llegar a ser quien mi Padre espera y quiere que llegue a ser. En este día especial, testifico que Dios, nuestro Padre, y Su Hijo Amado, nuestro Salvador, viven. En el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Nótese que aunque “la Santa Cena es para los miembros de la Iglesia, el obispo no debe anunciar que se repartirá sólo a los miembros, y no se debe hacer nada para evitar que la tomen los que no sean miembros.” (*Manual 2: Administración de la Iglesia* 2010, 20.4.1).
2. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Joseph Fielding Smith*, 2013, pág. 311.
3. Véase Doctrina y Convenios 132:21–23.
4. Thomas S. Monson, “Al rescate”, *Liahona*, julio de 2001, pág. 58.
5. Doctrina y Convenios 107:99.
6. Lewis Carroll, *Alicia en el país de las maravillas*, 2003, pág. 60.
7. 1 Nefi 8:10.
8. Mateo 7:14.
9. 2 Nefi 32:3.
10. 2 Nefi 32:5.
11. Levítico 19:12.
12. Véase Mateo 5:37.
13. Marcos 2:5.
14. Marcos 1:40.

Fructificad, multiplicaos y henchid la Tierra

El Padre Celestial nos ha mandado que seamos fructíferos, que nos multipliquemos y que sojuzguemos la Tierra para que podamos llegar a ser como Él es.

Gracias Coro del Tabernáculo, por ese dulce tributo al Salvador del mundo.

El día en que Dios el Padre pidió a Su Hijo Unigénito que creara al hombre a la propia imagen y semejanza de Ellos, bendijo a Sus hijos diciendo: “Fructificad y multiplicaos, henchid la tierra y sojuzgadla; y tened dominio... sobre todo ser viviente que se mueve sobre la tierra”¹. Por tanto, nuestra trayectoria mortal inició tanto con un encargo divino como con una bendición. Un Padre amoroso nos dio el mandato y la bendición de fructificar, de multiplicarnos y de tener dominio, a fin de que pudiéramos progresar y llegar a ser aun como Él es.

Hermanos y hermanas, esta tarde pido su fe y sus oraciones mientras comparto algunas ideas acerca de tres atributos fundamentales de nuestra naturaleza divina. Mi oración es que podamos más plenamente reconocer y llevar a cabo nuestra sagrada responsabilidad —el encargo de nuestro Padre— de desarrollar nuestra naturaleza divina para que podamos navegar

por nuestro trayecto con más éxito y lograr nuestro destino divino.

Primero: Dios nos mandó fructificar

Una parte importante de fructificar, y que en ocasiones pasamos por alto, es la de establecer el reino de Dios sobre la Tierra. El Salvador enseñó:

“Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto, porque sin mí nada podéis hacer...”

“Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queráis, y os será hecho.

“En esto es glorificado mi Padre: en que llevéis mucho fruto y seáis así mis discípulos”².

Somos fructíferos al permanecer en Cristo y al tomar “sobre [nosotros Su] nombre... [y] servirle hasta el fin”³, a medida que ayudamos a otros a venir a Él.

En nuestros días, los profetas vivientes y los apóstoles continúan alzando su voz para invitar a cada uno de nosotros a consagrarnos por completo a la obra de salvación, de acuerdo con nuestras habilidades y oportunidades.

El punto de inicio de una respuesta que dé mucho fruto es ser “mansos y humildes de corazón”⁴. Entonces, vendremos a Cristo más plenamente a medida que nos sometamos al influjo del Espíritu Santo y guardemos todos los convenios que hemos hecho⁵. Podemos buscar y recibir el don de la caridad y tener el poder para invitar a nuestra familia, a nuestros antepasados y a nuestros vecinos y amigos, miembros y no miembros, a que reciban el evangelio de Jesucristo.

Trabajar con un espíritu de caridad no es un deber sino un gozo; los desafíos se convierten en oportunidades para fortalecer la fe y nos convertimos en “testigos de [la bondad de] Dios en todo tiempo, y en todas las cosas y en todo lugar en que [estemos], aun hasta la muerte”⁶.

Todos podemos y debemos llegar a estar totalmente consagrados a la obra de salvación. El Salvador nos ha dado la siguiente responsabilidad, con una promesa: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, él os lo dé”⁷.

Segundo: Dios nos mandó que nos multipliquemos

Nuestros cuerpos físicos son una bendición de Dios. Los recibimos con el propósito de cumplir con la obra del Padre Celestial de “llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre”⁸. El cuerpo es el medio por el cual podemos alcanzar nuestro potencial divino.

El cuerpo permite que los obedientes hijos en espíritu del Padre Celestial tengan la experiencia de vivir sobre la Tierra⁹. El tener hijos da a otros hijos procreados en espíritu por Dios



la oportunidad de vivir en la Tierra. Todos los que nacen a la mortalidad tienen la oportunidad de progresar y ser exaltados, si obedecen los mandamientos de Dios.

El matrimonio entre un hombre y una mujer es la institución que Dios ordenó para llevar a cabo la tarea de multiplicarse. Una relación entre personas del mismo sexo no se multiplica.

Un matrimonio legal y legítimo sellado en el templo, y en el cual se honran los convenios del sellamiento, da a los padres y a sus hijos la oportunidad de tener la mejor experiencia de amor y preparación para una vida fructífera; les ofrece el ambiente ideal en el cual pueden honrar los convenios que hicieron con Dios.

Debido a Su amor por nosotros, el Padre Celestial ha establecido la forma en que todos Sus fieles hijos que no puedan gozar de las bendiciones de un matrimonio bajo convenio y de hijos, o la plenitud de esas bendiciones, por

razones que no estén bajo su control, gocen de ellas, en el tiempo establecido por el Señor¹⁰.

Los profetas vivientes y los apóstoles han aconsejado, a todos los que tienen la oportunidad de entrar en el sempiterno convenio del matrimonio, a que procedan con sabiduría y con fe. No debemos posponer ese día sagrado debido a intereses mundanos ni tener expectativas tan altas para un compañero apropiado que descalifiquen a todo posible candidato o candidata.

La promesa para todos los que han sido sellados en el convenio del matrimonio eterno y que fructifican al guardar sus convenios, es que el adversario nunca tendrá poder para debilitar los cimientos de su unión eterna.

Tercero: Dios nos mandó sojuzgar la Tierra

Sojuzgar la Tierra y tener dominio sobre toda cosa viviente es controlar esas cosas para que cumplan con la voluntad de Dios¹¹ y sirvan los propósitos



de Sus hijos. El sojuzgar incluye lograr el dominio sobre nuestro cuerpo¹²; *no* implica ser víctimas indefensas de esas cosas ni usarlas de manera contraria a la voluntad de Dios¹³.

El adquirir la habilidad de sojuzgar las cosas de la Tierra comienza con la humildad para reconocer nuestra debilidad humana y el poder que tenemos a nuestra disposición por medio de Cristo y de Su expiación; pues “Cristo ha dicho: Si tenéis fe en mí, tendréis poder para hacer cualquier cosa que me sea conveniente”¹⁴. Este poder está disponible para nosotros cuando elegimos actuar en obediencia a Sus mandamientos. Aumentamos esa habilidad al buscar los dones del Espíritu y al desarrollar nuestros talentos.

Yo nací y crecí en circunstancias humildes típicas para muchas familias de África. Tuve la capacidad para salir de esas circunstancias al buscar y obtener, con la amorosa ayuda de mis padres, una buena educación académica. Obtener una visión de lo que podía llegar a ser era esencial para mi progreso. Después, cuando éramos una pareja joven, mi esposa, Gladys, y yo encontramos el Evangelio restaurado, que sigue bendiciendo nuestra vida al darnos dirección espiritual. Como toda familia, tenemos nuestras pruebas y desafíos, pero al buscar la ayuda del Señor, hemos encontrado respuestas que traen paz y consuelo, y no nos sentimos abrumados por esas cosas.

Los desafíos que enfrenta la sociedad humana en estos días, entre ellos

la inmoralidad, la pornografía, los conflictos armados, la contaminación, el abuso de sustancias y la pobreza, se extienden debido a que muchos en el mundo han decidido, por elección propia, seguir “la voluntad del diablo y la carne”¹⁵ en lugar de la voluntad de Dios. “No buscan al Señor para establecer su justicia, antes todo hombre anda por su propio camino, y en pos de la imagen de su propio dios, cuya imagen es a semejanza del mundo”¹⁶.

Sin embargo, Dios invita a *todos* Sus hijos a que obtengamos Su ayuda para vencer y sobrellevar los desafíos de la vida con estas palabras:

“Yo soy Dios; yo hice el mundo y a los hombres antes que existiesen en la carne...”

“Si te vuelves a mí y escuchas mi voz, y crees y te arrepientes de todas tus transgresiones, y te bautizas en el agua, en el nombre de mi Hijo Unigénito... recibirás el don del Espíritu Santo, pidiendo todas las cosas en su nombre, y te será dado cuanto tú pidieres”¹⁷.

Los fieles Santos de los Últimos Días que comprenden su potencial divino y confían de todo corazón en el poder disponible por medio de la Expiación del Señor Jesucristo son fortalecidos en su debilidad natural y “[pueden] hacer todas las cosas”¹⁸; son bendecidos con la habilidad de vencer las tentaciones del mal que han sujetado a muchos al poder del adversario. Pablo enseñó:

“...pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podáis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar”¹⁹.

“Pues por cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados”²⁰.





Por el élder Russell M. Nelson
Del Quórum de los Doce Apóstoles

El Padre Celestial nos ha mandado que fructifiquemos, que nos multipliquemos y que sojuzguemos la Tierra para que podamos llegar a ser como Él es; y nos ha bendecido para que lo logremos. Ha proporcionado la ayuda para que cada uno de nosotros, de acuerdo con nuestra propia elección, progrese y llegue a ser como Él es. Ruego que todos vivamos la vida de tal forma que seamos guiados por la visión de nuestra naturaleza divina, reclamemos todos nuestros privilegios divinos y cumplamos con nuestro destino divino.

Testifico de la realidad viviente de Dios el Padre y de Su Amado Hijo, nuestro Salvador Jesucristo; de Su glorioso plan de felicidad y de las llaves que Él ha conferido sobre un profeta viviente en la Tierra, Thomas S. Monson, a quien amamos y apoyamos. Ruego que tengamos el poder para disfrutar la plenitud de Sus bendiciones; en el nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Moisés 2:28; véanse también Moisés 2:26–27; Génesis 1:26–28.
2. Juan 15:5, 7–8.
3. Doctrina y Convenios 20:37.
4. Moroni 7:44.
5. Véase Mosíah 3:19.
6. Mosíah 18:9.
7. Juan 15:16.
8. Moisés 1:39.
9. Véase Moisés 5:10–11.
10. Véanse *Manual 2: Administración de la Iglesia*, 2010, 1.3.3; Ezra Taft Benson, “Para las hermanas adultas solteras de la Iglesia”, *Liahona*, enero de 1989, págs. 103–105.
11. Véase Jacob 2:18–19.
12. Véanse 1 Corintios 6:19–20; Gálatas 5:16–25; 1 Tesalonicenses 4:3–7; 2 Timoteo 2:22.
13. Véase Jacob 2:12–16, 20–21.
14. Moroni 7:33.
15. 2 Nefi 10:24.
16. Doctrina y Convenios 1:16.
17. Moisés 6:51–52.
18. Alma 26:12.
19. 1 Corintios 10:13.
20. Hebreos 2:18.

El día de reposo es una delicia

¿Cómo pueden asegurarse de que su comportamiento en el día de reposo les traiga gozo y regocijo?

Queridos hermanos y hermanas, estos dos días de conferencia han sido maravillosos. La música inspiradora y las oraciones eloquentes nos han elevado; nuestro espíritu ha sido edificado por los mensajes de luz y verdad. En este domingo de Pascua de Resurrección, nuevamente damos gracias sinceras y unánimes a Dios por tener un profeta.

La pregunta que debemos hacernos es: después de lo que he oído y sentido durante esta conferencia, ¿en qué voy a cambiar? Cualquiera que sea la respuesta, permítanme invitarlos a examinar sus sentimientos acerca del día de reposo y de lo que hacen ese día.

Me intrigan las palabras de Isaías, pues llamó al día de reposo “delicia”¹; y me pregunto: ¿realmente el día de reposo es una delicia para ustedes y para mí?

Descubrí la delicia del día de reposo por primera vez hace muchos años cuando, al ser un cirujano muy ocupado, sabía que el día de reposo era un día de sanación personal. Al final de cada semana tenía las manos irritadas de tanto restregarlas con jabón, agua y un cepillo de cerdas

duras; y también necesitaba tomarme un descanso de la presión de una profesión tan exigente. El domingo me brindaba ese alivio tan necesario.

¿A qué se refería el Salvador cuando dijo que “...el día de reposo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del día de reposo”?² Creo que Él deseaba que entendiésemos que el día de reposo era Su regalo para nosotros, el cual nos garantiza un descanso real de los rigores de la vida diaria y supone una oportunidad de renovación física y espiritual. Dios nos dio este día especial no para divertirnos ni para realizar trabajos cotidianos, sino para descansar de nuestras obligaciones con desahogo físico y espiritual.

En hebreo, la expresión *día de reposo* significa “descanso”. El propósito del día de reposo se remonta a la Creación del mundo cuando, después de seis días de trabajo, el Señor descansó de la obra de la creación³. Cuando más tarde reveló los Diez Mandamientos a Moisés, Dios nos mandó: “Acuérdate del día del reposo para santificarlo”⁴. Posteriormente, el día de reposo se observó como un recordatorio de la liberación de Israel de su cautiverio en Egipto⁵. Tal vez lo más



importante es que el día de reposo fue dado como un convenio perpetuo, un recordatorio constante de que el Señor santificará a Su pueblo⁶.

Además, en el día de reposo ahora tomamos la Santa Cena en memoria de la expiación de Jesucristo⁷, con lo cual, una vez más, hacemos convenio de que estamos dispuestos a tomar Su santo nombre sobre nosotros⁸.

El Salvador se identificó a Sí mismo como Señor del día de reposo⁹. ¡Es Su día! Nos ha pedido repetidas veces que *guardemos* el día de reposo¹⁰ o que lo *santifiquemos*¹¹. Estamos bajo convenio de hacerlo.

¿Cómo *santificamos* el día de reposo? En mi juventud estudiaba las listas que otras personas habían recopilado de lo que se podía y lo que *no* se podía hacer en el día de reposo. No fue sino hasta más adelante que aprendí de las Escrituras que mi conducta y mi actitud en el día de reposo constituían una *señal* entre mi Padre Celestial y yo¹². Con ese entendimiento, ya no necesité más listas de lo que se podía y no se podía hacer. Cuando tenía que tomar una decisión en cuanto a si una actividad era o no era apropiada para el día de reposo, simplemente me preguntaba a mí mismo: “¿Qué *señal*

quiero darle a Dios?”. Esa pregunta hizo que mis opciones respecto al día de reposo fueran bien claras.

Si bien la doctrina relativa al día de reposo tiene un origen antiguo, ésta ha sido renovada en los últimos días como parte de un nuevo convenio con una promesa. Presten atención al poder de este decreto divino:

“Y para que más íntegramente te conserves sin mancha del mundo, irás a la casa de oración y ofrecerás tus sacramentos en mi día santo;

“porque, en verdad, éste es un día que se te ha señalado para descansar de tus obras y rendir tus devociones al Altísimo...

“Y en este día... [prepara] tus alimentos con sencillez de corazón, a fin de que tus ayunos sean perfectos... [y] que tu gozo sea cabal...

“Y si hacéis estas cosas con acción de gracias, con corazones y semblantes alegres... la abundancia de la tierra será vuestra”¹³.

¡Imaginen el alcance de esta afirmación! Se promete la plenitud de la Tierra a quienes santifiquen el día de reposo¹⁴. No es de extrañar que Isaías lo llamara “delicia”.

¿Cómo pueden asegurarse de que su comportamiento en el día de reposo les traiga gozo y regocijo? Además de ir a la Iglesia, participar de la Santa Cena y ser diligentes en sus llamamientos, ¿qué otras actividades ayudarían a que el día de reposo fuera una delicia para ustedes? ¿Qué señal le darán al Señor para mostrarle el amor que sienten por Él?

El día de reposo supone una oportunidad maravillosa para fortalecer





los lazos familiares. Después de todo, Dios desea que cada uno de nosotros, por ser Sus hijos, regrese a Él como santos investidos, sellados en el templo a nuestros antepasados y a nuestra posteridad como familia¹⁵.

Hacemos del día de reposo una delicia cuando enseñamos el Evangelio a nuestros hijos. Nuestra responsabilidad como padres es sumamente clara. El Señor dijo: “Y además, si hay padres que tengan hijos en Sión... y *no* les [enseñan] a comprender la doctrina del arrepentimiento, de la fe en Cristo, el Hijo del Dios viviente, del bautismo y del don del Espíritu Santo por la imposición de manos, al llegar a la edad de ocho años, el pecado será sobre la cabeza de los padres”¹⁶.

Hace años, la Primera Presidencia hizo hincapié en la importancia del tiempo familiar de calidad, y declaró:

“Hacemos un llamado a los padres para que dediquen sus mejores esfuerzos a la enseñanza y crianza de sus hijos con respecto a los principios del Evangelio, lo que los mantendrá cerca de la Iglesia. El hogar es el fundamento de una vida recta y ningún otro medio puede ocupar su lugar ni cumplir sus

funciones esenciales en el cumplimiento de las responsabilidades que Dios les ha dado.

“Aconsejamos a los padres y a los hijos dar una prioridad predominante a la oración familiar, a la Noche de Hogar para la familia, al estudio y a la instrucción del Evangelio, y a las actividades familiares sanas. Sin importar cuán apropiadas puedan ser otras exigencias o actividades, no se les debe permitir que desplacen los deberes divinamente asignados que sólo los padres y las familias pueden llevar a cabo en forma adecuada”¹⁷.

Cuando medito en este consejo, casi deseo volver a ser un padre joven. Actualmente los padres disponen de recursos maravillosos para ayudarlos a que el tiempo en familia sea más significativo durante el día de reposo y el resto de la semana. Tienen LDS.org, Mormon.org, los videos de la Biblia, el Canal Mormón, la Biblioteca Multimedia, la revista *Liahona* y muchísimos recursos más. Esos recursos son muy útiles para ayudar a los padres en su sagrado deber de enseñar a sus hijos. Ninguna otra obra es más trascendental que la crianza recta y con propósito de los hijos.

Al enseñar el Evangelio, ustedes aprenderán más. Así es como el Señor los ayuda a comprender Su Evangelio. Él dijo:

“Y os mando que os enseñéis el uno al otro la doctrina del reino.

“Enseñaos diligentemente... para que seáis más perfectamente instruidos... en doctrina, en la ley del evangelio, en todas las cosas que pertenecen al reino de Dios”¹⁸.

Esa clase de estudio del Evangelio hace del día de reposo una delicia; y esa promesa se aplica independientemente del tamaño de la familia, de cómo esté integrada o de dónde viva.

Además de pasar tiempo con la familia, ustedes pueden experimentar una verdadera delicia durante el día de reposo al hacer la obra de historia familiar. Buscar y encontrar nombres de familiares que nos han precedido en la Tierra —quienes no tuvieron la oportunidad de aceptar el Evangelio en vida— puede brindar un gozo inmenso.

He sido testigo de ello. Hace varios años, mi querida esposa, Wendy, decidió aprender a hacer la investigación de historia familiar. Al principio, su progreso era lento, pero poco a



poco aprendió lo fácil que es hacer esta obra sagrada, y nunca la he visto más feliz. Ustedes tampoco tienen que viajar a otros países, ni siquiera a un centro de historia familiar; en casa, con la ayuda de una computadora o un dispositivo móvil, pueden encontrar almas que anhelan recibir sus ordenanzas. Hagan del día de reposo una delicia al encontrar nombres de sus antepasados y liberarlos de la prisión espiritual¹⁹.

Hagan del día de reposo una delicia al prestar servicio a otras personas, especialmente a quienes no se sientan bien o estén solos o necesitados²⁰. Levantar el ánimo de ellos también levantará el de ustedes.

Cuando Isaías describió el día de reposo como una “delicia”, también nos enseñó cómo hacerlo deleitable. Él dijo:

“Si [te] retraes... de hacer tu voluntad en mi día santo, y lo llamas delicia... y... veneras [a Jehová] no andando en tus propios caminos, ni buscando tu propia voluntad ni hablando tus propias palabras,

“entonces te deleitarás en *Jehová*”²¹.

El no buscar nuestra “propia voluntad” en el día de reposo requiere

autodisciplina y tal vez tengan que dejar de hacer algo que les guste, pero si escogen deleitarse *en Jehová*, no se permitirán tratarlo como otro día cualquiera. La rutina y las actividades recreativas se pueden hacer en otro momento.

Piensen en esto: al pagar el diezmo, devolvemos una décima parte de nuestro ingreso al Señor. Al santificar el día de reposo, reservamos un día de cada siete como Suyo. Así pues, tenemos el privilegio de consagrar nuestro dinero y nuestro tiempo a Quien nos da la vida día tras día²².

La fe en Dios conduce a tener amor por el día de reposo; la fe en el día de reposo conduce a tener amor por Dios. Ciertamente, un día de reposo sagrado es una delicia.

Ahora, al término de esta conferencia, sabemos que, dondequiera que vivamos, debemos ser ejemplos de los creyentes entre nuestra familia, vecinos y amigos²³. Los verdaderos creyentes santifican el día de reposo.

Concluyo con la súplica y despedida de Moroni con las que finaliza el Libro de Mormón cuando escribió: “...venid a Cristo, y perfeccionaos en

él, y absteneos de toda impiedad, y si os absteneis de toda impiedad, y amáis a Dios con toda vuestra alma, mente y fuerza, entonces... sois santificados en Cristo”²⁴.

Con profundo amor, dejo estas palabras como mi oración, testimonio y bendición. En el sagrado nombre de Jesucristo. Amén. ■

NOTAS

1. Isaías 58:13.
2. Marcos 2:27.
3. Véase Génesis 2:2–3.
4. Éxodo 20:8; véase también Deuteronomio 5:12; Mosiah 13:16; 18:23.
5. Véase Deuteronomio 5:14–15. Quienes deciden trabajar los siete días de la semana están, esencialmente, en cautiverio del trabajo o puede que del dinero; indistintamente, son esclavos. Un millonario que trabaja siete días a la semana es un esclavo rico.
6. Véase Éxodo 31:13, 16.
7. Véase Doctrina y Convenios 59:12. Antes de Su crucifixión, el Señor instauró la Santa Cena entre Sus discípulos en la fiesta de la Pascua (véase Mateo 26:26–28; Marcos 14:22–24). El Señor resucitado instituyó la Santa Cena en memoria de Su expiación entre los habitantes de la antigua América (véase 3 Nefi 18:1–12; Moroni 4:1–3; 5:2) y la restauró en la actualidad (véase Doctrina y Convenios 20:77, 79). Participar de la Santa Cena renueva el convenio que hicimos, en el bautismo, de guardar Sus mandamientos (véase Doctrina y Convenios 20:68).
8. Véase Doctrina y Convenios 20:37, 77.
9. Véase Mateo 12:8; Marcos 2:28; Lucas 6:5.
10. Véase Éxodo 31:13; Levítico 19:3, 30; 26:2; Doctrina y Convenios 68:29.
11. Véase Ezequiel 20:20; 44:24.
12. Véase Éxodo 31:13; Ezequiel 20:12, 20.
13. Doctrina y Convenios 59:9–10, 13, 15–16.
14. Véase Levítico 26:2–4.
15. Véase Doctrina y Convenios 128:15–18.
16. Doctrina y Convenios 68:25; cursiva agregada; véase también Moisés 6:58–62.
17. Carta de la Primera Presidencia, 11 de febrero de 1999; citada en el *Manual 2: la administración de la Iglesia*, 2010, 1.4.1
18. Doctrina y Convenios 88:77–78.
19. Véase Isaías 61:1; Doctrina y Convenios 128:22; 138:57–59.
20. Véase Mateo 25:35–40.
21. Isaías 58:13–14; cursiva agregada.
22. Véase Mosiah 2:21.
23. Véase 1 Timoteo 4:12.
24. Moroni 10:32–33.

La siguiente lista de experiencias selectas de los discursos de la conferencia general se pueden usar en el estudio personal, para la noche de hogar y para otra enseñanza. El número indica la primera página del discurso.

Discursante	Relato
Neil L. Andersen	(119) El aquél entonces élder Thomas S. Monson le dice al Neil L. Andersen que el Señor abre las puertas y efectúa milagros. La fe de un matrimonio en Tailandia permanece fuerte después de que su esposo queda paralítico. Después de conocerse en Costa de Marfil, dos matrimonios Santos de los Últimos Días edifican el Reino de Dios en ese lugar.
Wilford W. Andersen	(54) Un indígena estadounidense le dice a un doctor que le puede enseñar a bailar pero que él tendrá que oír la música.
David A. Bednar	(46) Cuando es niño, David A. Bednar siente temor de ir a la cárcel por haber roto la ventana de una tienda.
Linda K. Burton	(29) Un padre dice a sus hijos que estarán a salvo si permanecen dentro de la cerca improvisada con hilo que puso alrededor de su casa. El Señor guía a una hermana para establecer, con su esposo, un hogar donde reine el Espíritu del Señor.
Gérald Caussé	(98) Luego de vivir veintidós años alrededor de París, la familia Caussé se da cuenta de que nunca ha visitado la Torre Eiffel. Tres hombres africanos caminan más de cuatrocientos ochenta kilómetros para asistir a una conferencia de distrito, pagar sus diezmos y conseguir ejemplares del Libro de Mormón.
D. Todd Christofferson	(50) D. Todd Christofferson anima una mujer que se siente inepta como madre, y ora por ella.
L. Whitney Clayton	(36) Una niña de siete años que sobrevive a un accidente aéreo se dirige hacia una luz que divisa a la distancia hasta que llega a un lugar seguro.
Quentin L. Cook	(62) El tío de Quentin L. Cook muere en combate durante la Segunda Guerra Mundial. Un miembro de la Iglesia samoano que desea orar por su enfermedad, acude a un doctor para averiguar lo que tiene.
Cheryl A. Esplin	(8) Cheryl A. Esplin asiste a una reunión donde las hermanas aprenden que la verdad y el Espíritu Santo proporcionan a su familia y a su hogar el poder para resistir la maldad. La hermana del bisabuelo de la hermana Cheryl A. Esplin recibe la fuerte impresión de compartir su testimonio.
Henry B. Eyring	(17) El Espíritu Santo brinda consuelo y fortaleza a los afligidos padres de un niño que fallece en un accidente. (22) Henry B. Eyring se siente bendecido de que su ofrenda de ayuno pueda ayudar a los santos de Vanuatu después de la devastadora tormenta tropical. Una hermana expresa gratitud por las ofrendas de ayuno que la sostuvieron a ella y a otros miembros de la Iglesia durante la guerra civil en Sierra Leona. (84) Cuando Henry B. Eyring tiene trece años, mientras recolecta las ofrendas de ayuno, un hombre le dice que se marche. Henry B. Eyring siente la inspiración de bendecir a un niño herido para que viva. El Espíritu Santo inspira a un hombre diagnosticado con poco tiempo de vida a servir en su llamamiento y permite que sienta la carga pesada que lleva su obispo.
Larry M. Gibson	(77) El padre de Larry M. Gibson le da un dólar de plata para que recuerde su destino eterno. Larry M. Gibson camina, con sus hijos, ochenta kilómetros en diecinueve horas.
Jeffrey R. Holland	(104) Un jovencito salva a su hermano mayor de que caiga a un precipicio, tomándolo de las muñecas y levantándolo hasta que está a salvo.
Thomas S. Monson	(88) Como diácono, Thomas S. Monson se siente bendecido cuando lleva la Santa Cena a un hombre enfermo. Thomas S. Monson siente aprecio por el Libro de Mormón después de visitar la tumba de Martin Harris. Mientras se encuentra en la marina, Thomas S. Monson da una bendición del sacerdocio a un amigo, y éste sana. (91) Después de orar en el templo acerca de regresar a su misión, un joven recibe tranquilidad de boca de un ex misionero que había servido en la misma misión.
Brent H. Nielson	(101) Brent H. Nielson e integrantes de su familia pacientemente demuestran amor por un familiar menos activo hasta que regresa a la Iglesia.
Bonnie L. Oscarson	(14) En 1850, en Italia, una jovencita enfrenta a un populacho. La hija de la hermana Bonnie L. Oscarson defiende la maternidad en la escuela de sus hijos.
Boyd K. Packer	(26) Boyd K. Packer espera fuera del salón de clases de la universidad de su futura esposa, Donna Smith, para que ella le dé una galleta y un beso.
Kevin W. Pearson	(114) El presidente Heber J. Grant ora para permanecer fiel hasta al fin. Kevin W. Pearson deja su empleo para aceptar un llamamiento como presidente de misión.
Rafael E. Pino	(117) Los hijos de Rafael E. Pino aprenden a apreciar la perspectiva de las cosas por medio de un programa de televisión y de un rompecabezas. Un niño le pregunta al escultor Miguel Ángel cómo sabía que David estaba en el bloque de mármol.
Dale G. Renlund	(56) Una madre de Sudáfrica enseña a su hija sobre la tolerancia. Un misionero recibe una profunda impresión que lo ayuda a ser paciente con su compañero.
Michael T. Ringwood	(59) Michael T. Ringwood aprende en su misión y en seminario que el servicio que más cuenta generalmente sólo Dios lo reconoce.
Ulisses Soares	(70) Un diácono advierte a sus compañeros acerca de la pornografía. Ulisses Soares aprende en su misión que el enemigo no puede bloquear el poder del testimonio de un discípulo.
Joseph W. Sitati	(126) Joseph W. Sitati sale de circunstancias humildes porque obtiene una educación académica.
Carole M. Stephens	(11) Carole M. Stephens visita a una hermana indígena estadounidense en Arizona, EE.UU., quien se considera abuela de todos.
Dieter F. Uchtdorf	(80) Un gobernador de Rusia agrupa a campesinos y construye fachadas de negocios para impresionar a los embajadores que visitan el lugar. Líderes de estaca establecen metas para centrarse en su ministerio.
Rosemary M. Wixom	(93) Una hermana menos activa reaviva su fe después de estudiar el Evangelio, leer el Libro de Mormón y recibir el apoyo de su familia y de miembros del barrio.
Jorge F. Zeballos	(123) El padre de Jorge F. Zeballos le permite unirse a la Iglesia cuando tiene doce años. Un matrimonio fiel acepta la voluntad del Padre Celestial cuando fallece su bebé.



Hagamos que la conferencia sea parte de nuestra vida

Consideren la posibilidad de usar algunas de estas actividades y preguntas como punto de partida para el análisis en familia o para la reflexión personal.

Para los niños

- El élder David A. Bednar, del Quórum de los Doce Apóstoles, compartió una experiencia en la que sintió temor después de que accidentalmente rompió la ventana de una tienda cerca de su casa (pág. 46). Entonces enseñó que cuando acudimos a Jesucristo y lo seguimos, podemos sentir paz en vez de temor. ¿Qué puede hacer usted todos los días para ayudar a sus hijos a acudir al Salvador? ¿Cómo puede enseñarles a seguir adelante con firmeza en Cristo aun en épocas difíciles?
- La hermana Linda K. Burton, Presidenta General de la Sociedad de Socorro, habló sobre una familia que se mudó a una casa que no tenía cerca alrededor del jardín (pág. 29). El padre marcó los límites

del terreno con un hilo y dijo a sus hijos que estarían a salvo si permanecían dentro de la línea marcada. Los hijos obedecieron, aun cuando una pelota salió fuera de los límites. ¿Cómo pueden los padres ayudar a sus hijos a permanecer a salvo? ¿Qué bendiciones recibimos al escuchar a nuestros padres? ¿Qué límites nos ha puesto nuestro Padre Celestial?

- El Obispo Gérald Caussé, Primer Consejero en el Obispado Presidente, contó el relato de tres hombres de África que caminaron dos semanas por caminos pantanosos para asistir a una conferencia de distrito (pág. 98). Se quedaron una semana para poder participar de la Santa Cena antes de regresar a casa. Luego, llevaron sobre sus cabezas cajas llenas de Libros de Mormón

para dárselos a las personas de su aldea. ¿Piensan que el Evangelio es algo maravilloso? ¿Qué sacrificios están dispuestos a hacer para vivir el Evangelio?

Para los jóvenes

- Muchos mensajes de la conferencia han resaltado la importancia de la familia y del hogar. Por ejemplo, la hermana Bonnie L. Oscarson, Presidenta General de las Mujeres Jóvenes, pidió a los miembros de la Iglesia que “defendamos el hogar como el sitio que ocupa en segundo lugar en santidad después del templo” (pág. 14). ¿Qué puedes hacer tú para defender el hogar? ¿Cómo podrías ayudar a que tu hogar sea un lugar santo?
- El élder Russell M. Nelson, del Quórum de los Doce Apóstoles, enseñó que nuestra actitud y nuestra conducta en el día de reposo son una señal entre el Padre Celestial y nosotros (pág. 129). Al leer el mensaje del élder Nelson, piensa en el próximo domingo y pregúntate: “¿qué señal quiero darle a Dios?”
- El élder Ulisses Soares, de los Setenta, habló acerca de un diácono que siguió el ejemplo del capitán Moroni (pág. 70). Cuando este jovencito vio a sus compañeros que estaban mirando imágenes pornográficas en sus teléfonos celulares, les dijo que estaban haciendo algo incorrecto y que debían dejar de hacerlo. Uno de sus amigos dejó de hacerlo. ¿Cómo podemos recibir la fuerza para elegir lo correcto? ¿Cómo sabemos lo que podemos disfrutar sin correr peligro?
- Los aparatos electrónicos nos pueden hacer sentir poderosos debido a que nos permiten tener acceso a información y sitios casi ilimitados; pero, ¿te has detenido alguna vez a pensar si *ellos* te controlan a *tí*? El élder José A. Teixeira de los Setenta dijo: “Es reconfortante dejar de lado nuestros dispositivos electrónicos

por un rato” (pág. 96). Inténtalo. Aparta uno de estos días para dejar de lado tu dispositivo electrónico. Tal vez sea algo que no querrías hacer, pero te sorprenderá cuánto tiempo más pasarás hablando y creando recuerdos con tus amigos y tu familia.

- Ayunar es una de las mejores maneras de recibir poder espiritual. El presidente Henry B. Eyring, Primer Consejero de la Primera Presidencia, nos recordó que ayunar y orar fortaleció a Jesús para resistir las tentaciones de Satanás cuando estaba en el desierto (pág. 22). El próximo domingo de ayuno, trata de seguir el ejemplo de Jesús y ayuna con un propósito. Recibirás ayuda divina y protección.

Para los adultos

- Varios mensajes de la conferencia se centraron en la importancia del matrimonio y la familia en la sociedad y en el Plan de Salvación. Podrían responder las cinco preguntas que la hermana Burton hace en la página 31 y meditar, con espíritu de oración, cómo podrían elevar y amar más a las personas a su alrededor. Como familia, analicen qué podrían hacer para que su hogar se centre más en Jesucristo y cómo podrían apoyarse mejor los unos a los otros.
- El presidente Thomas S. Monson nos recordó las bendiciones que provienen de la adoración en el templo, entre ellas espiritualidad, paz y la fortaleza para resistir las tentaciones y las pruebas (pág. 91). “Cuando asistimos al templo”, dijo, “podemos recibir un nivel de espiritualidad y sentimiento de paz que superarán cualquier otro sentimiento que podría penetrar el corazón humano”. ¿Qué pueden hacer para

que su asistencia al templo sea más significativa?

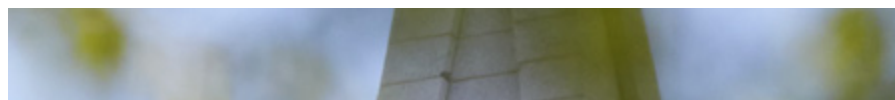
- La fe en Jesucristo es un principio de acción. “No llegaremos a creer en el Salvador y Su evangelio por accidente, al igual que no oramos ni pagamos el diezmo por casualidad”, dijo el élder L. Whitney Clayton, de la Presidencia de los Setenta. “Elegimos activamente creer” (pág. 36). Al leer su mensaje y los mensajes del élder Dallin H. Oaks, del Quórum de los Doce Apóstoles (pág. 32); de Rosemary M. Wixom, Presidenta General de la Primaria (pág. 93); del obispo Gérald Caussé (pág. 98); y del élder Kevin W. Pearson, de los Setenta (pág. 114);



consideren hacer una lista de las formas en que pueden fortalecer su fe en Jesucristo y en Su evangelio. Después, hagan una lista de las bendiciones prometidas que provienen al incrementar la fe.

- El élder Jeffrey R. Holland, del Quórum de los Doce Apóstoles, enseña que la expiación y resurrección del Salvador constituyen “la manifestación más majestuosa de amor puro que jamás se haya manifestado en la historia del mundo” (pág. 104). ¿Cómo pueden sus pensamientos y acciones reflejar mejor el aprecio que sienten por lo que el Salvador ha hecho?
- El presidente Dieter F. Uchtdorf, Segundo Consejero de la Primera Presidencia, explica el milagroso don de la gracia y la importancia de la obediencia y el arrepentimiento. “El tratar de entender el don de la gracia de Dios con todo el corazón y la mente nos da aún mayor razón para amar y obedecer a nuestro Padre Celestial con mansedumbre y gratitud”, dijo él (pág. 107). Considere continuar estudiando acerca de la gracia leyendo Romanos 3:23; 6:1-4; 2 Nefi 25:23, 26; Mosíah 2:21; 5:2; 27:25; Alma 34:10, 15; Éter 12:27; y Moroni 10:32. ■





Se anuncian tres nuevos templos

El presidente Thomas S. Monson anunció durante la sesión del domingo por la mañana de la conferencia general que se han planificado templos para Puerto Príncipe, Haití; Abidján, Costa de Marfil; y Bangkok, Tailandia. En cada caso, el templo será el primero que se construirá en esos países. La localización exacta de los templos será anunciada en una fecha posterior.

“Qué maravillosas bendiciones están reservadas para los miembros fieles en esas regiones y, ciertamente, en todo lugar donde se encuentran los templos

alrededor del mundo”, dijo el presidente Monson.

Templo de Puerto Príncipe, Haití

Haití es el hogar de más de veinte mil Santos de los Últimos Días en una nación de aproximadamente diez millones de habitantes. La obra misionarial comenzó oficialmente en 1980. El templo más cercano es el Templo de Santo Domingo, República Dominicana. Aunque está localizado en la misma isla, ese templo está a casi un día de viaje de distancia.

Templo de Abidján, Costa de Marfil

Costa de Marfil es el hogar de más de veintisiete mil miembros de la Iglesia en una nación de aproximadamente veinte millones de habitantes. La obra misionarial comenzó oficialmente en 1988. El templo más cercano es el Templo de Accra, Ghana, que está a quinientos cincuenta kilómetros de distancia.

Templo de Bangkok, Tailandia

Tailandia es el hogar de más de diecinueve mil Santos de los Últimos Días en una nación de aproximadamente sesenta y siete millones de habitantes. La Iglesia se organizó formalmente en Tailandia en 1966. El templo de Bangkok, Tailandia, servirá a los Santos de los Últimos Días en Tailandia, así como a todos los del sudeste de Asia. Actualmente, el templo más cercano a Tailandia es el Templo de Hong Kong, China, que se encuentra a más de mil seiscientos kilómetros de distancia.

Noticias de templos adicionales

Para 2015, se han anunciado programas de puertas abiertas, celebraciones culturales y fechas de apertura para cinco templos: Córdoba, Argentina; Payson, Utah, EE. UU.; Trujillo, Perú; Indianápolis, Indiana, EE. UU.; y Tijuana, México. El remodelado Templo de la Ciudad de México, México, también será rededicado en 2015.

En los últimos dos años, la Iglesia ha concentrado sus esfuerzos en completar los templos anunciados previamente. Además de los tres templos nuevos, hay ciento cuarenta y cuatro templos en funcionamiento; cinco que se están renovando, trece bajo construcción y trece previamente anunciados en varios estados de preparación antes de que comience la construcción. ■

Sostenimiento de nuevos líderes

Cinco nuevas Autoridades Generales fueron sostenidas durante la conferencia general para servir en el Primer Quórum de los Setenta. Ellos son el élder Kim B. Clark, el élder Allen D. Haynie, el élder Von G. Keetch, el élder Hugo Montoya y el élder Vern P. Stanfill.

También fue sostenida una nueva Presidencia de los Hombres Jóvenes. Stephen W. Owen prestará servicio como presidente; Douglas D. Holmes, como primer consejero y M. Joseph Brough, como segundo consejero.

Asimismo, fue sostenida una nueva consejera de la Presidencia General de la Primaria. Mary R. Durham fue llamada para prestar servicio como segunda consejera. Rosemary M. Wixom continuará sirviendo como presidenta y Cheryl A. Esplin, quien previamente prestó servicio como segunda consejera, ahora servirá como primera consejera.

Las biografías de los líderes recientemente llamados se pueden encontrar en las páginas 140–144. ■



El presidente Eyring en la Cumbre del Vaticano

El presidente Henry B. Eyring, Primer Consejero de la Primera Presidencia, hizo un llamado al “renacimiento de los matrimonios felices” durante una cumbre interreligiosa internacional en la Ciudad del Vaticano organizada por la iglesia católica el 18 de noviembre de 2014. El evento titulado “La complementariedad del hombre y la mujer”, reunió a líderes religiosos de catorce religiones y veintitrés países.

“Un hombre y una mujer, unidos en matrimonio, tienen el poder extraordinario de crear felicidad para sí mismos, para su familia y para las personas que los rodean”, dijo el presidente Eyring. ■

El Libro de Mormón en ciento diez idiomas

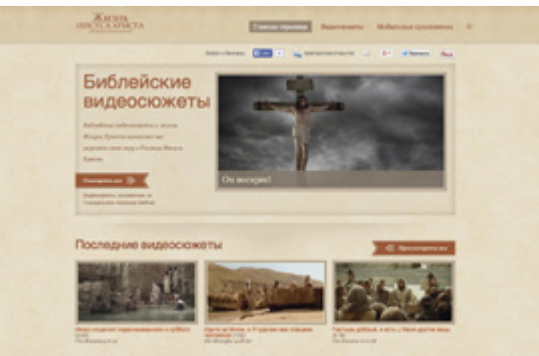
Con la reciente publicación en el idioma kosraeano, el Libro de Mormón ahora se ha traducido en ciento diez idiomas. Kosrae es una isla de los Estados Federados de Micronesia.

Los ejemplares impresos del Libro de Mormón en kosraeano estarán disponibles en julio de 2015. Las versiones digitales están disponibles desde marzo de 2015 en LDS.org, así como en la Biblioteca del Evangelio y en las aplicaciones móviles del Libro de Mormón. La Iglesia ahora publica las versiones digitales de las Escrituras al mismo tiempo que se envía a la imprenta el texto para los libros. Ello hace que las Escrituras traducidas más recientes estén disponibles para los miembros mucho antes.

En los próximos dos años se anunciarán varias traducciones nuevas de las Escrituras. Sólo en 2015 se publicarán tres nuevas traducciones del Libro de Mormón y cinco traducciones adicionales de la combinación triple (el Libro de Mormón, Doctrina

y Convenios y la Perla de Gran Precio, publicadas en una edición). Se informará a los miembros que hablan esos idiomas cuando se publiquen las versiones digitales. ■





Fortalecer la fe con los videos de la Biblia

Puedes ayudar a fortalecer la fe en Jesucristo este año —la tuya y la de los demás— al ver y compartir *La vida de Jesucristo - Videos de la Biblia* en BibleVideos.org y en la aplicación Videos de la Biblia.

Estos recursos que fortalecen la fe se ofrecen gratuitamente a otras iglesias en un esfuerzo por compartir el mensaje del Salvador tan extensamente como sea posible a lo largo del mundo, para ayudar a los espectadores a sentir Su amor e inspirarlos a querer ser más como Él.

De los noventa y dos videos de la Biblia que la Iglesia ha producido en los últimos tres años, más de la mitad han sido traducidos del inglés al español, al portugués, al italiano, al francés, al ruso, al alemán, al coreano, al japonés y al chino. ■

Preguntas y respuestas con el élder Bednar y la hermana Bednar

Jóvenes de todo el mundo están invitados a participar en la sesión de preguntas y respuestas interactiva en directo, cara a cara con el élder David A. Bednar, del Quórum de los Doce Apóstoles, y con su esposa, Susan.

Los jóvenes pueden unirse a la conversación interactiva el 12 de mayo de 2015 a las 18:00 h, hora de Salt Lake City, al ver la transmisión en directo en LDS.org, en la página Jóvenes Sud de Facebook, en la página web de actividades para los jóvenes (lds.org/youth/activities) o en la página de YouTube del Canal Mormón. La transmisión también se traducirá en directo en español, portugués, italiano, alemán, francés, ruso, coreano, japonés y chino.

Se anima a los jóvenes a enviar preguntas a través de la página web de actividades para los jóvenes tanto antes



como después del evento. También pueden seguir la conversación en #SUDcaraAcara.

“Alentamos a los jóvenes, mientras se preparan para este evento, a buscar la guía del Espíritu al reflexionar sobre qué preguntas podrían hacer”, dijo el élder Bednar. “Al tener el Espíritu con nosotros, aprenderemos todos juntos”. ■

Devocional para jóvenes adultos

El élder Lynn G. Robbins, de la Presidencia de los Setenta, hablará durante un devocional mundial para jóvenes adultos que se transmitirá el domingo 3 de mayo de 2015, a las 18:00 h, hora de Salt Lake City. La transmisión es la segunda de los tres devocionales mundiales planeados para 2015.

Se invita a asistir a todos los

jóvenes adultos solteros (de 18 a 30 años de edad) y a los alumnos que terminan la escuela secundaria, la preparatoria o su equivalente. La transmisión estará disponible mediante el sistema satelital de la Iglesia, internet y otros medios de comunicación. También hay material adicional relacionado con los devocionales disponible en devotionals.lds.org. ■

Sitios web destacan las actividades de servicio

¿Qué están haciendo los Santos de los Últimos Días para mejorar las comunidades en las cuales viven? Para averiguarlo, vaya a MormonNewsroom.org. A continuación hay algunos ejemplos de publicaciones recientes en las salas de prensa internacionales.

Nueva Zelanda y Vanuatu

Cuando el ciclón Pam azotó la pequeña nación isleña del Pacífico, Vanuatu, los Santos de los Últimos Días de Auckland, Nueva Zelanda —con la ayuda de los Servicios Humanitarios de la Iglesia— se unieron para ayudar a quienes resultaron afectados por la tormenta. Empacaron dos mil contenedores de comida para ayudar a tantas personas afectadas como fuera posible. Cada contenedor tenía harina, arroz, fruta enlatada, frijoles, carne envasada, pescado, galletas, pasas de uva,

fideos, leche chocolatada en polvo y un abrelatas. Los contenedores también podrían usarse para otros propósitos, tales como transportar agua.

República Dominicana y Canadá

En República Dominicana y Canadá, mujeres Santos de los Últimos Días se unieron para conmemorar el Día Internacional de la Mujer, evento patrocinado por las Naciones Unidas. Más de mil doscientas mujeres se congregaron en los centros de reuniones de la Iglesia en varias áreas de República Dominicana para honrar a las mujeres por sus diversas contribuciones en el mundo. Líderes religiosos, cívicos y militares participaron en el evento, el que incluyó discursos y un programa de música. En Canadá, las mujeres Santos de los Últimos Días también aprovecharon la

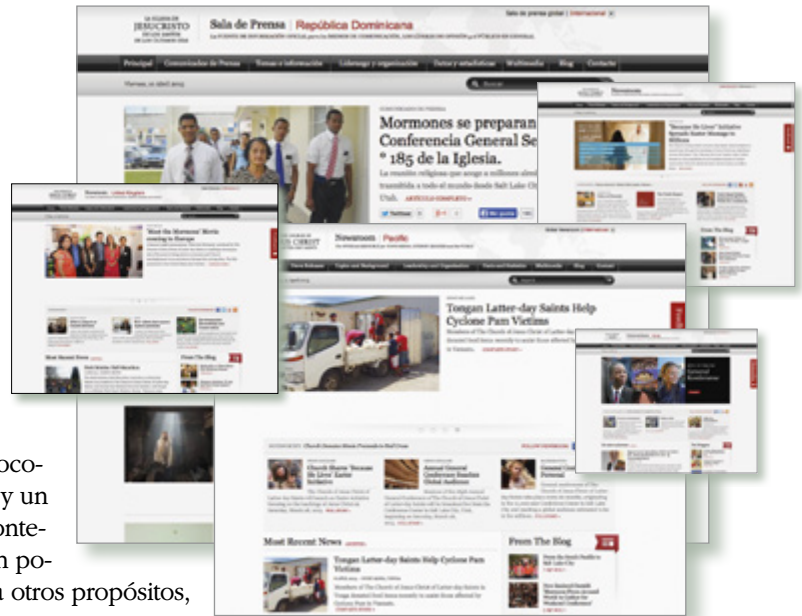
oportunidad de compartir información acerca de la Sociedad de Socorro, haciendo notar que es un “tremendo vehículo de servicio en todo el mundo”.

Reino Unido

La meta original era coser cien vestidos para niñas necesitadas de África; pero, cuando culminaron, las mujeres del barrio Coventry, en Inglaterra, habían hecho más de doscientos treinta. Los vestidos sencillos, confeccionados con fundas para almohadas, son fáciles de hacer. Una hermana, que no había cosido anteriormente, pudo hacer tres de ellos.

Arkansas, EE. UU.

Más de seiscientas personas asistieron a un devocional comunitario interreligioso en cuando al tema de la libertad de culto que organizó la Estaca Little Rock, Arkansas, y que incluyó a representantes de las comunidades católicas, metodistas e islámicas, así como a una personalidad de una emisora radial evangélica. El evento de diversas religiones también incluyó un mensaje grabado del vicegobernador del estado y la oración final que ofreció un senador del estado, ambos de la religión bautista. Los organizadores dijeron que el evento estableció “puentes de entendimiento”. ■



Una manera más fácil de usar LDS.org

A partir de mayo de 2015, LDS.org tendrá una nueva estructura de menú y una navegación más simplificada y eficaz; la más reciente de las mejoras continuas de la Iglesia para hacer su sitio web oficial más personalizado y más fácil de usar.

Los programadores y diseñadores combinaron años de comentarios de los usuarios con investigación

adicional para crear un menú más intuitivo. Las pruebas han mostrado que la nueva navegación permite encontrar el contenido y los recursos con mucha más facilidad.

También se ha proporcionado un recorrido en video de LDS.org, para ayudar a los miembros a adaptarse a la nueva disposición. ■

Relatos de la Primera Visión

Cuatro relatos de primera mano de la Primera Visión escritos por José Smith ahora están disponibles en diez idiomas. Se puede acceder a ellos en josephsmithpapers.org, donde una pantalla en línea también ofrece acceso a documentos originales y a diarios personales. ■



Enseñanzas para nuestra época

De mayo de 2015 a octubre de 2015, las lecciones del cuarto domingo del Sacerdocio de Melquisedec y de la Sociedad de Socorro deben prepararse con uno o más de los discursos dados en la Conferencia General de abril de 2015. En octubre de 2015, se pueden seleccionar discursos tanto de la Conferencia General de abril de 2015 como de la de octubre de 2015. Los presidentes de estaca y de distrito deben elegir los discursos que se utilizarán en las unidades que supervisan, o podrán asignar esa responsabilidad a los obispos y a los presidentes de rama.

Se anima a las personas que asistan a las lecciones del cuarto domingo a estudiar los discursos seleccionados con anticipación. Los discursos de la conferencia están disponibles en muchos idiomas en conference.lds.org. ■



Élder Kim B. Clark

Primer Quórum de los Setenta

Toda una vida de formación académica —como estudiante y como maestro— beneficiarán al élder Kim Bryce Clark en su nueva asignación en el Primer Quórum de los Setenta. El élder Clark fue sostenido el 4 de abril de 2015 y comenzará su servicio pocas semanas después de culminar su asignación como presidente de la Universidad Brigham Young–Idaho.

“He estado en la escuela desde que tenía cinco años”, dijo el Setenta recientemente llamado. “Me encanta aprender y enseñar”.

El élder Clark nació en Salt Lake City, Utah, EE. UU., el 20 de marzo de 1949; sus padres son Merlin Clark y Helen Mar Clark; es el mayor de tres hijos. Pasó su niñez en Salt Lake City hasta los 11 años, cuando su padre aceptó un empleo en Spokane, Washington, EE. UU.

Aunque había planeado asistir a la Universidad Brigham Young en Provo, Utah, cuando estaba en la escuela secundaria (preparatoria) sintió que debía explorar otras opciones y decidió inscribirse en la Universidad de Harvard en Massachusetts —lugar que, con el tiempo, se convertiría en su hogar por más de tres décadas.

Después de su primer año de estudios en Harvard, el élder Clark prestó servicio en la Misión Alemania Sur, desde 1968 a 1970. Al regresar, asistió a BYU, donde conoció a Sue Lorraine Hunt en su barrio de la Iglesia. Se casaron unos meses después, el 14 de junio de 1971. Tienen siete hijos.

Inmediatamente después de casarse, la pareja se mudó al área de Boston, Massachusetts, donde el élder Clark se inscribió otra vez en Harvard. Allí obtuvo una licenciatura, una maestría y un doctorado —todos en Economía. El élder Clark se convirtió en miembro del cuerpo docente de la Facultad de Comercio de Harvard en 1978 y luego fue nombrado decano de la facultad en 1995. En 2005, fue nombrado presidente de BYU–Idaho, donde ha prestado servicio por cerca de una década.

El élder Clark ha servido como presidente de quórum de élderes, secretario ejecutivo de barrio, consejero del obispo, obispo, miembro del sumo consejo, consejero del presidente de misión de estaca y Setenta de Área. ■



Élder Allen D. Haynie

Primer Quórum de los Setenta

El élder Allen Decker Haynie fue sostenido como miembro del Primer Quórum de los Setenta el 4 de abril de 2015.

El élder Haynie nació el 29 de agosto de 1958 y sus padres son Van Lloyd Haynie y Sarah Lulu Lewis Haynie.

Nació en Logan, Utah, EE. UU., pero pasó gran parte de su juventud en otras ciudades en el norte de Utah y en Silicon Valley, California. Asistió a cinco escuelas primarias diferentes, dos escuelas de educación media y finalmente asistió a la escuela secundaria (preparatoria) en Bountiful, Utah.

Esta variedad de experiencias escolares “me enseñó una gran lección acerca de aprender a apreciar a todas las personas”, dijo, “porque parecía que cada año cambiaba de lugar y tenía que hacerme de amigos otra vez. Una de las cosas que me encanta de la Iglesia es que nos da la oportunidad de relacionarnos con las personas y encontrar valor en sus diferentes orígenes, experiencias, talentos y habilidades”.

El élder Haynie presidió la Misión Argentina Córdoba desde 1977 hasta 1979.

Con una licenciatura en Ciencias Políticas de la Universidad Brigham Young, el élder Haynie continuó sus estudios y obtuvo un doctorado en Leyes de la Facultad de Derecho J. Reuben Clark de esa universidad en 1985.

Completó una pasantía judicial de un año en la Corte de Apelaciones del Circuito Noveno de EE. UU., en San Diego, California, antes de unirse al bufete de abogados de Latham y Watkins, donde trabajó en la oficina de San Diego. Hace unos cinco años él y su hermano formaron su propio bufete de abogados.

El élder Haynie también ha prestado servicio como presidente de quórum de élderes, presidente de los Hombres Jóvenes de barrio, maestro de seminario, miembro del sumo consejo, obispo, presidente de estaca y Setenta de Área.

Conoció a Deborah Ruth Hall mientras asistía a BYU y se casaron el 19 de diciembre de 1983, en el Templo de Salt Lake. Tienen seis hijos.

Conmovidó al hablar de su testimonio, el élder Haynie dijo que la primera vez que leyó y marcó el Libro de Mormón fue cuando tenía doce años. “No tengo recuerdos de no haber creído, ni tampoco de no haber orado”. ■



Élder Von G. Keetch

Primer Quórum de los Setenta

Un momento decisivo en la vida del élder Von G. Keetch fue cuando estaba completando una pasantía judicial con el presidente de la Corte Suprema de los Estados Unidos, Warren E. Burger, y con el juez Antonin Scalia, y se preparaba para ejercer como abogado.

Pudo haber trabajado en cualquier ciudad de los Estados Unidos para una diversidad de grandes bufetes de abogados. Sin embargo, él y su esposa, Bernice Pymm Keetch, oraron buscando inspiración para saber lo que debían hacer. Después de un período de búsqueda, la pareja regresó a Salt Lake City, Utah, donde él comenzó a trabajar con el bufete de abogados de Kirton McConkie.

En ese entonces, el élder Keetch pensó que tal vez estaba sacrificando la posibilidad de trabajar en casos legales de avanzada para estar cerca de la familia. En lugar de ello, como principal asesor legal externo para la Iglesia, el élder Keetch abogó por asuntos constitucionales y casos que establecieron precedentes en cuanto a la libertad religiosa. Él ha representado a casi todas las denominaciones religiosas más importantes del país. “Me ha encantado trabajar para un cliente tan importante y en asuntos de gran envergadura”, dijo.

Nació el 17 de marzo de 1960, en Provo, Utah, EE. UU.; sus padres son Gary Keetch y Deanne Keetch. El élder Keetch es el mayor de cuatro hijos. Su familia vivió en Orem, Utah, antes de mudarse a Pleasant Grove, Utah, donde él y su futura esposa prestaron servicio juntos en el consejo de seminario de su escuela secundaria.

El élder Keetch prestó servicio en la Misión Alemania Dusseldorf y llegó a amar a la gente alemana. Al regresar del campo misional, se casó con Bernice Pymm en el Templo de Salt Lake, el 21 de noviembre de 1981; tienen seis hijos. El élder Keetch se graduó de la Universidad Brigham Young en 1984, con un título en Ciencias Políticas, y recibió un título en Leyes de la misma universidad en 1987.

A lo largo de los años, el élder Keetch, que fue sostenido el 4 de abril de 2015 como miembro del Primer Quórum de los Setenta, ha servido en obispados, en sumos consejos, como presidente de estaca y como Setenta de Área. ■



Élder Hugo Montoya

Primer Quórum de los Setenta

El élder Hugo Montoya estaba claramente abrumado cuando fue llamado al Primer Quórum de los Setenta. Encontró consuelo en las gentiles palabras del presidente Thomas S. Monson durante una reunión de capacitación para nuevas Autoridades Generales: “Está aquí porque ama al Salvador”. El élder Montoya se sintió edificado al saber que su nuevo llamamiento lo coloca en el sendero de la obra del Señor.

“Amo al Salvador e iré dondequiera que se me pida que vaya”, dijo. “Haré lo que sea que se me pida que haga; diré lo que sea que se me pida que diga”. El élder Montoya fue sostenido durante la sesión del sábado por la tarde de la Conferencia General Anual N° 185 de la Iglesia.

El Élder Montoya también encuentra fortaleza en el legado de fe de su familia. Su bisabuelo, Rafael Monroy, es una persona importante en la historia de la Iglesia en México. En 1915, el hermano Monroy y su compañero, Vicente Morales, fueron arrestados por un grupo de revolucionarios durante la Revolución Mexicana. Se les dijo que sería liberados si, entre otras exigencias, renunciaban a su religión.

Ellos se negaron y fueron asesinados por un pelotón de fusilamiento.

El élder Montoya dijo que el ejemplo de su bisabuelo es una influencia poderosa en su vida. “He aprendido que se pueden superar los sentimientos de temor con sentimientos de fe y de testimonio cuando sabes que estás haciendo las cosas correctas”.

El élder Montoya nació el 2 de abril de 1960, en Fresno, California; sus padres son Abel Montoya y Maclovía Monroy. Ha vivido la mayor parte de su vida en México.

Se casó con María del Carmen Balvastro en Hermosillo, México; fueron sellados en el Templo de Mesa, Arizona, el 6 de abril de 1983. Tienen cinco hijos.

Después de servir como misionero de tiempo completo en la Misión Ciudad de México Norte desde 1979 a 1981, prestó servicio como presidente de los Hombres Jóvenes de barrio, miembro del sumo consejo, obispo, presidente de estaca, auditor de Área y Setenta de Área.

Se graduó de la Universidad Estatal de Sonora en 1986, con un título de Ingeniería Agrícola, y ha trabajado en varios puestos de gerencia en Xerox, y como maestro de instituto de la Iglesia. ■



Élder Vern P. Stanfill

Primer Quórum de los Setenta

El élder Vern Perry Stanfill cree que no existen las coincidencias; cree que existen encuentros entre las personas en esta vida con un propósito y que el Señor puede inspirar a Sus hijos a fin de que sean una bendición para los demás.

El élder Stanfill disfruta de ministrar a otros en el Evangelio, en especial al trabajar individualmente con las personas.

Nació el 8 de agosto de 1957 y sus padres son Jed Stanfill y Peggy Stanfill. Creció en una finca ganadera cerca de Townsend, Montana, EE.UU. Aprendió el valor del trabajo arduo y obtuvo un testimonio del Salvador Jesucristo. El élder Stanfill es el tercero de cuatro hijos; tiene dos hermanos mayores y una hermana menor, quienes han prestado servicio fielmente en la Iglesia.

“La mano del Señor está presente en nuestra vida, a pesar de nuestras imperfecciones”, dijo. “Mi esposa y yo no somos perfectos; no tenemos una familia perfecta; somos personas comunes y corrientes que han tratado de vivir día a día y permitir que el Señor fuese parte de su vida”.

Después de servir en una misión de tiempo completo en Toulouse, Francia, y de iniciar sus estudios de Economía Agrícola en la Universidad Brigham Young, conoció a Alicia Cox y se casó con ella. Se casaron el 17 de diciembre de 1980, en el Templo de Salt Lake City.

Después de graduarse, la familia Stanfill volvió a Montana para que él pudiera ayudar a manejar la finca, donde se dedicó a tratar con el ganado, el heno y los granos. Vendió el negocio en 1998 y comenzó a administrar una cartera de bienes inmuebles e instrumentos financieros, así como a dedicarse a estructurar asuntos humanitarios y patrimoniales.

El élder Stanfill ha participado en la aviación, tanto por cuestiones de negocio como por placer, y está acreditado para aeronaves comerciales de ala fija y de alas giratorias.

Además de criar a cuatro hijas, junto con su esposa, el élder Stanfill tuvo la oportunidad de servir en la Iglesia como presidente de quórum de élderes, obispo, miembro del sumo consejo, presidente de estaca y Setenta de Área. Servía en el Sexto Quórum de los Setenta cuando se le llamó al Primer Quórum de los Setenta. ■



Mary R. Durham

Segunda Consejera de la Presidencia General de la Primaria

Al tratar de mantener el equilibrio entre las exigencias de la vida familiar, los llamamientos de la Iglesia, su carrera y otras responsabilidades a lo largo de su vida de casada, Mary Richards Durham ha visto que, cuando ella y su esposo ponen al Señor en primer lugar, todo se resuelve. “Es algo muy grato; si confías en el Señor, Él te bendice”, dice.

Es una cuestión que ha visto repetirse muchas veces. La llamaron a servir en la presidencia de las Mujeres Jóvenes de barrio mientras su esposo prestaba servicio en la presidencia de estaca. Tiempo después, sirvieron juntos cuando su esposo presidió la Misión Japón Tokio, desde 2000 a 2003. Ahora, servirá como Segunda Consejera de la Presidencia General de la Primaria al mismo tiempo que su esposo comienza su servicio como Setenta de Área.

“Al trabajar unidos uno con el otro y con el Señor, todo es más fácil”, dice.

Mary Lucille Richards nació el 15 de marzo de 1954, en Portsmouth, Virginia, EE. UU., y sus padres son L. Stephen Richards Jr. y Annette Richards. Mientras su padre estudiaba medicina, la familia se mudó a Minneapolis, Minnesota, EE. UU., antes de establecerse en Salt Lake City, Utah, EE. UU.

Apoiada por la fe y el amor de sus padres y de muchos parientes, llegó a saber que el Evangelio es verdadero. “Vivir el Evangelio me hacía feliz, no era difícil; era placentero”, dijo la hermana Durham.

Cuando era jovencita, sintió la importancia de encontrar un joven digno con quien casarse e hizo que ese asunto fuese parte de sus oraciones diarias y de su ayuno semanal. Al terminar la escuela secundaria (preparatoria), fue a la Universidad Brigham Young con una beca de baile y conoció a Mark Durham, que asistía a la Universidad de Utah. “De inmediato me di cuenta de que era una buena persona”, dijo.

La pareja se casó en junio de 1973, en el Templo de Salt Lake. Tienen siete hijos.

La hermana Durham ha prestado servicio como presidenta de la Sociedad de Socorro de estaca, consejera de la presidencia de la Sociedad de Socorro de barrio, maestra de Doctrina del Evangelio, presidenta de las Mujeres Jóvenes de barrio y, más recientemente, como miembro de la mesa directiva general de la Primaria. ■



Stephen W. Owen

Presidente General de los Hombres Jóvenes

Cuando Stephen W. Owen tenía catorce años, su vecino lo contrató para que cortara el césped de su extenso terreno y para que sacara las malas hierbas del jardín todas las semanas. “Me llevaba tres días cortar el césped”, dijo sonriendo el hermano Owen, quien fue sostenido el 4 de abril de 2015 como Presidente General de los Hombres Jóvenes.

Una vez que terminó de cortar el césped, su sabio empleador le pidió que lo acompañara a caminar por el jardín para mostrarle las malas hierbas que había dejado pasar.

“Me dijo que tenía que sacar todas las malas hierbas” comentó. “Ése fue mi primer trabajo y me ayudó a entender lo que significa tener una obligación”.

Ese año, el hermano Owen aprendería lecciones que iban más allá del cuidado del césped y del jardín. En principio, descubrió que uno siente satisfacción cuando hace cosas difíciles de la manera correcta. También aprendió lo valioso que eran los mentores.

Su vecino sólo esperaba que Stephen hiciera lo mejor posible. “Era como si me estuviera diciendo: ‘Sé quién puedes llegar a ser, y quiero ayudarte’”.

Todo jovencito en la Iglesia, agregó, necesita un mentor como ése para ayudarlo a convertirse en el mejor poseedor del sacerdocio que le sea posible. “Siento gran empatía por los jóvenes”, dijo; “los amo y sé que ésta es una época crítica que establecerá el modelo para el resto de su vida”.

El hermano Owen prestó servicio en la Misión Texas San Antonio y después sirvió como maestro Scout, presidente de los Hombres Jóvenes de barrio, obispo, miembro del sumo consejo y presidente de estaca.

El joven nativo de Holladay, Utah, EE. UU., también presidió la Misión California Arcadia desde 2005 hasta 2008, donde prestó servicio junto con su esposa, Jane Stingham Owen. Ellos se casaron el 28 de diciembre de 1979, en el Templo de Provo, Utah, EE. UU. Tienen cinco hijos.

El hermano Owens nació el 22 de marzo de 1958, en Salt Lake City, Utah, EE. UU. y sus padres son Gordon Owen y Carolyn Owen. Se graduó de la Universidad de Utah en Economía y es el presidente de la compañía Great Harvest Bread, en Provo, Utah, EE. UU. ■



Douglas D. Holmes

*Primer Consejero de la Presidencia
General de los Hombres Jóvenes*

“La juventud de esta generación tiene mayor capacidad para obedecer que cualquier generación anterior. Creo que es parte del plan cronológico y de la preparación del Señor para los días en que vivimos”, dijo el hermano Douglas D. Holmes, a quien sostuvieron el 4 de abril de 2015 como Primer Consejero de la Presidencia General de los Hombres Jóvenes.

El hermano Holmes nació el 27 de febrero de 1961 en Salt Lake City, Utah, EE. UU. Sus padres son Dee W. Holmes y Melba Howell Holmes. Creció en Cottonwood Heights, Utah, EE. UU.

Después de prestar servicio en la Misión Escocia Glasgow, de 1980 a 1982, recibió su licenciatura en Ciencias de la Familia de la Universidad Brigham Young en 1986; y luego obtuvo su maestría en Administración de Empresas en la Facultad de Administración de la Universidad Marriott.

Al graduarse, trabajó como asesor de gerencia por tres años y luego emprendió una exitosa carrera en la industria de las telecomunicaciones, llegando a ser vicepresidente ejecutivo de estrategia y desarrollo empresarial para el grupo Media One. Desde el año 2000 hasta que recibió su llamamiento como presidente de misión en 2010, y luego otra vez en 2013, ha tenido su propio negocio como inversionista y promotor inmobiliario.

Ha dedicado mucho de su tiempo y de sus talentos a organizaciones sin fines de lucro, prestando servicio en las mesas directivas de United Way en el condado de Davis; Parents for Choice in Education; el refugio para mujeres Safe Harbor Women’s Shelter, del condado de Davis; y el instituto Academy for Creating Enterprise.

Ha servido como director misional de barrio, presidente de los Hombres Jóvenes de barrio, obispo, y últimamente como consejero en una presidencia de estaca. Presidió la Misión Michigan Detroit desde 2010 hasta 2013.

Se casó con Erin Sue Toone, el 22 de junio de 1985, en el Templo de Salt Lake. Tienen seis hijos.

“Hemos visto el poder de la palabra en nuestra vida, ya sean las palabras de los profetas, las palabras de las Escrituras o los susurros del Espíritu Santo”, dijo el hermano Holmes. ■



M. Joseph Brough

*Segundo Consejero de la Presidencia
General de los Hombres Jóvenes*

Durante los tres años que M. Joseph Brough prestó servicio como presidente de la Misión Guatemala Ciudad de Guatemala Central (de 2011 a 2014), tanto su padre como su suegro fallecieron.

Aunque su esposa podría haber regresado a los Estados Unidos para los funerales, en ambos casos, la pareja decidió quedarse en Guatemala y continuar con la obra misional. “Sabíamos que sería mejor si nos quedábamos y trabajábamos cuanto podíamos”, dijo el hermano Brough, a quien llamaron el 4 de abril de 2015 como Segundo Consejero de la Presidencia General de los Hombres Jóvenes. “Eso hubiera sido exactamente lo que mi padre y el de mi esposa hubieran esperado que hiciéramos”.

El hermano Brough nació en Salt Lake City, Utah, el 11 de diciembre de 1963, y sus padres son Monte J. Brough y Ada B. Brough. Pasó su juventud en Farmington, Utah, EE. UU., y en Roberston, Wyoming, EE. UU. La familia se mudó a Minnesota cuando llamaron al padre de Joseph, quien tiempo después serviría en calidad de miembro de los Setenta, como presidente de misión. Joseph estaba en el último año de la escuela secundaria (preparatoria) cuando su padre terminó su servicio como presidente de misión. En vez de volver a la escuela, tomó el examen de equivalencia para la secundaria y entró directamente a la Universidad de Weber State, en Ogden, Utah.

Sin embargo, sus padres insistieron en que se graduara de Seminarios con un certificado de cuatro años. Fue mientras asistía a las clases de seminario en Davis High School que conoció a su futura esposa, Emily Jane Thompson. Se casaron el 25 de abril de 1985 en el Templo de Salt Lake. Tienen cuatro hijos.

Antes de casarse, el hermano Brough prestó servicio como misionero en la Misión Guatemala Quetzaltenango. Su presidente de misión, Jorge H. Pérez, llegó a ser “un hombre de gran influencia en mi vida”, dijo.

El hermano Brough es el fundador y dueño de la empresa Rotational Molding de Utah. Obtuvo su licenciatura en Economía y su maestría en Administración de Empresas de la Universidad de Utah. En la Iglesia ha servido como obispo, presidente de los Hombres Jóvenes y miembro del sumo consejo. ■



A ti, Señor, por Annette Everett.

*“A ti, Señor, rindo honor
y gracias doy por tu amor.
Mi corazón siente solaz
por tu espíritu de paz.
¡Dulce tu voz, oh Redentor!
Sé tú mi guía, oh Señor.
Que con amor pueda cumplir,
y en tu ley siempre vivir”.*
(Himnos, N° 93)



“Ruego que nuestro Padre Celestial nos bendiga para que tengamos el espíritu de adoración en el templo, que seamos obedientes a Sus mandamientos y que sigamos con esmero los pasos de nuestro Señor y Salvador, Jesucristo”, dijo el presidente Thomas S. Monson durante la Conferencia General Anual número 185 de la Iglesia. “Testifico que Él es nuestro Redentor. Él es el Hijo de Dios. Él es quien salió del sepulcro aquella primera mañana de Pascua de Resurrección, trayendo consigo el don de la vida eterna para todos los hijos de Dios”.